

LOS JERARCAS SINDICALES

JORGE CORREA



LOS JERARCAS SINDICALES



Colección

SOCIALISMO y LIBERTAD

Libro 117

Colección
SOCIALISMO Y LIBERTAD

Libro 1 LA REVOLUCIÓN ALEMANA

Víctor Serge - Karl Liebknecht - Rosa Luxemburgo

Libro 2 DIALÉCTICA DE LO CONCRETO

Karel Kosík

Libro 3 LAS IZQUIERDAS EN EL PROCESO POLÍTICO ARGENTINO

Silvio Frondizi

Libro 4 INTRODUCCIÓN A LA FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Antonio Gramsci

Libro 5 MAO Tse-tung

José Aricó

Libro 6 VENCEREMOS

Ernesto Guevara

Libro 7 DE LO ABSTRACTO A LO CONCRETO - DIALÉCTICA DE LO IDEAL

Edwald Ilienkov

Libro 8 LA DIALÉCTICA COMO ARMA, MÉTODO, CONCEPCIÓN y ARTE

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 9 GUEVARISMO: UN MARXISMO BOLIVARIANO

Néstor Kohan

Libro 10 AMÉRICA NUESTRA. AMÉRICA MADRE

Julio Antonio Mella

Libro 11 FLN. Dos meses con los patriotas de Vietnam del sur

Madeleine Riffaud

Libro 12 MARX y ENGELS. Nueve conferencias en la Academia Socialista

David Riazánov

Libro 13 ANARQUISMO y COMUNISMO

Evgueni Preobrazhenski

**Libro 14 REFORMA o REVOLUCIÓN - LA CRISIS DE LA
SOCIALDEMOCRACIA**

Rosa Luxemburgo

Libro 15 ÉTICA y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 16 EDUCACIÓN y LUCHA DE CLASES

Aníbal Ponce

Libro 17 LA MONTAÑA ES ALGO MÁS QUE UNA INMENSA ESTEPA VERDE

Omar Cabezas

**Libro 18 LA REVOLUCIÓN EN FRANCIA. Breve historia del movimiento obrero en Francia
1789-1848. Selección de textos de Alberto J. Plá**

Libro 19 MARX y ENGELS.

Karl Marx y Friedrich Engels. Selección de textos

Libro 20 CLASES y PUEBLOS. Sobre el sujeto revolucionario

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 21 LA FILOSOFÍA BURGUESA POSTCLÁSICA

Rubén Zardoya

Libro 22 DIALÉCTICA Y CONSCIENCIA DE CLASE

György Lukács

Libro 23 EL MATERIALISMO HISTÓRICO ALEMÁN

Franz Mehring

Libro 24 DIALÉCTICA PARA LA INDEPENDENCIA

Ruy Mauro Marini

Libro 25 MUJERES EN REVOLUCIÓN

Clara Zetkin

Libro 26 EL SOCIALISMO COMO EJERCICIO DE LA LIBERTAD

Agustín Cueva - Daniel Bensaïd. Selección de textos

**Libro 27 LA DIALÉCTICA COMO FORMA DE PENSAMIENTO -
DE ÍDOLOS E IDEALES**

Edwald Ilienkov. Selección de textos

Libro 28 FETICHISMO y ALIENACIÓN - ENSAYOS SOBRE LA TEORÍA MARXISTA EL VALOR

Isaak Illich Rubin

Libro 29 DEMOCRACIA Y REVOLUCIÓN. El hombre y la Democracia

György Lukács

Libro 30 PEDAGOGÍA DEL OPRIMIDO

Paulo Freire

Libro 31 HISTORIA, TRADICIÓN Y CONSCIENCIA DE CLASE

Edward P. Thompson. Selección de textos

Libro 32 LENIN, LA REVOLUCIÓN Y AMÉRICA LATINA

Rodney Arismendi

Libro 33 MEMORIAS DE UN BOLCHEVIQUE

Osip Piatninsky

Libro 34 VLADIMIR ILICH Y LA EDUCACIÓN

Nadeshda Krupskaya

Libro 35 LA SOLIDARIDAD DE LOS OPRIMIDOS

Julius Fucik - Bertolt Brecht - Walter Benjamin. Selección de textos

Libro 36 UN GRANO DE MAÍZ

Tomás Borge y Fidel Castro

Libro 37 FILOSOFÍA DE LA PRAXIS

Adolfo Sánchez Vázquez

Libro 38 ECONOMÍA DE LA SOCIEDAD COLONIAL

Sergio Bagú

Libro 39 CAPITALISMO Y SUBDESARROLLO EN AMÉRICA LATINA

André Gunder Frank

Libro 40 MÉXICO INSURGENTE

John Reed

Libro 41 DIEZ DÍAS QUE CONMOVIERON AL MUNDO

John Reed

Libro 42 EL MATERIALISMO HISTÓRICO

Georgi Plekhanov

Libro 43 MI GUERRA DE ESPAÑA

Mika Etchebéherè

Libro 44 NACIONES Y NACIONALISMOS

Eric Hobsbawm

Libro 45 MARX DESCONOCIDO

Nicolás Gonzáles Varela - Karl Korsch

Libro 46 MARX Y LA MODERNIDAD

Enrique Dussel

Libro 47 LÓGICA DIALÉCTICA

Edwald Ilienkov

Libro 48 LOS INTELLECTUALES Y LA ORGANIZACIÓN DE LA CULTURA

Antonio Gramsci

Libro 49 KARL MARX. LEÓN TROTSKY, Y EL GUEVARISMO ARGENTINO

Trotsky - Mariátegui - Masetti - Santucho y otros. Selección de Textos

Libro 50 LA REALIDAD ARGENTINA - El Sistema Capitalista

Silvio Frondizi

Libro 51 LA REALIDAD ARGENTINA - La Revolución Socialista

Silvio Frondizi

Libro 52 POPULISMO Y DEPENDENCIA - De Yrigoyen a Perón

Milcíades Peña

Libro 53 MARXISMO Y POLÍTICA

Carlos Nélon Coutinho

Libro 54 VISIÓN DE LOS VENCIDOS

Miguel León-Portilla

Libro 55 LOS ORÍGENES DE LA RELIGIÓN

Lucien Henry

Libro 56 MARX Y LA POLÍTICA

Jorge Veraza Urtuzuástegui

Libro 57 LA UNIÓN OBRERA

Flora Tristán

Libro 58 CAPITALISMO, MONOPOLIOS Y DEPENDENCIA

Ismael Viñas

Libro 59 LOS ORÍGENES DEL MOVIMIENTO OBRERO

Julio Godio

Libro 60 HISTORIA SOCIAL DE NUESTRA AMÉRICA

Luis Vitale

Libro 61 LA INTERNACIONAL. Breve Historia de la Organización Obrera en Argentina.

Selección de Textos

Libro 62 IMPERIALISMO Y LUCHA ARMADA

Marighella, Marulanda y la Escuela de las Américas

Libro 63 LA VIDA DE MIGUEL ENRÍQUEZ

Pedro Naranjo Sandoval

Libro 64 CLASISMO Y POPULISMO

Michael Löwy - Agustín Tosco y otros. Selección de textos

Libro 65 DIALÉCTICA DE LA LIBERTAD

Herbert Marcuse

Libro 66 EPISTEMOLOGÍA Y CIENCIAS SOCIALES

Theodor W. Adorno

Libro 67 EL AÑO 1 DE LA REVOLUCIÓN RUSA

Víctor Serge

Libro 68 SOCIALISMO PARA ARMAR

Löwy -Thompson - Anderson - Meiksins Wood y otros. Selección de Textos

Libro 69 ¿QUÉ ES LA CONCIENCIA DE CLASE?

Wilhelm Reich

Libro 70 HISTORIA DEL SIGLO XX - Primera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 71 HISTORIA DEL SIGLO XX - Segunda Parte

Eric Hobsbawm

Libro 72 HISTORIA DEL SIGLO XX - Tercera Parte

Eric Hobsbawm

Libro 73 SOCIOLOGÍA DE LA VIDA COTIDIANA

Ágnes Heller

Libro 74 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo I

Marc Bloch

Libro 75 LA SOCIEDAD FEUDAL - Tomo 2

Marc Bloch

Libro 76 KARL MARX. ENSAYO DE BIOGRAFÍA INTELECTUAL

Maximilien Rubel

Libro 77 EL DERECHO A LA PEREZA

Paul Lafargue

Libro 78 ¿PARA QUÉ SIRVE EL CAPITAL?

Iñaki Gil de San Vicente

Libro 79 DIALÉCTICA DE LA RESISTENCIA

Pablo González Casanova

Libro 80 HO CHI MINH

Selección de textos

Libro 81 RAZÓN Y REVOLUCIÓN

Herbert Marcuse

Libro 82 CULTURA Y POLÍTICA - Ensayos para una cultura de la resistencia

Santana - Pérez Lara - Acanda - Hard Dávalos - Alvarez Somoza y otros

Libro 83 LÓGICA Y DIALÉCTICA

Henry Lefebvre

Libro 84 LAS VENAS ABIERTAS DE AMÉRICA LATINA

Eduardo Galeano

Libro 85 HUGO CHÁVEZ

José Vicente Rangél

Libro 86 LAS GUERRAS CIVILES ARGENTINAS

Juan Álvarez

Libro 87 PEDAGOGÍA DIALÉCTICA

Betty Giro - César Julio Hernández - León Vallejo Osorio

Libro 88 COLONIALISMO Y LIBERACIÓN

Truong Chinh - Patrice Lumumba

Libro 89 LOS CONDENADOS DE LA TIERRA

Frantz Fanon

Libro 90 HOMENAJE A CATALUÑA

George Orwell

Libro 91 DISCURSOS Y PROCLAMAS

Simón Bolívar

Libro 92 VIOLENCIA Y PODER - Selección de textos

Vargas Lozano - Echeverría - Burawoy - Monsiváis - Védrine - Kaplan y otros

Libro 93 CRÍTICA DE LA RAZÓN DIALÉCTICA

Jean Paul Sartre

Libro 94 LA IDEA ANARQUISTA

Bakunin - Kropotkin - Barret - Malatesta - Fabbri - Gilimón - Goldman

Libro 95 VERDAD Y LIBERTAD

Martínez Heredia - Sánchez Vázquez - Luporini - Hobsbawm - Rozitchner - Del Barco

LIBRO 96 INTRODUCCIÓN GENERAL A LA CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA

Karl Marx y Friedrich Engels

LIBRO 97 EL AMIGO DEL PUEBLO

Los amigos de Durruti

LIBRO 98 MARXISMO Y FILOSOFÍA

Karl Korsch

LIBRO 99 LA RELIGIÓN

Leszek Kolakowski

LIBRO 100 AUTOGESTIÓN, ESTADO Y REVOLUCIÓN

Noir et Rouge

LIBRO 101 COOPERATIVISMO, CONSEJISMO Y AUTOGESTIÓN

Iñaki Gil de San Vicente

LIBRO 102 ROSA LUXEMBURGO Y EL ESPONTANEÍSMO REVOLUCIONARIO

Selección de textos

LIBRO 103 LA INSURRECCIÓN ARMADA

A. Neuberg

LIBRO 104 ANTES DE MAYO

Milcíades Peña

LIBRO 105 MARX LIBERTARIO

Maximilien Rubel

LIBRO 106 DE LA POESÍA A LA REVOLUCIÓN

Manuel Rojas

LIBRO 107 ESTRUCTURA SOCIAL DE LA COLONIA

Sergio Bagú

LIBRO 108 COMPENDIO DE HISTORIA DE LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Albert Soboul

LIBRO 109 DANTON, MARAT Y ROBESPIERRE. *Historia de la Revolución Francesa*

Albert Soboul

LIBRO 110 LOS JACOBINOS NEGROS. *Toussaint L'Ouverture y la revolución de Haití*

Cyril Lionel Robert James

LIBRO 111 MARCUSE Y EL 68

Selección de textos

LIBRO 112 DIALÉCTICA DE LA CONCIENCIA – *Realidad y Enajenación*

José Revueltas

LIBRO 113 ¿QUÉ ES LA LIBERTAD? – *Selección de textos*

Gajo Petrović – Milán Kangrga

LIBRO 114 GUERRA DEL PUEBLO – *EJÉRCITO DEL PUEBLO*

Vo Nguyen Giap

LIBRO 115 TIEMPO, REALIDAD SOCIAL Y CONOCIMIENTO

Sergio Bagú

LIBRO 116 MUJER, ECONOMÍA Y SOCIEDAD

Alexandra Kollontay

LIBRO 117 LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

La tragedia había sido una certera profecía

Eduardo Galeano
Días y Noches de Amor y de Guerra

1

A mediados del 73, Juan Domingo Perón volvió a la Argentina al cabo de dieciocho años de exilio.

Fue la mayor concentración política de toda la historia de América Latina. En los prados de Ezeiza y todo a lo largo de la autopista se congregaron más de dos millones de personas que acudieron, con hijos y bombos y guitarras, desde todos los lugares del país. El pueblo, de paciencia larga y voluntad de fierro, había recuperado a su caudillo y lo devolvía a su tierra abriéndole la puerta grande.

Había un clima de fiesta. La alegría popular, hermosura contagiosa, me abrazaba, me levantaba, me regalaba fe. Yo tenía frescas en la retina las antorchas del Frente Amplio en las avenidas de Montevideo. Ahora, en las afueras de Buenos Aires, se reunían en un gigantesco campamento sin fronteras los trabajadores maduros, para quienes el peronismo representaba una memoria viva de la dignidad, y los jóvenes, que no habían vivido la experiencia del 46 al 55, y para quienes el peronismo estaba más hecho de esperanza que de nostalgia.

La fiesta terminó en matanza. En Ezeiza, en una sola tarde, cayeron más peronistas que durante los años de la resistencia contra las dictaduras militares anteriores. “*Y ahora, ¿a quién hay que odiar?*”, se preguntaba, atónita, la gente. La emboscada había sido armada por peronistas contra peronistas. El peronismo contenía tirtos y troyanos, obreros y patrones; y en ese escenario la historia real ocurría como una contradicción continua.

Los burócratas sindicales, los politiqueros y los agentes de los dueños del poder habían revelado, en los campos de Ezeiza, su desamparo. Habían quedado, como el rey del cuento, desnudos y a la vista. Los matones profesionales ocuparon, entonces, el lugar del pueblo que les faltaba.

Los mercaderes, fugazmente expulsados del templo, se colaban por la puerta de atrás.

Lo de Ezeiza fue un presentimiento de lo que vendría después. “Dios tiene prestigio porque se muestra poco”, me había dicho Perón, años atrás, en Madrid. El gobierno de Héctor Cámpora duró lo que un lirio. A partir de entonces, las promesas se separaron de la realidad hasta perderse de vista. Triste epílogo de un movimiento popular. Aumentaban los salarios, pero eso servía para probar que los obreros eran los culpables de la crisis. Una vaca llegó a valer menos que un par de zapatos, y mientras se arruinaban los pequeños y medianos productores, la oligarquía, invicta, se

exhibía en harapos y ponía el grito en el cielo a través de los diarios, las radios y la televisión. La reforma agraria no resultó más que un espantapájaros de papel y continuaron abiertos los agujeros por donde se escurría, y se escurre, la riqueza que el país genera. Los dueños del poder, como en toda América Latina, ponen sus fortunas a buen recaudo en Zurich o New York. Allá el dinero pega un salto de circo y vuelve al país mágicamente convertido en carísimos empréstitos internacionales.

2

¿Se puede realizar la unidad nacional por encima y a través y a pesar de la lucha de clases? Perón había encarnado esa ilusión colectiva.

Una mañana, en los primeros tiempos del exilio, el caudillo había explicado a su anfitrión, en Asunción del Paraguay, la importancia política de la sonrisa.

—¿Quiere ver mi sonrisa? —le dijo.

Y le puso la dentadura postiza en la palma de la mano.

Durante dieciocho años, por él o contra él, la política argentina giró en torno de este hombre. Los sucesivos golpes militares no habían sido más que homenajes que el miedo rendía a la verdad: si había elecciones libres, el peronismo ganaba. Todo dependía de las bendiciones y maldiciones de Perón, pulgar arriba, pulgar abajo, y de las cartas que escribía desde lejos, con la mano izquierda o con la derecha, dando órdenes siempre contradictorias a los hombres que por él se jugaban la vida.

En Madrid, en el otoño del 66, Perón me dijo:

-¿Usted sabe cómo hacen los chinos para matar a los gorriones? No los dejan posar en las ramas de los árboles. Los hostigan con palos y no los dejan posar, hasta que se mueren en el aire; les revienta el corazón y caen al suelo. Los traidores tienen vuelo de gorrión. Alcanza con hostigarlos, con no dejarlos descansar, para que terminen yéndose al suelo. No, no... Para manejar hombres hay que tener vuelo de águila, no de gorrión. Manejar hombres es una técnica, un arte, de precisión militar. A los traidores hay que dejarlos volar, pero sin darles nunca descanso. Y esperar a que la Providencia haga su obra. Hay que dejar actuar a la Providencia... Especialmente porque a la Providencia la manejo yo.

A la hora de la verdad, cuando recuperó el poder, el peronismo estalló en pedazos. Se rompió tiempo antes de que el caudillo muriera.

3

José Luis Nell fue una de las víctimas de la matanza de Ezeiza. Una bala le reventó la columna vertebral. Quedó paralítico.

Un día decidió terminar con la impotencia y la lástima.

Eligió la fecha y el lugar: un paso a nivel de una estación sin trenes. Alguien lo llevó hasta allí en la silla de ruedas y le puso en la mano la pistola cargada.

José Luis había sido un militante de fierro. Había sobrevivido a los tiros y a las cárceles y a los años de hambre y clandestinidad.

Pero entonces mordió el caño y apretó el gatillo.



<https://elsudamericano.wordpress.com>



HIJOS

La red mundial de los hijos de la revolución social

LOS JERARCAS SINDICALES

Jorge Correa

Editorial OBRADOR, Buenos Aires, Argentina

Primera edición: Mayo de 1972

Segunda edición: Agosto de 1974

ÍNDICE

Prólogo

Primera Parte

LOS ANTECEDENTES

- * La Primera Etapa
- * Del Anarquismo al Sindicalismo
- * El Reformismo

Segunda Parte

LA JERARQUÍA PERONISTA

- * Captación del Movimiento Sindical
- * Formación de la Nueva Élite
- * Algunas Características de esta Élite
- * La Etapa Contemporánea

Tercera parte

LA CORRUPCIÓN

- * Los Buscadores de “Prestigio”
- * El Botín de los Corsarios
- * Los “Negocios” de Don Rogelio
- * Otros Sindicalistas Empresarios
- * El Negocio de la Basura
- * El Curioso Bautismo del Banco Sindical
- * La Cuestión de las Viviendas
- * La Delincuencia Sindical
- * El Gangsterismo Sindical

- * La Compra de Delegados
- * Las Relaciones con las Empresas
- * Los Vínculos con el Estado
- * Burocracia y Fuerzas Armadas
- * Vinculaciones con los Monopolios
- * La “Educación” Imperialista
- * El Testimonio de un Dirigente
- * Un Secretario Impopular
- * Los Fraudes Electorales
- * El Divorcio entre la Élite y las masas

Cuarta Parte

LAS RAÍCES

- * La “*Tercera Posición*”
- * La Participación
- * Columna Vertebral del Proceso
- * Una Lucha Universal
- * Explicaciones Finales

PRÓLOGO

Dos años han pasado desde la primera edición de este libro, cuyos diez mil ejemplares se agotaron en el escaso lapso de un par de meses. La acogida que el público le brindó bien hubiera justificado una más rápida reedición, pero ello, que es usual en el caso de novelas rosadas, no lo es cuando se trata de un tema tan espinoso, que hiere susceptibilidades y despierta la animosidad de oscuros intereses lesionados.

En el ínterin, hemos intentado ahondar en el tema, reunir nuevos elementos de juicio y ampliar los conceptos iniciales. Por eso esta segunda entrega apenas es semejante a la primera, cuyos datos reproduce y amplía, sumándoles nuevas comprobaciones.

Vivimos un momento de profunda conmoción social. La incapacidad de un sistema para dar más de lo que ha dado y para solucionar los problemas básicos que son causa de extendidas angustias colectivas, pone en movimiento el airado descontento de amplios sectores de la población. La clase obrera es uno de ellos. Basta hojear los diarios para encontrar —en noticias cuyo lugar y dimensión casi nunca corresponden a la verdadera magnitud de los sucesos que reflejan— los ecos de un río subterráneo con su torrente de luchas que, a la vez de ser respuesta a un cúmulo de injusticias acumuladas desde antaño, van erosionando las bases de la explotación.

Es natural que, tras la asunción de un gobierno surgido del veredicto popular bajo el lema de liberación o dependencia, la clase obrera siga enarbolando su combatividad y que el apoyo a ese gobierno por la mayoría de los trabajadores exprese sus aspiraciones de cambio. Pero, contradictoriamente, se mantiene también la regencia de las organizaciones sindicales por una *élite* corrompida, burocrática, corporativa, que, lejos de asegurar un firme punto de apoyo al proceso de liberación, se transforma en un obstáculo para el mismo.

Aquí trataremos sobre la *élite* sindical. Sus miembros se han convertido en nuestro país en un prototipo que no podrá eludir nadie que quiera adentrarse en el análisis del “ser nacional” y de nuestra realidad presente. Pero además se han convertido en un “factor de poder”, tienen conciencia de ello y obran como tal.

Al decir *élite* sindical no aludimos, por supuesto, a todos los dirigentes sindicales sino a aquellos que, con la ayuda de la clase dominante, se han ido encaramando en las principales federaciones gremiales y en la Confederación General del Trabajo (CGT), acaparando la hegemonía del movimiento sindical argentino y adoptando los recaudos orgánicos y legales que les preserven el dominio no compartido de la conducción general. Si *élite* no es sinónimo de dirección, jerarca no lo es de dirigente. Frente a la *élite* y los jerarcas actúan centenares y miles de dirigentes intermedios y de militantes de base que no están consubstanciados con las pautas de aquellos.

En la primera parte de este trabajo bosquejaremos los antecedentes que nos permitan entrar en el tema con dominio de causa. En la segunda abordaremos la evolución de la élite sindical peronista y sus rasgos peculiares. En la tercera documentaremos la corrupción de esta élite, arrimando datos y testimonios que obren como pruebas y desechando versiones y conjeturas no susceptibles de comprobación. En la cuarta y última parte el lector encontrará algunas consideraciones sobre las raíces ideológicas del problema.

A lo largo de estas páginas proporcionaremos no pocos elementos para definir la personalidad de este prototipo de dirigente que hoy predomina en las altas esferas sindicales, revelaremos ciertas manifestaciones de su conducta y señalaremos algunas de sus conexiones con el *statu quo* que dice combatir. Ante nosotros se perfilará con su real estatura el típico caudillo de sindicato halagado por el político, corrompido por el patrón, protegido por el policía, y metido él mismo a político, a patrón y a policía en casos bastante frecuentes. Emergerá, así, como una excrescencia del sistema, un instrumento suyo, puesto a dirigir a un sector de la población cuya conducta social quebraría, de otra manera, los diques en que está contenida.

Dedicamos este trabajo a todos los dirigentes sindicales que no se han contaminado. Ellos son merecedores de nuestro modesto homenaje.

Primera Parte

LOS ANTECEDENTES

Al abordar el tema de la élite que hoy regentea los sindicatos argentinos, desnudar su origen y su carácter, denunciar su corrupción y sus objetivos, corremos el riesgo de inducir al lector desprevenido a confundir esa élite con el movimiento sindical mismo y a formarse de este una idea equivocada. Queremos desde el comienzo evitar este equívoco, afirmar nuestra fe en la capacidad del movimiento obrero para modificar una sociedad injusta, nuestra confianza en su misión profundamente revolucionaria.

Las jerarquías que hoy lo desgobiernan y desprestigian han sido impuestas, no por la voluntad conciente y soberana de los trabajadores, sino en virtud de un complejo mecanismo de presiones y complicidades, de intereses políticos y económicos privados, de fraudes y leyes que los facilitan, de antagonismos internos e intromisiones externas. Para conceptuar al movimiento obrero, el carácter de sus direcciones sería, a lo sumo, el último factor a tener en cuenta. Los méritos del movimiento obrero deben buscarse en sus vigorosas luchas, y su función imprescindible en el carácter de la clase que lo compone, que por el lugar principal que ocupa en el sistema de producción, por su número, su organización y su creciente conciencia social, está llamada a encabezar y conducir, a pesar de los jerarcas, todo el proceso de liberación nacional y de emancipación social.

No es nuestro propósito historiar aquí la trayectoria del movimiento sindical argentino, pero como éste no ha sido hecho de una vez y para siempre, sino que se ha formado siguiendo el ritmo de la industrialización del país, recibiendo y superando diversas influencias ideológicas, luchando por darse una orientación acorde con sus reales funciones y objetivos, no podemos menos que ubicarlo en su contexto histórico. Entre otras cosas, ello nos permitirá comprender por qué, si bien sus fines y objetivos generales se mantienen en lo fundamental inalterables desde su surgimiento, porque tampoco ha cambiado la esencia de la estructura económico-social que lo ha engendrado, sí en cambio se han ido modificando las actitudes y la idiosincrasia de los dirigentes en virtud de una serie de factores políticos y sociales, así como de la táctica y predisposición de la clase gobernante frente a los sindicatos. Es decir que los rasgos de la élite sindical deben ser considerados producto no tanto de la naturaleza del movimiento obrero y de las propensiones de sus componentes como de la injerencia de las clases dominantes y de su ideología particular.

Si se nos permite bosquejar ligeramente la trayectoria del movimiento sindical argentino, podríamos definir cuatro grandes períodos: 1) la etapa “infantil” del movimiento sindical, signada por el predominio anarquista; 2) la etapa “reformista”, señalada por la influencia socialista y sindicalista; 3)

la etapa peronista, caracterizada por la estatización de los sindicatos; y 4) la etapa contemporánea, en que las pautas del peronismo se ven confrontadas con las aspiraciones de las masas trabajadoras, en el marco del ahondamiento de la crisis capitalista. Veamos, a grandes rasgos, las peculiaridades de esta trayectoria.

La Primera Etapa

La etapa inicial se extiende desde 1878, en que surge el primer sindicato – la Unión Tipográfica–, hasta alrededor de 1920, en que culmina la decadencia y disolución del anarquismo. Éste ejerció una prevalencia aplastante durante casi todo el período, en pugna con la corriente socialista y luego también la sindicalista, que le disputaban la hegemonía del movimiento obrero.

De la década del 80 data la formación de las primeras sociedades de resistencia, que comienzan a nuclear a los tipógrafos, panaderos, molineros, albañiles, yeseros, sastres, tapiceros, prácticos, mayores y cocheros, marmoleros, carpinteros y ebanistas, sombrereros, maquinistas y foguistas, que, consustanciados en la lucha común por la jornada de ocho horas y otras reivindicaciones, celebran aquel 1º de Mayo inicial de 1890, realizan las primeras presentaciones ante el parlamento, publican los primeros periódicos obreros y concretan, el 14 de agosto de 1891, la primera tentativa de crear una central obrera, la *Federación de Trabajadores de la Región Argentina*.

De corta vida, ésta deja paso a toda una década de nuevas tentativas, que culminan en 1901 con la creación de la Federación Obrera Argentina (FOA), pero al quedar en manos de los anarquistas esta se escinde al año siguiente con la separación de los socialistas, que en 1903 crean la Unión General de Trabajadores (UGT). Bajo la *Ley de Residencia*, que marca el inicio de una brutal represión de la oligarquía contra el movimiento obrero en ciernes, la FOA nucleaba a 66 sindicatos y la UGT a 43. En 1904 la primera comienza a llamarse Federación Obrera Regional Argentina (FORA) y se da como objetivo la prédica del “comunismo anárquico”¹, definido como el establecimiento de: “una libre federación de libres asociaciones de productores libres”.

Hacia 1905 se perfila, en el seno del socialismo y de la UGT, la llamada corriente sindicalista, para la que la acción revolucionaria de la clase obrera reposaba fundamentalmente en la organización sindical, rechazando toda injerencia de orden político, que sólo podía comprometer su independencia. Aceptaba el concepto marxista de la lucha de clases, denunciaba la naturaleza clasista del Estado y calificaba el pluralismo sindical como ilógico y arbitrario, pero su concepción estrecha de la acción obrera la privaba de perspectivas. Este sector se desgajó del PS en el VII

¹*Comunismo Libertario* (N. a esta Ed.)

Congreso de éste (1906) y la escisión se reflejó de inmediato en la UGT, donde los sindicalistas consiguieron una ajustada mayoría, aunque manteniéndose la unidad de esta central.

Pese a los pronunciamientos unitarios que hicieron los congresos de la FORA y la UGT en esta época, el rígido antagonismo de las dos centrales ha quedado registrado en una polémica que abarca todos los temas que inquietaban al movimiento obrero. Por encima del mismo, sin embargo, se realizaron acciones coincidentes en los momentos de más cruda represión, enfrentando al unísono la *Ley de Residencia*, el Estado de Sitio, las matanzas de 1905 y 1909, en fin, toda la violencia con que se quería acallar la voz de protesta y someter al movimiento obrero rebelado contra los abusos del capital. Pero los intentos de convertir la unidad de acción en unidad orgánica y fusionar ambas centrales no lograron resultados satisfactorios.

El congreso de unificación de 1906 fracasa por la intolerancia de los anarquistas frente a las demás corrientes de opinión. En 1909 realizan un congreso de fusión los sindicatos autónomos junto con la UGT; ésta se disuelve y nace la *Confederación Obrera Regional Argentina* (CORA). Pero ello no resolvía la polarización del movimiento sindical en dos corrientes. Los dirigentes marxistas proponen la disolución de la CORA y el ingreso de todos los sindicatos en la FORA, cosa que se concreta en 1914 e inyecta una fuerte dosis de vitalidad al movimiento obrero en su conjunto. El IX Congreso de la FORA (1915) dejó sin efecto la recomendación del “comunismo anárquico” y definió a la central sindical como:

“una institución eminentemente obrera, organizada por grupos comunes de oficios, pero cuyos componentes pertenecen a las más variadas tendencias ideológicas y doctrinarias, que para mantenerse en sólida cohesión necesitan la más amplia libertad de pensamiento, aunque es imprescindible que sus acciones se encuadren dentro de la orientación revolucionaria de la lucha de clases, de la acción directa y con absoluta prescindencia de los grupos y partidos que militan fuera de las organizaciones de los trabajadores agremiados”.

Pero la central única no duraría mucho. Los elementos más intolerantes y sectarios del anarquismo se negaron a reconocer la validez de las resoluciones del congreso y escindieron a la central constituyendo la llamada FORA del Quinto (es decir, fiel al dogma anarquista ratificado por el V Congreso) mientras que la nueva corriente se fortalecía en la FORA del Noveno –luego denominada FORA del Décimo o simplemente FORA sindicalista– donde se unificaron los sindicalistas, anarcosindicalistas, comunistas y socialistas.

El vigor adquirido por la FORA del Décimo, su adhesión fervorosa a la Revolución Rusa, el papel dirigente que asumió en las luchas de entonces, le atrajeron la simpatía y el apoyo de la mayoría de los trabajadores. Entre el noveno (1915) y el décimo (1918) congresos, esta FORA acrecentó su

caudal de 66 a casi 200 sindicatos y en 1920 nucleaba en su seno a 750 sindicatos con 95.000 cotizantes. Ello significó a la vez el debilitamiento de la FORA del Quinto y marcó el comienzo de la decadencia del anarquismo, incapaz de adaptarse a las nuevas condiciones históricas del país, signadas por el ascenso de la burguesía al poder político con el triunfo de Yrigoyen.

Del Anarquismo al Sindicalismo

El anarquismo, invocando la libertad y los derechos ilimitados del individuo, se oponía a toda forma de Estado –al que consideraba el culpable principal de todos los males sociales– y a la lucha política y sindical organizada; cultivaba el espontaneísmo y el terror individual. Era, objetivamente, la ideología de los artesanos y pequeños propietarios arruinados con el advenimiento de la industria moderna, y su lucha contra el capitalismo no estaba dirigida a superarlo con un nuevo ordenamiento social, sino mediante el regreso a la perdida libertad artesanal; de ahí que sus sueños en una sociedad perfecta apoyada en la pequeña propiedad privada y en la pequeña economía campesina, por más que se vistieran con proclamas revolucionarias, no fuesen más que un utopismo romántico condenado a desvanecerse con el desarrollo de la sociedad industrial.

Convencidos de su causa hasta la obstinación, voluntaristas, arriesgados, temerarios a veces, encendidos por una pasión más que por una motivación racional, los anarquistas pudieron ejercer una influencia arrolladora sobre la naciente clase obrera –como en todos los países con persistentes resabios feudales– porque su semilla fructificó en el terreno apto de una generalizada mentalidad artesanal, campesina, pequeño-burguesa, rebelada contra su propia proletarización. Los dirigentes obreros de entonces surgieron de esa masa despojada de sus medios de producción y se jugaron totalmente por el ideal que consideraban justo, reivindicando la acción directa –la huelga, el boicot, la violencia– y oponiéndose a todo avenimiento con el poder opresor.

Esos dirigentes eran seres casi anónimos, se formaban en el trascurso de las luchas, consubstanciados con las masas, y de allí pasaban a ejercer cargos en los comités de huelga, sociedades de socorros mutuos, asociaciones de resistencia, sindicatos de oficios. En los comienzos rehusaban los cargos dirigentes formales, puesto que eran contrarios a todo tipo de organización. Sólo cuando se convencieron –y nunca llegaron a convencerse demasiado– de que la organización obrera era imprescindible para la lucha, que el espontaneísmo puro, el tumulto aislado y el acto de sabotaje eran por si solos ineficaces, y, sobre todo, cuando vislumbraron que los socialistas –sus eternos adversarios– se les anticipaban en la labor organizadora, se entregaron a esta tarea con cierta dedicación.

Justamente uno de los primeros anarquistas que entendieron estas cosas en nuestras playas fue Pedro Gori; divergiendo con sus compañeros y criticando los métodos individualistas y antiorganizadores, sostenía que “donde mejor organizada se halla la clase obrera, mejores batallas ha sostenido contra el capital” y que la sociedad anarquista sería, a la postre, “irrealizable si no se asienta en la asociación”.²

El trampolín hacia la nombradía, y hacia la consiguiente conducción de las asociaciones obreras, solía ser la tribuna de los mítines y asambleas. La forma en que éstos se realizaban era típica de las concepciones de sus protagonistas. Se convocaban sin mucha preparación cuando era imperativo; no tenían orden del día, ni temario, ni lista de oradores; cada asistente que deseara hablar pedía la palabra espontáneamente y lo hacía sin límite de tiempo. Eran verdaderos concursos de oratoria en los que participaban decenas de personas y duraban largas horas, pasando a cuarto intermedio hasta el día siguiente si era necesario. Había un culto de la retórica; Francisco Jaquet, dirigente de la Sociedad de Empleados de Comercio, decía que “los únicos revolucionarios son los pensadores, los filósofos”.³

Pero estos pensadores no penetraban en la esencia histórica del proceso social sino que se quedaban en la mera plática, limitados a la protesta por la realidad presente y a la prédica de la elevación moral de la clase obrera para que pudiera estar en aptitud de construir la sociedad ideal que imaginaban al concebir su nueva mística, ornada de lirismo. En esas encendidas tribunas se destacaron los más elocuentes, los de verbo más fogoso y cautivante, y era natural que la masa obrera viera en ellos sus primeros dirigentes.

Los cuadros dirigentes del movimiento obrero en ciernes –no hablamos todavía de élite porque en realidad no la había– no conocían la corrupción y actuaban exaltados por ideas que las obras de sus maestros –Proudhon, Bakunin, Stirner– habían difundido por el mundo, pero su lucha se reveló ineficaz. Su doctrina iba a contramano de la historia y su acción descontrolada fue cansando a la clase obrera. El paso a una nueva etapa, conciliadora, parlamentarista, evolutiva, fue en cierto sentido la reacción lógica frente a un revolucionarismo confuso e incoherente.

El noveno congreso de la FORA fue el comienzo del fin de la etapa anarquista; en él se reflejó la bancarrota del ideario y los métodos que conducían al fracaso de las luchas obreras. Pero frente a los excesos del anarquismo, se adopta el camino del sindicalismo “puro”, apolítico, prescindente, aunque paradójicamente se reafirme el principio de la lucha de clases y la aspiración a una sociedad más justa a la que se llegaría a

² Pedro Gori, conferencia del 18 de agosto de 1901

³ Discurso en el Congreso de Unificación Obrera, marzo de 1907. Este congreso dedicó tres sesiones a discutir las credenciales. Las actas de los congresos obreros de entonces revelan que se dedicaban hasta cuatro sesiones a la discusión de las credenciales y otras tantas a cuestiones de procedimiento, llegándose a la médula del orden del día después de ocho agotadoras sesiones.

través de la lucha sindical. Este ideario, ratificado por el décimo congreso de la FORA, no era abrazado por toda su dirección, sino inspirado por la corriente entonces mayoritaria.⁴

En la carta orgánica de la central se decía que:

“la FORA está constituida únicamente por organizaciones sindicales de trabajadores asalariados que aceptan la lucha de clases y tienen por objeto la organización de la clase obrera a los efectos de las reivindicaciones cotidianas por el acrecentamiento del bienestar moral, económico e intelectual de los trabajadores y la unificación de la acción sindical del proletariado para crear las fuerzas de emancipación integral de la clase trabajadora, preparándola para que, de acuerdo con el principio de que los instrumentos de trabajo pertenecen al trabajador, puedan asumir la dirección de la producción e intercambio de la riqueza social”.

La meta de los sindicalistas era, pues, la dirección de la producción y el intercambio por la clase obrera, no la dirección de la sociedad en su conjunto; por lo mismo, despreciaban la organización y acción política del proletariado y consideraban que el sindicato era “la forma específica de la agrupación obrera”.

Empero, su sincero esfuerzo por unificar a los trabajadores, su respeto por la democracia sindical, su aversión a las discriminaciones ideológicas, su valiente encaramiento de las luchas obreras, su solidaridad con los gremios en conflicto, su vasta obra de organización del proletariado disperso, permitieron a la FORA del Décimo desempeñar un papel de primer orden durante todo un período.

Su dirección supo atenerse a una moralidad obrera alta. Ello no significa que no hubiera ya entonces negocios turbios, pero estos, lejos de ser encubiertos como sería la norma unas décadas después, fueron vigorosamente denunciados.

“La organización sindical tiene un profundo sentido ético –dice Marotta– y no ha vacilado, cuando fue necesario, en poner al desnudo inmorales cometidas”.⁵

Ese espíritu le permitió afrontar circunstancias tan difíciles como las de la Semana Trágica y el imperio del “terror blanco” sostenido por las bandas armadas de la oligarquía.

⁴ El Consejo Federal de la FORA del Décimo estaba formado por quince miembros titulares: Sebastián Marotta, linotipista; Luis Lauzet, linotipista; Luis H. Culino, mecánico ferroviario; B. Senra Pacheco, tipógrafo; Mariano Tadich, marítimo; José F. Penelón, tipógrafo; Francisco Docal, empleado de correo; Eduardo Pereira, foguista marítimo; E. D. Semería, telegrafista ferroviario; Carlos Poggi, maquinista de calzado; Pedro Vengut, mozo de a bordo; Manuel González Maceda, encuadernador; Adán Ibáñez, ebanista; J. Balestrini, ferroviario, y Juan Pallas, linotipista. Siete eran sindicalistas, dos comunistas, dos socialistas y cuatro indefinidos.

⁵ Sebastián Marotta. *El movimiento sindical argentino*. Buenos Aires, Ed. Lacio, 1961, t. II, p. 232.

Lamentablemente, la preeminencia de la corriente sindicalista, con su rechazo global de la lucha política, impedía a la FORA desempeñar un papel más relevante. Muchos sindicatos comenzaron a apoyar a los socialistas porque, por medio de la acción política y parlamentaria, conquistaban leyes sociales y generalizaban los beneficios laborales. El éxito electoral del socialismo en 1916 señalaba esas expectativas de los trabajadores.

El Reformismo

En 1922 tuvieron lugar dos hechos importantes que afianzan el criterio reformista: la creación de la Unión Sindical Argentina (USA) por la fusión de la FORA del Décimo y los sindicatos autónomos, aunque manteniendo una fuerte influencia anarcosindicalista, y la fundación de la Unión Ferroviaria, que de 15.000 afiliados en su inicio pasaría a tener 75.000 en la década siguiente. Esta, con su estructura burocrática, sus organismos mutuales y asistenciales y las atribuciones legales que le daba la personería jurídica, sería el modelo típico del reformismo en la Argentina y ejercería durante mucho tiempo un liderazgo indiscutido sobre el movimiento obrero en su conjunto.

El reformismo había echado sus primeras raíces ya en la UGT, cuya vida se prolongó de 1903 a 1909. Se expresaba, entre otras cosas, en la aceptación de tribunales de arbitraje ante los conflictos laborales, en el apoyo a la acción parlamentaria para conseguir mejoras sociales mediante una legislación humanitaria, en el avenimiento al orden establecido por la ley burguesa y en la conversión de los sindicatos en órganos de gestión, asistenciales, mutualistas, de lucha por mejoras económicas, asumiendo una posición de prescindencia ante las cuestiones políticas y de hecho ante los planteos de cambios estructurales en el ordenamiento social.

Las raíces ideológicas del reformismo partían de la corriente revisionista europea, cuyos teóricos principales fueron Bernstein, Kautsky, Adler y Bauer, quienes con el pretexto de corregir a Marx negaron la lucha de clases y la revolución, remplazándolas por la colaboración de clases y la evolución paulatina, por medio de reformas, hacia una sociedad de prosperidad general. En el orden político, esos teóricos socialdemócratas renunciaban a la idea de un partido obrero, para abrazar en cambio la de un movimiento policlasista que, lejos de asustar a la burguesía y atraerse su odio, ganase su simpatía y colaboración; para ello, decían, había que postergar los objetivos de largo alcance que asustaban a la burguesía y dedicar todas las energías a las reformas inmediatas —en realidad remiendos sociales— que llevarían a la disolución pacífica y gradual del capitalismo.

“Cuando se pone de lado a la lucha de clases por ser un fenómeno desagradable y rudo –decía Engels al criticar esta tendencia–, al socialismo no le queda otra base que el *verdadero amor* a la *humanidad* y una vacía fraseología sobre la justicia”.⁶

Sin embargo, esa ideología resultaba atractiva a quienes miraban sin entusiasmo las luchas obreras y en cambio se mostraban propensos a la conciliación. Demás está decir que los burócratas sindicales se vieron interpretados cabalmente por ella, que como un espejo les devolvía su fiel imagen. La dirección del Partido Socialista adhirió rápidamente a esas concepciones y las transmitió al movimiento sindical a través de sus militantes, entrando en colisión con la corriente marxista, que finalmente se desgajó del socialismo en 1918 para fundar el Partido Comunista.

La doctrina reformista suponía, naturalmente, una modificación de los métodos de conducción. Si se remplazaba a la lucha de clases por la colaboración, la acción directa perdía su antigua preeminencia; se pasaba a la gestión benevolente ante las empresas y el Estado, a las comisiones paritarias y los tribunales de arbitraje, a la presión sobre el parlamento y los legisladores, renunciando al empleo de la violencia como respuesta a la violencia oficial. Si se remplazaba la revolución por la evolución, los sindicatos dejaban de ser un medio para convertirse en un fin en sí mismos, de acuerdo con el precepto de Bernstein: “El objetivo final no es nada, el movimiento lo es todo”. Si el socialismo dejaba de ser la meta anhelada –al menos tal como lo concebían los marxistas: una sociedad basada en la propiedad colectiva de los medios de producción, donde se operaría la extinción de las clases– y se convertía simplemente en un ideal ético; si la propiedad privada seguiría existiendo eternamente con la aquiescencia de la clase obrera, ¿por qué los sindicatos no podrían contribuir a la humanización del capital mediante la participación obrera en las ganancias empresarias, el cooperativismo e incluso la explotación directa de industrias?

Esta idea no sería nueva: ya entre 1904 y 1906 la UGT, central obrera “socialista”, explotó una fábrica de cigarrillos con las marcas Alba, Proletario y Porvenir, cuyas ganancias debían destinarse a la edición de propaganda sindical y a la manutención de la Cámara del Trabajo. Habiendo emitido cinco mil acciones de un peso cada una, el capital inicial de 3.920 pesos había ascendido en quince meses a 9.275 pesos, en tanto que su producción había subido de 83.000 atados en agosto de 1904 a 230.000 en mayo de 1905. La UGT recibió 4.000 pesos en concepto de porcentaje durante los dos años que duró la fábrica, pero no pudo seguir manteniéndola. En el informe al IV Congreso de la UGT en diciembre de 1906 se decía con toda seriedad que:

⁶ Carlos Marx y Federico Engels. *Correspondencia*. Buenos Aires, Ed. Cartago, 1972, pág. 316.

“si la mitad solamente de los trabajadores que tienen el vicio de fumar consumieran las marquillas nuestras, recibiríamos mensualmente más de un millar de pesos”.

En cuanto al destino de aquella primera Cámara del Trabajo –que funcionaba en la calle Florida 777– su tesorero desapareció un buen día con los fondos y tuvo que cerrar sus puertas. Resulta ilustrativo el hecho de que la primera experiencia reformista de una central obrera empresarial se vincule estrechamente con el primer caso de delincuencia sindical.

“Todos sabemos –advertía el dirigente gráfico Luis Bernard en 1907– cómo procede la clase dominante pagando a miserables que se introducen en las filas obreras para retrasar el movimiento emancipador”.

Pero el soborno no era aún una práctica generalizada; la corrupción mental era menos costosa para la burguesía, porque se imponía como resultado natural de las prácticas reformistas. Henry De Man, ministro social-demócrata belga, sostenía que todo obrero es un burgués fracasado y por lo tanto fatalmente destinado a ser atraído por el capitalismo. Esta mentalidad era obra de la aceptación de la propiedad privada y de la negación de la lucha de clases; no podía pedirse otra cosa del reformismo.

Recíprocamente, suavizaba su actitud la clase dominante. Sin renunciar a la represión, a la *Ley de Residencia*, ni a la *Ley de Defensa Social*, el Estado sancionaba las primeras leyes obreras asegurando el descanso dominical, reglamentando el trabajo de mujeres y menores, disminuyendo la jornada laboral, dictando normas sobre accidentes de trabajo, concediendo personería jurídica a algunos sindicatos, etc. Sin abjurar de las sangrientas matanzas perpetradas durante las celebraciones del 1º de Mayo de 1904, 1905 y 1909, el Estado oficializaba el día de los trabajadores en 1925; ya que en su día los obreros paraban a pesar de todas las prohibiciones, se lo convertía en feriado nacional.

En 1926 los socialistas se separan de la Unión Sindical Argentina, descontentos de la posición anarco-sindicalista de su mayoría dirigente, y forman la Confederación Obrera Argentina. Pero al poco andar, encuentran que esa escisión no tiene razón de ser, ya que ambas fracciones coinciden en un mismo ideario reformista, y en 1930 éstas se fusionan para formar la Confederación General del Trabajo (CGT), que se declara “apolítica” y, bajo la dictadura agresiva de Uriburu, afirma su “prescindencia” y niega que el movimiento obrero sufra restricciones..

Los dirigentes de la CGT, encabezados por Cerutti, Tramonti, Silveti, Negri, Rodríguez y otros, ofrecieron su colaboración a Uriburu y luego a Justo. En una carta a Uriburu firmada por el secretario general Luis Cerutti, la CGT decía que estaba “convencida de la obra de renovación administrativa del gobierno provisional” y le expresa su apoyo “en su acción de justicia institucional y social”.⁷ En ese momento las cárceles

⁷ Diario *La Nación*, 10 de Diciembre de 1930.

argentinas estaban llenas de presos gremiales y políticos, pero ello no impedía a la CGT, en su carta, decir que el gobierno “mantiene en vigencia la ley marcial para asegurar la tranquilidad pública”, para añadir tiempo después: “El desarrollo del movimiento obrero es normal”. Para fijar su posición ante los actuales acontecimientos, la CGT empieza por comprobar que, “salvo poquísimas y no reiteradas excepciones, los actos de los sindicatos que la integran no han sido molestados”.⁸ Entretanto, decenas de sindicatos se veían obligados a actuar en la clandestinidad.

Los sindicatos autónomos –dirigidos en su mayor parte por los comunistas–, que habían quedado marginados de la coalición reformista, canalizaron el descontento general de los trabajadores por la posición claudicante de la dirección de la CGT y lograron que esta fuera revocada el 12 de diciembre de 1935. Al incorporarse esos sindicatos a la CGT e inyectarle su vitalidad clasista, los burócratas reformistas que conservaban sus puestos convocaron el congreso constituyente para abril de 1936 y en el se votó una dirección unitaria en la que participaron todos los sectores y un Estatuto que otorgaba a la central obrera no solo la responsabilidad de luchar por los intereses inmediatos de los trabajadores, sino también – como se dice en su preámbulo– el deber de:

“preparar su emancipación, creando un régimen social fundado en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio”.

Pero la presencia de una CGT combativa asusta a la clase gobernante, que pone en movimiento a sus agentes para escindirla nuevamente. En mayo de 1937 los jefes desplazados en 1935 reconstituyen la Unión Sindical Argentina, en tanto que desde adentro se divide a la central en CGT n° 1 y CGT n° 2. Mas esta división no tenía andamio; los trabajadores exigían la unidad; la corriente clasista ampliaba su influencia y pasaba a dirigir importantes sindicatos; y sobre esta base las gestiones en pro de la unificación realizaron pronto evidentes progresos. Este proceso promisorio fue frustrado por el golpe de estado del 4 de junio de 1943.

Es interesante registrar el grado de desarrollo del movimiento sindical antes de la aparición del peronismo en la escena nacional, sobre todo para rebatir a los portavoces de éste, que se atribuyen el “mérito” de haber creado los sindicatos en la Argentina. Según las estadísticas oficiales⁹, en 1941 había en el país 356 sindicatos con 441.412 afiliados, cifra importante para el grado de desarrollo industrial de entonces. De ese caudal de trabajadores sindicalizados, 144.922 pertenecían a la industria (el 20% de los trabajadores ocupados, que sumaban 729.731), 154.907 a los puertos y trasportes, 117.709 al comercio, bancos y administración pública, y 23.874 a actividades varias. En el sector industrial se registraban 103 sindicatos, en los trasportes y puertos 44, en el comercio y demás servicios 137, restando 72 sindicatos de oficios varios.

⁸ CGT, *Documento* del 8 de noviembre de 1933.

⁹ *Organización sindical*, Dirección Nacional del Trabajo, Buenos Aires, 1941

Una fuente oficial¹⁰ señala que el mayor grado de sindicalización se observaba en los trasportes terrestres (30 sindicatos y 140.601 afiliados), seguidos por construcción (34 y 74.283), comercio, bancos y seguros (69 y 60.841), Estado (15 y 31.480), alimentación (39 y 29.171), portuarios y marítimos (14 y 14.306), confecciones (10 y 12.906), y textiles (2 y 12.404).

¿Quiénes dirigían este activo movimiento sindical en auge? No hay duda de que tras el ocaso del anarquismo los socialistas habían multiplicado sus posiciones y conducían importantes organizaciones como la Unión Ferroviaria, que tenía 75.000 afiliados, la Federación de Empleados de Comercio y la Unión Obreros Municipales, cuyos líderes eran, respectivamente, José Domenech, Ángel Borlengui y Francisco Pérez Leirós. Pero los comunistas dirigían ya importantes federaciones, cuyos caudales de afiliados correspondían al grado de desarrollo de sus respectivas industrias. Entre ellas se contaban las federaciones de la construcción, la carne, alimentación, metalúrgicos, textiles, madera, luz y fuerza, gastronómicos y vestido; tan sólo las dos primeras reunían en conjunto a cien mil afiliados. Esta composición de fuerzas se reflejaba en la CGT. En 1942, de 45 miembros de su Comité Central Confederal, 18 representaban a la Unión Ferroviaria, 17 a sindicatos dirigidos por los comunistas y 10 repartían sus votos entre ambos focos de opinión. El segundo congreso de la CGT, al elegir su presidencia el 15 de diciembre de 1942, dio 117.713 votos (contados de acuerdo con los cotizantes representados por los delegados) a Ángel Borlengui (comercio, socialista) y 108.082 a Pedro Chiaranti (construcción, comunista), ungidos así presidente y vicepresidente del congreso. Estos datos sugieren hacia dónde marchaba el movimiento sindical.

No hay duda de que el golpe de Estado quiso cortar este proceso, desalojando a los comunistas de las direcciones sindicales y remplazándolos por elementos incondicionales manipulados por el Estado. La formación de la nueva élite sindical estuvo condicionada por esos objetivos.

¹⁰ *Investigaciones sociales*, Dirección de Estadística Social. Buenos Aires, 1943-1945, p. 29.

Segunda Parte

LA JERARQUÍA PERONISTA

La captación del movimiento sindical fue uno de los objetivos principales de los militares del 4 de junio. Estos tuvieron una clara visión de la importancia que asumía el accionar de la clase obrera tras la eclosión industrial y expresaron la necesidad de atraerla y organizarla bajo sus concepciones.

Hablando en la Bolsa de Comercio de Buenos Aires el 25 de agosto de 1944, el entonces coronel Perón advertía a los empresarios:

“Yo llamo a la reflexión a los señores para que piensen en manos de quiénes estaban las masas obreras argentinas y cuál podía ser el porvenir de esas masas, que en un crecido porcentaje se encontraban en manos de los comunistas”.

“Un objetivo inmediato del gobierno ha de ser asegurar la tranquilidad social del país, evitando por todos los medios un posible cataclismo de esta naturaleza, ya que si él se produjera de nada valdrían las riquezas acumuladas, los bienes poseídos, los campos ni los ganados”.

La mejor manera de evitar el *cataclismo* –la revolución social– era hacer algunas concesiones económicas a las masas (“saber dar un treinta por ciento a tiempo, antes que perder todo a posteriori”) y organizarlas en sindicatos controlados por el Estado.

“Para evitar –continuó diciendo– que las masas que han recibido la justicia social necesaria y lógica vayan en sus pretensiones más allá, el primer remedio es la organización de esas masas para que, formando organismos responsables, organismos lógicos y racionales, bien dirigidos, no vayan tras la injusticia, porque el sentido común de las masas orgánicas termina por imponerse a las pretensiones exageradas de algunos hombres. Ese sería el seguro, la organización de las masas. Ya el Estado organizaría el reaseguro, que es la autoridad necesaria para que cuando esté en su lugar nadie pueda salirse de él, porque el organismo estatal tiene el instrumento que, si es necesario por la fuerza, ponga las cosas en su quicio y no permita que salgan de su cauce. Esa es la solución integral que el Estado encara en este momento para la solución del problema social. Se ha dicho, señores, que soy un enemigo de los capitales, y si ustedes observan lo que acabo de decir, no encontrarán ningún defensor, diríamos, más decidido que yo, porque sé que la defensa de los intereses de los hombres de negocios, de los industriales, de los comerciantes, es la defensa misma del Estado”.¹¹

¹¹ Juan D. Perón, *El pueblo quiere saber de qué se trata*. Buenos Aires, Imprenta de la Secretaría de Trabajo y Previsión, 1945, pág. 177 y siguientes.

De esta manera Perón se presentaba ya en sus comienzos como genuino representante de la burguesía nacional, la que, al sustituir en el poder a la oligarquía financiera tradicional, ponía en práctica una concepción más dinámica e industriosa, y, atenta también a la creciente incidencia política de las mayorías, prometía ciertas reformas sociales y aprovechaba la coyuntura favorable para desplegar un hábil populismo, pero no por eso descuidaba sus móviles capitalistas. Con plena razón Perón podía decir:

“No somos, de manera alguna, enemigos del capital, y se verá en el futuro que hemos sido sus verdaderos defensores”.¹²

Estos son hechos que ningún historiador puede eludir, porque son hechos reales.

En la posguerra, las naturales contradicciones de la burguesía nacional con el imperialismo —que amenazaba hasta su derecho a la existencia al frenar el surgimiento de la industria nacional— empujaban a esa burguesía al campo de la lucha por la liberación. Pero como clase explotadora, no podía tolerar que los trabajadores asumieran la hegemonía del proceso liberador y cuestionaran no sólo el dominio de los monopolios, sino la propia sociedad burguesa. La táctica de captar al movimiento sindical y ponerlo bajo el control del Estado burgués aparecía entonces como la fórmula más viable para una *liberación* sin revolución.

Captación del movimiento sindical

Los militares golpistas de 1943 no vacilaron ante la central obrera.

“A ningún mando militar se le escapaba —recuerda el coronel Domingo A. Mercante— la convicción de que la CGT n° 1 sería complaciente con el golpe, porque ya antes sus líderes habían sido complacientes frente a distintos gobiernos. Miraban con recelo, en cambio, a los poderosos sindicatos comunistas y socialistas militantes en la n° 2”.¹³

Finalmente disolvieron ésta y pactaron con los dirigentes reformistas de aquélla, aunque se entendieron con los jefes claudicantes de ambas, conformando una central obrera única corporativizada. Sus jefes recibieron toda clase de prebendas; Cipriano Reyes pudo organizar bandas armadas para desalojar a la dirección de José Peter del gremio de la carne. Mientras tanto, desde la Secretaría de Trabajo y Previsión se realizaba una política de concesiones —aumentos salariales, aguinaldo, etc.— facilitada por la próspera situación económica del país, debida al auge del comercio exterior argentino durante la guerra y la irrupción de una vigorosa industria nacional nacida de la necesidad de sustituir importaciones.

¹² Discurso del 21 de Octubre de 1946.

¹³ *Primera Plana*, n°. 146, 24 al 30 de Agosto de 1965

El 11 de setiembre de 1943 se constituyó el Comité Central Confederal de la CGT reconocida, compuesto en su mayoría por dirigentes socialistas, la mayor parte de los cuales pasaría a colaborar con el peronismo.¹⁴ Dicha dirección fue el puente hacia una conducción totalmente estatizada.

No vamos a entrar, para no extendernos, en lo anecdótico del proceso. Sobre ello han escrito algunos testigos. Alfredo López, dirigente socialista que en 1945 se pasó al peronismo y desde 1949 militó en la Unión Obreros y Empleados Municipales, relata los primeros contactos de Perón con los dirigentes sindicales, tras el golpe de 1943. Su contacto inicial, dice, fue un dirigente de la Asociación de Viajantes de Comercio, que lo vinculó a Borlengui y a otros líderes de la CGT n° 2, con quienes Perón se reunió en una finca del pasaje Tres Sargentos entre San Martín y Reconquista. Asumida la Secretaría de Trabajo y Previsión, que empieza a funcionar el 2 de diciembre de 1943, las reuniones salieron de las sombras y se hicieron frecuentes. A las mismas concurrieron, también, grupos extra sindicales. Según López, Perón convence a todos con su prédica y con su obra y forma con ellos el elenco que constituiría luego su principal base de apoyo político.¹⁵

Otro testigo, pero del campo opuesto, fue el secretario general de la Federación Obrera de la Industria de la Carne, José Peter, cuya popularidad era enorme dentro y fuera de los medios sindicales. Detenido por los militares golpistas y enviado prisionero a la cárcel de Neuquén, ante la huelga de los frigoríficos que reclamaba su libertad debió ser traído a Buenos Aires en avión, el 2 de octubre de 1943, para ser devuelto a su gremio. Peter relata cómo se lo quiso sobornar con dinero para que se plegara a la camarilla en formación; cómo fue citado en su despacho de la Casa de Gobierno por el general Verdaguer, a la sazón interventor en la provincia de Buenos Aires, y qué denigrantes ofrecimientos se le hicieron, al igual que a otros dirigentes clasistas —entre los cuales nombra a Rubens Iscaro—, sin lograr tentarlos ni doblegarlos. Dice que ciertos funcionarios: “decidieron ponerse a la tarea de ofrecer protección a elementos extraídos de cualquier parte, concediendo toda clase de facilidades a estos advenedizos para que lograran afirmarse en las direcciones que habían recibido como regalo” y que, del sistema de terror abierto, se pasó a:

“la seducción indirecta y sistemática, con beneficios que por otra parte los industriales, que embolsaban millonadas con su comercio provocado por la guerra, daban gustosos, por cuanto eran migajas comparados con los succulentos dividendos que les redituaban sus capitales”.¹⁶

¹⁴ Formaron este Comité Central Confederal Ramón Seijas, Alcides Montiel, Enrique Porto, Alfredo Fianza, Juan Pardo, Néstor Álvarez, Manuel Barreiro, Cándido Outerolo, Isaías Santín, Eugenio Carballo, Emilio Bagnola, Francisco Cippano, Emilio Barea, Jorge Álvarez, Lucio Bonilla y José Méndez.

¹⁵ Alfredo López, *Historia del movimiento social y la clase obrera argentina*. Buenos Aires, Ed. Programa, 1971, pág. 399 y ss.

¹⁶ José Peter, *Crónicas proletarias*. Buenos Aires, Ed. Esfera, 1968, pp.ss. 202-220.

El mismo Perón ha confesado que para atraerse a los dirigentes sindicales y persuadirlos de la conveniencia de un apoyo recíproco tuvo que apelar al más puro maquiavelismo. Explica que tras asumir la Secretaría de Trabajo en 1944, en las conversaciones que sostenía con los dirigentes gremiales:

“yo les hablaba un poco en comunismo”. “¿Por qué? -dice-, porque si les hubiera hablado en otro idioma en el primer discurso me hubieran tirado el primer naranjazo... Porque ellos eran hombres que llegaban con cuarenta años de marxismo y con dirigentes comunistas... Ellos querían ir a un punto que creían, con la prédica de tantos años, era el conveniente... Se inclinaban más hacia la lucha de clases... La gente que iba conmigo no quería ir hacia donde iba yo; ellos querían ir hacia donde estaban acostumbrados a pensar que debían ir. Yo no les dije que tenían que ir a donde yo iba; yo me puse delante de ellos e inicié la marcha en dirección hacia donde ellos querían ir; durante el viaje, fui dando la vuelta, y los llevé a donde yo quería...”¹⁷

Si bien Perón –como portavoz de la burguesía nacional que esperaba el momento del despegue económico, hasta ese momento obstruido por los monopolios yanquis e ingleses– inició una política que entraba en colisión con el imperialismo y sus socios de la oligarquía, no consideró que esa política de liberación y desarrollo autónomo podía y debía buscar su más firme apoyo en un movimiento obrero independiente y clasista. Su ideal de un sindicalismo sometido y verticalizado bajo su conducción, habría de chocar con aquella política y, de hecho, obstaculizarla. Empero, la sagacidad de Perón le permitió mal que bien adaptarse a una realidad nacional signada por el giro a la izquierda de las masas y por el triunfo del socialismo en el mundo.

Pero en 1944, ni las condiciones históricas objetivas ni la formación política subjetiva de Perón, coadyuvaban a una visión más lúcida. En ese entonces las preocupaciones de Perón estaban dirigidas a crearse una base de masas para afrontar con éxito las futuras elecciones, recurriendo no a liderar un frente de todas las fuerzas políticas que propiciaban un cambio social, sino a estructurar su propia fuerza a costa de aquéllas. Por eso debía “hablar de comunismo” a los dirigentes sindicales y ofrecerles algunos estímulos para que se avinieran a sus planes.

Sin embargo, hay que decir con claridad que los dirigentes que se dejaron seducir por la retórica del líder, hacía rato que habían dejado de ser marxistas y practicaban –como lo reconocía Mercante– la complacencia oportunista. Los auténticos marxistas, fieles a su ideario, no se dejaron seducir ni comprar, y los sindicatos cuyas direcciones compartían resistían el avasallamiento. Impermeables a cantos de sirenas, muchos sindicatos no tardaron en sufrir represalias y represiones. Algunos fueron intervenidos, empezando por la Unión Ferroviaria y La Fraternidad y siguiendo con la Unión Obreros y Empleados Metalúrgicos, la Federación Bancaria, la Federación Telefónica, la Federación Gráfica Bonaerense, la

¹⁷Juan D. Perón. *Conducción política*. Buenos Aires, Ed. Mundo Peronista, 1950, pág. 290 y siguientes.

Federación Obrera Tucumana de la Industria Azucarera y la Federación Obrera de la Industria de la Carne. En muchos gremios el gobierno patrocinó la creación de sindicatos paralelos a los que otorgaba personería jurídica con la idea de brindarles la exclusividad de la representación gremial y promover de ese modo la afiliación masiva y compulsiva de los trabajadores a esos sindicatos reconocidos. Así, frente a la Federación Obrera Nacional de la Construcción, cuyos locales fueron clausurados, se creó la Unión Obrera de la Construcción; frente al Sindicato Único de la Madera, cuyos dirigentes fueron metidos en la cárcel, se creó la Unión Obrera de la Industria Maderera; frente a la Federación Argentina de Trabajadores de Imprenta, tras un frustrado intento de coparla, se creó la Federación Gráfica Argentina. De esta manera la “unidad sindical” se imponía desde arriba, mediante la personería (reconocimiento por el Estado), en tanto que las empresas eran convertidas en agentes de retención de las cotizaciones sindicales¹⁸, comprometiendo a ambos factores antagónicos con un régimen de atingencias recíprocas y asegurando a la vez la afiliación global y obligatoria de los trabajadores de cada gremio al sindicato oficial.

En tales condiciones, el sostenimiento de sindicatos autónomos hubiera resultado imposible¹⁹, no tanto porque fueran privados de la cotización que permitía financiarlos o porque se esfumara la conciencia de clase que les daba ímpetu, sino porque los trabajadores afiliados a ellos resultaban privados de todo beneficio y porque, si las masas que se incorporaban a la industria se afiliaban a los sindicatos reconocidos, sostener otros sindicatos significaba aislar de esas masas a los dirigentes más lúcidos y avanzados, que estaban en aptitud de orientarlas. Estas consideraciones movieron a los dirigentes clasistas a disolver los sindicatos preexistentes e incorporarse con su caudal de afiliados a las nuevas organizaciones.

La CGT llegó a tener en su momento de máximo esplendor cerca de cuatro millones de afiliados. Sus jerarcas se jactaban de que la Argentina era el país de mayor porcentaje de sindicalización obrera y que ello se debía a la íntima comunión que ligaba a los trabajadores y sus destacados dirigentes. Como esas cifras no se habían registrado jamás, exponían la conclusión de que la verdadera acta de fundación del movimiento sindical argentino databa de ese momento. Hasta entonces, decían, no hubo movimiento sindical, porque las organizaciones existentes se consumían en el dominio ideológico de camarillas extranjerizantes; sólo una doctrina nacional “*probada e insuperada en sus alcances*” (Rucci) podía atraer, organizar y canalizar el ímpetu del proletariado argentino.

¹⁸ Decreto 23.852 del 2 de Octubre de 1945, art. 40.

¹⁹ Sólo pudieron permanecer autónomos algunos sindicatos inofensivos, meramente mutualistas, pero perdieron su autonomía apenas intentaron algunas medidas de lucha. La Confederación General de Gremios Marítimos y Afines, por ejemplo, ni siquiera estaba afiliada a la CGT, pero cuando los marítimos salieron a la huelga en 1950 fue intervenida por la propia CGT, que no tenía ninguna potestad jurídica sobre ella.

Pero los autores de esas versiones ocultan deliberadamente que el gran salto cuantitativo del movimiento sindical que se opera hacia 1947 fue en gran medida corolario del boom industrial experimentado por el país en ese momento, como consecuencia de la interrupción de las importaciones motivada por la guerra y la necesidad de sustituirlas con la producción nacional. Esta coyuntura estimula un gran desarrollo de las industrias existentes y el surgimiento de otras nuevas. La expansión se produce prácticamente sin equipos; las fábricas de repuestos que existían se van dedicando a la producción de maquinarias. Crece y se diversifica el mercado interno. Se elimina temporalmente la desocupación y aumenta la demanda de mano de obra, lo que a su vez obra benéficamente sobre el nivel de los salarios. El campo se vuelca en las ciudades: campesinos hambreados en el interior, atraídos por el auge industrial, invaden el litoral y especialmente el Gran Buenos Aires. La falta de viviendas no los preocupa: se forman las villas miseria, en torno a las zonas fabriles. El “*cabecita negra*”, como se lo bautizó despectivamente, se transformó de peón de campo en peón industrial y se fue calificando, asimilando las nuevas técnicas y adaptándose mal que bien a las condiciones de la urbe.

Las fuerzas productivas experimentan ese desarrollo superando la escasez de equipos, materias primas, energía eléctrica y combustibles; en las ramas del consumo, la industria nacional llega a abastecer totalmente el mercado. Incluso el país llega a exportar productos manufacturados, aprovechando la ausencia transitoria de una real competencia de precios y calidades. El resultado es que, entre los años 1939 y 1946, la cantidad de establecimientos fabriles pasa de 50.000 a 86.000; los obreros ocupados en ellos pasan de 534.605 a 938.387 y los empleados de 63.106 a 135.484. Similares avances se dieron en la construcción, los trasportes, las industrias extractivas, la administración pública.

El censo industrial de 1946 indicó que en los últimos diez años el número de establecimientos fabriles se había incrementado en un 220 % y el personal ocupado en un 228 %. El 21 % de las empresas censadas (18.241) se habían constituido entre 1936 y 1941, y el 29% (25.130) entre 1942 y 1946. Ese 50% de empresas nuevas daban ocupación a 298.826 obreros.

El *boom* industrial y la abundancia de divisas producida por la colocación en Europa de dos cosechas de cereales que el país tenía acumuladas, fueron aprovechados por la élite política, a la que le tocó en suerte gobernar durante ese período, para hacer algunas concesiones económicas y sociales a los trabajadores –aumentos de salarios, aguinaldo, jubilaciones, convenios de trabajo, leyes laborales, etc.– todo lo cual, acompañado de una propaganda demagógica sobre las bondades del régimen, permitió ganar el corazón de las masas obreras y canalizar su apoyo entusiasta mediante la afiliación obligatoria a los sindicatos, dirigidos ya en su mayor parte por elementos incondicionales.

Todo ello, claro está, se vio facilitado por la existencia de un nuevo proletariado, proveniente del éxodo rural, venido de las provincias más atrasadas, desprovisto de formación clasista, tan distinto de aquel que, de origen inmigratorio y con conciencia socialista, había creado nuestras organizaciones sindicales. El resto fue obra del descreimiento político frente a la corrupción oligárquica y la anormalidad institucional que el país padecía desde 1930. Y si bien es cierto que después del punto óptimo alcanzado en 1948, diluida va la coyuntura favorable de postguerra, se inició una decadencia incontenible ²⁰, la permanencia de algunas conquistas alcanzadas en el buen momento, la continuación de una propaganda dosificada y la creación de toda una mitología en torno de los conceptos del bienestar, soberanía y justicia social, permitieron a la corriente política dominante mantener en lo fundamental el caudal del apoyo obrero.

Formación de la Nueva Élite

Ahora bien, ¿quiénes integraron la nueva élite sindical? ¿Acaso fue una corriente nueva, químicamente pura, formada por hombres sin antecedentes, que venían a negar y repudiar todo lo que se había hecho hasta entonces en el movimiento obrero? No, por cierto.

Es un hecho que los hombres que formaron la nueva élite sindical procedían en su mayoría de la corriente reformista; eran socialistas y anarcosindicalistas. Ante el fenómeno social del peronismo, esa corriente de dirigentes se dividió en dos: los que, sin considerar el tremendo impacto de ese fenómeno sobre las masas, se encerraron en una obstinada oposición sistemática y se proclamaron “sindicalistas libres” como alternativa frente a un presunto o real totalitarismo; y los que, cediendo a la tentación de aprovechar en beneficio propio las ventajas y sinecuras que se les ofrecían, abandonaron antiguas banderías formales y se adaptaron a las nuevas circunstancias. Al fin y al cabo, la nueva corriente dominante no era más que una variante del reformismo.

Acaso el símbolo más ilustrativo de esta tendencia sea Ángel Borlenghi, Secretario General de la Confederación de Empleados de Comercio, que adscripto a la corriente reformista y a la actividad socialista, había sido admirador de la República Española y escrito en el periódico de la CGT una brillante serie de artículos contra el fascismo, pero que al triunfar en el país los militares profascistas del GOU no titubeó en adherir a ellos, apoyó luego la candidatura de Perón y finalmente fue su Ministro del Interior y uno de los principales organizadores de la persecución al movimiento sindical independiente.

²⁰ Sobre la base 100 para 1943; el volumen físico de la producción industrial registró en los años subsiguientes hasta 1955 los siguientes índices: 113,4; 114,2; 128,8; 148,4; 150,3; 144,4; 148,4; 68,2; 67,1; 67,6; 73,7; 82 9. La inflación hizo aumentar la circulación monetaria de 1.800 millones de pesos en 1943 a 31.000 millones en 1954, y la carestía hizo descender los salarios reales de un índice 100 en 1949 a 75 en 1954

De similar trayectoria fueron la mayoría de los dirigentes sindicales de la primera hornada peronista. Luis F. Gay, secretario general de la CGT en 1946 y 1947, había sido miembro del Comité Central Confederal ya en 1931, representando a la Federación Telefónica, cuya secretaría general ejercía desde su fundación en 1928. En 1945 fue fundador y primer presidente del Partido Laborista, cargo desde el que saltó al año siguiente a la secretaría general de la CGT.

En ésta fue sucedido por Aurelio Hernández, que tampoco era un hombre nuevo, ya que durante treinta años había actuado en los gremios de la madera y de la sanidad, llegando a ejercer la secretaría de la Unión Sindical Argentina, central de tendencia anarcosindicalista creada en 1922. Hernández era un típico representante del “sindicalismo policial”, corriente que se infiltraba en los sindicatos para llevarlos a actitudes descabelladas y provocar su aplastamiento por la policía. Otro de sus antecedentes fue el de haberse afiliado al Partido Comunista, del que fue expulsado en 1930.

Recién en 1948 llega al máximo cargo cegetista un hombre nuevo, José Espejo, cuya vida gremial se había iniciado sólo cinco años antes, en 1943, en el sindicato de la alimentación, del que llegó a ser secretario de prensa, sin alcanzar la secretaría general; su meteórica promoción se debió a una intervención directa de la esposa del Presidente de la República, más que a méritos que hiciera valer por sí mismo; duró en el cargo hasta que una estridente silbatina, el 17 de octubre de 1952 en Plaza Mayo, le cortó la carrera.

Si Espejo carecía de antecedentes preperonistas, sí en cambio los tenían otros miembros del secretariado de la CGT en 1946, reelectos en 1950; Antonio Valerga, ex militante socialista, dirigente del gremio del vestido desde 1926, y David Diskin, también proveniente de las filas del socialismo, dirigente de los empleados de comercio y fiel acólito de Borlenghi en la década del 30. Otro miembro del secretariado de la CGT en 1946 había actuado en la Unión Obreros Municipales desde 1919, llegando a integrar su Consejo Directivo e ingresando en el Comité Central Confederal en 1933. Entre 1948 y 1950 se fueron incorporando al secretariado de la CGT hombres con trayectorias similares a las indicadas: un dirigente telefónico, otro del calzado, otro de larga trayectoria socialista que representaba a los trabajadores estatales y llegaría a ser diputado nacional peronista, un dirigente ferroviario de antecedentes reformistas que ocuparía también una banca legislativa, otro que había representado a los obreros azucareros tucumanos desde 1942, y un militante de la Unión Tranviarios Automotor desde 1939 y miembro de su dirección desde 1943.

Algunas Características de esta Élite

De los datos apuntados se desprende que la élite sindical surgida tras el golpe de estado de 1943 y consolidada en 1946 con la asunción de Perón a la presidencia, no era un producto nuevo, peculiar, que entrañara una ruptura con el pasado. Tampoco era la personificación de una ideología original, fruto de una nueva conciencia histórica.

Esos dirigentes peronistas que habían militado en las filas socialistas y anarcosindicalistas, de sus antiguas concepciones conservaban la esencia reformista —que era la base de la “doctrina” que se presentaba como nueva y como nacional— y su alergia patológica al marxismo revolucionario y a los cambios predicados por sus sostenedores, tachados sistemáticamente de extranjerizantes. Frente a los comunistas que eran expulsados de los sindicatos y frente a los reformistas amarillos devenidos proyanquis, ideaban una cómoda equidistancia que ensamblaba perfectamente con la teoría de la *‘Tercera Posición’* entre el trabajo y el capital,

El ideario de la nueva élite coincidía con el de la élite reformista tradicional en la ilusión de un capitalismo humanizado, respetuoso de los intereses de la clase obrera y administrado por un Estado imparcial, y en el sostenimiento de la colaboración de clases en oposición al principio de la lucha de clases que había primado en el movimiento sindical hasta 1922 y que pareció reimplantarse hacia 1936 con el auge de la corriente clasista.

Sin embargo, el reconocimiento de la cuna de la que procedieron los primeros jefes sindicales peronistas no implica identificar a la nueva élite con la anterior. Es un hecho que Perón quiso formar sus propias jerarquías según sus iniciales convicciones corporativas, sin admitir imbricaciones de otra naturaleza. Como él mismo lo reconoció en sus escritos, le fue necesario al principio recurrir a lo que existía, es decir, a las direcciones sindicales susceptibles de claudicar ante él o ante cualquier otro que hubiera alcanzado el mando, pero luego se encargó de dictar a esos elementos sus propias pautas ideológicas. En este sentido puede decirse que Perón creó un nuevo tipo de dirigente, educado en las escuelas peronistas. La nueva élite fue así diferenciándose más y más de la anterior, abandonando los resabios del socialismo y el anarcosindicalismo y asumiendo las posturas que se le dictaban verticalmente, sin derecho a crítica o análisis exhaustivo. Esta élite cegada por una “causa” impuesta, que actuaba maquinalmente según directivas recibidas, fue fácil de seducir por los halagos de la corrupción. Lo que no ocurrió con millares de dirigentes peronistas intermedios y de base, empujados a amoldarse a las mismas pautas de conducta, pero que no fueron “retribuidos” más que con palabras y promesas.

Una característica de la nueva élite es su estatización y verticalidad.

“Hay una estrecha relación entre los sindicatos y el poder formal –dice Imaz–. La identificación es tanto doctrinaria como de conducción. El dirigente del Estado resulta a la vez el líder máximo de los trabajadores, y la identificación se produce en todos los planos, convirtiéndose los sindicatos en uno de los tres puntos de apoyo del grupo gobernante... Los sindicatos están en el poder, pero gozan sólo de una parte del poder. Los dirigentes son parte de la clase dirigente, pero la real conducción se ve menoscabada por la prevalencia absoluta de un liderazgo político –ajeno aunque identificado con los sindicatos– que impone las pautas y criterios de selección aun dentro de las entidades gremiales”.²¹

La cita, que se refiere a esta etapa del movimiento sindical argentino, nos sugiere el modelo corporativo. El Estado, presuntamente imparcial y por encima de las clases, se encarga de “armonizar” la sociedad y en aras de esa armonía interviene y decide en todos sus estamentos, también en los sindicatos. Refiriéndose a la Italia fascista dice Mousnier:

“Los poderes públicos podían rehusar la admisión de los dirigentes de las corporaciones y sindicatos, revocarlos, disolver sus consejos directivos, nombrar un comisario encargado temporariamente de la dirección, anular las deliberaciones, autorizar de antemano las decisiones importantes”.²²

Fue justamente con estos métodos que se “unificó” al movimiento sindical argentino bajo la tutela del Estado justicialista.

En consecuencia, otra característica de esta etapa es la negación de la democracia y la independencia sindicales. En las asambleas –cuando se convocan, y esto es muy raro– comienzan a verse bandas de matones regimentados. Las elecciones en los sindicatos, que antes se realizaban cada dos años, ahora se realizan cada cuatro o más años. El congreso de la CGT de 1950 resuelve modificar el Estatuto de la central obrera; le poda todos los párrafos que pudieran oler a marxismo, como el que se refería a la aspiración de una sociedad sin clases, fundada “en la propiedad colectiva de los medios de producción y de cambio”, y los reemplaza por una expresa adhesión incondicional al presidente de la nación y su señora esposa. Y para que no quede duda del sentido de estas enmiendas, una resolución especial del congreso, insertada en el Estatuto como art. 4°, dispone:

“Encomendar a las organizaciones afiliadas y a los trabajadores en general la eliminación de los elementos comunistas, francos o encubiertos, y de todos aquellos que se solidaricen con su acción, eliminándolos de los puestos de dirección e impidiendo que puedan ejercer su perniciosa influencia en los medios obreros”.

²¹ José Luis de Imaz, *Los que mandan*. Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1968, p. 210.

²² Roland Mousnier. *Las jerarquías sociales*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1972.

La misma disposición es trasladada a los Estatutos de los principales sindicatos. El de la Unión Obreros y Empleados Metalúrgicos en su art. 5° y el de la Asociación Obrera Textil en su art. 4° la repiten en forma idéntica:

“Todos aquéllos que respondan a las directivas o ideas del Partido Comunista no podrán ocupar cargos representativos en la Organización, sean directos o indirectos, que comprenden desde el delegado hasta el miembro directivo”.

De este modo se facilitaba a las empresas, y en particular a los monopolios extranjeros, el despido de todos los obreros de dicha ideología y su inclusión en listas negras con el fin de negarles trabajo en lo sucesivo e impedir que volvieran a “infiltrarse”. La solidaridad obrero-patronal sostenida por el peronismo resultaba ser más poderosa que la solidaridad entre trabajadores de ideologías diferentes, que la élite sindical consideraba repulsiva.

Esta comunión obrero-patronal encontró clara expresión durante las huelgas de ese período. En todos los casos fueron “huelgas salvajes”, es decir, sin consentimiento o al margen de las direcciones sindicales. Las principales de estas huelgas²³ fueron reprimidas con inusitada violencia, centenares de militantes fueron a parar con sus huesos a las prisiones, mientras los sindicatos permanecían cerrados y sus dirigentes se tomaban unas obligadas vacaciones.

Pero justamente estas huelgas mostraron el comienzo del divorcio entre los trabajadores y la élite sindical peronista. Los gremios en huelga cuestionaron a sus direcciones y de hecho, en la calle, las remplazaron por comités de huelga elegidos en grandes asambleas e integrados por militantes de todas las corrientes. Ante ese pleito real, el Estado defendió celosamente a las jerarquías verticales. Durante la huelga del riel en 1950, el gremio en masa repudió a la dirección de la Unión Ferroviaria encabezada por Pablo Carnero López y exigió su renuncia, y lo hizo tan contundentemente que Perón mismo tuvo que asumir su defensa. Al hablar en el séptimo aniversario de la Secretaría de Trabajo y Previsión, tras calificar a la huelga ferroviaria como: “un conflicto producido desde el exterior por una causa inexistente, al servicio de intereses extranjeros”, el presidente dijo:

“Declaro públicamente que la Comisión Directiva de la Unión Ferroviaria es de las más fieles peronistas que en este momento existen”.²⁴

Pero la defensa de Perón de nada sirvió y dos meses después el gremio había reanudado la huelga; ante ello, Perón llamó a los dirigentes de la Unión Ferroviaria a su despacho y les dijo:

²³ Las de los Gráficos y los Azucareros (1949), Municipales, Marítimos, Frigoríficos, Construcción, Bancarios y Ferroviarios (1950), Metalúrgicos (1954), alcanzaron vastas proyecciones. Con anterioridad, durante el período del peronismo “en ascenso”, tan sólo en la Capital Federal hubo 387 huelgas que involucraron a 951.624 obreros y empleados.

²⁴ Diario *Democracia*, 27 de noviembre de 1950

“No creí jamás que llegara a producirse en nuestros ferrocarriles una cosa como la que se está produciendo, que es el producto de mil o dos mil agitadores y de ciento cuarenta y ocho mil indecisos”.

Y seguidamente les comunicó su determinación:

“Voy a decretar la movilización militar de todo ese personal que se niega a concurrir a sus tareas. Decretada la movilización, el que concorra a su trabajo está movilizado en él; el que no concorra tendrá que ser procesado e irá a los cuarteles, se incorporará bajo el régimen militar y será juzgado por la justicia militar de acuerdo con el Código de Justicia Militar”.²⁵

Los jerarcas no movieron las pestañas y la movilización militar se produjo. Entre tanto, Carnero López había renunciado y la Unión Ferroviaria había sido intervenida por la CGT. El interventor era nada menos que José Alonso, cuya primera decisión fue “confirmar en sus funciones a todos los miembros de las Comisiones Ejecutivas, con su actual composición”²⁶, es decir, reconocer a las jerarquías repudiadas por los trabajadores.

El autor de estas páginas fue un ansioso espectador de los mítines y manifestaciones de los metalúrgicos durante la gran huelga de 1954 y escuchó las ruidosas silbatinas que cubrían la plaza Martín Fierro cada vez que se nombraba a Baluch, González, Drago, Puricelli, Moraschi, Ruiz, Etchebarne y otros jerarcas de la Unión Obrera Metalúrgica, cuya renuncia se exigía. En una de las escaramuzas de la huelga, el 7 de junio, millares de trabajadores metalúrgicos se dirigieron en manifestación hacia el local de la UOM, ubicado al 2000 de la calle Moreno, con el ánimo de recuperar su organización y darse, en asamblea soberana, una dirección provisoria, pero la manzana estaba rodeada por fuertes contingentes policiales que repelieron brutalmente las columnas obreras. El gobierno defendió con celo a los jerarcas pero, por las dudas, hizo organizar un equipo de relevo encabezado por el diputado Hilario Salvo, quien sin embargo no pudo servirle porque fue expulsado por los huelguistas cuando intentó ponerse a la cabeza de una manifestación. La colisión entre la élite y la base no podía ser más cruda.

En cambio, a medida que pasaba el tiempo, se estrechaba la alianza, el reconocimiento y la amistad entre la élite sindical, el Estado y las empresas. Los obreros, con ese humor popular que siempre estuvo latente incluso en medio de sus dramas, bautizaron aquella alianza con el nombre de Santísima Trinidad.

“La patronal nos explota –decían–; el Estado apoya a la patronal; los jerarcas sindicales ayudan a ambos”.

Los huelguistas declaraban:

²⁵ Reunión con los dirigentes sindicales en la Casa Rosada el 24 de enero de 1951

²⁶ *El Líder*, 21 de diciembre de 1950

“El patrón nos despide; la policía nos mete en la cárcel; los jerarcas nos expulsan del sindicato”.

Esta íntima comunión de la *Santísima Trinidad* tuvo brillantes oportunidades para manifestarse. En ocasión del Congreso de la Productividad realizado bajo los auspicios del gobierno en marzo de 1955 se adoptó un llamado Acuerdo Nacional por el cual los empresarios y los jerarcas de la CGT se comprometían a actuar armónica y solidariamente para obtener los “índices óptimos de productividad”, aceptando normas de racionalización, reducción de los personales, aumentos de salarios “indirectos” mediante el trabajo a destajo y los sistemas de premios. Una cláusula autorizaba acuerdos separados entre las empresas y los dirigentes de los gremios, “independientemente de los convenios en vigencia”, para incrementar la productividad, disposición que era fuente copiosa de corrupción.

También en este período se verifica una correspondencia de los puestos de prevalencia en los sindicatos y en el Estado. Dirigentes sindicales como Angel Borlenghi (Mercantil) y José María Freire (Vidrio), ambos de antecedentes socialistas, detentan las carteras ministeriales de Interior y de Trabajo; otros dirigentes como Valerga, Diskin, Alonso, etc., son diputados nacionales; otros más ocupan cargos bien rentados en la administración pública, en las cajas de jubilaciones, en el cuerpo diplomático. Dice Imaz que de 108 “agregados obreros” enviados a las embajadas extranjeras durante el peronismo, sólo dos retornaron a sus funciones sindicales, y de 18 que integraron el Secretariado de la CGT entre 1946 y 1955, sólo uno retornó a las funciones gremiales después de 1958²⁷, hecho que él interpreta como producto de la “movilidad social ascendente”. Expresión que podría traducirse como enriquecimiento y posterior deserción del medio obrero que los promocionó.

“Esto -agrega Imaz- pareciera ser algo difícil de evitar al más alto nivel de la conducción sindical. Y se ha venido comprobando en forma masiva desde el período reformista a la fecha: la deserción de una parte de los dirigentes producida por su propio ascenso social. Y la deserción es muy amplia en el período peronista”.

Más que algo difícil, diríamos que es imposible de evitar en el marco de una concepción sindical que lleva latente el germen de la apostasía.

²⁷ José Luis de Imaz, *Ob. cit.*, p. 231

La Etapa Contemporánea

Durante los años 1955 a 1958, las características que hemos señalado, si no desaparecieron, al menos se amenguaron por motivos obvios: el paso a la “oposición” al caer el peronismo, el ocaso y alejamiento de no pocos jerarcas, la represión militar de las actividades políticas y sindicales, la intervención a la CGT y los sindicatos y, ante ese poder represivo, la igualdad de condiciones en que temporalmente se vieron hermanados todos los sectores o corrientes no amarillos del movimiento obrero, tanto los que durante la década anterior habían sido oficializados como los que habían sido excluidos y perseguidos.

Esa relativa y transitoria “igualdad de oportunidades” puso a prueba durante casi tres años a los dirigentes sindicales. La clandestinidad derrumbó las barreras entre peronistas, comunistas y socialistas de izquierda. Las masas trabajadoras necesitadas de recomponer sus cuerpos dirigentes no seleccionaron a sus representantes con el criterio exclusivista en que se las había querido educar, sino que, con instinto de clase, apoyaron a los militantes más combativos, capaces y abnegados, a los que no eludían riesgos frente a la represión, y repudiaron tanto a los elementos acomodaticios del período anterior como a los “sindicalistas libres” que asaltaron los sindicatos en 1955 con el apoyo tácito del gobierno de facto.

En los cuerpos directivos de los sindicatos que se fueron normalizando después de 1956 fue dable ver a hombres de distintas tendencias ideológicas. Claro que el poder militar no podía aceptarlo y varias elecciones fueron impugnadas por el Ministerio; el caso más singular fue el del gremio de la construcción, donde las elecciones debieron convocarse tres veces sin que pudiera evitarse el triunfo de los candidatos sostenidos por los trabajadores. En el gremio del vestido, según una denuncia, “se comprobó que votaron patrones, dentistas, tintoreros, botoneros y socios fallecidos”, registrados en un padrón del año 1951 en el que figuraban 15.000 personas que ya no pertenecían al gremio. En el sindicato pastelero, 6.000 trabajadores se vieron impedidos de votar por no haberse reafiliado. En el gremio de la madera, pocos días antes de las elecciones fueron detenidos los candidatos que disgustaban al interventor. En varios sindicatos fueron inhabilitados los candidatos de las listas en las que se descubría “infiltración foránea”. Pero nada de ello pudo evitar a la postre que se formaran cuerpos directivos “unitarios”, como se dio en llamar a los integrados por militantes de diferentes motivaciones ideológicas, y esas nuevas direcciones constituyeron comisiones intersindicales en las principales ciudades del país y una Comisión Intersindical nacional, cuyo programa de cinco puntos exigía la libertad de los trabajadores presos, el establecimiento de precios topes para los artículos de primera necesidad, la vigencia de los derechos sindicales, la derogación de la legislación restrictiva y la normalización de la CGT y las federaciones.

Desde ya que no todos los dirigentes estaban en la misma tesitura. Algunos que hasta 1955 habían sido fervientes peronistas, aparecían de pronto colaborando con la Revolución Libertadora. Uno de ellos, según ciertos testimonios, fue Adelino Romero, por entonces secretario general de la rama algodón en el gremio textil; su colega *Lopecito*, titular de la delegación de Alpargatas, participó en la destrucción del busto de Evita emplazado en el sindicato; la Asociación Obrera Textil fue entregada a una comisión provisoria encabezada por Adelino Romero y Casildo Herrera. La federación gastronómica fue tomada por una fracción peronista que disentía con su anterior conducción y estaba encabezada por Ramón Suárez, ex miembro de la custodia presidencial, y Maximiliano Hernández. Un grupo de jerarcas, consubstanciado con los criterios que habían regido la década anterior, se apersonó al entonces comandante en jefe del Ejército, General Toranzo Montero, y le manifestó la conveniencia de que les fuera entregada la CGT, por cuanto ellos eran en el país el “dique de contención” al comunismo que avanzaba implacablemente en todo el mundo y que terminaría por someter a la nación si se dejaba al movimiento obrero librado a sus agentes nativos. En enero de 1958, otro grupo, denominado MUNOC, se entrevista con el general Quaranta y el contralmirante Rojas para solicitarle la intervención de los sindicatos “dominados por los comunistas” y se reúnen en el despacho de Carlos Rojas, hermano del marino, para formar una comisión interventora. Algunos integrantes de este grupo ya habían sido interventores en la Unión Obrera de la Construcción.²⁸

El congreso “normalizador” de la CGT, convocado en agosto de 1957 por el interventor Patrón Laplacette, es levantado por éste al no poder lograr su propósito de componer una mayoría digerible bajo la inspiración de los “sindicalistas libres”. Estos, en minoría, se retiran y rompen el quórum, constituyendo el nucleamiento de las “62 Organizaciones”. Los sindicatos que se quedan y exigen la continuación del congreso, forman “las 62”. En este último núcleo, el mayoritario, entran los peronistas y los comunistas; trece representantes de los primeros y dos de los segundos forman la Mesa Coordinadora.

El triunfo de Frondizi con el decisivo apoyo de “las 62” crea un nuevo momento. Ciertos dirigentes sindicales se creen merecedores de una gratificación por el apoyo brindado e insisten en que se les entregue la CGT; el pacto preelectoral secreto entre Perón y Frondizi así lo había previsto. Piden al nuevo presidente que se intervenga nuevamente a los sindicatos o se los declare en estado de asamblea, con el fin de renovar sus direcciones y entregarlas en exclusivo gobierno a la fracción peronista. Como anticipo de buena voluntad comienzan por marginar a los comunistas de la Mesa de las “62”. Frondizi duda, por momentos parece

²⁸ La resolución n° 2 del interventor, capitán Alejandro Javier Olmedo, comunicada a las seccionales por medio de la circular del 26/11/55, nombraba a Carlos Alberto Pereyra “para desempeñar el cargo de Secretario Administrativo y Asesor Gremial de esta intervención”; por resolución n° 1/56 nombraba a Rogelio Coria asesor de la intervención en la seccional Avellaneda y el 1° de mayo de 1956 idéntico nombramiento favorecía a Segundo Bienvenido Palma en la seccional La Plata.

aceptar. Es entonces cuando diecinueve importantes sindicatos, que se desgajan de “las 62” y de “las 32”, forman el Movimiento Antiintervencionista. Así se frustra la maniobra. A fines de 1958, los diecinueve sindicatos constituyen el MUCS.

Frondizi no pudo cumplir todos sus compromisos con Perón, debido a las presiones que con opuestos propósitos ejercieron, por un lado, el gorilismo recalcitrante, que temía por sus privilegios, y por el otro lado, las fuerzas sanas del sindicalismo, que se oponían a un nuevo avasallamiento del movimiento obrero. Pero, Frondizi y Frigerio idearon el “integracionismo”, que concibieron como la captación del peronismo por la corriente gobernante, y lo fueron estructurando con diversas prebendas y negociados. Entre éstos pueden citarse:

“ciertos manejos en la privatización de los trasportes de pasajeros y compras de nuevas unidades con los dirigentes del gremio, fieles sostenedores de su política”.²⁹

Sin embargo el “integracionismo” no prosperó.

El gobierno de Frondizi resuelve finalmente ceder la CGT, aunque con la expresa condición de que fueran excluidos los comunistas de su conducción. Como en esta exigencia coincidían las dos fuerzas que presionaban sobre el gobierno —el gorilismo y el peronismo—, su aceptación fue de hecho un pacto entre ambas. Frondizi firma el decreto 1619/61 disponiendo la entrega de la CGT y sus bienes a una comisión de veinte dirigentes: diez de “las 62” y diez “independientes”. Para normalizar la CGT no hace falta, por lo visto, congreso, ni asamblea general, ni consulta alguna a los trabajadores; un “acuerdo de caballeros” entre dirigentes y un decreto gubernamental son suficientes. El 16 de marzo de 1961 la flamante comisión provisional asume sus funciones.³⁰ La lucha intestina que desde entonces se produce por la hegemonía en la central obrera no se ha interrumpido hasta nuestros días.

Entretanto, tiene lugar un nuevo golpe de estado, la caída de Frondizi, el interinato de Guido y las elecciones de 1963, en las que la élite sindical peronista busca la alianza con los conservadores de Solano Lima a través de un titulado Frente Nacional y Popular, el cual es resistido y repudiado por los sindicatos locales y las regionales cegetistas del interior. El nuevo gobierno, presidido por el Dr. Arturo Illia, merece desde el comienzo mismo la hostilidad de los jerarcas peronistas, que se vinculan con los jefes

²⁹ Miguel Gazzera y Norberto Ceresole, *Peronismo, autocrítica y perspectivas*. Buenos Aires, Ed. Descartes, 1970, pág. 92. La alusión alcanza particularmente a los dirigentes de la Unión Tranviarios Automotor (UTA), Manuel Carullas y José Pezzimenti.

³⁰ Los principales dirigentes de esta comisión fueron Andrés Framini y Juan Carlos Loholaverry (Textiles), Augusto Vador y Rosendo García (Metalúrgicos), José Alonso (Vestido), Arturo Stafolani (La Fraternidad [Ferrovianos]), Riego Ribas (Gráficos), Juan Rachini (Aguas Gaseosas), Manuel Carullas y José Pezzimenti (Trasportes), Francisco Pérez Leirós (Municipal), Luis Angelen (Luz y Fuerza), Maximiano Castillo (Vidrio), Alberto Damiani (Alimentación), Carlos Pereyra y Rogelio Coria (Construcción), Salvador Marcovecchio y Armando March (Comercio).

militares “nacionalistas” que se preparan para asaltar el poder y los ayudan mediante una enconada campaña antigubernamental,³¹ pero sin renunciar al chantaje, como lo revela el reclamo de la CGT al gobierno de un descuento compulsivo de m\$N 50 de los salarios del 1º de Mayo de 1964. Esta campaña no solo recurre a “planes de lucha” que levantan reales reivindicaciones de los trabajadores, sino que hasta inventa “secuestros” de dirigentes obreros.³²

En el congreso “normalizador” de la CGT, que se realiza en enero de 1963, las decisiones se “cocinan” en reuniones de dirigentes a puertas cerradas. Las “62”, que pugnan por asegurarse los puestos claves, se reparten el Consejo Directivo con los “independientes”, excluyendo no sólo a los sindicatos clasistas sino también a la Unión Ferroviaria, la más grande federación por su caudal de afiliados.³³ Pero estaba previsto que esta exclusión no sería la última. El propósito de los dirigentes de “las 62” era ir marginando poco a poco a los “independientes” para restablecer la central obrera partidista, exclusivista, verticalizada.

Sin embargo, estas ambiciones se ven obstruidas por la propia lucha interna en el seno de las “62”, donde hacia 1966 eran claras dos tendencias, la vanderista y la aloncista, en tanto que de los “independientes” se desgajaban los gremios “no alineados”. Estos enfrentamientos conducen a la separación de José Alonso de la secretaría general de la CGT el 15 de febrero de 1966, recomponiéndose el Consejo Directivo el 19 de mayo, con la novedad de que se permite la incorporación de un representante del MUCS, admisión que no fue producto de un legítimo sentimiento de unidad, sino de las circunstancias en que se encontraba el sector peronista que en ese momento dirigía la CGT.³⁴

Pero esta “dirección compartida” dura muy poco. El 28 de junio de 1966 los militares apoyados por la derecha de las “62” voltean al gobierno de Illia. El mismo día, la Unión del Personal Civil de la Nación declara compartir “el enunciado de la proclama de las Fuerzas Armadas” y les ofrece “su colaboración para una acción orgánica y eficiente tendiente a lograr una mayor decencia en las instituciones”.³⁵

³¹ Una relación pormenorizada de esta campaña puede hallarse en el informe del Ministerio de Trabajo del 16 de febrero de 1966, reproducido en: Santiago Senén González, *El sindicalismo después de Perón*. Buenos Aires, Ed. Galerna, 1971, pp.ss. 78-84.

³² El caso más sonado fue el “secuestro” del dirigente de la construcción Pedro Roberto Huergo, desaparecido desde el 7 al 27 de enero de 1964. En realidad se trató de un *affaire* mediante el cual la dirección gangsteril de la UOCRA pretendió aparecer como víctima del gangsterismo y perseguida por la policía.

³³ El Secretariado de la CGT surgido de este congreso quedó integrado Por los dirigentes José Alonso, Riego Ribas, Arturo Staffolani, Juan Racchini, Avelino Fernández, Jorge Elías, Luis Angelen y Marcos Almozny, March y Pérez Leirós integraron el Consejo Directivo

³⁴ El nuevo Secretariado de la CGT queda integrado por los dirigentes Francisco Prado (Luz y Fuerza), Secretario General; Riego Ribas (Gráficos), Roque Azzolina (Metalúrgico), Liberato Fernández (Marítimos), Antonio Scipione (Ferroviarios), Manuel Rodríguez (Químico), Rogelio Coria (Construcción), Alberto Damiani (Alimentación).

³⁵ *Comunicado* de la UPCN, 28 de Junio de 1966

La CGT, en un comunicado que suscribe Rogelio Coria, sostiene que el movimiento militar que tomó el poder:

“constituye un hecho nuevo e históricamente asume una gran responsabilidad, ante la atenta expectativa que indiscutiblemente ha concitado en el país”; “la expectativa general intuye que es menester arrancar de esta hora cero hacia el futuro que todos ambicionamos”.³⁶ “En el país cayó un sistema, un régimen, y murió el comité, el frenetismo politiquero, y comienza la transformación nacional”,

Declaró enfáticamente el sector aloncista, nucleado en las “62 de Pie”, Y agregaba, refiriéndose al *Estatuto de los Comandantes en Jefe*:

“Quedaron establecidos los puntos básicos de la nueva estructura económica y social. En uno de sus postulados se establece la disolución de todos los partidos políticos. Aquí se concreta el fin de la política liberal”.³⁷

Alonso añadiría que “nos encontramos en el momento expectante del despegue”. Los dirigentes del Sindicato de la Carne anunciaron que “adelantan su decidido apoyo a los enunciados contenidos en la proclama revolucionaria”. “Nadie tiene derecho a frustrar esta esperanza”, concluiría el Sindicato de Luz y Fuerza. En el mismo sentido se pronunciaron los dirigentes de la mayoría de las federaciones que, con su presencia en las ceremonias de la dictadura, avalaron su política antipopular.

Claro que este apoyo al gobierno militar no es nada desinteresado. Las “62” consideran llegada la oportunidad de establecer su hegemonía absoluta en el movimiento sindical. El Congreso de la CGT se convoca para octubre de 1966 y elige una dirección en la que Prado y Cardozo se dan la mano con Uncal y Pomares, vetando a los candidatos del MUCS y los “No Alineados”, en tanto que los “independientes” se niegan a integrar el Secretariado por no lograr los puestos que pretendían.³⁸ Las palabras del metalúrgico Paulino Niembro en el seno del congreso –“queremos tender la mano al gobierno una vez más”– dieron la tónica a un evento que sesionó bajo la sombra del poder castrense.

Y efectivamente, la tendieron. El 24 de enero de 1968 cinco dirigentes sindicales³⁹ se entrevistaron secretamente en la residencia de Olivos con el general Onganía a fin de estrechar la colaboración obrero-gubernamental. Ante la trascendencia que tomaron las versiones, la CGT debió dar un comunicado recién diez días después, pero sin censurar a los dirigentes.

³⁶ Comunicado de la CGT, 29 de Junio de 1966

³⁷ De Pie, órgano de las 62 de Pie, 5 de julio de 1966

³⁸ El Secretariado elegido por este congreso se integró con Francisco Prado, Osvaldo J. Vigna, Antonio Scipione, Maximiano Castillo, Roque Azzolina, Mario A. Muñoz, Eleuterio Cardozo, Francisco Raciky, teniendo como vocales a Tomás Uncal, Alfredo Morales, José María Pomares, Ramón Elorza, saturnino Soto, Vicente Héctor Di Leo, Eligió García, Orfelio Rubén Andrade, Alberto Damiani, Eduardo Rojas, Pedro Raúl Flucha y Antonio Baldassini.

³⁹ Rogelio Coria (Construcción), Juan José Taccone (Luz y Fuerza), Adolfo Cavalli (Petrolero), Paulino Niembro (Metalúrgico) y Ángel Peralta (Vitivinícola).

Semanas más tarde, las entrevistas en Olivos eran más concurridas y menos secretas.

La colaboración despertó indignación en extensos estratos dirigentes intermedios, que en marzo de 1968 concurrieron al Congreso de la CGT con el ánimo justamente alterado. Fue tan adverso el clima del congreso que ni los mismos directivos que lo habían convocado concurrieron a dar explicaciones. Vandor, Framini, Coria, Prado, Taccone, Alonso, March, Pomares, Izzeta, Cardozo y Cavalli realizaron varias reuniones a puertas cerradas, pero no se presentaron, tratando de provocar su postergación. Habiendo quórum, el congreso sesionó y eligió una nueva dirección, encabezada por Raimundo Ongaro⁴⁰ y se pronunció por “una CGT única, libre e independiente de sectores extraños a los trabajadores, que no renuncie a su autodeterminación”, lo cual era un abierto desafío a las prácticas colaboracionistas; exigió la normalización institucional del país “con plena vigencia de las libertades y derechos constitucionales, y para que las trasformaciones y cambios que requiere una Argentina con real crecimiento y desarrollo sean decididos únicamente con la voz y voto del pueblo argentino respetándose su soberana voluntad”, e hizo “un llamado a la unión de esfuerzos de todos los sectores nacionales, sin odios ni sectarismos”.

La dirección preexistente de la CGT no reconoció la validez del congreso y, en reunión del 5 de abril de 1968, resolvió sancionar a los gremios que participaron en él. De esta manera quedaron, de hecho, dos CGT: la opositora, que estableció su sede en la Federación Gráfica y por ello se llamó CGT de Paseo Colón, y la oficialista, que con el apoyo del gobierno militar mantuvo la sede central de la calle Azopardo. Este conflicto, a pesar de su gran repercusión, no duró mucho, pues la mayoría de las direcciones gremiales volvieron al redil de la CGT oficial, en tanto que lo que quedó de la CGT opositora se consumió en el aislamiento.

Resuelta verticalmente la “unidad” de la fracción sindical del peronismo en el seno de “las 62”, las altas jerarquías sindicales de esa corriente aceptaron nuevamente el liderazgo de la derecha, personificada por Rogelio Coria, virtual jefe de dicho nucleamiento, cuya sede de Pringles 30 albergó a la nueva conducción. Las “62” así unificadas trataron de imponer sus pautas a la CGT, aunque entre ambas direcciones, dados los antagonismos internos, no había precisamente un idilio. En el marco de este equilibrio inestable, surgían dentro del peronismo sectores que buscaban otras alternativas para el movimiento sindical –los llamados “gremios combativos”–, aunque sin salirse de los rieles partidistas. Bajo la

⁴⁰ La dirección surgida en marzo de 1968 se formó así: Raimundo Ongaro (Gráficos), Amancio Pafundi (UPCN), Patricio Datarmini (Municipales), Enrique Coronel (La Fraternidad), Julio Guillán (Telefónicos), Benito Romané (FOTIA), Ricardo De Luca (Navales), Antonio Scipione (Ferroviario), Pedro Avellaneda (ATE), Honorio Gutiérrez (UTA), Salvador Mangaro (Gas del Estado), Enrique Bellido (Ceramistas), Hipólito Ciocco (Empleados Textiles), Jacinto Padín (SOYEMEP), Eduardo Arrausi (Viajante), Alfredo Lettis (Marina Mercante), Manuel Veiga (Edificios de Renta), Floreal Lencinas (Jabonero), Antonio Márchese (Calzado) y Félix Binetti (Carbonero).

influencia del *cordobazo* (mayo de 1969) y de la huelga de El Chocón (febrero de 1970), se expandían, entretanto, los sectores clasistas que conciben a los sindicatos como patrimonio de todos los trabajadores por encima de las afiliaciones partidarias y que reivindican su derecho a compartir los comandos dirigentes y dotar al movimiento sindical de un carácter distinto al que había tenido hasta ahora.

Sin embargo, el monopolio de la conducción sindical en manos del aparato manipulado por la derecha peronista logró imponer en el Congreso de la CGT del 3 y 4 de julio de 1970 una dirección colaboracionista,⁴¹ que con ligeras variantes fue reelecta por el congreso del 6 de julio de 1972.⁴²

Este elenco dirigente colaboró desembozadamente con la dictadura militar frenando la combatividad de las masas, impidiendo las huelgas y desautorizándolas cuando se producían, persiguiendo a los militantes combativos y proclamando a la CGT como el antídoto contra la penetración del comunismo.

El movimiento sindical, entretanto, lejos de corregir las irregularidades que se habían agravado durante la dictadura, vio expandirse sus conos de sombra. Los fraudes electorales, el intervencionismo, la ausencia de asambleas generales, la corrupción y otros vicios hallaron expresión y sustento legal en la nueva *Ley de Asociaciones Profesionales*, que acentúa el sometimiento del movimiento obrero a los intereses de la burguesía.⁴³ Sin embargo nada de ello podía evitar la irrupción de nuevas luchas de los trabajadores, presionados por el agobio de sus necesidades insatisfechas.

Casi un siglo de historia del movimiento obrero en el país ha mostrado una evolución de las élites sindicales que va del revolucionarismo abstracto y anarquizante, hasta el oportunismo y la abdicación más completos, pasando por diferentes grados de reformismo socialista o sindicalista. Esas pautas

⁴¹ Secretario General, José Rucci (Metalúrgicos); adjunto, Adelino Romero (textil); Vicente Roqué (Molineros); Patricio Datarmini (Municipales); Ramón Elorza (Gastronómicos); Alberto Damiani (Alimentación); Hugo Barrionuevo (Fideeros); José Rodríguez (Mecánicos); Abelardo Arce (Lecheros); vocales: José Sabattini (Ferroviarios), Maximiano Castillo (Vidrio); Juan Esquerra (Bancarios), Genaro Ayala (Portuarios), Constantino Zorila (Carne), Florencio Carranza (Emp. de Comercio), Otto Calace (Sanidad), Antonio Baldassini (Correos), Héctor López (UPCN), Adalberto Wimer (Luz y Fuerza), José Timpanare (Vestido) y Alberto Triaca (Plástico).

⁴² Secretario General, José Rucci; Adjuntos, Adelino Romero; Abelardo Arce, Héctor López, Segundo Palma (Construcción), Otto Calace, Hugo Barrionuevo, José Rodríguez; Vocales: Florencio Carranza, Maximiano Castillo, Juan Esquerra, Constantino Zorila, Alberto Damiani, Antonio Baldassini, Adalberto Wimer, Enrique Micó (Vestido), Alberto Triaca, Alberico González (UTA), Francisco Loíacono (Tabaco) y Rafael Valle (Químicos).

⁴³ El Congreso de la CGT de los días 10 y 11 de julio de 1974 adaptó los Estatutos de la central obrera a la *Ley de Asociaciones Profesionales* y eligió el nuevo Consejo Directivo: Secretario General, Adelino Romero; Adjunto, Segundo Palma; Secretarios: Abelardo Arce, José Rodríguez, Alberto Campos, Adalberto Wimer, José Báez y Maximiano Castillo; Vocales: Constantino Zorila, Florencio Carranza, Enrique Micó, Ramón Elorza, Pedro Álvarez, Jorge Triaca, Francisco Loíacono, Alberto Damiani, Salustiano González, Rafael Valle y Héctor Chacón. Adelino Romero murió dos días después de esta elección, el 13 de julio, según se dijo, a raíz de un paro cardíaco. Palma ocupó el cargo de Secretario General.

ideológicas han ido determinando las correspondientes estrategias, desde la negación absoluta del Estado y de toda relación con él, hasta el estrechamiento de los más ajustados vínculos con el poder de la clase dominante, con todas sus secuelas de corrupción y descomposición. Una radiografía de la élite sindical actual y sus prácticas viciadas evidenciará la necesidad del movimiento obrero de sacudirse ese pesado lastre, para ubicarse en el cauce histórico dictado por los requerimientos y aspiraciones de la clase obrera.

Tercera Parte

LA CORRUPCIÓN

Un autor estadounidense señala que en ese país ha desaparecido el otrora idealizado dirigente obrero de chaqueta de cuero y cuello abierto. Los sindicatos, dice:

“han desarrollado sus propias jerarquías, bastante complejas, con mucho personal de cuello y corbata... que rara vez ha visto el interior de una fábrica o de una mina. Y muchos dirigentes sindicales comenzaron a adoptar los aderezos del status preferidos por los industriales a quienes enfrentaban ante la mesa de negociaciones”.⁴⁴

Añade que esos dirigentes se valen de los recursos de sus organizaciones para beneficio personal: se construyen regias oficinas, usan lujosos automóviles y aviones privados para viajar, celebran sus convenciones en suntuosos hoteles de playas marítimas, viven en costosos chalets o departamentos. James Hoffa, dirigente del Sindicato de Conductores de camiones, tenía un Cadillac de superlujo, peluquería privada, sala de masajes privada, gimnasio privado y todo lo demás.⁴⁵

En 1957, mientras un obrero metalúrgico ganaba 5.200 dólares por año, un albañil 6.700, un maestro 4.100, un empleado de banco 3.100, un empleado de comercio 2.600 y un gastronómico 2.080, los sueldos de los altos dirigentes sindicales rondaban oficialmente, entre los 30.000 a los 50.000 dólares anuales.

Tony Boyle, presidente del Sindicato de Trabajadores Mineros (United Mine Workers), percibía en 1972 un sueldo de 50.000 dólares anuales, pero además había empleado en el sindicato a su hija con un salario de 40.000 dólares y a su hermano con 27.000 dólares. De él escribía Jacques Amalric, periodista francés:

“A los 70 años, Tony Boyle simboliza la mayoría de las plagas del sindicalismo estadounidense: gerontocracia, burocracia, venalidad, apatía frente a los patronos, recurso a la violencia frente a los contestatarios de base”.⁴⁶

Este hombre, que junto con su familia y sus amigos reinó en el sindicato de los mineros norteamericanos durante diez años, vio eclipsarse su estrella en 1969, cuando el oscuro fraude que realizó para perpetuarse fue comprobado por la Justicia. Tres semanas después del comicio, el candidato opositor, Joseph Yablonsky, había sido encontrado muerto en su casa de

⁴⁴ Vance Packard, *Los buscadores de prestigio*. Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1962, p. 130.

⁴⁵ James Hoffa fue condenado en 1966 a 13 años de prisión por delitos comunes, en la Penitenciaría de Lewisburg, Pennsylvania. Habiendo cumplido menos de cinco años de cárcel, Nixon dispuso su libertad contrariando la sentencia judicial, en Diciembre de 1971.

⁴⁶ Diario *Clarín*, 23 de diciembre de 1972, p. 6.

Pensilvania: su cadáver, el de su mujer y el de su hija estaban acribillados a tiros. Hallados y arrestados los asesinos, resultó que éstos habían sido contratados por el mismo Boyle, que fue a parar a la cárcel como su colega Hoffa, donde, sin la suerte de éste, terminará sus días.

Walter Reuther, presidente de la Unión de Trabajadores del Automóvil de Estados Unidos y uno de los hombres que más hicieron por erradicar a la corriente clasista del movimiento sindical norteamericano, debió sin embargo reconocer que “desgraciadamente, en algunos sindicatos, los gangsters y los pillos se han adueñado de posiciones poderosas” y que hay “gente que pretende utilizar al movimiento laboral para hacer dinero rápidamente”.⁴⁷

Nuestro país, que ha copiado tantas cosas del modelo norteamericano, ¿habrá importado también las pautas del “sindicalismo libre”? En todo caso, ¿cómo se expresa en la Argentina ese curioso concepto de la libertad?

Los Buscadores de “Prestigio”

Se ha dicho que un régimen basado en el privilegio de clase necesita elevar la corrupción al grado de mandamiento moral. El extinto Amado Olmos, que fuera dirigente de la Asociación de Trabajadores de la Sanidad (ATSA), supo decir en una ocasión:

“Hay dirigentes que han adoptado las formas de vida, los automóviles, las casas, las inversiones y los gustos de la oligarquía a la que dicen combatir. Desde luego que con una actitud de ese tipo no pueden encabezar a la clase obrera”.⁴⁸

Posteriormente Juan Francisco Arce, Secretario General del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos (SOMU), aludía al renunciar a su cargo:

“el ámbito que ofrece un movimiento obrero donde muchos dirigentes están presos de su vida lujosa al precio de la corrupción de la vida gremial”.⁴⁹

Sus razones tenía.

⁴⁷ Discurso de Apertura a la 16ª Convención de Trabajadores del Automóvil, New Jersey, Atlantic City, 7 de Abril de 1957

⁴⁸ Reproducido en la *Declaración* del 1º de Mayo de 1968 de la CGT de los Argentinos. Diario *Clarín*, 6 de diciembre de 1971.

⁴⁹ Diario *Clarín*, 6 de diciembre de 1971.

Rogelio Coria, que durante doce años fuera secretario general de la Unión Obrera de la Construcción, vivía en un fabuloso departamento del barrio norte, ubicado en Soler 3502, esquina Billinghamurst, donde no le faltaba ninguna de las prodigiosas invenciones del confort moderno. El fastuoso despacho de Coria en la nueva sede del sindicato, Rawson 42, ha sido descripto de la siguiente manera:

“Primero hay que sortear una puerta de vidrio que comunica a un *hall* al que dan varias puertas. Una de ellas da a la oficina de un secretario. Si el visitante logra demostrar que no es un trabajador puede pasar otra puerta o instalarse en una sala de espera y, finalmente, entrar en el despacho del *jefazo*. Todos los pisos están cubiertos con moquette beige, las paredes son de salpicré y hay enormes ventanales cubiertos con cortinados color habano. Los sillones son de cuero color natural y todos los muebles de madera clara. El escritorio del ejecutivo mide 2x2 (es más grande que las piezas que el gobierno les da a los desalojados de las villas miseria) y sobre él hay varias carpetas artísticamente dispuestas en abanico... La única forma de comunicarse con el exterior es un timbre que llama al secretario y un teléfono blanco”.⁵⁰

Segundo Bienvenido Palma, heredó la Secretaría General de la UOCRA tras el derrocamiento de Coria, pero no cambió ni las costumbres ni los atuendos dejados por su antecesor.

“El despacho del dirigente del gremio de la construcción es enorme, suntuoso —cuenta un periodista que pudo acceder a él.⁵¹ Prolijamente alfombrado, acoge elementos decorativos y mobiliario de estilos heterogéneos que tiñen el ámbito de un tono un tanto extraño, entre funcional y barroco. Allí alternan sillones clásicos con sillas escandinavas, lámparas con pie en espiral con otras rectas y de líneas despojadas... En la biblioteca, empotrada en la pared, se observan colecciones impecablemente encuadradas... Una suave música funcional se derrama en el ambiente...”

Armando March, mientras fue secretario general de la Federación y luego de la Confederación de Empleados de Comercio, antes de terminar en la cárcel por sus desfalcos millonarios, era considerado el *enfant terrible* del sindicalismo argentino. La prensa comentaba con humor y benevolencia sus distracciones de lord inglés que paseaba su elegante figura por lugares distinguidos, siempre vestido con finísimos trajes de alpaca inglesa o seda natural. Nadie podía entender cómo este hombre que alguna vez había sido empleado de tienda mantenía un lujoso chalet en Ramos Mejía, compraba cuadros de pintores famosos —su pinacoteca era una fortuna⁵²—

⁵⁰ Semanario CGT, n°. 20, 12 de septiembre de 1968.

⁵¹ Diario *La Opinión*, 14 de Julio de 1974

⁵² Compuesta por 96 cuadros y valuada en alrededor de 200 millones de pesos, esta pinacoteca fue subastada por el Banco de la Ciudad de Buenos Aires los días 20 y 27 de octubre y 10 y 17 de noviembre de 1972. Las piezas más notorias eran de Fader, Pettoruti, Gómez Comet, Berni, Castagnino,

y dedicaba sus ocios a una colección de perros de raza *cocker spaniel* que le había deparado importantes premios en las exposiciones caninas, mientras los empleados de comercio recibían un sueldo básico de 23.000 pesos viejos.

El extinto José Alonso, muchos años secretario general de la Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Afines (FONIVA) es uno de los casos más curiosos. Nació en el seno de un hogar modesto y vivió de niño en un conventillo de la calle Santiago del Estero al 2600, donde ocupaba una pieza con sus padres y sus dos hermanos. También su esposa rosarina, María Luisa Pinelas, había nacido en cuna humilde. A los 25 años Alonso era delegado. Desde 1945 se entregó de lleno a la sagrada causa del sindicalismo, con el patriótico afán de desalojar a los comunistas de la dirección sindical. Y así, de la pobreza extrema saltaría en pocos años a una holgada situación económica. Adquirió por 17 millones de pesos, al contado, una fabulosa mansión en la calle Santos Dumont 2420 que pertenecía a la familia Salvat (dos comedores, cinco dormitorios, jardines, dependencias de servicio) y solía utilizar además un departamento “Íntimo” en Belgrano 1341, 9º piso, y un chalet en Miramar. Gente allegada dice que ella disponía de un coche de lujo importado y que otro coche estaba exclusivamente destinado a llevar y traer los chicos del colegio. El sueldo de 120.000 pesos que Alonso se había fijado por su cargo sindical (cuando el salario de los obreros del vestido oscilaba en torno a los 28.000 pesos), además de los viáticos, con ser alto no podría explicar la adquisición de propiedades que en 1968 se valuaban, según ciertos cálculos, en 200.000.000 de pesos.

Alfredo Allende, Secretario General del Sindicato de Empleados de Seguros, dio un salto hacia el Ministerio de Trabajo durante la presidencia de Frondizi –siguiendo las huellas del sindicalista Freyre en la década anterior– y completó su ascenso de status en una boda que, a juzgar por las crónicas de las columnas sociales (diciembre de 1958), no careció de los detalles de refinado buen gusto que se atribuye a los esponsales de la aristocracia.

Sebastián Montoya, secretario general de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores, ya no necesitaba hombrar bolsas ni agacharse en el surco cuando se compró un chalet en Don Torcuato.

Francisco Pérez Leirós, siendo secretario general de la Unión de Obreros y Empleados Municipales, podía exhibir un status prodigado no por su condición de municipal, sino por su ocupación bastante más lucrativa de corredor de bienes inmuebles.

Otro que siempre ha defendido celosamente su status es Juan José Taccone, el jefe de Luz y Fuerza. Para él, la condición de dirigente sindical no se contradice con las insignias de la nobleza española: el 26 de abril de 1972 el Dr. Licinio De la Fuente, ministro de Franco, impuso a nuestro republicano compatriota la Cruz de Caballeros de la Orden de Cisneros.

En Mar del Plata, la populosa ciudad balnearia, tenía su feudo Marcelino Mancilla, que fue secretario general del sindicato local de la construcción y de la CGT Regional hasta que lo abatió una ráfaga de ametralladora en agosto de 1973. Diez años antes, cuando era subdelegado de la empresa IACUSA, el Negro (como lo apodaban), apenas tenía la ropa que llevaba puesta; al morir, habitaba una lujosa residencia en el barrio Los Troncos, plegante reducto de la oligarquía, donde tenía por vecinos a las familias Menéndez Behety, Pereyra Iraola y Patrón Costas.

Mauricio Labat, secretario general del Sindicato de Conductores de Taxis de Córdoba, que por estatuto cobraba un sueldo de apenas 100.000 pesos mensuales (1973), tenía sin embargo un lujoso chalet en Barrio Parque San Vicente, valuado en 20 millones, y un Fiat 73.

¿Y ese *playboy* de campera que fue José Rucci, el malogrado secretario general de la CGT? Un órgano periodístico, ligado a los servicios de informaciones de la Marina, lo hacía poseedor de dos o tres departamentos en la Capital Federal, una fastuosa quinta en General Rodríguez, dos automóviles Torino último modelo, un lote de 200 hectáreas en Córdoba e inversiones en Suiza y en Brasil.⁵³ Estos bienes no parecen exagerados si los asociamos a las costumbres del jerarca.

“La presencia del movedizo (y declinante) caudillo cegetista José Rucci —dice otro semanario— ya no es novedosa en el barrio norte. Es que el dirigente ocupa ahora una cómoda *suite* en el edificio de la Avenida Libertador 844. Ahí llega todas las noches en su rugiente Torino. Acaso para descansar exageradamente después del trajín diario, el ex tornero de San Nicolás se hizo construir una cama que ocupa casi todo el dormitorio. Para leer en las noches de insomnio encargó un ingenioso sistema lumínico: una larga hilera de lámparas rodea su lecho”.⁵⁴

¡Vaya excentricidades!

El Botín de los Corsarios

Los principales sindicatos argentinos son económicamente poderosos. Su patrimonio se forma, básicamente, con los descuentos que en concepto de cuota sindical se les hace mensualmente a los trabajadores. Es una cuota, primero, compulsiva, ya que se practica a todo trabajador en relación de

⁵³ *Prensa Confidencial*, 6 de noviembre de 1972

⁵⁴ *Revista Panorama*, n.º 229

dependencia, esté o no afiliado al sindicato, y segundo, se hace por vía empresarial: al abonar los sueldos, las empresas ya han descontado la cuota fijada y la giran a las federaciones gremiales respectivas.⁵⁵ Con frecuencia el trabajador ni siquiera está enterado de que una parte de lo que ha ganado con su trabajo ha ido a engrosar las arcas del sindicato; menos habrá de enterarse para qué y de qué forma ha sido usado su dinero.

Si se tiene en cuenta el enorme caudal de cotizantes de los sindicatos⁵⁶ y que la cotización suele significar entre el uno y el dos por ciento del salario del obrero, se tendrá una idea de las sumas millonarias que están en juego. Un sindicato con cien mil afiliados es posible que tenga todos los meses una entrada superior a 300 millones de pesos. Una versión señalaba en 1971 que el movimiento de caja de la Unión Obrera Metalúrgica oscilaba en torno a los ¡mil millones de pesos mensuales!.⁵⁷

En algunos sindicatos, el descuento por cotización sindical parece una verdadera exacción. En la Unión Obrera de la Construcción dicho descuento implica el 5,5 % del salario. En 1973 un oficial albañil ganaba por convenio 6.064 pesos diarios (unos 122.000 pesos por mes) sin beneficios sociales y se le descontaban para el sindicato 330 pesos por día y 6.710 por mes, o sea que cada veinte días de trabajo se lo despojaba de un jornal íntegro para el sindicato. El balance de la UOCRA para el ejercicio 1970-1971 arrojó un superávit de 8.848 930 pesos en el orden sindical y de 12.026.948 pesos en el orden social.

Pero los jerarcas no se contentan con estas bonitas sumas y, en los últimos años, han presionado sobre las autoridades para que les concedan el derecho, “por única vez”, de realizar un descuento extraordinario con motivo de la puesta en vigencia de un aumento salarial. El gobierno, para mantener el favor de los sindicatos, ha ido promulgando decretos, gremio por gremio, en consonancia con esa tesitura. Pero los descuentos “por única vez” se han venido realizando todos los años desde 1966 y en algunos gremios cada vez que se reajusta el salario básico el aumento del primer mes –íntegra o parcialmente– va a parar automáticamente al sindicato.

En 1971, los descuentos extraordinarios representaron sumas multimillonarias. En la Construcción se descontó \$ 4.000 a los oficiales, \$ 3.000 a los semi-oficiales y \$ 2.000 a los ayudantes, calculándose que la UOCRA

⁵⁵ Decreto 23.852 del 2 de octubre de 1945, art. 40; Ley 14.250 del 13 de Octubre de 1953, art. 8; Ley 14.455 del 8 de agosto de 1958, art. 33; Ley 20.615 del 29 de Noviembre de 1973, art. 41.

⁵⁶ En vísperas del Congreso de la CGT de 1963, en el que estuvieron representados 2.434.280 cotizantes, los afiliados a las más grandes organizaciones eran los siguientes: Unión Ferroviaria, 222.978; Unión Obrera Metalúrgica, 219.000; Confederación de Empleados de Comercio, 200.789; Unión del Personal Civil de la Nación, 190.000; Asociación Obrera Textil, 150.000; Asociación de Trabajadores del Estado, 150.000; Unión Obrera de la Construcción, 95.000; Federación Obrera del Vestido, 80.000; Asociación Bancaria, 62.000. Seguían luego 18 sindicatos con 20 a 60 mil afiliados cada uno; 19 sindicatos con 10 a 20 mil y 48 sindicatos con 2 a 10 mil.

⁵⁷ Revista *Confirmado*, 5 de Octubre de 1971

recibiría así 750 millones de pesos. En el Vestido, se descontó a cada obrero el aumento salarial íntegro del primer mes, lo que se estima sumó 800 millones de pesos, de los cuales 500 millones correspondían al Sindicato Capital. En Textiles, el descuento de ese año fue de \$ 3.000 por obrero, calculándose una recaudación de 420 millones de pesos. En FOTIA (Azucareros) se había resuelto descontar el 40 % del aumento salarial del primer mes, pero ante la protesta de los trabajadores sólo se descontó el aumento de un jornal. En la Unión Ferroviaria se resolvió descontar el aumento íntegro del primer mes, pero esta medida tuvo que dejarse sin efecto ante la inminencia de una huelga de protesta. Además de los descuentos practicados en cada gremio, el Ministerio de Trabajo promulgó la Resolución n.º 266, disponiendo que todas las empresas descontaran 500 pesos viejos a cada trabajador para girarlos a la CGT. Para agilizar este trámite, el Banco de la Nación ubicó en todas sus sucursales boletas impresas para que los empresarios pudieran efectuar ese depósito en la Cuenta n.º 5-81-70 de la CGT.

En 1972 la Unión Obrera de la Construcción dispuso efectuar a cada trabajador un descuento extra de 5.000 a 8.000 pesos, según las categorías, con destino a la "obra social", a pesar de que con este objeto ya se descontaba al gremio el 2 % mensual. El descuento de los trabajadores por esa medida se manifestó airadamente. En Rosario hubo acciones de repudio frente al sindicato y los matones respondieron desde adentro con armas de fuego. En San Nicolás, 6.000 obreros que trabajaban en la construcción de la planta SOMISA efectuaron combativas manifestaciones. Mientras los obreros protestaban, los jerarcas discutían entre sí quiénes se embolsarían el botín. En San Nicolás, la UOCRA y la UOM se disputaban la afiliación del nutrido personal de SOMISA, no porque ambas organizaciones quisieran asumir su defensa, sino porque estaban en juego cincuenta millones de pesos provenientes de aquel descuento.

En gastronómicos, mientras tanto, se resolvía descontar 10.000 pesos por trabajador; sobre 50.000, representaban 500 millones. Para cumplir las fórmulas, se convocó a asamblea y se propuso una votación original: a cada asistente se le entregó una boleta dividida en dos partes: una decía *sí* y la otra *no*; había que recortar y entregar la aprobación o reprobación del descuento. En el recuento aparecieron 146 votos por el *sí* y 34 por el *no*, pero en la sala había 150 asambleístas. Esta enclenque matemática y el hecho visible de que la mayoría estaba por la negativa, motivaron una batahola y una andanada de insultos que los jerarcas trataron de calmar con invocaciones a Perón. Posteriormente asambleas de los personales de los hoteles Plaza y Alvear también repudiaron los descuentos.

No menos explosiva fue la situación en la Unión Obrera Metalúrgica a comienzos de 1973, cuando su dirección resolvió descontar un promedio de 14.500 pesos por obrero, con lo que se proveería al sindicato de 5.000 millones de pesos. La medida fue aprobada por una reunión del cuerpo de delegados efectuada el 29 de enero. Pero personales completos o secciones

de empresas como Centenera, Tamet, Siam, Yelmo, Piazza, Santa Rosa y otras resolvieron en asambleas oponerse a ese descuento. En Rosario, una Asamblea General efectuada el 17 de Febrero, a pesar de su conducción burocrática, rechazó enérgicamente el descuento y recriminó a los dirigentes locales por su complicidad con el despojo.

Subido el peronismo al poder, las disputas en torno a los descuentos no cesaron. Puesto en ejecución el Pacto Social con un aumento salarial de 20.000 pesos, los jerarcas sindicales propusieron que los sindicatos retuvieran el primer mes de aumento. Si lo habían hecho con la dictadura, más motivos había para hacerlo ahora. Pero no fue tan fácil. La dirección nacional del Sindicato Único Petroleros Estatales (SUPE) debió enfrentar a la filial Mendoza que, en asamblea general, resolvió oponerse a la medida. Los dirigentes de esa filial viajaron a Buenos Aires para dilucidar el problema con la central, pero en ésta:

“fueron agredidos físicamente por el secretario general (Diego Ibáñez) y otros individuos que lo acompañaban”.⁵⁸

Por su parte, la Federación de Sindicatos de Trabajadores Municipales de la Provincia de Buenos Aires, el reducto de Jerónimo Izzeta, también resolvió retener el primer aumento de 20.000 pesos, logrando su aprobación oficial mediante la resolución n.º 173 del Ministerio de Trabajo y la ordenanza N° 170 del gobierno provincial. La aplicación de esta medida permitiría reunir más de 1.000 millones de pesos sólo en el Gran Buenos Aires. Sin embargo en Avellaneda, San Isidro, Quilmes, Morón, Matanza, Lanús, Berazategui y otros populosos partidos de la provincia, se realizaron asambleas que resolvieron oponerse a la retención. El personal de la comuna de Avellaneda, 4 000 trabajadores, inició un paro general de actividades el 18 de mayo de 1973. Personales de varios municipios se concentraron el 22 de mayo frente al Ministerio de Trabajo para hacer oír su oposición a los descuentos. En Avellaneda y Morón, los matones que responden a los jerarcas sindicales agredieron a los huelguistas y manifestantes, exacerbando el descontento general.

En los medios sindicales de oposición a las actuales cúspides dirigentes se interpretaba que todos los descuentos compulsivos para la “obra” de los sindicatos, autorizados por los distintos gobiernos que se han sucedido, constituían en realidad en *incentivo económico* a los dirigentes oficialistas y un *premio* por su conducta favorable a los planes gubernamentales.

⁵⁸ Diario *Clarín*, 3 de Mayo de 1973

Los “Negocios” de Don Rogelio

¿Cómo han hecho fortuna ciertos encumbrados dirigentes sindicales?
¿Acaso gracias a sus sueldos, sus viáticos y extras para giras, gestiones y representaciones?

Los jerarcas de la Asociación Bancaria cobran el sueldo que les dan sus bancos mientras gozan de licencia gremial, más una módica suma de 620 000 pesos para viáticos. El sueldo tope de un bancario con la máxima antigüedad es de 220.000 pesos (1973).

Algunos jerarcas, valiéndose de sus cargos, obtienen de sus empresas retribuciones más jugosas. Settembrino, dirigente de los telefónicos de Córdoba, trabaja como delegado en ENTel con:

“una entrada de un millón de pesos mensuales, seiscientos mil de sueldo y cuatrocientos mil de viático”.⁵⁹

En la Unión Ferroviaria, mientras hubo una dirección unificada, los directivos rentados cobraban sueldos equivalentes a los vigentes en el gremio por convenio; eran los sueldos que les daba la empresa. En octubre de 1972, la dirección peronista asignó a sus 31 miembros rentados sueldos de 207.000 pesos mensuales, cuando el promedio de los sueldos ferroviarios era de 80.000 pesos mensuales. Les asignó, además, de 3.500 a 4.500 pesos diarios en concepto de viáticos. Cada uno de los 31 directivos disponía de un ayudante con un sueldo de 120.000 pesos.⁶⁰ En 1974, cuando los trabajadores ferroviarios llegaban a cobrar 200.000 pesos mensuales, los directivos totalizaban –sumando sueldos, plus, viáticos y bonificaciones– una entrada mensual aproximada al millón de pesos.

Los altos salarios, superiores a los que perciben sus gremios, no constituyen sin embargo el privilegio más grande de los jerarcas. La fuente principal de sus fortunas debe buscarse en sus conexiones con el poder estatal y patronal, así como en los negocios paralelos en que esos dirigentes están embarcados y para cuya ejecución se valen de su investidura representativa y los privilegios y recursos conexos.

Rogelio Coria, antes de ser secretario general de la Unión Obrera de la Construcción de la República Argentina (UOCRA), cuando detentaba la secretaría de la Seccional Avellaneda, era ya un patrón reconocido. El 18 de marzo de 1958 se reunió con otros seis “socios” en el despacho del escribano Edmundo Sponda, Perú 84 de la Capital, y dejó fundada la empresa TUCON Industrial y Comercial, sociedad en comandita por acciones, dedicada a la fabricación, instalación y venta de materiales de construcción, rodantes y sanitarios. La escritura firmada en esa ocasión terminaba con estas palabras:

⁵⁹ El peronista, Córdoba, primera quincena de Diciembre de 1973.

⁶⁰ El ferroviario, boletín de la Agrupación Unidad Ferroviaria Lista Rosa, Octubre de 1972.

“Los socios comanditarios designan en este acto al señor Rogelio Coria, adquirente y dueño principal del mayor paquete de acciones, como síndico gerente de TUCON Construcciones para el presente ejercicio”.

La empresa fue asentada en el Registro Público de Industria y Comercio del Ministerio de Justicia de la Nación el 25 de marzo de 1958, bajo el número 204, folio 473 del libro 2.34 de contratos públicos. ¡Y Rogelio Coria era dirigente sindical!

La ágil mentalidad patronal de Coria le inspiró sin embargo ideas mucho más brillantes que la de *TUCON*. Un día se le ocurrió fundar una empresa de cobranzas privada para recaudar los fondos producidos por los descuentos empresarios con destino a la Unión Obrera de la Construcción. Esa empresa se denomina *IRCOS S.R.L.* y tiene su sede en Tucumán 255, 5° piso B. Claro que Coria se cuidó bien de que su nombre figurase en este asunto y la empresa quedó como “propiedad de los matrimonios López (Dr. Guillermo López, asesor letrado del gremio) y Faerman y la señorita Teresa Espinosa”.⁶¹ La empresa cobra una comisión del 20 %. Solamente en 1969, según cifras publicadas y no desmentidas, esta empresa, registrada con un capital de m\$. 200.000, había recibido por su trabajo m\$. 88 561.890 en concepto de comisiones. La Sala IV de la Cámara de Apelaciones en lo Criminal y Correccional, al revocar el fallo de primera instancia del juicio que Coria había iniciado contra el ex directivo Igarzábal,⁶² permitió constatar que hubo dolo en la constitución de dicha empresa y que ésta cobró comisión hasta por las sumas que los patronos habían girado directamente al sindicato.

Para que *IRCOS* pudiera hacerse cargo de todas las cobranzas, pasando por encima de las seccionales de la UOCRA, Coria ideó tres recursos: primero, eliminar a la Seccional Capital, la más numerosa, pasando esta jurisdicción a depender de la central; segundo, reducir al mínimo el número de seccionales del interior (de 110 que eran en 1963 quedaban sólo 55 en 1968); tercero, privar a las seccionales del derecho de disponer de sus cotizaciones: si hasta 1967 cada seccional guardaba el 75 % de lo obtenido y enviaba el 25 % restante a la central, luego de ese año la central pasó a disponer de todos los peculios y a distribuirlos según su conveniencia. Este centralismo, al fomentar la dependencia de todas las seccionales, también ha creado un foco de división: no pocos sindicatos del interior han pedido personería gremial para “independizarse” financieramente de la central.

Después de la defenestración de Coria, *IRCOS* ha seguido funcionando, nadie sabe si con nuevos dueños o proveyendo suculentas ganancias a su antiguo patrón y a sus sucesores.

⁶¹ Semanario *CGT*, n° 15, 8 de Agosto de 1968

⁶² Diario *La Razón*, 19 de Diciembre de 1969

A *IRCOS* y a *TUCON* deben sumarse otras empresas. La financiera *Lawful S.R.L.* tiene como integrantes a la señora Eleonor Balizán (esposa de don Rogelio) y al Dr. Guillermo López ya nombrado. Coria es, por otra parte, principal accionista de *Panamby S.A.* (Terrero 17.35), que actúa con un capital de 25.000.000 de pesos, dedicada a trabajos de carpintería, según lo prueba el legajo N° 25.138 de la Inspección General de Justicia, figurando como responsables de la misma Marcelo Coria (sobrino de don Rogelio), Esteban Crovatto, José Nicora, Juan Angel Ratto (contador de la UOCRA) y Martha A. Goñi (socia de Ratto).

Los señores Crovatto y Nicora son, respectivamente, por rara casualidad, cuñado y suegro del arquitecto Victorio De Lorenzi, otro personaje estrechamente vinculado a los negocios de Coria. Este adjudicó a De Lorenzi, sin licitación ni concurso de precios, la construcción de la sede de la UOCRA, por un valor de 200 millones de pesos. El amoblamiento total del edificio, por más de 10 millones, fue encargado a Panza y De Lorenzi S.A., luego convertida en *Toca S.A.* También Panza y De Lorenzi realizaron el amoblamiento del Registro Nacional de la Industria de la Construcción, pagado con fondos del Instituto de Servicios Sociales. Estas adjudicaciones fueron denunciadas en una solicitada por un dirigente allegado a Coria, luego de verse obligado a romper con él.⁶³

No contento con ser sindicalista y empresario, Coria se convirtió en un próspero terrateniente. Diversas informaciones sugerían, en efecto, que el patrimonio personal de Coria se había abultado con una estancia de mil hectáreas en San Bernardino, Paraguay.⁶⁴ En la primera edición de esta obra nos preguntábamos: ¿Será ése el edén donde Coria piensa refugiarse cuando su permanencia en el país se haga imposible? Fueron palabras proféticas porque, después de su muerte sindical, perseguido por el odio de su gremio y amenazado por sus propios seguidores, terminó alojándose, como un pequeño Rosas en el exilio, bajo la protección de la dictadura de Stroessner.

Otros Sindicalistas Empresarios

Más inteligente que Coria, el difunto José Alonso hacía sus negocios con mayor discreción. Empero, no pudo evitar que fuera visto frecuentemente entrar y salir del Ministerio de Defensa, donde tenía los amigos que le consiguieron la libertad en mayo de 1956 aprovechando la ausencia del ministro Landaburu. Doña María Luisa Pinelas, según se comenta en el gremio, sería dueña de dos criaderos de pollos; no es casual que él, siendo diputado, presentara un proyecto eximiendo de impuestos a los criadores de aves, hecho que influyó para que la Sociedad de Avicultores lo hiciera socio honorario. María Luisa, por su parte, fue promovida a supervisora general del sanatorio del gremio, sin necesidad de probar

⁶³ Diario *Clarín*, 4 de Septiembre de 1969.

⁶⁴ Revista *Así*, n° 795, 31 de Agosto de 1971, p. 3; Diario *Clarín*, 8 de diciembre de 1972, p. 19.

conocimientos que la facultaran. En la compra del sanatorio el abogado actuante había cobrado un arancel abultado; se comenta que, como no quiso cederlo, fue despedido; le hizo juicio al Sindicato y la Justicia falló una jugosa indemnización. Según el balance del año 1967, el precio del sanatorio era de m\$. 53.842.933, pero en marzo de 1968 costaba m\$. 111.238.957 a causa seguramente de la nefasta incidencia de la inflación. Varios familiares de Alonso fueron empleados en el sanatorio con sueldos nada desdeñables; “la familia Alonso vive en el sanatorio”, comentaban risueñamente los obreros. Otros muchos comentarios se oyeron con respecto a la venta de un solar del sindicato en Hipólito Yrigoyen al 1300 en 56 millones, y dos lotes en Rivadavia al 4000, para poder comprar un hotel en Mar del Plata; esta operación, concretada en 1967, fue bastante extraña: según una publicación, el hotel estaba en venta por 46 millones de pesos, pero Alonso pagó 98 millones, sin dejar en claro el destino real de la diferencia.⁶⁵

Los hermanos Ramón y Ricardo Elorza se adueñaron del sindicato gastronómico, consiguiendo ser nombrados secretarios, respectivamente, de la Federación (la UTGRA) y de su Seccional Capital. Ello no impidió a don Ricardo Elorza comprar, el 23 de diciembre de 1966, trescientas cuotas que el señor Antonio Loréfice tenía en la razón social *Loréfice Honrado y Cía. S.R.L.*, operación en la que invirtió m\$. 3 600.000, y de esta manera se convirtió en empresario del restaurante *La Posta del Mangrullo*, situado en la calle Salguero 3511, casi Costanera Norte. Al registrar esta operación, cuyos términos pueden leerse en el *Boletín Oficial* del 10 de abril de 1967, el flamante patrón dio como domicilio la dirección del Sindicato, Salta 1301, Buenos Aires. Quienes gustan jugar a las adivinanzas es posible que se pregunten a quién habrá de defender el sindicato en caso de conflicto.

El restaurante en cuestión fue ampliamente conocido en los medios sindicales y en sus mesas se congregaron con frecuencia dirigentes de otros gremios y funcionarios del Ministerio de Trabajo. Menos divulgada es la noticia de que los hermanitos Elorza serían copropietarios del *Alvear Palace Hotel* y participarían en la adquisición de un importante paquete de acciones de la empresa *Sheraton Hotel*.⁶⁶

Las propensiones gastronómicas parecen haberse apoderado también de otros dirigentes sindicales que nada tienen que ver con ese gremio. Carlos Alberto Ortiz, secretario adjunto del Sindicato de Conductores de Taxis de Córdoba, es dueño de la whiskería *My Garden*, ubicada en la calle Sucre al 300 de esa ciudad, con el agravante de que “este negocio es conocido en Córdoba por el tráfico de alcaloides y como epicentro de trata de blancas”, según una publicación.⁶⁷ Ortiz, añade ésta, “figura junto a Labat en la compra de una casa para el sindicato por valor de 300.000 pesos ley, que

⁶⁵ CGT, núm. 12, 18 de Julio de 1968.

⁶⁶ *Comunicado* del Movimiento Gastronómico Lista Verde, 5 de Enero de 1974.

⁶⁷ Revista *El Descamisado*, n°. 8; 10 de Julio de 1973, p. 26.

reúne lujos principescos que no corresponden a la realidad económica del mismo". El difunto Marcelino Mancilla tenía en Mar del Plata dos o tres clubes nocturnos, una industria textil y el restaurante "Ruta 88". Una deuda de este último negocio fue levantada por su dueño, en un estudio jurídico de dicha ciudad, con cheques del sindicato.⁶⁸ Después de la defenestración de Coria en la Unión Obrera de la Construcción se denunció que:

"el resto de la comisión directiva ha invertido sus ganancias multimillonarias en puestos de la Costanera flota de taxis, hosterías, hoteles, departamentos, etc."⁶⁹

Carlos Fiorentini, durante un tiempo secretario general de la CGT Regional Mendoza, resentido por no haber logrado la vicegobernación en la *repartija* de puestos de 1973, se rebeló contra sus compañeros Carlos Mendoza y Edgardo Boris, que tuvieron más suerte que él en la carrera de trepadores.

"La torpeza le costó el sillón que ahora ocupa una *Comisión de los 16* en la que manda la UOM, en una provincia donde la metalurgia es poco menos que insignificante. Fiorentini perdura, sin embargo, a la cabeza del ISMOS, un organismo de obras sociales que le obsequiara Paco Manrique poco antes de lanzarse a la aventura electoral".⁷⁰

El mismo número de la revista citada trae un jugoso comentario sobre los negocios de Lorenzo Miguel, actual Secretario General de la Unión Obrera Metalúrgica y líder de "las 62" Organizaciones. Miguel había sido durante diez años el titular de las finanzas metalúrgicas, "firmó balances, ocultó los *afanos*"⁷¹ y conoció las maniobras de toda la dirección metalúrgica", reuniendo una experiencia que no podía menos que emplear en provecho propio:

"Y Lorenzo, de esa, no salió mal parado —dice la publicación—. En principio, puso con su hermano una empresa de trasportes, que luego se fundió por razones desconocidas".

Se metió luego con Paulino Niembro en un manejo tramposo para lucrar con la defensa del 1,5 por ciento gremial.

"Lorenzo Miguel metió la mano después en el famoso seguro sindical, que hizo el gremio a través de la Compañía Cumbre. Cada peso que se retiene a los afiliados tiene como destinatario de algún porcentaje al secretario general de la UOM. Es natural que así sea. Mientras Lito Verde, secretario de Acción Social, robaba a más no poder, pidiendo la adjudicación de los *buffetes* de los recreos del gremio, del hotel de Mar del Plata y la dirección del Sanatorio Metalúrgico, Vandom era cada vez más aficionado a las carreras de caballos y Paulino Niembro quería asegurar su porvenir e intervenía en la coima de la instalación

⁶⁸ *Nuestra Palabra*, 5 de Setpiembre de 1973, p. 14.

⁶⁹ *Diario La Opinión*, 12 de Agosto de 1973

⁷⁰ *Revista El Descamisado*, n°. 24, 30 de Octubre de 1973, p. 26.

⁷¹ Robos

de instrumentos en el policlínico metalúrgico a cargo de la empresa Poliequipos, de la cual luego sería gerente de ventas, en medio de esta competencia para el afano, Miguel tenía que tomar partido”.⁷²

Cuando los cargos son muchos, todo parece exagerado. Sin embargo, no sabemos que Miguel haya refutado las denuncias de la revista. No pudo, sin embargo, ocultar su irritación cuando, días después de publicadas, dijo en un acto de la Juventud Sindical Peronista refiriéndose al 17 de Octubre:

“A esa fecha la hicimos los *descamisados*, aunque debo decir que hoy esa palabra, que nació de Evita con amor, es utilizada para hacer un pasquín inmundo, que lamentablemente nos tiene que entristecer”.⁷³

¡Pobre Miguel tan triste, tan incomprendido!

Su antecesor en la jefatura de la UOM, Augusto Vandor, con esa discreción que todos le admiraban, había puesto el mayor celo en ocultar todo lo que hacía. “A Vandor le gustaba esta aureola de misterio con que estaba rodeado”, dice un periodista que lo trató.⁷⁴ Hasta su ficha en la empresa Philips, donde ingresó en 1949 como ajustador mecánico había desaparecido. “No hay antecedentes de su paso por la fábrica”, confesó al periodista citado a un alto ejecutivo de la empresa. En enero de 1966 cuando el dirigente fue atacado en el naddock de San Isidro mientras apostaba a sus caballos preferidos se supo que sus enemigos no eran pocos. Cuatro meses más tarde, el 13 de mayo fue protagonista del cruento tiroteo de la confitería “Real” de Avellaneda, donde murió el Secretario Adjunto de la UOM Rosendo García. Este sujeto estaba metido en un negocio que daba oro: la compra de chatarra a las grandes empresas metalúrgicas y su comercialización. Se afirma que el tiroteo que le costó la vida no sólo fue originado por discordias de sector, sino por intereses de ese tipo que enemistaron a los “socios” comprometiendo la continuidad de la empresa. Lo más probable es que Vandor no fuera ajeno a esa discordia, pero sus metas eran más altas que la chatarra y los caballos: él apostaba a la política. Las balas que lo mataron el 30 de junio de 1969 asesinaron ambiciones que él no consideraba desmedidas.

A la sombra de Alonso, Coria, Vandor, Miguel y otros “elefantes blancos” del sindicalismo, crecieron un montón de *dirigentitos* empeñados en negocios tan turbios como los de aquéllos. Sus afanes comerciales parecen marchar a contramano de los acontecimientos gremiales. En febrero de 1971, cuando aún no se habían apagado los ecos del *Cordobazo*, los jerarcas de los gremios telefónico, construcción, taxistas y molinero de Córdoba anunciaron la creación de una “cooperativa gremial” que vendería gas licuado en garrafas, para lo cual el gobierno provincial –el mismo que había apelado al ejército en ocasión de la rebelión obrera de 1969– les cedió una planta por la módica suma de 30 millones de pesos.⁷⁵ Con su

⁷² Revista *El Descamisado*, n.º 24, 30 de Octubre de 1973, p. 6

⁷³ Diario *La Opinión*, 30 de Noviembre de 1973, p. 9

⁷⁴ Santiago Senén González. Revista *Gente*, n.º 206, 3 de Julio de 1969, p.12

⁷⁵ Revista *Panorama*, 16 de Febrero de 1971

humor a prueba de balas, los trabajadores se preguntaban si los gremialistas venderían el gas al gobierno para llenar las bombas lacrimógenas.

Cierto es que muchos dirigentes suelen evitar poner sus nombres en los negocios marginales, para eludir ataques de la oposición. Sin embargo, algunas versiones sobre tales negocios corren insistentemente. ¿Es cierto que Francisco Prado, dirigente de Luz y Fuerza y ex secretario de la CGT, tiene una estación de servicio en la calle Bernardo de Irigoyen? ¿Es cierto que Juan Carlos Loholaverry, el inefable jerarca textil, es dueño de una flota de camiones? ¿Es cierto que su colega Favara, además de poseer una lujosa quinta con pileta en Castelar, tiene un hotel en Córdoba?

Una cosa es innegable: el carácter dual de la actividad de estos jerarcas-patronos motiva sus inclinaciones a observar una actitud magnánima ante los que abusan del sacrificio de los trabajadores, propensión que la teoría de la “tercera posición” entre el capital y el trabajo eleva al rango de *doctrina*. En todo caso, ellos son los exponentes vivientes de esa tercera posición, cuyos frutos son la claudicación y el oportunismo, la traición a las luchas de la clase obrera.

El Negocio de la Basura

Con este título la revista *El Descamisado* publicó una serie de artículos⁷⁶ que descubren los entretelones de la recolección de residuos, monopolizada por una mafia que utiliza los servicios de algunos dirigentes sindicales, como el metalúrgico Paulino Niembro, el municipal Gerónimo Izzeta y el transportista Razinsky.

Es sabido que hasta 1955 la recolección de residuos corría a cargo de las municipalidades, pero posteriormente, al privatizarse muchos servicios estatales y comunales, pasó a ser realizada por empresas contratistas. Diez de estas monopolizaron los servicios en la Capital y la mayor parte del Gran Buenos Aires, distribuyéndose las zonas de dominio, sobornando a funcionarios municipales para adjudicarse las licitaciones y eliminar competidores, repartiendo coimas para eludir inspecciones, evadiendo impuestos y violando las disposiciones legales que protegen a los trabajadores.

Trasportes Olivos, Venturino Hermanos, Trasportes Maipú, Martín y Martín, Coproa S A., son las firmas más conocidas. La última de las nombradas fue adquirida por Alberto Di Nella, un inmigrante italiano que después de trabajar como peluquero y verdulero había comprado una pizzería en Rosario. Cuando en esta ciudad se desató una huelga de municipales y la comuna apeló a empresas privadas asegurándoles fuertes pagos y custodia militar, Di Nella se presentó, contrató dos peones y comenzó a recolectar. Le fue bien, fundó una empresa, consiguió contratos e hizo

⁷⁶ *El Descamisado*, n.º 7, 3 de Julio de 1973; n.º 8, 10 de Julio de 1973; y n.º 10, 24 de Julio de 1973.

fortuna. Con ese capital pudo comprar Coproa, que operaba en la Capital, Pilar, Tigre y Alta Gracia, pero el negocio se amplió considerablemente cuando alguien le proporcionó un filón codiciado: la recolección en el partido de Lanús. Este alguien era Paulino Niembro.

Niembro había sido Secretario General de la Unión Obrera Metalúrgica en la Capital y presidente del bloque peronista de la Cámara de Diputados, había ayudado a promocionar a Vandor y se había peleado con él, se había incorporado luego a la firma Poliequipos, abastecedora del Policlínico Metalúrgico, y gracias a su amistad con el intendente de Lanús consiguió la adjudicación del servicio mencionado, que ofreció a Coproa a cambio de una comisión permanente. Norberto Tmbelloni, también metalúrgico, y Jorge Triaeca, plástico, colaboraron con él.

La asesoría de Niembro también fue utilizada por Coproa para organizar la explotación negrera del personal. Dice la revista que la empresa tiene 600 trabajadores, pero sólo 250 se encuentran registrados a los efectos de las obligaciones legales y sólo 176 están anotados en la Caja de Jubilaciones. A los peones nunca les pagó lo que marca la ley, ni los encuadró en los libros de la empresa, donde están asentados como “gastos generales de explotación”; por eso no abona subsidios familiares, ni deposita aportes jubilatorios, ni paga indemnizaciones cuando despide, y si esto le acarrea problemas legales, la empresa llena a su favor los recibos en blanco que previamente hace firmar a los obreros. Estas irregularidades se *arreglan* gracias a que el personal ha sido encuadrado no en el Sindicato de Recolectores de Residuos, sino en el Sindicato de Camioneros, Choferes y Afines, cuyo Secretario General, Razinsky, es amigo de Niembro. De esta forma Coproa ha podido declarar una facturación de 1.100 millones de Pesos en su ejercicio de 1972.

Otra empresa recolectora es Transportes Olivos, cuyos dueños son Lorenzo Ruggeri y Ricardo Cacehione. Estos consiguieron la licitación de Vicente López, el 22 de mayo de 1972, con una oferta de 3.000 millones, pese a que el presupuesto fijado por la Municipalidad era de 1.700 millones. También obtuvieron la licitación en Lomas de Zamora, no obstante existir una oferta mejor; los funcionarios actuantes recibieron un *premio* de cinco millones de pesos. La obtuvieron asimismo en Tres de Febrero, mediante un acuerdo con las otras empresas contendientes. Finalmente ganaron la licitación más codiciada, la de Avellaneda, para lo que contaron con los buenos oficios de Gerónimo Izzeta, secretario general de la Federación de Sindicatos de Trabajadores Municipales de la Provincia de Buenos Aires. Humildemente, Izzeta “pidió algo en efectivo y la financiación de su campaña electoral, costosa por el deterioro de su figura en la base del gremio”. Según la investigación que estamos reseñando, ninguna licitación se ganó sin soborno en los municipios y gratificaciones a los jerarcas sindicales que actuaron como influyentes. El negocio de la basura es al fin y al cabo bastante sucio.

Los que conocen estos enrredos no podían sorprenderse cuando Paulino Niembro volvió a ser noticia con motivo de un sonado caso de soborno deportivo. En Agosto de 1971, el jugador Juan Carlos Yuliano, del Club Atlético Temperley, denunció ante la Justicia que autoridades del Club Nueva Chicago le habían ofrecido una fuerte suma de dinero si aceptaba “ir a menos” en el partido que debían jugar los equipos de ambas instituciones. Después de veinte meses de proceso judicial, el juez de sentencia Dr. Julio Ledesma comprobó la tentativa de soborno y condenó a dos años de prisión a José Sabugieiro y Alfredo Tresols, dirigentes del Club Nueva Chicago. Pero el caso es que el presidente de esta institución era nada menos que Paulino Niembro, ya que el fútbol parece ser otra de las vetas de su controvertida personalidad. Conocida la noticia, los obreros se preguntaban si su ex dirigente no estaría aplicando las costumbres aprendidas en varios años de práctica sindicalista...

Acaso estas desventuras de Niembro como sindicalista, diputado, empresario y deportista, aunque no empañen la “límpida trayectoria” que él mismo se adjudica,⁷⁷ hayan sido tenidas en cuenta por el Congreso Metropolitano del Partido Justicialista cuando, el 20 de diciembre de 1972, con el voto de 183 congresales contra 7, excluyó a Niembro de las lista de candidatos a diputados para las elecciones del 11 de marzo de 1973. Un episodio lamentable de cualquier modo, porque privaba a la nación de un meritorio tribuno.

El Curioso Bautismo del Banco Sindical

En Mayo de 1967, Washington fue sede de la *Primera Conferencia sobre Bancos Sindicales*, auspiciada por la Organización de Estados Americanos (OEA) y por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), cuyo presidente, con explícito entusiasmo, dijo en esa oportunidad que:

“el BID ve con sumo interés y simpatía esta creación de bancos obreros, máxime en cuanto su establecimiento responde a los principios de la *Alianza para el Progreso*”.⁷⁸

Un mes después, el 17 de junio de 1967, se inauguró un seminario internacional de la *Histadrut*, central obrera israelí, que tiene amplia experiencia en estos asuntos, como que es propietaria de empresas capitalistas con un personal de 210.000 obreros y empleados. La AFL-CIO, central obrera norteamericana, participó en ambos eventos.

En estas fuentes del “*sindicalismo libre*” acuñó Armando March su idea de fundar un Banco Sindical en nuestro país. En octubre de 1967 March recibió un préstamo de 360 millones de pesos del Banco Municipal de la Ciudad de Buenos Aires y en mayo de 1968 solicitó al mismo organismo

⁷⁷ Solicitada personal de Paulino Niembro en *Clarín* del 27 de diciembre de 1972. Véase también la respuesta del Sindicato del Tabaco en el mismo diario, 29 de diciembre de 1972.

⁷⁸ Diario *Crónica*, 22 de mayo de 1967.

otros 400 millones de pesos. Entretanto, con motivo de la puesta en vigencia de dos consecutivos convenios de trabajo, se realizaron sendos descuentos en los sueldos de los trabajadores mercantiles, recaudándose 1.000 millones más. De este modo, el 30 de octubre de 1968 el Banco Sindical S.A. abrió las puertas de su edificio de Reconquista 319 al 327, cuyo frente de hormigón se empeñaba presuntuosamente en parecerse al del *Banco de Londres*...

March, cuya quiebra fraudulenta de 1954 en San Luis había ya pasado al olvido, renunció a la secretaría de la Confederación de Empleados de Comercio para dedicarse con alma y vida a su amada empresa. Pero ésta no tuvo la acogida que esperaba, ni entre los empresarios, que consideraron una degradación depositar sus fondos en un banco sindical, ni entre los gremios, para los que March era un personaje indeseable. El mismo Directorio del Banco reconocía que “no se obtenía la respuesta esperada por parte del sector de capitales empresarios privados” y que “tampoco fue todo lo auspiciosa que se esperaba la recepción del Banco por parte de las organizaciones gremiales”.⁷⁹

Al 30 de junio de 1969, el Banco tenía 1.423 millones de pesos en depósitos y 1.512 millones en préstamos acordados. Pero, ¿préstamos a quiénes? No fueron pocos los empleados de comercio que, al fundarse el Banco Sindical, creyeron que el mismo estaría orientado a satisfacer ciertas necesidades económicas de los trabajadores. En Jujuy, por ejemplo, numerosos trabajadores necesitados de vivienda consideraron esa su oportunidad para poder construirla e indujeron al Centro de Empleados de Comercio de esa ciudad a dirigir el 10 de junio de 1969 una nota al presidente del Banco, José Tomás Alberto Uncal, tramitando modestamente, cien solicitudes de préstamos personales; pero en respuesta se les notificó el 25 de junio que:

“el Directorio del Banco ha dispuesto la suspensión temporaria del envío y recepción de las solicitudes aludidas...”⁸⁰.

En cambio, en ese mismo momento, se beneficiaban con la generosidad de March empresas como Tiber S.A, Yudilan, Menfis S.A., Verbena. S.A., Mildo S.A., Financiera Liway y otras en las que tenía intereses el propio March. Estas empresas eran atendidas por su secretario privado, Baúl Juan De Paul, quien además de recibir beneficios en ellas, cobraba un sueldo de m\$. 90.000 por su cargo en la Confederación de Empleados de Comercio y otro de m\$. 100.000 como contador de la Proveeduría Farmacéutica de la Federación, según consta en un expediente judicial⁸¹, cuando el sueldo básico de los empleados de comercio se cifraba en m\$. 28.000 mensuales.

⁷⁹ Banco Sindical S. A., *Memoria y Balance General* al 30 de junio de 1969, Primer ejercicio

⁸⁰ *Realidades*, boletín informativo del Centro de Empleados de Comercio, n.º 2, San Salvador de Jujuy, Agosto de 1969, p. 4

⁸¹ *Auto de prisión preventiva* contra De Paul y Alessandro. Juez de Instrucción Juan Carlos Liporace; Secretario Armando Alfredo Caccuri (12 de Septiembre de 1969)

La Financiera Liway, por su parte, otorgaba un préstamo de 40 millones de pesos al señor Mario José Alessandro –director honorario de SADAYC– con destino a sus empresas Kenwood y Saxoni:

“operación que materializó con fondos de dos cheques, uno del Banco Mercantil por m\$n. 60.000.000 y otro del Banco de la Nación Argentina por m\$Sn. 20.000.000”⁸²

Cantidades que Alessandro depositó a plazo fijo en el Banco Sindical; al despojarse a SADAYC de ochenta millones de pesos, se concedía la mitad de esta suma a Alessandro como préstamo de una agencia financiera de March. Así de turbios fueron los negocios realizados por March y sus cómplices bajo la cobertura del Banco Sindical formado con dineros de los trabajadores.

A esto se añade el manejo de fondos de la Confederación de Empleados de Comercio por Armando March y José Minichillo –pagos por valor de 254 millones de pesos y cheques por valor de 105 millones, “de los cuales no se tenía conocimiento en la contaduría de la entidad gremial”–⁸³ y las denuncias de la Lista Azul, entonces opositora, acusando a los dirigentes de defraudaciones por la friolera de 10.000 millones de pesos viejos, que involucrarían al Banco Sindical, la enajenación del edificio de Grandes Tiendas, la comisión de Neutrom como intermediaria de esa operación (40 millones), agasajos a funcionarios (54 millones), uso de fondos del Instituto Médico Mercantil Argentino (sobre un ingreso de m\$n 1.425.443.443 se habían gastado m\$n 463.308.605 en concepto de “administración”) y construcción de edificios para viviendas.⁸⁴

La detención de Armando March, Mario José Alessandro, Baúl Juan De Paul, Emilio E. del Bianco y otros implicados en la estafa contra SADAYC⁸⁵ no podía, pues, sorprender a nadie. “Se destapó la olla”, fue la exclamación generalizada en los medios sindicales. Los titulados dirigentes obreros, asociados por inúmeros lazos a los intereses empresariales y gubernamentales, terminaban en la cárcel como delincuentes comunes. En cuanto al presidente del Banco Sindical, Tomás Uncal, la Justicia no pudo probar nada en su contra; obligado, empero, a dejar su cargo, buscó emplear sus habilidades donde otros banqueros lo requirieran: después de veintidós años de radicalismo, viró más a la derecha y se incorporó a la flamante Nueva Fuerza comandada por Alvaro Alsogaray, y no como un afiliado más sino como un dirigente promisorio.

⁸² Auto de prisión preventiva contra De Paul y Alessandro. Juez de Instrucción Juan Carlos Liporace; Secretario Armando Alfredo Caccuri (12 de Septiembre de 1969).

⁸³ Diario *La Prensa*, 19 de Noviembre de 1969, p. 16.

⁸⁴ *Conferencia de prensa* en Enero de 1970 y solicitadas en *Clarín* del 25 de Noviembre de 1969, 29 de Enero de 1970 y 15 de Abril de 1970.

⁸⁵ Juzgado Nacional de Primera Instancia en lo Comercial N° 7, a cargo del Doctor Jorge Alberto Garriga. Secretaría N° 14 del doctor Manuel Jarazo Veiras.

La libertad de Armando March a mediados de 1973, aprovechando la amnistía política resuelta por el peronismo al asumir el poder, fue una sorpresa para todos. ¿Cómo podía un delincuente común acogerse a los beneficios de una medida destinada a hacer justicia con las víctimas de la represión de la fenecida dictadura? Para explicar el hecho corrieron varias versiones. Una de ellas se apoyaba en la complicidad de March con José Minichilo, dirigente mercantil peronista que formaba parte de su dirección sindical. Otra versión recordaba que el abogado defensor, Dr. Hugo A. Pérez Ortiz había solicitado ante el juzgado de sentencia del Dr. Héctor R Vera Vallejo, secretario del Dr. Manuel M. Niklison, en Junio de 1972 se librasen exhortes a varios testigos que se encontraban en conocimiento de las maniobras denunciadas, y entre esos testigos figuraban, asombrosamente, Juan Domingo Perón, José López Rega y María Isabel Martínez de Perón, a la sazón en Madrid.⁸⁶ Una tercera versión indicaba que Roque Azzolina, ex secretario de la UOM en Bahía Blanca, ex asesor del secretariado nacional de la UOM y ex miembro del secretariado de la CGT, en la última repartía de cargos había sido nombrado ministro de Bienestar Social en Chubut y, aprovechando una reunión de los ministros del área, había pedido a López Rega que amnistiara a Armando March.⁸⁷ De cualquier modo March al que el juez Liporace negara la excarcelación en enero de 1973 bajo ningún tipo de caución,⁸⁸ salía en libertad poco tiempo después gracias a los buenos oficios de sus colegas peronistas, con quienes en realidad no tenía divergencias de fondo.

Prueba de esta afirmación es el hecho de que entre la conducción gorila de March y la conducción peronista de David Diskin, su sucesor como secretario general de la Confederación de Empleados de Comercio y presidente del Banco Sindical, no es posible hallar visibles diferencias. Si bien los préstamos personales que otorga el Banco alcanzan al 28 % del total de sus depósitos, el principal destinatario de sus créditos sigue siendo la burguesía.

El 1º de Diciembre de 1973 Diskin informó que el Banco Sindical había sido autorizado por el Banco Central para aumentar de 1.000 a 3.000 millones de pesos viejos la línea de créditos destinada a la pequeña y mediana industria. Cabría preguntar si son empresas pequeñas y medianas Bunge y Born, Pérez Companc y otras que se benefician con los créditos del Banco Sindical. Hasta el mismo personal de este Banco se ha visto obligarlo a protestar por la orientación de su actividad y el 15 de junio de 1973 ocupó sus dependencias para exigir:

“la renuncia del gerente general, Alberto Cominelli, por personero de la dictadura, ya que había sido impuesto por el ministro San Sebastián como condición de un préstamo que el Banco Central otorgó al Sindical”,⁸⁹

⁸⁶ Diario *La Razón*, 5 de junio de 1972; *Clarín*, 6 de Junio de 1972

⁸⁷ Revista *El Descamisado*, n.º 15, 28 de Agosto de 1973, p. 14

⁸⁸ Diario *Clarín*, 9 de Enero de 1973

⁸⁹ Revista *Ya!*, n.º 7, 10 de Agosto de 1973, p. 31

Una acción a la que el señor Diskin respondió con la cesantía de cuatro empleados y la suspensión de otros dos. Los sindicalistas convertidos en banqueros, sean gorilas o peronistas, favorecen a los monopolios y represalian a los trabajadores.

Algunos émulos de estos señores banqueros han surgido también en el interior. En Córdoba el director del Banco Sindical es el señor Hernández, que en la época del *Cordobazo* estaba al lado del gobernador Caballero y luego fue un tenaz opositor a la conducción cegetista de Atilio López y Agustín Tosco. En San Juan existe un llamado Instituto Financiero Obrero, manejado por el delegado regional de la CGT, Enrique Lorenzo Fernández. El gobierno de la provincia y la Federación Económica habrían aportado capitales para dicho instituto que, según denuncias formuladas, otorga préstamos con un criterio discriminatorio, por lo general a dirigentes sindicales oficialistas.

La Cuestión de las Viviendas

El desastre que para el núcleo March significó el estado público de los hechos narrados y la pérdida del apoyo que el mismo contaba en los medios oficiales, fue aprovechado por el grupo encabezado por David Diskin —el equipo de recambio mantenido a la expectativa— para tomar la dirección de la poderosa Confederación. Es evidente que la nueva dirección, que asumió sus funciones el 22 de abril de 1970, heredaba de la anterior una serie de “negocios” inconclusos, como eran los contratos suscriptos en 1964 y renegociados en 1967 entre la Federación de Empleados de Comercio y la empresa Pueyrredón Construcciones, para construir 264.000 metros cuadrados de viviendas por un costo estimado entonces en 15.000 millones de pesos viejos. Pero no hubo acuerdo en las condiciones.

“Todos estos contratos dieron lugar a un pleito que Pueyrredón Construcciones inició demandando su cumplimiento y que motivó el embargo de bienes de la Federación de Empleados de Comercio por m\$n 9.000 millones”, según la versión de este organismo⁹⁰.

Pero no se trataría sólo de eso. Hay de por medio una causa por “fraude a la administración nacional, falsificación de documentos, estafas reiteradas, exacciones ilegales, cohecho y extorsión”, a falta de otras lindezas, en la que aparecen implicadas Pueyrredón Construcciones S.A., la *Empresa de Construcciones Americanas S.A.* y *Conti y Goicoecchea de Construcciones*, junto —vaya casualidad— con elementos del nuevo equipo administrativo de la Federación, como su asesor legal Héctor Pedro Recalde y el vocal titular Armando Oriente Cavalieri, que fueron inmediatamente detenidos.⁹¹

⁹⁰ Solicitada de la Federación de Empleados de Comercio, diarios del 16 de agosto de 1971

⁹¹ Diarios del 10 de Agosto de 1971

Los nuevos dirigentes de la Federación de Empleados de Comercio asumieron la defensa de Recalde y Cavalieri, asombrándose de que:

“de acusadores insobornables de todas las irregularidades cometidas por el grupo de Armando March, se nos quiera colocar ahora en el papel de acusados”.⁹²

¿Cómo se iba a cometer tamaña injusticia? Sin embargo, resultó reveladora la confesión de Cavalieri ante la policía, contenida en un informe de ésta:

“En la sede policial, el doctor Recalde y Cavalieri reconocieron su participación en el hecho en declaraciones suscriptas ante el instructor. Expresan que solamente habían recibido 20 de los 50 millones, que se dividieron en partes iguales. Recalde aclaró que su parte la tenía en su casi totalidad depositada en cuentas bancarias, que fueron bloqueadas. En cuanto a Cavalieri, expresó que parte del dinero lo tenía en su domicilio, secuestrándose aproximadamente seis millones de pesos en efectivo y documentación de compra de un piso con cochera en un edificio sito en República de la India 2800 por la suma de 17.200.000 pesos moneda nacional y su decoración por un valor superior a los tres millones de pesos”.⁹³

Por su parte, el juez interviniente resolvía:

“decretar la prisión preventiva de Armando Oriente Cavalieri, en orden al delito de estafa a la Administración Pública, reiterado y en grado de participación necesaria, manteniéndose el embargo trabado a fs. 740, aunque reduciéndose su monto, el que se fija en la suma de un millón de pesos ley 18.188.”⁹⁴

¡Pobre Cavalieri! No pudo llegar a vivir como Coria, Rucci, Alonso y tantos otros, y en vez de disfrutar un piso a todo tren en lo mejor de Palermo tuvo que alojarse entre rateros, como delincuente común, en una celda de Villa Devoto. La nueva dirección peronista de la Federación de Empleados de Comercio, cuyos miembros tenían por lo visto bastante afinidad con March, tuvo que rendirse ante las evidencias y, antes de que la cosa pasara a mayores, suspender la afiliación del directivo Cavalieri el 25 de octubre de 1971.

Sin embargo, en la Comisión Directiva de la Federación de Empleados de Comercio las opiniones estaban divididas. Mientras una parte de ella, incluido el Secretario General Desiderio José Puga, deseaba quitarse el lastre de este tenebroso asunto y se avenía al proceso contra los implicados, otra parte de la comisión (los directivos Adolfo Goodwin, Leonardo Cerminaro, Osvaldo Mantuano, Marcelo Laguzzi y Alberto

⁹² Solicitada de la Federación de Empleados de Comercio, diarios del 11 de agosto de 1971

⁹³ Diario *Clarín*, 23 de setiembre de 1971

⁹⁴ Juicio caratulado “Braña y otros s/Defraudación y estafas reiteradas a la Administración Pública”, Juzgado en lo Criminal y Correccional Federal del Dr. Jorge A. Aguirre

Hernández) se presentaron a la Justicia el 26 de octubre de 1972 solicitando la absolución de Cavalieri, razón por la cual el 30 de octubre la comisión dispuso la exoneración de esos dirigentes. Entretanto, el gobierno había sustituido a Francisco Manrique en el Ministerio de Bienestar Social; el nuevo titular, Puigrós, emitió el 23 de febrero de 1973 la resolución N° 485 dando instrucciones a sus letrados para que desistieran de la querella contra Cavalieri, lo que motivó la protesta de la Federación.⁹⁵ Pocos días después, tras pagar un rescate de 20 millones de pesos, el inculpado salía en libertad. El propio Manrique reconoció que los amigos de Cavalieri estaban ahora en el gobierno;⁹⁶ la gravedad de las imputaciones y las comprobaciones judiciales pudieron menos que los oscuros intereses en juego.

Con el pretexto de la “construcción de viviendas para los afiliados” se han cometido en varios sindicatos cuantiosas estafas que han perjudicado a los adquirentes, en su mayoría trabajadores que creyeron encontrar la oportunidad de hacer realidad su sueño de la vivienda propia, que no es privativo de la burguesía. Pero el caso de Empleados de Comercio no es el único. En 1966 la empresa Promobra S.A.I.C.I.F. logró de las direcciones de doce sindicatos⁹⁷ que aceptasen su propuesta de construir edificios de departamentos no sólo para sus afiliados sino también para la venta comercial, ya que para atraer ingenuos compradores se publicaron avisos en los diarios. Los sindicatos se comprometieron a “auspiciar esas obras y promocionar su venta, debiendo cada adquirente suscribir el correspondiente contrato directamente con la empresa”, que entregaría los departamentos en determinado lapso. Se infiere que estos “servicios” no eran gratuitos (según algunas versiones los dirigentes habrían recibido un jugoso porcentaje) y por lo tanto éstos eran, de hecho, “socios” de la empresa en cuestión. Pero la firma no sólo no dio cumplimiento a los compromisos contraídos sino que además provocó su propia quiebra, maniobra que perjudicó a 1.600 familias. Estas denunciaron públicamente los hechos de que fueron víctimas, señalando la responsabilidad que a los sindicatos les cabía en ellos y exigieron una solución para la situación en que se encontraban.⁹⁸ Los sindicatos, por su parte, respondieron que ellos también se sentían “estafados” y que todo intento de considerarlos cómplices de la empresa deterioraba “la imagen del sindicalismo argentino” y provenía de “elementos que, al servicio de ideologías extranacionales, sólo procuran provocar la agitación y el caos”.⁹⁹ Pero ni esta declamación nacionalista ni las mil gestiones que los dirigentes dijeron realizar

⁹⁵ *Solicitada* de la Federación de Empleados de Comercio, diarios del 9 de marzo de 1973.

⁹⁶ Declaraciones a un reportaje radiofónico del 6 de marzo de 1973.

⁹⁷ Sindicato de Trabajadores de Industrias de la Alimentación, Unión de Trabajadores Gastronómicos, Asociación de Trabajadores de la Industria Lechera, Sindicato de Trabajadores Perfumistas, Federación de Obreros y Empleados de la Industria Aceitera y Afines, Sindicato de Conductores de Taxis, Unión de Propietarios de Autos Taxis, Unión de Trabajadores de Entidades Deportivas y Cíviles, Sindicato Único de Trabajadores del Neumático, Unión de Recibidores de Granos, Sindicato de Obreros y Empleados del Ministerio de Educación y Sindicato de Colchoneros.

⁹⁸ *Solicitada* en *La Razón*, 6 de mayo de 1970.

⁹⁹ *Solicitada* en *La Razón*, 19 de mayo de 1970.

consiguieron nada, y quince meses después las familias perjudicadas, al parecer no muy convencidas del patriotismo de los dirigentes, insistían ante la opinión pública que “los sindicatos son los responsables de este problema; nosotros confiamos en la palabra de los doce gremios que hicieron un plan de viviendas y ellos deberán lograr la solución de esta verdadera estafa”¹⁰⁰ y realizaban una concentración en Plaza de Mayo, frente al Ministerio de Bienestar Social, para “hacer oír su protesta y exigir una rápida solución al problema”. Así, se producía el caso insólito y sin precedentes de una manifestación popular contra un grupo de sindicatos obreros a los que se consideraba implicado en esa defraudación.

El revuelo en torno a la quiebra de *Promobra* duró varios años. Todavía a mediados de 1972, lejos de solucionarse el problema, se agravaba con la amenaza de un remate judicial de los edificios paralizados, que se fijó para el 12 de junio. Pero los afectados ocuparon las obras y realizaron manifestaciones; dispersados por la policía frente al Sindicato de la Alimentación, se dirigieron al Ministerio de Bienestar Social, lograron de la Justicia la suspensión de los remates y obligaron al Banco Hipotecario Nacional a acordar préstamos para continuar las obras. Así culminaba un caso bochornoso en el que se había complicado la burocracia sindical.

También el gremio textil se vio afectado por los negociantes del sindicalismo. En el X° Congreso Nacional Textil Extraordinario, que sesionó en Mar del Plata los días 26 y 27 de mayo de 1971, se trató un informe de Tesorería en el que se daba cuenta de una hipoteca por 50 millones de pesos viejos sobre el *Hotel Miami* de la Asociación Obrera Textil; dicha suma había sido pagada:

“a una firma fantasma, con un titular insolvente, por trabajos en el Campo de Deportes y en la Isla Victoria que nunca se realizaron”.

Concretamente sobre las viviendas, el informe revelaba que la dirección anterior de la AOT había planeado la ejecución de dos barrios con un total de mil viviendas en las localidades de Morón y Hudson, obras que fueron encargadas a una empresa fantasma con nada menos que 144 pedidos de quiebra, hecho que motivó que los subcontratistas de la empresa demandaran a la AOT, resultando por lo tanto un perjuicio tanto para los adquirentes como para la organización obrera.¹⁰¹

Una denuncia parecida contra una dirección anterior hizo el secretariado del SUPE (petroleros) encabezado por Sebastián Ibáñez. Un informe de Tesorería publicado en el periódico del sindicato dice que:

“al recibir este Secretariado Nacional la Federación SUPE, la hemos encontrado abrumada de deudas, con juicios y embargos pendientes que hacían peligrar el patrimonio de la organización”.¹⁰²

¹⁰⁰ Diario *La Prensa*, 31 de Agosto de 1971

¹⁰¹ Solicitada en *Clarín*, 9 de Junio de 1971

¹⁰² *Petróleo Argentino*, n°. 65, Julio-Agosto de 1971

Una de las operaciones de la dirección anterior, encabezada por Adolfo Cavalli, fueron dos boletos de compraventa enajenando los terrenos que el SUPE tenía en La Plata y donde se pensaba erigir un barrio modelo. Al investigarse el mencionado contrato, dice el informe:

“se comprobó que la venta favorecía completamente a los compradores y no daba ninguna seguridad a la parte vendedora acerca del cobro del monto establecido en los plazos pactados sobre los saldos”.

La cuestión de las viviendas tampoco escapó a las inquietudes sociales de Coria Preocupado porque su gremio viva en casas tan buenas como las que construye, otorgó a su amigo y socio el arquitecto De Lorenzi la tarea de levantar un barrio de viviendas en Mar del Plata (Avda. Luro y calle 210), de aproximadamente diez manzanas, firmándose un contrato por 175 millones de pesos viejos. En la construcción de este barrio, además de observarse varias irregularidades, tuvo lugar un hecho paradójico. Un año y medio después de iniciadas las obras, pese a haberse conseguido préstamos del Banco Hipotecario Nacional, De Lorenzi adeudaba a los obreros tres meses de jornales, aguinaldo, vacaciones, indemnizaciones, etc., por valor de m\$N 12.000.000. Las obras quedaron paralizadas y se trabó embargo por los bienes de la empresa ante los Tribunales de Trabajo.

“Los trámites de embargo –informaba un diario– pusieron al descubierto una extraña situación. La empresa dio como domicilio de la Capital el de la calle Soler N° 3502 esquina Billinghamurst, que es el mismo domicilio del secretario general de la UOCRA, Rogelio Coria. Paralelamente se supo que el contador de la firma De Lorenzi es el Sr. Ratto, a su vez contador de la UOCRA, y que una hermana de Coria es asociada a Victorio De Lorenzi. Para completar estos ribetes de extraño juego de coincidencias, la comisión directiva de la UOCRA de Mar del Plata (Mansilla, Falenza, Bastonéelo, etc.) que responde a Coria, acaba de prometer a los obreros despedidos por De Lorenzi que la UOCRA estaría en condiciones de afrontar la deuda de la empresa constructora. O sea que el sindicato pagaría los 12 millones de pesos que adeuda la empresa patronal a los obreros...”¹⁰³.

Estas circunstancias se suman a la denuncia de “acomodos” en la adjudicación de los departamentos, lo cual no significa que los adquirentes hayan sido *beneficiados*, pues cada una de las viviendas fue vendida en cerca de cuatro millones y medio de pesos, es decir, cuatro veces su valor real.¹⁰⁴ Lo que se llama un negocio redondo

No menos indignantes son las tramoyas de los acólitos de Coria en Córdoba. El Sindicato de Empleados Públicos había creado una *Cooperativa de Viviendas Industrializadas*, ocupando a 300 obreros, con un plan de

¹⁰³ Diario *La Razón*, 5 de octubre de 1970.

¹⁰⁴ Periódico *Tribuna Sindical*, Mar del Plata, Julio de 1970.

levantar 1.233 viviendas. El sindicato fue intervenido y las obras se paralizaron. Cuando los delegados de éstas bajaron a Buenos Aires para entrevistar al directorio del Banco Hipotecario Nacional, se encontraron con que el mismo había suspendido la financiación de las obras por considerarla deficitaria y había designado Director al jerarca Horacio Cuenca, secretario administrativo de la Unión Obrera de la Construcción, elemento repudiable tanto para el sindicato promotor como para el personal de las obras.¹⁰⁵

Otra empresa constructora fue creada en Córdoba por los sindicatos de la Madera, Taxis, Correos, Personal Civil y Municipales, para edificar el Barrio Parque Don Bosco (1.500 casas) con fondos del *Plan VEA*, iniciándose las obras en octubre de 1971. De 800 obreros ocupados, sólo 50 trabajaban bajo convenio y el resto estaban subcontratados, a destajo, sin ningún tipo de amparo, con salarios miserables de mil a tres mil pesos diarios. Alma mater de esta operación es el taxista Mauricio Labat, que:

“en su condición de presidente del Consejo Directivo del Barrio Parque Don Bosco otorga parte del negociado al ingeniero civil Julio Agustín Álvarez y a la empresa *ASTEC S.R.L.*, perteneciente a los ingenieros mecánicos plomeros Vázquez y Zaug, individuos conocidos en Córdoba por sus reiteradas estafas en el ramo de la construcción”.¹⁰⁶

Uno de los filones de Labat consistió en encargarse personalmente de comprar todas las puertas, ventanas y marcos de madera utilizados en las obras, para lo cual viajó al Paraguay a realizar la operación, como si aquí no hubiese carpinterías. Como dato complementario digamos que el precio de estas casas oscilaba alrededor de los siete millones de pesos cada una, y en buena parte no fueron adjudicadas a los afiliados de los cinco sindicatos promotores sino a personas de mayores recursos, ajenas a los mismos. Todas estas irregularidades indignaron al gremio de taxistas, que ocupó el sindicato el 19 de junio de 1973 para denunciarlas y exigir la separación de Labat.¹⁰⁷

Muchos de estos negociados en materia de construcción de viviendas están vinculados a la penetración del imperialismo norteamericano, con sus créditos destinados a tal fin. Pero de ello trataremos en el apartado correspondiente.

¹⁰⁵ Revista *Intersindical*, diciembre de 1972, n.º. 4, pág. 9

¹⁰⁶ Revista *El Descamisado*, n.º. 10, 24 de Julio de 1973, p. 39

¹⁰⁷ Diario *Clarín*, 20 de Junio de 1973

La Delincuencia Sindical

La élite sindical, que tiene a su servicio una red de abogados, contadores y técnicos, se las arregla para hacer sus negocios, si es posible, “dentro de la ley”. Claro que esta expresión es muy elástica. No hay leyes que prohíban, por ejemplo, cobrar jugosas comisiones como intermediarios en la edición de periódicos y revistas, o en la compra de muebles, o en la compra, venta, permuta o transferencia de terrenos, casas, automotores, etc. Varios grandes sindicatos que gustan publicar frecuentemente “solicitudes” en los diarios —a veces a toda página— que cuestan centenares de miles de pesos, lo hacen por intermedio de “agencias de publicidad” creadas *ad hoc*, cuyo verdadero objetivo es producir comisiones para los dirigentes. La avidez de comisiones está tan extendida entre los jerarcas sindicales, que toda operación que ellos realizan carga automáticamente con el precio de un porcentaje adicional.

Una gran federación tiene un hotel en Córdoba. Cuando sus instalaciones están completas, los obreros que llegan como turistas son enviados a otro hotel, que por rara casualidad está enfrente, cuyas tarifas son más altas, pero la Federación se hace cargo de la diferencia; el hotel privado, también por casualidad, pertenece a un miembro de la Comisión Directiva de la Federación.

Los dirigentes de la Unión de Trabajadores Gastronómicos, según una denuncia entregada al periodismo por una agrupación del gremio, habrían vendido en 1963 un edificio en la calle Alsina en 19 millones de pesos y el comprador lo habría vendido a su vez, en forma casi inmediata, en 45 millones.

No hay ley, es cierto, que prohíba estas transacciones. Con el margen de impunidad que gozan, los dirigentes sindicales no necesitan arriesgarse a malversaciones evidentes. Sin embargo, en sindicatos tan importantes como la Unión Ferroviaria, la Asociación de Trabajadores de Sanidad, el Sindicato Argentino de Prensa, la Unión Obrera de la Construcción, la Asociación Obrera Textil, la Unión Obrera Metalúrgica, la Federación de Empleados de Comercio, el Sindicato Único Petroleros del Estado, la Unión de Trabajadores Gastronómicos y otros, no han faltado denuncias de malversaciones y hasta peleas entre dirigentes por el reparto del botín.

En la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE) se ha denunciado que, a pesar de los cuantiosos fondos para asistencia social recaudados por resolución 111/64, y no obstante los magros servicios prestados a los afiliados, hubo un déficit de m\$N 54.484.294. Alfredo Diez, ex secretario general de FATRE, se quedó con una casa del sindicato de Tres Arroyos; recién al cabo de varios años la Justicia dictaminó que esa casa pertenecía a la organización. En la Unión Obrera Metalúrgica —según volantes aparecidos en las fábricas—, no obstante las fabulosas recaudaciones, existía en 1968 una deuda que superaba los 500 millones de pesos; el *Hotel Royal* de Mar del Plata, que

pertenecía a esa entidad, había sido ejecutado por falta de pago a pesar de que el Banco Provincia habría otorgado a la UOM un préstamo de 70 millones de pesos.

Una versión que corrió insistentemente en los medios sindicales en 1971 señalaba que el tesorero de la Unión de Trabajadores Gastronómicos, Raúl Gausoro, había defraudado a la entidad en 3.000.000 de pesos viejos y que el secretario general de la filial Necochea, Rodolfo Deserio, dueño además de un restaurante en dicha ciudad, había cometido una defraudación por 5.570.000 pesos.

La protección de que gozan los altos dirigentes sindicales en los medios oficiales, antes y ahora, explica que sus manejos permanezcan impunes. Si el caso de March fue tan publicitado, fue porque dicho dirigente había perdido el favor de las altas esferas, como lo perdieron Pérez Leirós, Fidanza, Brunetti, Pomares, Marcovecchio y otros dirigentes amarillos, ya que la clase gobernante consideraba más “eficaces” otros elementos porque podían cumplir el mismo papel y a la vez contar con cierta base de masas.

Una prueba de la continuidad y concomitancia entre las jerarquías *libres* y las peronistas la proporciona una denuncia de la agrupación de la JTP en la Asociación Bancaria: nueve dirigentes de esta, pertenecientes al peronismo ortodoxo (Esquerra, Gialdino, Colazzo, Barcones, Castiñeiras, Bermúdez, Narcués, Abad y Unamuno), habían integrado hasta 1969 la camarilla dirigente de Pomares, compartiendo negociados y fraudes.¹⁰⁸

No pocas veces, por lo demás, han aparecido en los diarios noticias como esta:

“En el Juzgado de primera nominación (de Rosario) se tramita un sumario contra ex directivos del Sindicato de Obreros de la Industria de la Carne, acusados de estafas, malversaciones y otros delitos en perjuicio de la referida entidad. Se busca al ex directivo Jacinto Serballi. Entre los hechos dolosos se atribuye a los gremialistas haber librado cheques por 30 millones sin fondos; haber adquirido un galpón en la provincia de Córdoba por 90 millones cuando su tasación fue de 15 millones. Otro inmueble lo pagaron 70 millones cuando en realidad costó 15 y, además, dejaron una deuda superior a los 6 millones en la organización sindical”.¹⁰⁹

Este señor Serballi es el mismo que asaltó el Sindicato de la Carne con apoyo policial para desalojar a la dirección clasista encabezada por Ramón Zarza y hacerse luego nombrar secretario general. En ocasión del paro de 48 hs. del personal del frigorífico *Swift* de Rosario, cumplido unánimemente por sus 4.000 obreros en Agosto de 1969, Serballi había desautorizado esa acción y facilitado la suspensión de 1.200 obreros como represalia.

¹⁰⁸ Revista *Noticias*, 5 de Enero de 1974, p. 9

¹⁰⁹ Diario *Crónica*, 14 de Marzo de 1970

O noticias como esta otra:

“Una delegación del Sindicato Único de Trabajadores de Edificios de Renta y Horizontales concurrió a *Clarín* para efectuar una denuncia contra las actuales autoridades de aquél, a las que imputan maniobras fraudulentas en perjuicio de la entidad por una suma que oscilaría en los 90 millones de pesos moneda nacional. Señalaron igualmente nuestros visitantes que un primer quebranto en perjuicio del SUTERH, por 30 millones, surgió del balance del período 1968-69, mientras otro por 50 millones fue apreciado en el balance 1969-70 considerado recién este año. Con respecto al primero de los mencionados, iniciaron el expediente 475.625 en el Ministerio de Trabajo, que, dijeron, aun se encuentra sin resolución a pesar de haberse comprobado dicho quebranto”.¹¹⁰

En 1968, en la obra de refacción del Teatro Nacional Cervantes, se descubrió un robo importante de planchas de bronce, caños y otros materiales, que eran sacados subrepticamente en camiones de basura. Ello se hacía presuntamente:

“con el visto bueno de la empresa que vende el material, pues así la Municipalidad tiene que volver a comprarlos y el negocio es doble”.

En el robo estaban implicados los jerarcas sindicales.

“La delincuencia sindical digita en las obras delegados dóciles a los patrones; en retribución, éstos permiten a la gente de Coria el robo de materiales...”¹¹¹

La crónica periodística diaria está llena de noticias semejantes. Cinco directivos de la Federación de Empleados de Comercio de la Capital abrieron en la Dirección de Asociaciones Profesionales del Ministerio de Trabajo el expediente 519.629/72 denunciando irregularidades administrativas por parte de la Comisión Directiva. En abril de 1973, la Cámara de Apelaciones del Trabajo hizo lugar al recurso de amparo interpuesto por 11 de los 16 miembros de la Comisión Administrativa del Sindicato de Prensa de la Capital contra el secretario general Manuel Damiano, a quien acusaron de realizar maniobras dolosas con los fondos gremiales. El edificio de ese sindicato ubicado en Cangallo 1173 tuvo que ir a remate judicial en abril de 1974 a causa de las hipotecas contraídas por ese directivo. El 7 de agosto de 1973, Roberto Pettinato, entonces director de institutos Penales de la provincia de Buenos Aires, declaró en la Cámara de Diputados que el conocido delincuente internacional Françoise Chiappe, detenido el 30 de agosto de 1972 por existir cinco pedidos de extradición por asesinato y tráfico de drogas, “no se fugó de Devoto sino que salió por la puerta grande”, en mayo de 1973, ayudado por algunos legisladores y jerarcas sindicales. El 11 de Agosto de 1973 el ex dirigente de la construcción Carlos Alberto Pereyra declaró que se estaba operando el vaciamiento

¹¹⁰ Diario *Clarín*, 21 de Octubre de 1971

¹¹¹ Periódico CGT, n.º. 15, 8 de Agosto de 1968, y n.º. 16, 5 de Septiembre de 1968.

económico de la UOCRA, alcanzando a 6.000 millones de pesos el presunto despojo. En San Luis, con el pretexto de la emisión de rifas, FOECYT había defraudado en varias oportunidades a adquirentes de boletas, razón por la cual en agosto de 1973 el gobernador de la provincia había denegado la autorización de una nueva emisión y había girado las actuaciones a la Justicia Penal. En Mayo de 1973, un grupo opositor del gremio de Sanidad acusaba al secretario Otto Calace de cometer una malversación de fondos, denuncia que culminó con la expulsión del nombrado, aunque éste logró retener su cargo en la Federación nacional con el apoyo de “las 62” Organizaciones. El tesorero de la Unión Obrera Metalúrgica de Morón organizó un asalto contra su propia seccional para apoderarse de los fondos, en tanto que un directivo y paritario del Sindicato de Obreros Marítimos Unidos estaba complicado en el contrabando de dólares y el tráfico de drogas. Hipólito Acuña, ex interventor en un sindicato en Santa Fe, fue requerido por la Justicia por defraudación y otros delitos. Olimpio Tisera, directivo de la UOC de Matanza, para entregar el carnet a afiliados necesitados de los servicios asistenciales del sindicato exigía la suma de 15.000 pesos. La lista de denuncias publicadas por la prensa, sobre actos delictivos de los jerarcas, podría ser inacabable.

En este mundo pecador, ni la propia CGT, el reducto central de la burocracia, se salva de tales acusaciones. En casi todos los congresos de la CGT la Memoria y Balance se aprobó “a libro cerrado” a fin de no exponer al análisis y la discusión las finanzas de la central; en el congreso del 6 de julio de 1972, cuando varios delegados se aprestaban a denunciar gastos presuntamente injustificados, fueron silbados y abucheados por la mayoría circunstancial, y el delegado de la Asociación de Viajantes de Comercio tuvo que soportar una lluvia de monedas cuando pidió que se revisaran los libros. Cada vez que la CGT tuvo un roce con la dictadura, ésta ordenó inspecciones contables, sabedora de que los libros de contabilidad constituyen la vísceras más sensibles de los jerarcas. Pero atemperado el ánimo de estos, las inspecciones quedaban sin efecto y el idilio sindical-estatal continuaba su curso.

También ha habido denuncias sobre atropellos al pudor de las trabajadoras. En un diario de Córdoba, el padre de una menor de 15 años daba cuenta de que su hija había sido conducida el 13 de setiembre de 1961 al local de la Unión Obrera de la Construcción por su Secretario Julio Capdevilla, con el pretexto de conseguirle trabajo, quien allí la había alcoholizado y violado; la denuncia hecha por la niña y el padre en la Seccional 12º de la Policía, pasada luego a la Seccional primera, no había prosperado.¹¹² La esposa del taxista cordobés Juan Digian Paoli concurrió al sindicato a cobrar el seguro de su marido cuando falleció; “la exigencia de Ortiz en ese momento –declaró a un periodista– fue que yo me acostara con él; ante mi negativa, aún estoy sin cobrar el seguro”.¹¹³

¹¹² Reproducido por *El Obrero de la Construcción*, n°. 18, Octubre de 1961

¹¹³ *El Descamisado*, n°. 8, 10 de Julio de 1973, p. 27

Otra trabajadora, cuyo marido se encontraba agonizante en el hospital, solicitó al Sindicato de Taxistas dinero para subsistir por algunos días; Ortíz, a cambio del préstamo, le exigió favores especiales.¹¹⁴ Algunos congresos sindicales realizados en zonas turísticas han mostrado que la “joda” organizada es un estímulo oficial; la bebida, la dispación, el libertinaje, son útiles sustitutos de las discusiones políticas y del tratamiento de los problemas gremiales.

Los dirigentes suelen ofenderse y hablar de “calumnias” cuando se les saca ciertos trapitos al sol, pero sucede que ellos mismos suelen traicionarse y sacar a relucir las cosas feas, cuando están enemistados. Loholaverry remplazó a Andrés Framini en la Asociación Obrera Textil y en ese momento, corrieron versiones acerca de ciertas irregularidades en el desempeño del titular saliente. Más tarde Loholaverry fue desalojado por un grupo de la misma fracción política, encabezado por Adelino Romero, que denunció por la prensa los negocios turbios de la anterior dirección, comprendiendo una hipoteca por 50 millones de pesos para pagar obras que nunca se realizaron y otros negociados. Pero la nueva conducción se volvió a escindir, debiendo enfrentar al grupo de Durand, Favara y el mismo Loholaverry, quienes también tienen sus cargos que formular. Por supuesto, ninguna de las recíprocas acusaciones suele ir más allá del impropio amistoso; cuando se encuentran en la calle los rivales se abrazan y se invitan a tomar un café. En el fondo se protegen, porque para un pícaro no hay nada mejor que otro pícaro.

Evidentemente, la moral de los dirigentes sindicales oficialistas dista mucho de aquella de los pioneros de nuestro movimiento sindical, que lindaba con el heroísmo. Así lo reconoce el sociólogo Imaz cuando dice:

“Es presumible que entre los dirigentes de la primera época el ascetismo fuera elevado... Durante los años 30 se reduce el nivel de exigencia... Durante el peronismo se agudiza esta paulatina baja en la actitud de servicio de los dirigentes, en la medida en que los sindicatos convertidos en instancias burocratizadas eran parte de un sistema donde la inquietud prevalente no era de orden moral, ni frecuentes las renunciaciones personales en aras del bien común”.¹¹⁵

Si un órgano sindical hacía años atrás un elogio de los dirigentes vocacionales, definidos como “los que no hacen del sindicato una prebenda ni de la función una fuente de rentas”,¹¹⁶ hoy lamentablemente no puede afirmarse que predominen esos dirigentes en la cúspide del movimiento sindical argentino. De ello surge, además, este interrogante: ¿qué validez pueden tener los “principios” *terceristas*, *nacionalistas*, *rosistas*, *pluriclasistas* en el movimiento obrero, y la “doctrina” global que conforman, si quienes los sostienen con tanta devoción están moralmente descalificados?

¹¹⁴ *El Descamisado*, n.º. 8, 10 de julio de 1973, p. 27

¹¹⁵ José Luis de Imaz, *Los que mandan*. Buenos Aires, Ed. Eudeba, 1968, p. 230

¹¹⁶ *Luz y Fuerza*. Buenos Aires, año III, n.º 9, 1962. (Citado por Imaz.)

El Gangsterismo Sindical

“Guardaespaldas se necesita; grandote, forzudo, temerario, que sepa manejar armas y cebar mate; con o sin escuela primaria, preferentemente ex boxeador o policía; buena paga.”

Así podría redactarse un aviso para los clasificados de cualquier diario. “Adiestramiento en nuestras escuelas”, podría haberse agregado.

El aviso les hubiera hecho buena falta a los jerarcas sindicales, que en varios tiroteos se vieron privados de algunos eficaces “colaboradores”, ya sea porque quedaron *nock-out* para siempre o porque han debido retirarse del oficio por deber demasiadas muertes.

El gangsterismo es otro de los aspectos o modalidades que nuestra burocracia sindical, tan “nacionalista”, ha copiado del sindicalismo norteamericano. Jimmy Hoffa y Tony Boyle, los más terribles gangsters sindicales de los Estados Unidos, constituyen un modelo prolijamente imitado por los jerarcas de estas costas. Habría que agregar el antecedente de los hermanos Anastasia, cuya mafia controlaba el sindicato de los portuarios, de Frank Costello y Meyer Lansky, que compraban votos para los republicanos, y de Lucky Luciano, uno de los primeros *capomafia* estadounidenses que comprendieron la conveniencia de las relaciones interdependientes entre los poderes legales e ilegales. Ilustre traficante de estupefacientes, contrabandista de licores, organizador del negocio de la prostitución y la trata de blancas, Luciano había sido condenado en 1936 a treinta años de cárcel, pero salió en libertad en 1946 en virtud de:

“los grandes servicios prestados a las fuerzas armadas de los Estados Unidos”.

Era la época en que los *capomafia* Calogero Vizzini y Genco Russo se desempeñaban como alcaldes en ciudades sicilianas con el amparo de las tropas yanquis de desembarco.

Nuestros jerarcas, hechos a imagen y semejanza de sus colegas yanquis, han copiado su estilo no sólo en cuanto a negocios sucios, *standard* de vida, costumbres disipadas, complicidad con la patronal, la policía y el gobierno —aspectos a los que nos referimos en otros apartados de este volumen— sino también en cuanto a la formación de una infraestructura de seguridad, artillada con una abundante ferretería, cuya misión fundamental sería proteger a sus jefes tanto de la ira justa de sus gremios como de otras camarillas que les disputan sus organizaciones por medios violentos.

Cada jerarca tiene, en efecto, su propia banda de matones, del mismo modo que los señores feudales tenían sus regimientos privados y los “padrinos” de las mafias sus huestes entrenadas. La mayoría de estos elementos cuentan con permisos de portación de armas, lo que los habilita para exhibirlas y utilizarlas permanentemente, sea o no necesario. Se trata generalmente, dice un semanario:

“de ex boxeadores o policías retirados que reciben un salario de 5.000 pesos viejos y viáticos cuando les corresponde salir de gira. Por lo general, los guardaespaldas de un dirigente se turnan cada seis horas para asegurar una guardia permanente durante las 24 horas del día”.¹¹⁷

Rogelio Coria solía viajar permanentemente, agrega la misma publicación:

“en un Torino blindado, entre cuatro guardaespaldas; una custodia suplementaria se practica desde un automóvil que lo sigue a pocos metros... Después de la muerte de Vandor, Coria había ordenado blindar su despacho y trasladó su domicilio al *penthouse* de un edificio que ofrece condiciones ideales de seguridad; su automóvil se eleva en ascensor hasta la puerta del living”.

Se refiere a su domicilio de Soler 3502, en el barrio norte.

Privado de todos sus cargos en enero de 1973, Coria se refugió en su estancia del Paraguay y se dedicó a administrar su enorme fortuna, haciendo esporádicos viajes a Buenos Aires. Durante uno de ellos, el 22 de marzo de 1974, fue ultimado con siete disparos en pleno centro de la capital. Había olvidado que el que siembra vientos recoge tempestades.

El difunto José Rucci, acribillado un mediodía en plena calle ante la atónita mirada de sus matones, no le iba en zaga. Tras un entredicho con los cronistas gremiales, éstos informaron que tenía:

“veinte custodios armados, quienes parecen ver en cada periodista a un potencial agresor de su jefe”.¹¹⁸

Rucci, ratificaba otra fuente:

“estaría rodeado por un equipo de quince forzudos, sin duda eficaces, quienes inclusive custodiarían su lecho en horas de la noche”.¹¹⁹

La cohorte de Rucci ha dado mucho que hablar y en torno de sus aventuras ha corrido un montón de anécdotas. Un día al caudillo se le ocurrió gratificarse con baños de sol en un balneario popular, La Salada, donde participó en un improvisado picado de fútbol. Un muchacho que se había sumado espontáneamente al juego y ni siquiera conocía al jerarca, le hizo *foul* motivando su caída, ya sea involuntariamente o porque el *foul* es una de las técnicas particulares de nuestro fútbol. Ni qué decir que por lo menos diez matones hicieron llover sus trompadas y puntapiés sobre el pobre muchacho azorado, que nunca pudo comprender cuál fue su desatino.

¹¹⁷ Revista *Confirmado*, Buenos Aires, 15 de Agosto de 1972, n.º 374, p. 12. En cuanto a los “ex boxeadores”, una lista la proporciona *La Razón* del 7 de Julio de 1972: Merentino, Miguel Ángel Páez, Víctor Arnoten y otros, contratados para “disciplinar” el Congreso de la CGT del día anterior.

¹¹⁸ Diario *La Opinión*, 23 de Abril de 1972

¹¹⁹ Revista *Confirmado*, n.º 374, p. 12

En San Nicolás los guardaespaldas de Rucci frecuentaban los bares y clubs nocturnos, donde se divertían provocando a los parroquianos, según consta en denuncias policiales efectuadas en esa localidad.

El terrateniente Manuel de Anchorena, que en su estancia preservaba venados, pumas, ñandúes y toda clase de pájaros, un día invitó al hermano del Sha de Persia, de visita en el país, a saborear un asado criollo. También participaba del convite José Rucci, que gustaba codearse con los selectos. (El jerarca, que alardeaba de no usar jamás corbata, sentía fastidio por el *overoll*, que estimaba *poco piola*, y prefería las camisas coloridas y las camperas pulcras con las que se sentaba a la mesa de sus benefactores). Cuenta la escritora Sara Gallardo que mientras los invitados comían, dieciocho guardaespaldas de Rucci se pusieron cómodos en los bosques vecinos y con sus armas empezaron a bajar, una a una, las hermosas aves de la colección, mientras Anchorena, pálido, escuchaba los tiros y callaba prudentemente su sospecha.¹²⁰

Con la misma facilidad con que asesinan pajaritos, estos hombres han tronchado vidas humanas. Después del asesinato de la estudiante Silvia Filler en la Facultad de Arquitectura de Mar del Plata, el diario *El Atlántico* de esa ciudad publicó una foto del principal acusado del homicidio, Juan Carlos Gómez, prófugo, en la que aparecía en actitud amistosa junto a José Rucci, el inefable secretario de la CGT. Este, ante el compromiso que esa amistad le significaba y al divulgarse que el acusado era uno de sus custodios, publicó inmediatamente una solicitada a título personal para defenderse de posibles imputaciones.¹²¹

Otro miembro de la custodia de Rucci. Tomás Roberto Cardozo, habría asesinado de dos balazos, el 23 de julio de 1973, a Benito Miguel Span, secretario de prensa de la Juventud Peronista de San Nicolás, en el transcurso de un baile que a beneficio de una sociedad vecinal se realizaba en la escuela n.º 34.¹²²

Las iras nicoleñas habrían de culminar con la muerte del secretario de la CGT Regional, el burócrata Pedro Magaldi, que el 4 de abril de 1974 fue perforado por veinte disparos.

“Mientras los matones se ufanaban de constituir una valla impenetrable alrededor de Rucci —decía un semanario—, hacían ejercicio de una impunidad que terminaba siempre atentando contra los integrantes del peronismo. Sus físicos robustos y sus armas de guerra nunca fueron utilizadas para enfrentar a la policía y a las fuerzas represivas del régimen militar... Esos pandilleros, cruzados contra el marxismo, desocupados por naturaleza, vagos y provocadores, habituados a los automóviles sport y a los almuerzos de lujo, fueron los acompañantes de Rucci en el manejo de la CGT. Ellos fueron también quienes lo

¹²⁰ Revista *Confirmado*, n.º, 374, p. 66.

¹²¹ Diario *Clarín*, 16 de Diciembre de 1971, p. 20 y 34

¹²² *Nuestra Palabra*, n.º. 6, 1 de Agosto de 1973, p. 6

llevaron hasta el cementerio de la Chacarita. El pueblo, peso a los deseos de los gremialistas y al relato chupamedia de algunos locutores televisivos, estuvo ausente en el sepelio”.¹²³

Lorenzo Miguel, titular de la Unión Obrera Metalúrgica y miembro del Consejo Superior Justicialista, es otro de los jerarcas más rigurosamente conservados. Un semanario informaba que el caudillo:

“acaba de reforzar su *guardia de corps*, desintegrada al caer presos sus pretores por el tiroteo de la calle Chile. Estaría reestructurándola el veterano Juan Enrique Ramón Queralto, ex führer fundador de la Alianza Libertadora Nacionalista”.¹²⁴

La Unión Obrera Metalúrgica, reconocía otro semanario:

“se ha convertido ahora en la base logística de los camanduleros, de los desocupados que venden por dinero su afición por la violencia”.¹²⁵

Tras la muerte de Mansilla en Mar del Plata, un periódico entrevistó a varios obreros de esa ciudad.

“Mansilla manejaba el gremio como un feudo –dijeron éstos–, era alumno aventajado de la escuela de Coria”. “El sindicato de la construcción era un cuartel de la derecha –agregaron–, allí había una guardia casi permanente de los muchachos de la Alianza y de la Concentración Nacionalista Universitaria, la CNU, que mataron a la piba Filler. Se dice, incluso, que en los terrenos del fondo, dos lotes que nunca se utilizaron para nada provechoso, los nazis hacían práctica militar”.¹²⁶

A fines de 1973 varios diarios recogieron informaciones acerca de los orígenes de las armas y municiones con que se pertrecha la burocracia sindical.¹²⁷ Según un comunicado de un grupo guerrillero que secuestró al armero Miguel Angel De Bonis, éste había confesado haber vendido armas por valor de 120 millones de pesos a la Juventud Sindical Peronista (agrupación creada por “las 62”), al Comando de Organización (orientado por el diputado Alberto Brito Lima) y a la filial Avellaneda de la Unión Obrera Metalúrgica. De Bonis dijo que su venta era en realidad pequeña comparada con las que habían hecho otros proveedores. Añadió que las organizaciones nombradas habían reclamado al Ejército fusiles FAL y metralletas, pero sólo le constaba que habían recibido de él pistolas Browning 9 milímetros. Según las mismas fuentes, De Bonis ignoraba si esas facciones tenían vinculación con fuerzas parapoliciales o con la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, pero informó que la CIA:

¹²³ *El Descamisado*, 2 de Octubre de 1973, n.º 20, p. 5

¹²⁴ *Primera Plana*, 7 de Diciembre de 1971.

¹²⁵ *El Descamisado*, n.º 24, 30 de Octubre de 1973, p. 6

¹²⁶ *Nuestra Palabra*, n.º 11, 5 de Setiembre de 1973, p. 14

¹²⁷ *Diarios Crónica y El Mundo*, 26 de Diciembre de 1973; *La Opinión*. 27 de Diciembre de 1973.

“abastece a los grupos que de ella dependen directamente a través de Interarms-Interarmco, una organización con agentes en toda América latina, en condiciones de armar a un ejército en pocos días”.

Pese a la aparente oscuridad en que se originaban estas noticias, se estimaba fehaciente que en la provisión de armas a la burocracia sindical resultasen complicados, junto con comerciantes inescrupulosos, altos jefes militares y la propia CIA, interesados en pertrechar fuertemente a grupos de choque derechistas capaces de contener por la violencia y la intimidación a los crecientes sectores radicalizados. Es que frente al giro a la izquierda que se generaliza en el seno del peronismo y del conjunto del pueblo, de nada sirven ya los canales de la democracia liberal ni las doctrinas de la armonía social que otrora podían tranquilizar a las masas.

Largo sería enumerar la serie de atentados, asaltos, baleamientos, que han tenido lugar en los últimos años contra los locales sindicales, las asambleas gremiales y los dirigentes combativos. Recordemos los nombres de los militantes metalúrgicos Felipe Valiese y Juan Carlos Guía, del abogado laboralista Néstor Martins, de los obreros cordobeses Arnaldo Rojas, Juan Avila y José Contino, los periodistas José Domingo Colombo y Julio César Fumarola, el joven nicoleño Benito Miguel Span y el rosarino Ángel Enrique Brandazza, entre tantas otras víctimas del fanatismo y la intolerancia. Recordemos los secuestros del dirigente telefónico Andrés Ruggero, del delegado de la UTA Miguel Ángel Mars y del joven Juan Carlos Panza raptado en las puertas de Grafa, así como el aporreo del delegado gastronómico René Potenza por los jerarcas de la UTGRA. Recordemos los atentados con bombas que intentaron asesinar al senador Hipólito Solari Yrigoyen, ex abogado defensor de Agustín Tosco, y a René Salamanca, secretario de SMATA de Córdoba. Recordemos las amenazas anónimas contra la vida de los dirigentes sindicales Raimundo Ongaro, Agustín Tosco, Armando Jaime, Jorge Canelles, a quienes se amenaza además con secuestrar a sus familiares. Estos son unos pocos casos entre los muchos que deben ser puestos en la cuenta del gangsterismo sindical.

Acaso los luctuosos sucesos de Ezeiza, acaecidos el 20 de junio de 1973, resuman toda la barbarie que caracteriza la acción de las bandas armadas de la burocracia. Para ese día se había convocado un mitin multitudinario, en las adyacencias del aeropuerto internacional, para recibir al general Perón que regresaba al país. La organización y vigilancia oficial del acto corrieron a cargo de una comisión compuesta por Jorge Osinde, Brito Lima, Norma Kennedy, José Rucci, Lorenzo Miguel y otros. Su misión era evitar que se repitieran los hechos del 25 de mayo en Plaza Mayo, donde el pueblo, en especial los trabajadores y la juventud, celebraron la asunción del nuevo gobierno con auténtica alegría y bajo consignas avanzadas. Aquella comisión recurrió a los matones de la burocracia gremial con el fin de aplastar a sangre y fuego todo intento de dar al acto de Ezeiza un contenido revolucionario. Cuando las enfervorizadas columnas juveniles se fueron acercando al palco, se las contuvo desde éste con una lluvia de balas que dejó un saldo de numerosos muertos, en

tanto que algunos jóvenes capturados por los matones fueron golpeados, torturados y fusilados. Este sangriento episodio perdurará sin duda alguna en la historia nacional como un baldón para quienes, declarándose custodios de la pureza del peronismo, se erigen en émulos de Pinochet para imponer al pueblo argentino pautas políticas ya definitivamente fenecidas. El hecho constituye una seria advertencia para el pueblo argentino, porque los promotores y ejecutores de esa acción criminal serán capaces cualquier día de un genocidio a la chilena o a la indonesia.

Y aunque desde la derecha se justifique la violencia fascista argumentando que se trataría de una “acción defensiva” para desalentar los despliegues también violentos de la izquierda, hay que decir que no resultan del todo convincentes las versiones oficiales que sistemáticamente acusan a comandos izquierdistas por las muertes de encumbrados jerarcas sindicales,¹²⁸ algunos de los cuales sucumbieron cuando ya habían cumplido su ciclo dentro del peronismo y se habían convertido en un estorbo para ese movimiento. Esto vale, por lo menos, para Vandor, que con sus posiciones políticas personales había desafiado las órdenes de su propio líder; para Coria, Alonso y Kloosterman, fundadores de la “Nueva Corriente de Opinión” (*los ocho*), nucleamiento neoperonista adscripto a la dictadura militar y cómplice de su estrategia participacionista, e incluso para Rucci, cuyas divergencias con Miguel y otros jerarcas se habían acentuado en vísperas de su muerte. Era tan probable, pues, que sus matadores provinieran de la oposición más desasosegada como del oficialismo más ortodoxo.

Sin embargo, en tren de rastrear los pasos de los asesinos, se nos podría presentar una tercera pista. El crimen político ha sido desde hace tiempo uno de los métodos predilectos de la CIA. En nuestro caso la CIA se propone, mediante actos de provocación, obligar al gobierno a redefinir su orientación política, señalando al marxismo y a la izquierda en bloque como responsables de todos los males y endureciendo la represión contra los sectores populares. Cuando la muerte de Rucci, el diputado peronista Stecco señaló en el parlamento la responsabilidad del imperialismo, Gazzera insinuó que la CIA podía estar complicada en el crimen y la Juventud Peronista subrayó con fuerza la misma opinión.

Es cierto que el terrorismo individual es uno de los grandes errores políticos de la izquierda impaciente y aventurera —que no es toda la izquierda—, producto de una concepción elitista de la revolución, de la incapacidad de organizar y movilizar a las masas.

¹²⁸ Augusto Vandor fue asesinado el 30 de Junio de 1969; José Alonso el 27 de Agosto de 1970; Dirk Henry Kloosterman el 22 de Mayo de 1973; Marcelino Mansilla el 28 de Agosto de 1973; José Rucci el 25 de Septiembre de 1973; Rogelio Coria el 22 de Marzo de 1974

Pero si no es posible convalidar esos métodos, ni siquiera midiendo la altura de los fines que pretenden justificarlos, menos podrán aceptarse los extremos de la escalada terrorista de la derecha –barbarie cotidiana, acción parapolicial, salvajismo fascista, crueldad inútil–, no pocas veces alentada, favorecida y amparada desde el aparato represivo del Estado burgués. Con el terrorismo individual la izquierda no ganará nada, y la derecha apenas conseguirá prolongar un poco más la agonía de un régimen ya condenado por la historia.

La Compra de Delegados

Es sabido que las “mafias” que actuaban hace unas décadas reconocían un mando único, aunque la identidad de los jefes fuera conocida por muy pocos. Sin embargo, a pesar de la unicidad del mando, los agentes gozaban de ciertas libertades y tenían apetitos propios. Es que los jefes comprendían que, para mantener la lealtad de sus subordinados, necesitaban crearles ciertos intereses particulares. Así, por ejemplo, a cada agente se le concedía un radio de influencia en el que actuaba como delegado personal del jefe y de donde extraía un porcentaje del beneficio obtenido. En la película “*La maffia*” de Leopoldo Torre Nilsson, el jefe aparece otorgando “concesiones” a sus agentes: en los hipódromos, en el comercio minorista, en la prostitución, y así en los demás ambientes que dominaba.

Este modelo parece haber sido adaptado por los jerarcas al movimiento sindical. No podría explicarse la autoridad de estos jerarcas sobre una corte de leales adictos si aquéllos acaparasen todo el producto de su negocio. Para asegurarse la lealtad de sus subordinados, los jerarcas han debido distribuir áreas de influencia donde los agentes representan a los jefes, pero tienen también intereses propios.

Según un órgano sindical, esta práctica sería común en la Unión Obrera de la Construcción. Dice textualmente:

“De acuerdo con el cumplimiento de las Convenciones Colectivas de Trabajo, la Capital Federal está dividida en zonas. Cada zona está *adjudicada* a un directivo gremial que es *dueño absoluto* de dicha sección –al decir dueño se entiende que este señor saca materiales de las obras completamente gratis como si fueran suyos, por supuesto con el visto bueno de los patrones–. Estos directivos, que de acuerdo con sus funciones tendrían que interesarse por los problemas de los trabajadores, van a hablar directamente con los empleadores, sin intervención de ningún delegado. Este favor es ampliamente retribuido, ya que para que los encargados de zona no saquen a relucir ningún conflicto obtienen gratis todo lo que después van a utilizar en la construcción de sus fabulosas residencias”.¹²⁹

¹²⁹ CGT, 8 de Agosto de 1968, n.º 15, p. 5

En la película “*Los traidores*” de Raymundo Gleyser los jerarcas metalúrgicos aparecen adjudicando a los elementos de su confianza el monopolio del levantamiento de quiniela dentro de las fábricas. A pesar de que la quiniela es ilegal en nuestro país, ciertos jerarcas sindicales bancarían como capitalistas de juego, actuando sus colaboradores como agentes a porcentaje, con la tolerancia de los empresarios y la policía.

Desde una lógica elemental, estos datos merecen crédito. Cuando los directivos de un sindicato ven que su secretario general, hasta hace poco un “pobre diablo”, se compra una suntuosa mansión, renueva su automóvil y exhibe lujos sospechosos, empiezan a ambicionar igualarlo en “posición”. Su ideología claudicante, que propende a la conciliación de clases, da pábulo a apetitos y vanidades personales, más fuertes que cualquier interés de defender a los trabajadores. Naturalmente, a la patronal le conviene corromper dirigentes y coadyuvará en ese sentido.

Sin embargo, tampoco bastaría con complicar a los directivos porque el movimiento sindical no empieza ni termina en ellos. Si bien para jerarcas y patrones lo ideal es que el sindicato se reduzca a la sede social, con sus oficinas administrativas, su farmacia, su consultorio, su gestoría de jubilaciones, sus sellos de goma y papeles con membrete, lo cierto es que los trabajadores han dado a sus sindicatos una ancha base de masas, afincada en los lugares de trabajo y expresada orgánicamente en las delegaciones y comisiones internas.

No es fácil que la corrupción llegue a las bases. Los delegados, cuando son elegidos democráticamente por los personales, que los seleccionan entre los compañeros más capaces, abnegados y combativos, son expresión auténtica del sentir de los trabajadores y se hacen eco de sus necesidades y aspiraciones. Cuando estalla la contradicción entre la obsecuencia ante la jerarquía y la lealtad a sus compañeros, esos delegados no vacilan en oponerse a la burocracia oficial, exponiéndose a los riesgos del despido y la represalia.

Por eso, los jerarcas han puesto celo en la elaboración de un “sistema” que les permitiese gobernar a los delegados y mantenerlos en su puño. Para ello era necesario burlar las reglas de la democracia sindical, digitar a los delegados desde arriba convirtiendo en parodia toda elección de fábrica, y con ese fin los burócratas se pusieron de acuerdo con los patronee: donde los candidatos a ocupar el cargo de delegado eran obreros concientes y combativos se los suspendía o se los trasladaba a otra planta asignándoles trabajo en la sección más aislada que fuera posible. Si de cualquier modo eran elegidos delegados, se los despedía antes de que el sindicato enviase a la empresa el telegrama colacionado que notificase el reconocimiento.

En efecto, la *Ley de Asociaciones Profesionales* establece, como requisito para el reconocimiento legal de los delegados y a fin de que puedan acogerse al fuero sindical, que su nombramiento:

“haya sido comunicado al empleador por la asociación profesional en forma escrita o por cualquier otro medio que posibilite acreditar que el empleador ha tomado conocimiento de la designación”.¹³⁰

Bastará, pues, que el sindicato no envíe la notificación o la retrase *ex profeso*, para que el delegado elegido por el personal quede desprotegido legalmente y sea despedido por la empresa. Esto es práctica cotidiana en los últimos años.

Al discutirse en el Congreso Nacional las últimas reformas a la Ley de Asociaciones Profesionales, en noviembre de 1973 el ministro de Trabajo Ricardo Otero y la dirección de la CGT se empeñaron en introducir como art. 57 el siguiente texto:

“En función estatutaria, las comisiones directivas asociacionales podrán disponer el cese del mandato de los delegados del personal o de cargos similares en empresas o lugares de trabajo”.

Se quería conceder a los jerarcas el derecho a vetar o exonerar a los delegados opositores o que no fuesen de su gusto. Esta monstruosidad originó muchas protestas y el Senado debió modificar dicha cláusula, que en el texto final quedó como art. 13:

“El mandato de los delegados del personal o de cargos similares, en empresas o lugares de trabajo, solamente podrá ser revocado cuando el estatuto expresamente así lo establezca, con sujeción a las causales y procedimientos y por intermedio de los órganos que en el mismo se determinen”.

Como se ve, sólo se modificó la redacción; bastará que los jerarcas lo impongan en sus estatutos para que puedan desconocer a los delegados libremente elegidos por sus compañeros.

El Decreto 1.045 del 3 de Abril de 1974, que reglamenta la ley antedicha, si bien establece en su art. 14 que la elección de los delegados:

“se efectuará preferentemente en los lugares de trabajo, por votación directa de la mayoría de los trabajadores del establecimiento, sección o departamento” (inc. a), —agrega seguidamente que para ser delegado es requisito— “no haber sido sancionado por la asociación profesional respectiva” (inc. b).

De este modo, los trabajadores más combativos no pueden ser delegados.

Entretanto, les era menester corromper a los delegados existentes, y para ello se valieron de varias argucias, empezando por asegurar a esos delegados ciertas prebendas.

Dice un destacado dirigente obrero:

¹³⁰ Ley 20.615, art. 52, inc. b. La anterior Ley 14.455 disponía similar obligación en su art. 41, inc. D.

“A los jerarcas sindicales sólo les interesan los trabajadores en cuanto que son cotizantes, aportadores de fondos. Si se ven obligados a reconocer organizaciones básicas, tratan de domesticarlas, de convertirlas en comisiones pasivas, dependientes de la dirección sindical. En muchos casos la actividad de las comisiones internas ha sido remplazada por el reinado del “delegado”, elemento incondicional de la jefatura sindical y frecuentemente también de la patronal. El “delegado” llegó a ser un personaje típico del caudillismo, pero no es elegido por los trabajadores, sino designado a dedo desde arriba, muchas veces con el visto bueno de la empresa, que lo prohíba. El “delegado” hace y deshace, se mueve dentro de la fábrica como dentro de su propia casa, trabaja cuando quiere, tiene su piecita para tomar mate en horas de trabajo, pero pone un meticuloso esmero en la tarea de denunciar a los obreros combativos para que sean sancionados por la empresa o detenidos por la policía. A la patronal le conviene mantener a esos parásitos que tanto la ayudan a explotar a sus trabajadores”.¹³¹

Abundan ejemplos ilustrativos de los medios a que recurren los jerarcas para imponer sus “delegados”. Las elecciones de 1972 en *Graña* habían sido ganadas por una lista de carácter unitario, encabezada por el activista Martínez; ello irritó a *Bunge & Born* y a la dirección de la Asociación Obrera Textil, encabezada por Adelino Romero. Martínez y otros trabajadores fueron despedidos, en tanto que los jerarcas Casildo Herrera, Gervasio Colaso y Aurelio Servi cantaron las cifras del escrutinio, imponiendo una comisión interna adicta.

En Junio de 1973, los 250 obreros de la empresa metalúrgica *BTB* – fabricante de los *rulemanes SKF*– eligieron una comisión interna que desagradó a los burócratas. Estos la destituyeron fraguando una asamblea en el sindicato de San Miguel, a la que el personal se negó masivamente a concurrir, pues lo natural era que se hiciese en la fábrica. Con la asistencia de sólo 15 trabajadores, los jerarcas digitaron otra comisión interna, compuesta por los elementos que habían perdido las elecciones.

Los jerarcas del gremio del Vestido toman enérgicas represalias con todos los delegados que simpatizan con la lista Marrón, opositora. Miguel Riquelme, delegado de *Suixtil*, y Federico Herrera, delegado de *Sport 14* fueron simultáneamente expulsados del sindicato y despedidos de sus empresas. Para ellos no rige el fuero laboral. En *Bagley*, los jerarcas de la alimentación intentaron evitar que Juan Andrés Carrizo, candidato apoyado por un importante sector del personal, ganase los comicios del 15 de mayo de 1973. En vísperas del acto electoral, la empresa ordenó a Carrizo que saliera de vacaciones, en tanto que los capataces, el personal jerárquico y los propios directivos de la firma exhortaban a los obreros a votar por el candidato oficial diciendo que era “un auténtico peronista”.

¹³¹ Rubens Iscaro, *Diálogos sindicales entre peronistas y comunistas*. Bs. As., Ed. Fundamentos, 1974, p. 65.

Los casos de concomitancia sindical-patronal abundan por doquier. El personal de la firma *Olivetti* eligió delegados en octubre de 1968 y la Unión Obrera Metalúrgica, a cuya dirección esos delegados disgustaban, los suspendió por un mes en sus funciones, comunicándolo de inmediato a la empresa. Para esa fecha debían elegirse también delegados en la firma *Panoramic*; los dirigentes del sindicato Catorini y Pucheta se instalaron en la Oficina de Personal de la empresa y llamaron a los obreros uno a uno para votar “a la vista”. En la firma *Decker*, en abril de 1970, el personal eligió como delegado a un compañero de su confianza; el sindicato impugnó la elección porque el mismo pertenecía a la oposición y la volvió a convocar para el 4 de mayo, pero en la víspera la empresa trasladó al obrero “peligroso” a otro establecimiento.

La fábrica de televisores *Panoramic* despidió a la mitad de su personal en Julio de 1972, con la complicidad del delegado Almada, hombre de los jerarcas, que en todo momento se esforzó por “pacificar” los ánimos e impedir la resistencia de los obreros a una medida que los condenaba al hambre.

Esta raza de “delegados” es la más fiel sostenedora del régimen que alimenta sus ambiciones. Alfaro, delegado de *SOMISA*, pronunció el 24 de octubre de 1973 un vibrante discurso en uno de los comedores de la empresa. Ante las miradas atónitas, exhortó a los trabajadores a “detectar rojos” y delatarlos para que fueran despedidos:

“si tenemos fuerza para moverle el piso a un jefe o a un capataz – agregó–, con más razón a un obrero cualquiera”.

Esta es la clase de delegados que las empresas suelen premiar, convirtiéndolos en sus socios. Juan Carlos Baslini, Delegado General del personal del Banco de Italia y Río de la Plata, fue designado en diciembre de 1972 director del Banco Nacional de Desarrollo. Entretanto, en marzo del mismo año, la dirección de la Asociación Bancaria presidida por Francisco Esquerro había disuelto la comisión interna del Banco de la Nación, elegida democráticamente por los trabajadores y merecedora de su unánime apoyo, medida que estimuló a la gerencia a despedir a 58 empleados, entre los que se contaban los delegados y miembros de dicha comisión.

Algunos sindicatos suelen emprender iniciativas de esparcimiento “especiales para delegados”. La Unión Obrera de la Construcción, por ejemplo, a mediados de 1972 organizó una excursión de 127 delegados y activistas del gremio a Corrientes, donde se alojaron en los mejores hoteles; durante cuatro días fueron contratados tres micros de la empresa *Chevallier*, aunque los directivos y sus guardaespaldas viajaron en avión. Todos gozaron de sus sueldos, con permisos especiales. Se calculaba que este *happening* había costado a la UOCRA unos cinco millones de pesos. En Septiembre de 1973, con motivo de la inauguración de la seccional Martínez, se realizó una fiesta *gremial* nada menos que en el aristocrático

Club Náutico San Fernando, lugar de cita de los “*niños bien*”, en la que participaron unos 600 comensales, de ellos 150 delegados y el resto ajenos al gremio; invitada de honor fue la artista Irma Roy. Posteriormente la UOCRA organizó una excursión de 80 personas a Neuquén y San Juan, una fiesta de 200 personas para inaugurar una clínica en Rosario y un banquete en el recreo Lago de los Cisnes, propiedad del sindicato, para 1.500 comensales.

La finalidad de estos entretenimientos es, por un lado, comprometer a los delegados con los patronos, ya que al gozar de permisos especiales y recibir los salarios y premios sin ir a trabajar, quedaban inhibidos de presentar luego reclamos reivindicatorios, y por otro lado, ganarse la simpatía de delegados y activistas, haciéndolos aparecer como disfrutando del dinero que se les descuenta. Un jerarca, guiñando un ojo, habría resumido su beneplácito con este sucinto comentario: “*Así tenemos contentos a los muchachos...*”

Las Relaciones con las Empresas

Las complicidades sindicales con la patronal han alcanzado, como estamos viendo, extremos increíbles. Ellas no datan sólo del último período, sino de mucho tiempo atrás; el reformismo socialdemócrata en el movimiento obrero y su continuador, el sindicalismo corporativo de la “*tercera posición*”, cuyos puntos comunes pasan por la doctrina de la conciliación de clases, desarrollaron esas complicidades al máximo.

Mariano Tedesco, que en 1945 era secretario general de la Asociación Obrera Textil, recuerda casi treinta años más tarde:

“El concepto de alianza de clases tiene viejo arraigo en nuestro sindicalismo”.

En las negociaciones con la patronal, dice:

“aprendimos que los trabajadores argentinos teníamos una amplia franja de intereses con los empresarios. He aquí que descubrimos a un aliado natural”.¹³²

Pero las relaciones de la élite sindical con las empresas y cámaras industriales son más profundas que las que demandarían las imprescindibles tratativas obrero-patronales. Ya nos hemos referido al Congreso de la Productividad de marzo de 1955, que reveló la estrechez del vínculo entre jerarcas y empresarios. Ello derivaba de la filosofía oficial, que predicaba la colaboración del capital y el trabajo, bajo los auspicios del Estado, la “alianza de clases”, como se la definía. Resultaba entonces natural que, si a nivel de clase, los obreros y los patronos debían conculgar con un mismo ideal, también a nivel de las empresas los dueños y el personal debieran

¹³² Mariano Tedesco, “*Los trabajadores frente a la situación nacional.*” Publicado en Diario Clarín, 5 de Marzo de 1972, p. 9

gozar de un eterno idilio. Esta filosofía era provechosa para los jerarcas, que hallaban en ella una fuente permanente de gasas.

Arturo Jauretche, que por su condición de peronista no puede ser sospechado de “querer deformar el hecho”, refiere que un poderoso industrial metalúrgico a quien se le había negado un crédito recurrió, para obtenerlo, al sindicato. Los dirigentes del sindicato, sensibles a la solicitud del empresario, se movieron para verla a Eva Perón y por su intermedio llegaron, jerarcas y patrón, a verlo a Miranda, Ministro de Economía:

“Yo presencié la escena –dice Jauretche–, obreros y empresario estaban unidos en la demanda del crédito...”¹³³

La anécdota no es para asombrar; entonces eran muchos los empresarios que para obtener ciertos beneficios se apoyaban en los sindicatos, cuyos jerarcas, remisos o sordos ante las reclamaciones de los obreros, eran en cambio diligentes para atender las demandas patronales.

Durante los dieciocho años trascurridos desde 1955 hasta 1973, con el peronismo en la oposición, los viejos amores perduraron. Los grandes bonetes del sindicalismo se codearon con los empresarios en todo momento, sirviéndolos siempre y recibiendo su generosa retribución. La filosofía de la “participación”, sostenida por Juan José Taccone el primero, alimentaba la ilusión de una simbiosis imposible. José Alonso era premiado con una plaqueta de oro por la empresa *Agrest*, una de las más importantes de su gremio. Los hermanos Elorza agasajaban a empresarios en el restaurante de su propiedad. Rogelio Coria se sentaba al lado de César Polledo en eventos de la Cámara Argentina de la Construcción.

Una rifa millonaria organizada por la Unión Obrera de la Construcción – copia fiel de las rifas del Club de Leones–, a un precio prohibitivo para los obreros del andamio, fue enviada por correo a los empresarios de la construcción, muchos de los cuales consideraron conveniente adquirirla “para quedar bien con el sindicato”.

No es casual ni sorprendente que algunos jerarcas hayan iniciado o consolidado sus carreras de sindicalistas en las grandes empresas: Augusto Vador en la *Phillips*, Lorenzo Miguel en *Pirelli*, Alfonso Galbán en *Acindar*, Ricardo Otero en *Centenera*, Adelino Romero en *Hilandería Devoto*, Casildo Herrera en *Grafa*... Ninguno de ellos fue despedido, ni sancionado, ni amonestado por su empresa con motivo de su actividad sindical. Por el contrario, podría decirse que fueron protegidos por sus patrones. Más aún, ha habido jerarcas que después de cumplido un período de función “sindical” fueron incorporados a funciones de dirección en las empresas; un ejemplo típico es el de José Grioli dirigente de la Asociación Obrera Textil hasta 1932 y más tarde Jefe de Personal de la fábrica *Italar* de Morón.

¹³³ Arturo Jauretche, *El medio pelo en la sociedad argentina*. Bs. As., A. Peña Lillo Editor, 1967, p. 236.

El 24 de noviembre de 1972, el secretario adjunto de la seccional La Plata de la Asociación Bancaria, fue designado por la dictadura militar para integrar el directorio del Banco Central. La entidad gremial declaró entonces que esta designación:

“implica un acto de singular trascendencia para el quehacer sindical y marca un compromiso en el control de la operatoria económica de esa fundamental entidad crediticia, cuya trascendencia se manifiesta en la actividad general del país”.

Al asumir sus funciones, el flamante director obrero manifestó:

“nuestro gremio ha aquilatado su madurez, consolidando una auténtica conducta gremial en los últimos tres años”.

El ejemplo fue seguido por otros bancos que también incorporaron a gremialistas en sus directorios, entre ellos el Banco de la Ciudad de Buenos Aires, el Banco Nacional de Desarrollo y los Bancos de las provincias de Santa Fe, Mendoza, Chubut, La Rioja, Tucumán, San Luis, Jujuy y Misiones. En realidad la “conducta gremial” que animaba a la dictadura a conceder el derecho de “cogestión” en los bancos, era la sumisión de la Asociación Bancaria al poder castrense. En cuanto al “control de la operatoria” de los bancos, la política de éstos no experimentó ningún cambio con la incorporación de los “directores obreros”, que respaldaron obedientemente la orientación oficial.

Pero ha sido el de Juan José Taccone el caso más promocionado de dirigente obrero convertido en moderno ejecutivo empresario. Cabeza pensante del Sindicato y la Federación de Luz y Fuerza durante mucho tiempo, amigo de sindicalistas norteamericanos, ingleses y alemanes, propagandista convencido del “sindicalismo libre”, en junio de 1973 fue designado presidente del directorio de Servicios Eléctricos del Gran Buenos Aires (SEGBA), el más grande de los pulpos eléctricos que operan en el país.

A medida que se desarrolla el proceso de lucha de los trabajadores en defensa de sus derechos, ellos entran en colisión con los jerarcas de sus sindicatos, que respaldan abiertamente a las empresas.

El 27 de marzo de 1967 un grupo de obreros de la firma *Ravazzola y Campassi S. A.*, en Córdoba, fueron despedidos. Por tal motivo reclamaron judicialmente ante la Cámara del Trabajo de Tercera Nominación, el cobro de lo que se les adeudaba. El 8 de agosto de ese año fueron citados por el juez y se encontraron con que los testigos presentados por la parte patronal eran Julio Capdevilla y Luis Ochoa, Secretario General y Tesorero del sindicato.¹³⁴

En Córdoba también, luego de las ocupaciones simultáneas de establecimientos producidas en julio de 1970, fueron despedidos 750 militantes gremiales que se habían destacado en esas acciones de lucha.

¹³⁴ Diario *La Voz del Interior*, Córdoba, 6 de Septiembre de 1968

En una reunión de balance efectuada por “las 62” un dirigente de SMATA se vanaglorió de haber hecho despedir a 200 “*bolches*”...

Roque Odarda, presidente de una unidad básica peronista de San Martín (provincia de Buenos Aires) declaró a un semanario que el secretario general de la Unión Obrera Metalúrgica de esa localidad, Mario Barrientos, es un “confidente patronal”.

“En más de una oportunidad –dice– ha pedido a la firma *Zanella* listas de activistas para expulsarlos de la UOM y dejarlos sin protección ante la empresa”.¹³⁵

A mediados de 1972, siete obreros rurales que trabajaban en el establecimiento *Fragata S.R.L.*, ubicado en la población La Porteña, Santiago del Estero, viajaron hasta la capital de la provincia para denunciar en el Ministerio de Trabajo la estafa de que fueron víctimas por el delegado reorganizador de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE), ex comisario de policía, que obligaba a los obreros a firmar papeles en blanco y luego los negociaba con la patronal a cambio de prebendas.

En noviembre de 1973, cuando se firmaba un compromiso de conciliación entre la empresa constructora *Dorset* y el comité de huelga de las obras que construía en esa ciudad para el Sindicato de la Carne, irrumpió un grupo armado que agredió a los trabajadores y rompió el acta de acuerdo. Según la Juventud Trabajadora Peronista el grupo estaba integrado por Alfonso Galbán, Secretario General de la regional rosarina de la CGT, Leonardo Alborno, Secretario del Sindicato de la Construcción, y otros jerarcas locales.

Ante la huelga del personal de la fábrica de fideos *Tampieri*, en San Francisco, Córdoba y el paro general en solidaridad efectuado por los demás premios locales el 30 de julio de 1973, el titular de prensa de la CGT nacional Hugo Barrionuevo se dirigió telefónicamente al secretario de la CGT regional. No fue, sin embargo para ofrecer el respaldo de la central sino para exigir la paralización de las medidas de fuerza que, según dijo, entorpecían las tratativas con la patronal.

En octubre de 1973 se declaró en conflicto el personal de la empresa *Sasson-Van Heusen* fábrica de camisas, ante el despido de 22 obreros. El Sindicato Obrero de la Industria del Vestido y Afines (SOEVAV) encabezado por el sucesor de Alonso Enrique Micó, publicó el 29 de ese mes una solicitada en la que, en vez de apoyar a los trabajadores, declaraba sin ambages: “*No defenderemos intereses de agitadores*”.

No extraña la versión de afirma que de la cena de fin de año de 1970 organizada por la Regional Rosario de la CGT habría sido financiada por la empresa John Deere.¹³⁶ Ni que Augusto Vandor y Ricardo Otero fuesen

¹³⁵ *Revista Panorama*, 30 de Noviembre de 1971

¹³⁶ *Solicitada* en Diario *La Tribuna*, Rosario, 8 de enero de 1971

reiteradamente acusados de estar en connivencia con la *General Electric. Phillips, Tamet Carnea, BTB. Fanal, Centenera, Saccol. Volcán. Deodoro. Perdriel. Silvania* y otras empresas que a pedido de esos dirigentes metalúrgicos, despidieron a delegados enrolados en las listas opositoras: con motivo de las elecciones de 1968 en la Unión Obrera Metalúrgica, 104 candidatos opositores fueron despedidos de su trabajo: de esta forma los empresarios daban su modesta contribución al triunfo de la lista oficial.

Para completar este panorama, agreguemos que ni siquiera los empleados que trabajan en los sindicatos se salvan de la hostilidad de su “patronal”, que es la propia burocracia. Un diario publica, por ejemplo, este título: “Un sindicato, SOIVA, despidе y no quiere indemnizar”, e informa seguidamente que la entidad gremial despidió a la empleada Amelia F. Riso negándose a pagarle la indemnización que le correspondía por ley 11 729.¹³⁷ La misma organización insiste en sus actitudes cinco años después: el despido de la delegada general del sanatorio de SOIVA, Emma San Juan, determinó un conflicto con el personal, afiliado a la Asociación de Trabajadores de la Sanidad Argentina (ATSA), el cual se reunió en su sindicato y resolvió:

“repudiar la actitud adoptada por las autoridades de SOIVA, propietaria de ese sanatorio, y formular la correspondiente denuncia ante la CGT y las 62 Organizaciones”.¹³⁸

Ironizando; la situación podría considerarse graciosa si no fuera indignante.

Pero la CGT no podía dar curso a ninguna protesta, toda vez que su propia dirección adoptaba en ese momento una intransigente actitud patronal frente a la huelga de los médicos, que se oponían a la entrega del control de los fondos de las Obras Sociales a los monopolios de la medicina y a dirigentes sindicales no responsables, mientras el Estado se desentendía de la salud pública.

“La CGT ordenaría a los sindicatos que despidan a médicos que hagan huelga”,

De este modo titulaba la noticia un diario metropolitano, e informaba que:

“el secretariado nacional de la CGT busca coordinar una acción de los sindicatos para oponerse a las acciones que proyectan los médicos en procura de la derogación de la ley 19.710”; “si no se llega a un acuerdo se adoptarán medidas contra los médicos huelguistas”.¹³⁹

El Banco Sindical, creado por March y hoy presidido por Diskin, ha despedido a cuatro empleados por razones de orden gremial, es decir, como cualquier banco de los monopolios financieros.

¹³⁷ Diario *Crónica*, 9 de Mayo de 1967

¹³⁸ Diario *Clarín*, 4 de Octubre de 1972

¹³⁹ Diario *Clarín*, 15 de Agosto de 1972

Por su parte, la dirección del Instituto de Servicios Sociales Bancarios (ISSB) dejó en la calle el 19 de octubre de 1973 a noventa trabajadores contratados por intermedio de agencias de trabajo temporario, muchos de los cuales contaban con una antigüedad de hasta 26 meses. Según otra fuente, tres cesantías y diez suspensiones en el ISSB se debieron a razones gremiales.¹⁴⁰

Séparse que el presidente del ISSB, cinco de sus diez directores y el síndico son designados por la Asociación Bancaria.

Todos estos antecedentes patronales pusieron a la dirigencia de la CGT en aptitud de elaborar, de común acuerdo con los empresarios nucleados en la CGE, el “*Pacto Social*” cuya primera versión fue elevada a la dictadura militar en setiembre de 1972.

En el acto de entrega de la declaración conjunta al general Lanusse, el presidente de la CGE, José Ber Gelbard, dijo:

“Yo me imagino que usted se siente muy feliz de poder ser el presidente que ha recibido a las dos centrales que representan los dos sectores que teóricamente, en el mundo entero, tienen que estar permanentemente peleando en lucha constante; y no sé si se dará en muchas partes del mundo un caso así, que habla muy bien de los trabajadores argentinos”.

Y Lanusse le contestó:

“Sí ello es un motivo de satisfacción para nuestro país; se ve que las entidades gremiales han aprovechado su tiempo y han aprendido y adquirido conciencia de sus responsabilidades”.¹⁴¹

La segunda versión del “*Pacto Social*” se conoció en junio de 1973, durante el gobierno del Dr. Cámpora, y la tercera llamada también “correcciones al acta de compromiso nacional”, fue dada a conocer el 27 de marzo de 1974. El acuerdo CGT-CGE consagra las líneas generales de la política económica impuesta por la burguesía nacional para salvaguardar sus ganancias y simularse al mismo tiempo paternalista con respecto al movimiento obrero. Contiene algunas concesiones económicas a los trabajadores, pero prevé su traslado a los costos y por ende el aumento de los precios de los productos y las tarifas de los servicios. Deja intactas, naturalmente, las estructuras económicas vigentes, y con ellas las causas de la crisis y de los males sociales que sufre el país. En fin, reduce a los trabajadores, a quienes la jerarquía sindical jamás consultó sobre este ni sobre otro compromiso, a la condición de convidados de piedra ante el proceso abierto tras la derrota de la dictadura.

En el Segundo Congreso Nacional de la Indumentaria, convocado en 1972 por la entidad de los empresarios de la industria del vestido, Enrique Micó, secretario general del SOIVA, pronunció estas significativas palabras:

¹⁴⁰ *Trabajador Bancario*, n.º 2, Rosario, octubre de 1973

¹⁴¹ *Diario Crónica*, 12 de setiembre de 1972

“Mi presencia es un concreto adelanto en el símbolo de unidad y progreso que sellará el constante engrandecimiento de nuestra industria, con la fuerza, vitalidad y arte que sólo puede darle la fusión indestructible de sus dos potencias: Capital y Trabajo”.

Es la gloriosa filosofía del “*Pacto Social*” y de la corrupción más escandalosa de los jerarcas por los capitalistas.

Los Vínculos con el Estado

Desde la asunción del gobierno por el peronismo, resulta explicable que la jerarquía sindical –y en particular la que rodea a la Unión Obrera Metalúrgica, la organización dominante– se haya dedicado a imponer sus hombres en el aparato de Estado, apoderándose de la mayor cantidad de cargos oficiales que fuese posible, en el marco de una estrategia de poder. Lo sorprendente es que ese esfuerzo venga de mucho más atrás. Desde el mismo momento en que los militares secuaces de la oligarquía financiera desalojaron a Perón en 1955, los jerarcas sindicales peronistas se abrazaron con ellos e hicieron buena letra para ganarse su simpatía.

Durante los gobiernos que se sucedieron desde entonces, las relaciones de los dirigentes de las principales federaciones obreras con los sucesivos ministros de Trabajo y con los funcionarios del Ministerio –particularmente de su Dirección de Asociaciones Profesionales– fueron enternecedoramente amables, hecho paradójico si se consideran las tensiones antigubernamentales que han encrespado a las masas obreras tras el fuerte deterioro de su situación económica y social.

Un ejemplo del entrelazamiento de intereses personales entre dirigentes y funcionarios es descripto por un órgano sindical de la siguiente manera:

“El gremio Molinero, que padece a Roque como dirigente, tiene un abogado para atender asuntos legales y laborales, juicios por despido, etc. En esto no se diferencia de otros gremios; la sorpresa recién aparece cuando se conoce quién ejerce el cargo: se trata del doctor Enrique Antonio Mazza, socio y amigo del doctor Héctor Villaveirán, actual subsecretario de Trabajo. Más sorpresa: Villaveirán era abogado de Molineros hasta que San Sebastián lo llamó a Trabajo. Entonces, previsor, le dejó el puestito a Mazza. Esto no sería más que un detalle de feo gusto para la sensibilidad de elefante de algunos dirigentes. Pero la cosa sigue: el abogado Mazza cobra también sueldo en la Secretaría de Trabajo, donde figura como integrando el Tribunal Bancario, un organismo de consultas y arbitrajes. Y, finalmente, el dato que colma la medida: Mazza se sacrifica por 2.500 pesos diarios (menos los domingos) colaborando con la brutal intervención en la Unión Ferroviaria... Para tener la familia cerca, su esposa, Lidia C. Ferrero de Mazza, también cobra sueldo en la Secretaría de Trabajo”.¹⁴²

¹⁴² *Semanario CGT*, n.º 25, 17 de Octubre de 1968

No falta entre algunos gremios y funcionarios el trato diplomático. Los directivos del Sindicato Único de Trabajadores del Espectáculo Público se han preocupado por mantener estrechos y cálidos los lazos que los unen a la comuna metropolitana. A fines de 1971 entrevistaron al intendente Montero Ruiz y le hicieron entrega de una medalla y de un diploma que lo acreditaba... como socio honorario del sindicato. Un acto realmente conmovedor.¹⁴³

Ya que hablamos de la comuna metropolitana no podemos dejar de destacar la “eficacia” con que ha funcionado no sólo su departamento de relaciones públicas, popularizando una nueva imagen de la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires (lo que le prodigó un importante premio de las entidades relacionistas), sino también su departamento de relaciones humanas, que ha tratado de captarse las simpatías del personal. Claro que los primeros en ser *captados* fueron los dirigentes de la Unión Obreros y Empleados Municipales, quienes en una solicitada a toda página felicitaron efusivamente a las autoridades comunales de la dictadura por su política de beneficio para el gremio y concluían, llenos de satisfacción, expresando su confianza:

“en que el espíritu constructivo y la sensibilidad social demostrados hasta el presente por los actuales autoridades comunales se mantenga en el futuro”.¹⁴⁴

Estas inclinaciones lanussiananas de la dirigencia municipal tuvieron también su gran fiesta. El 23 de mayo de 1972 la Municipalidad de Buenos Aires y la UOEM organizaron una concentración obrera nada menos que en el teatro Colón, acaso para demostrar que ese antiguo reducto de la aristocracia podía también dar brillo y categoría a un acto participacionista. El presidente de la nación, general Lanusse, del brazo del máximo dirigente municipal, Patricio Datarmini, apareció rodeado del ministro San Sebastián, el intendente Montero Ruiz y otros personajes, bajo un gran cartel que proclamaba: “Los trabajadores argentinos queremos el reencuentro nacional”. Se hicieron todos los esfuerzos para asegurar la concurrencia del gremio: asueto desde las nueve, micros gratis en los lugares de trabajo, promesas de un día inolvidable. Pero el grueso de los municipales, que no sabía qué se festejaba ni había sido consultado sobre el escalafón que iba a anunciarse, estuvo ausente del Colón.

La estrella de Datarmini, por supuesto, no podía brillar durante mucho tiempo. Si bien en las elecciones de la UOEM de noviembre de 1972 el jerarca se adjudicaba, sobre un padrón de 62.640 afiliados, 41.432 votos caídos del cielo, el 6 de agosto de 1973, ante las tensiones de un gremio hostil, se veía obligado a presentar su renuncia, siendo remplazado por el secretario adjunto, Amadeo Nolaseo Genta, que hasta ese momento había secundado toda su política.

¹⁴³ Diario *Clarín*, 20 de Noviembre de 1971

¹⁴⁴ Diario *Clarín*, 4 de Abril de 1972

Es hacia el Ministerio de Trabajo donde con más frecuencia dirigen sus pasos los jerarcas en busca de garantías para su permanencia y seguridad. Los lazos de éstos con sus funcionarios les permiten lograr que el alto organismo refrende sus elecciones, apruebe sus asambleas, rubrique sus balances y sus libros de actas, interceda ante las empresas que no giran en término las cotizaciones, homologue sus convenios, deseche las denuncias e impugnaciones de grupos opositores. El titular del Ministerio fue casi siempre un político de probada habilidad para presentarse ante los jefes sindicales “como uno de ellos” y ante los empresarios como defensor de sus intereses. La ambivalencia de un cargo y un organismo que pretende ser neutral sin serlo sufre el efecto de múltiples contradicciones, pero al fin las relaciones entre los jerarcas y el Estado, consubstanciados en el fondo, salvan siempre sus virtudes. Y se explica, porque ambos factores se necesitan mutuamente. Los jerarcas precisan el auxilio del Estado para sobrevivir; el Estado recurre a los jerarcas para mantener a las masas obreras en el brete que la clase dominante les asigna en el orden constituido. Si el Estado subvenciona todo lo que es susceptible de formar parte de su aparato de mantenimiento, ¿cómo no va a sostener con todos sus medios a los jerarcas sindicales?

Uno de los tantos favores que los jerarcas prestan al Estado es el de frenar o moderar las luchas de los trabajadores. La afirmación podría parecer irreal si se consideran las huelgas gremiales y los paros generales que los jerarcas han declarado, pero es preciso analizar sus circunstancias políticas, los factores e intereses en juego, las presiones de las bases, para comprender el fenómeno. Muchas veces una declaración de paro ha tenido lugar cuando ya era imposible evitarla, cuando las bases estaban a punto de desbordar a sus direcciones. Otras, decretado un paro, la presión gubernamental ha sido mayor y los jerarcas no han vacilado en levantarlo; es el caso del paro general de 36 horas que debió cumplirse los días 1 y 2 de octubre de 1969 y que fue levantado por la dirección de la CGT:

“para no hacerle el juego a los enemigos de la clase obrera, desbaratar la maniobra de represión contra el sindicalismo nacional, en un nuevo esfuerzo por agotar el diálogo como forma fraterna de arreglar los problemas entre argentinos”.¹⁴⁵

Y el caso también del Comité Central Confederal que debió reunirse el 13 de marzo de 1972 para considerar un plan de lucha y que fue suspendido por tiempo indefinido al conocerse una carta de Perón a Rucci, traída de Madrid por una delegación de “las 62”, en la que el líder pedía “prudencia y sabiduría”. “No hay por qué apurarse, todo va saliendo bien”, agregaba refiriéndose a su estrategia electoral, a la cual debían subordinarse el movimiento sindical y las reivindicaciones de los trabajadores.¹⁴⁶

¹⁴⁵ *Declaración de la CGT del 29 de Septiembre de 1969*

¹⁴⁶ Ver diarios de los días 13 y 14 de Marzo de 1972

La doble cara de la política sindical de la burocracia –amagos de lucha para presionar y chantajear al equipo gobernante, y en el reverso pacificación y contención de los trabajadores para que no se salgan del cauce que la burguesía les asigna–, no fue desconocida por la dictadura militar, que aprovechó cuanto pudo esa dicotomía.

Un vergonzoso episodio que quedará inscripto en los anales del movimiento obrero fue el protagonizado por la dictadura y la CGT en julio de 1972, cuando, a raíz de la declaración del congreso de la CGT dirigida “Al pueblo de la República, a las Fuerzas Armadas del Ejército, Marina y Aeronáutica”,¹⁴⁷ Lanusse suspendió la personería gremial de la CGT y bloqueó los fondos sindicales, golpeando a la jerarquía en su parte más sensible: el bolsillo. La devolución de la personería, decía un comunicado oficial:

“estará, más que en la voluntad del gobierno, en el comportamiento inmediato de la CGT”.

Y en efecto, la conducta mereció diez puntos y la personería fue devuelta por el Ministerio de Trabajo (resolución n.º 295 del 25 de Julio de 1972) tras una visita de Rogelio Coria y Adelino Romero a la residencia de Olivos.

No fue el único caso de esta índole: a raíz del Comunicado n.º 64 de la CGT (abril de 1972), cuyo tono no gustó al gobierno, éste amenazó con represalias si la dirección de la CGT no se rectificaba. El endurecimiento oficial surtió efecto: tan mansos como corderos, los jerarcas redactaron un documento que el gobierno consideró satisfactorio y el conflicto quedó superado. Peleas semejantes suceden en los matrimonios desavenidos.

Por eso un semanario podía decir, bajo el título *CGT: del brazo con el gobierno*, que:

“la historia de los seis años de Revolución Argentina incluye una lección decisiva: los grandes aparatos gremiales son domesticables por el Estado, pero amansados carecen de vigor para encauzar las aspiraciones de sus representados”.¹⁴⁸

Esa domesticación de los sindicatos obreros por el Estado burgués ha sido prevista, incluso, legalmente. Ya la *Ley de Asociaciones Profesionales* dictada por Frondizi había dado al P.E. un instrumento legal para facilitar su permanente intromisión en la vida interna de los sindicatos. Remplazada en noviembre de 1973 por la Ley 20.615, aquellas atribuciones estatales fueron ensanchadas. La obligación de los sindicatos de proporcionar toda clase de informaciones al Ministerio y someter sus estatutos a su aprobación (art. 17), la facultad del Ministerio para otorgar, denegar o suspender la personería gremial de los sindicatos (art. 42), el control de la contabilidad de los sindicatos por el Ministerio (art. 5 del decreto reglamentario) hacen suponer que se considera a los sindicatos como sucursales del Ministerio de Trabajo. De esta forma el gobierno puede respaldar a los dirigentes

¹⁴⁷ Véase p. 119 y 164

¹⁴⁸ Revista *Panorama*, 4 de mayo de 1972

adictos a la política oficial y oponer mil dificultades a la actividad de las direcciones combativas, como realmente viene sucediendo.

Pero además existe otra forma, indirecta, de domesticación, a través de la administración de las obras sociales y del seguro de vida. La Ley 18.610 de Obras y Servicios Sociales fue sancionada en 1970 y reglamentada por el Decreto 4714/71. Esta ley creó el Instituto Nacional de Obras Sociales (INOS), que se financia con descuentos del 2 % de los salarios de los trabajadores (1 % si son solteros) y otro 2 % de las empresas. El propósito esgrimido es propender a la atención médica y sanitaria de la población trabajadora a través de los sindicatos, ha resultado sospechoso que, a pesar de que la ley subordina los sindicatos al mero papel de administradores de sus servicios sociales, bajo el control del Estado, y que los sindicatos participan en minoría en el Directorio del Instituto, los jerarcas sindicales hayan recibido esta ley con tanto beneplácito. Esto se explicaría porque la ley se presta a fabulosos negociados con los pulpos comercializadores de la medicina, que inmediatamente golpearon las puertas de los sindicatos ofreciendo contratos para compartir los beneficios. Desde entonces, los sindicatos que quisieran recibir fondos del INOS para la Obra Social debían hacer buena letra y defender su personería, porque de otro modo se verían privados de ellos.

El nuevo gobierno elaboró un proyecto de Sistema Integrado de Salud, enviado a las cámaras en julio de 1974, el cual preveía, en su art. 28, que toda persona afiliada a entidades no adheridas al Sistema, pero que cubran el riesgo de enfermedad, podría obtener asistencia sin cargo y la entidad responsable de la cobertura satisfacer el importe. Como ello obligaría a las obras sociales de los sindicatos a pagar los gastos de atención médica que los trabajadores reciban en los hospitales integrados en el Sistema, la jerarquía sindical resolvió impugnar el proyecto. *Subsidios sí, erogaciones no*, parece ser su lema.

En cuanto al seguro de vida, a cargo de los empleadores, fue concebido en el Acta de Compromiso Nacional que la CGT y la CGE suscribieron a fines de marzo de 1974. Se trataba, por un lado, de una medida satisfactoria, puesto que los seguros de vida existentes en los gremios, además de ser exiguos, eran casi siempre costeados por los trabajadores, pero por otro lado, se dispuso que el 80 % de las utilidades que resulten sea administrado por la CGT y el 20 % por la CGE; calculando en 6.000.000 el número de trabajadores en relación de dependencia y suponiendo que la prima mensual sea de 500 pesos viejos por póliza, la operación ascendería a 3.000 millones de pesos mensuales; calcúlense las utilidades y el monto que administrará la jerarquía sindical. Al publicarse este trabajo todavía no se ha concretado el mecanismo del seguro, pero no es arduo conjeturar que la jerarquía se valdrá de él para acrecentar sus caudales y fortalecer su dominio.

Es un hecho probado que la mayoría de los jerarcas no están al frente de los sindicatos por haber sido promovidos por los trabajadores, sino porque se han beneficiado con el apoyo gubernamental. Si desde su postulación están atados al sistema, convertidos en dirigentes deben velar por él. Al decir esto no afirmamos que exista una correspondencia mecánica entre los jerarcas y el Estado, que aquellos dependan incondicionalmente de éste, no.

La correspondencia se opera a través de un juego de intereses no exento de contradicciones.

Do ut des dice un proverbio latino: yo te doy, tú me das. Los jerarcas no se entregan gratuitamente. En sus relaciones con el Estado y la patronal logran jugosos beneficios, pero a la vez hacen concesiones. Si fuera posible registrar las actas de sus tratativas encontraríamos interminables regateos antes de culminar en cada transacción. Los jerarcas piden más descuentos compulsivos para sus arcas, más facilidades para las obras sociales que les permiten realizar negociados, más “participación” en la vida política, pero también y si es posible aumentos de salarios, no porque les interese demasiado el nivel de vida de la clase obrera, sino para detener las olas de descontento e inquietud que ponen en peligro la estabilidad de los dirigentes. A cambio de todos estos reclamos, ofrecen garantías para la continuidad del sistema, convierten los sindicatos en organismos de conciliación de clases y se erigen en barrera infranqueable contra el comunismo y en paladines del sindicalismo nacional.

Cuando las tratativas fracasan, los jerarcas apelan al chantaje. Así, diversas declaraciones de lucha lanzadas por ellos durante la dictadura operaban como una “advertencia” al gobierno sobre lo que podían llegar a hacer si no se les concedía lo pedido. Un traductor de intenciones hubiera podido leer entre líneas: “Dejaremos las masas libradas a su combatividad y nadie podrá evitar las huelgas”; “aflojaremos las barreras y el comunismo penetrará aún más en el movimiento obrero, porque sólo nosotros podemos contenerlo”. Pero con el mismo derecho el Estado también apeló al chantaje: ante cada amago de lucha, la dictadura amenazaba a los jerarcas con reformar la *Ley de Asociaciones Profesionales*, derogar la Ley de Obras Sociales, bloquear los fondos sindicales, desautorizar los descuentos compulsivos, dejar sin efecto ciertas prebendas. Algunas de estas amenazas han llegado a concretarse, pero una vez logrados sus objetivos fueron enmendadas para premiar la docilidad de los dirigentes. Así las contradicciones se resolvían en una transacción, siempre en los marcos de la “paz social”. Si hubo situaciones irritantes entre la dictadura y la dirigencia gremial, no pasaron de ser simples rencillas conyugales.

Por eso el ministro de Trabajo de la dictadura, Rubens San Sebastián, pudo decir en una ocasión:

“Quiero formar con la CGT una sociedad, con los vicios y desacuerdos naturales de este tipo de relación, pero una sociedad al fin”.¹⁴⁹

No hay duda que lo logró. Para justificar sus genuflexiones del reciente pasado, los jerarcas han inventado el cuento de la “gran estrategia” que condujo a la “toma del poder”. La CGT afirma en un documento que durante la dictadura se le planteaban dos alternativas:

“Una, la más corta, pero inmensamente más costosa: la lucha frontal, que hubiera significado quizás el sacrificio de una generación entera, derramamientos de sangre de hermanos, hundirnos en la guerra civil. La otra tal vez demandaría más tiempo pero, de todas maneras, nos permitiría ganar el espacio político imprescindible y salvar a la patria de uno de estos enfrentamientos”.¹⁵⁰

Los jerarcas de la CGT, que el 20 de junio masacraron a la juventud peronista pero no querían derramamientos de sangre, eligieron la alternativa de la pacificación, atajando las luchas gremiales y censurando toda posición combativa.

En un reportaje periodístico el diputado Carlos Gallo añade que Perón estructuró su movimiento con un ala beligerante y otra negociadora.

“Algunos debieron ir a la lucha frontal, sangrienta, de sacrificio de vidas y posiciones. Otros, en cambio, debieron jugar un papel menos heroico aparentemente, pero que significó en realidad un constante deterioro personal: el de conciliadores”.¹⁵¹

Pobrecitos los jerarcas..., víctimas de la incompreensión de los trabajadores, que no valoran el ingrato papel que debieron desempeñar.

– Pero deberá reconocer –le dice el periodista– que algunos dirigentes sindicales cayeron en un exceso de espíritu conciliador que se confunde con el colaboracionismo.

– Lo reconozco –responde Gallo–, En la guerra afloran fenómenos bien conocidos: afloran los oportunistas, los que marchan a la conquista del botín y también los luchadores auténticos...

Pero los luchadores auténticos, acotamos nosotros, han sido relegados, marginados, represaliados, y los que se han encumbrado tras la “toma del poder” han sido los oportunistas. Tras una lucha intestina entre las direcciones de la CGT y “las 62”, bases operacionales, respectivamente, de José Rucci y Lorenzo Miguel, el cargo de ministro de Trabajo fue dado a un tercer dirigente metalúrgico: Ricardo Otero. Asegurada en la cúspide, la jerarquía montó febrilmente la superestructura burocrática de la patria metalúrgica. No es casual que desde entonces los jerarcas más despres-tigiados en sus lugares naturales de actuación, repudiados por sus propias

¹⁴⁹ Revista *Panorama*, 8 de Abril de 1971

¹⁵⁰ *Declaración de la CGT del 1° de Mayo de 1973*

¹⁵¹ *Diario La Opinión*, de 4 de Septiembre de 1973, p. 8

bases gremiales, fueran trasladados a cargos de importancia en otros lugares o en el centro nacional de decisiones. Así, Mauricio Labat, jerarca de los taxistas de Córdoba, sin apoyo en su provincia, fue llamado desde el Ministerio de Trabajo y convertido en asesor de Ricardo Otero. Roque Azzolina, Secretario General de la seccional Bahía Blanca de la UOM hasta que sus bases decidieron desplazarlo, fue trasladado al Chubut donde se lo nombró Ministro de Bienestar Social. Alejo Simó, Secretario General de la seccional Córdoba de la UOM, si bien se quedó en su provincia, pasó a actuar como delegado regional del Ministerio de Trabajo de la Nación. Y así muchos otros.

Entretanto, la lucha por la preeminencia de la jerarquía sindical se trasladaba al campo político. Ya al discutirse las candidaturas, la convención electoral de la provincia de Buenos Aires, dominada por los sindicalistas, proclamó la fórmula Anchorena-Guerrero, que era la síntesis del poder ansiado por ellos: Manuel de Anchorena, rico terrateniente rosista, y Luis Guerrero, Secretario General de la seccional Avellaneda de la UOM. Pero como ambos pertenecían a una misma línea (Anchorena era amigo de Rucci) y los candidatos fueron muy resistidos, se intervino el distrito y después de un trabajo acuerdo se postuló al Dr. Oscar Bidegain para gobernador y a Victorio Calabró, hasta entonces tesorero nacional de la UOM, para vicegobernador. Asumido el gobierno provincial, este último, con el respaldo de la jerarquía, declaró la guerra al gobernador, haciéndole imposible el real ejercicio de su cargo y determinando su renuncia para remplazarlo finalmente en el cargo. Las “62 Organizaciones” y el secretariado nacional de la UOM, en sendas solicitadas publicadas el 30 de Enero de 1974, se congratulaban por el feliz desenlace de la controversia.¹⁵²

En Córdoba, donde la burocracia había perdido la conducción de la CGT regional, dirigida por hombres combativos, y donde el pronunciamiento popular había ungido a Ricardo Obregón Cano y Atilio López para las primeras magistraturas, el ataque vino en lo fundamental de afuera. La CGT central y algunos portavoces del gobierno nacional montaron una gran provocación contra la CGT regional y el gobierno provincial, acusándolos de “marxistas”, enviando matones para sembrar el caos e induciendo al jefe de policía, coronel Navarro, a sublevarse y desplazar al gobierno elegido por el pueblo, que finalmente fue intervenido.

¹⁵² La Unión Obrera Metalúrgica decía alborozada: “Los metalúrgicos argentinos vivimos un momento de profunda satisfacción. Un hombre surgido de nuestras filas, el compañero Victorio Calabró, ha sido llevado a la primera magistratura de la provincia de Buenos Aires. Esa satisfacción nace, particularmente, porque la elección del compañero Calabró significa el reconocimiento a los valores del movimiento obrero argentino y la madurez alcanzada por los trabajadores de la patria. El hecho es realmente histórico porque por primera vez un obrero alcanza tan alta investidura y a los metalúrgicos nos cabe el orgullo de que uno de nuestros dirigentes haya sido elegido para ello...”

En Mendoza, la acometida contra el gobernador Martínez Baca mostró una vez más los métodos gangsteriles de la burocracia sindical: bombas en domicilios particulares, ataque físico a militantes de izquierda, junto con una millonaria propaganda antimarxista y un paro general que debió hacerse el 30 de octubre de 1973 pero que fue levantado ante la orfandad de apoyo de los gremios.

Por doquier, los jerarcas sindicales se rebelaron contra los gobiernos provinciales dispuestos a dar cumplimiento al programa prometido. En la áspera batalla entre la izquierda y la derecha del peronismo que siguió al 25 de mayo de 1973, la dirigencia gremial se puso del peor lado, defendiendo los intereses más regresivos. Esta comprobación, que para muchos encierra un contrasentido, se explica sin embargo por la ambición desmedida de muchos dirigentes deseosos de encumbrarse en los altos cargos de gobierno, pero sobre todo por la ideología oscurantista que sustentan, ubicada en las antípodas de la revolución que el país espera.

Burocracia y Fuerzas Armadas

Cuando un periodista le preguntó al general Tomás Sánchez de Bustamante —jefe del Primer Cuerpo de Ejército y uno de los más crueles represores de las luchas obreras durante la dictadura militar— si pensaba que en la Argentina los comunistas llegarían a ser tan poderosos como en Francia o en Chile, el alto jefe militar le respondió:

“Vea, acá tenemos una suerte; existe el peronismo, que es el único movimiento de masas no adherido a la izquierda”.¹⁵³

La respuesta del general fue bastante irreflexiva. Los hechos han demostrado que el peronismo cuenta con una base obrera y sobre todo una juventud que se orientan hacia la izquierda y cuestionan a una dirigencia comprometida con el pasado. Lo que seguramente el general quiso decir es que depositaba su fe en esa dirigencia, y más que nada en la burocracia sindical, como dique de contención del comunismo.

Y el general tiene sus motivos. Desde el mismo momento en que Perón fuera desplazado por las Fuerzas Armadas en 1955, algunos dirigentes gremiales comenzaron a entrevistarse secretamente con militares de alta graduación para negociar la devolución de los sindicatos intervenidos. No pocos llegaron hasta los despachos de los generales Quaranta y Toranzo Montero. Otros se orientaron hacia Carlos Rojas, hermano del infausto contraalmirante. Pero, ¿qué les ofrecían a los militares a cambio de los sindicatos? Una moneda muy bien cotizada en el mercado de valores de la jerarquía militar: el anticomunismo. Ellos, los dirigentes gremiales, prometían erradicar del movimiento obrero la penetración comunista y defender los cánones consagrados por la civilización occidental y cristiana.

¹⁵³ Revista *Primera Plana*, 22 de Junio de 1971

A los militares no les costó trabajo creerles, porque durante toda una década esos dirigentes habían alertado contra la “infiltración roja” y en el congreso de la CGT de 1950 habían resuelto:

“encomendar a las organizaciones afiliadas y a los trabajadores en general la eliminación de los elementos comunistas, francos o encubiertos, y de todos aquellos que se solidaricen con su acción, eliminándolos de los puestos de dirección e impidiendo que puedan ejercer su perniciosa influencia en los medios obreros”.

El hecho de que después de 1955 jerarcas y militares siguieran preocupados por este problema indica que nadie había podido eliminar la “perniciosa influencia”. Pero al poder castrense, con todos los recelos que se quiera, no le quedaba otro remedio que confiar en los jerarcas que acudían a sus despachos. Las intervenciones militares en los gremios comenzaron a seleccionar sus colaboradores civiles entre los jerarcas más corrompidos, convirtiéndolos en sus sucesores mediante infames parodias electorales.

La estrecha amistad de burócratas y militares volvió a ponerse de manifiesto con motivo del golpe de Estado de junio de 1966, apoyado por la alta dirigencia gremial. El general Onganía podía jactarse de personificar la “unión nacional”, ya que ponía las riendas de la conducción económica en las manos de la oligarquía financiera —Krieger Vasena— sin dejar por eso de verse rodeado de sindicalistas. Era la época en que el Sindicato de Luz y Fuerza ofrecía un ágape en homenaje al coronel Leal y en que Alonso, Vador, March, Taccone, Coria, Izzeta, acompañaban a los altos jefes militares en las ceremonias de la dictadura, mientras los sindicatos que contaban con direcciones combativas —en particular con dirigentes comunistas— eran intervenidos y entregados sin ambages a los lugartenientes de aquellos jerarcas.

Es cierto que no todos los jerarcas se entregaron totalmente; sería una ceguera generalizar. Diversas variantes del *colaboracionismo* y del *participacionismo*, como desde otro ángulo el *sindicalismo libre*, han representado distintas gradaciones de una acomodación de los jerarcas al *establishment*. distintas tácticas de acercamiento a los “factores de poder”. Vador inauguró el neoperonismo, con su estrategia propia; Alonso lideró la Nueva Corriente de Opinión, íntimamente vinculada al poder castrense; las diferencias de actitudes, ya que no la ideología, escindieron “las 62”; luego hubo divergencias entre “las 62” escindidas y la dirección de la CGT. La descomposición del peronismo sindical era ya inevitable.

El Congreso de la CGT de marzo de 1968 fue la respuesta a tanta putrefacción. Allí se eligió una dirección anticolaboracionista, desplazando a la que venía regenteando a la central obrera. Pero la dirección desplazada, apelando a la protección del poder castrense, no entregó los bienes ni la sede de la CGT a la nueva dirección, desconociendo la validez del congreso pese a haberse realizado con todos los recaudos legales y estatutarios. El

Estado militar, sin ningún tapujo, protegía así a los jerarcas que le eran fieles y los ayudaba a mantenerse en sus cargos contra la voluntad de la mayoría de los gremios.

No sorprende que en muchas declaraciones y documentos de importantes sindicatos aparezcan continuas exhortaciones a las Fuerzas Armadas, no en tren de reclamo, sino apelando a la mutua comprensión. Pero cuando se difunden versiones sobre las verdaderas relaciones entre los militares y los jerarcas, estos últimos responden que “los trabajadores nunca fuimos a golpear las puertas de los cuarteles”, como lo hacen “las 62” en una solicitud.¹⁵⁴

Pero hasta la prensa venal ha registrado centenares de veces una afinidad que nadie puede ocultar. En mayo de 1972, al asumir las nuevas autoridades de la Federación de Sindicatos Unidos Petroleros del Estado (SUPE) se realizó una austera ceremonia, honrada con:

“la presencia de un alto jefe de las Fuerzas Armadas, el general de brigada Haroldo Pomar, quien asistió y firmó el acta definitiva de asunción... El hecho fue muy comentado conceptuándose como un síntoma revelador de un real acercamiento entre las Fuerzas Armadas y el sector gremial”.¹⁵⁵

Pero el documento más ilustrativo de esta interdependencia quizás sea la declaración del Congreso de la CGT del 6 de Julio de 1972, publicada íntegramente en los diarios del día siguiente bajo el título de “*Al pueblo de la República, a las Fuerzas Armadas del Ejército, Marina y Aeronáutica*”. Allí se aplaude:

“la actitud prescindente asumida por las FF.AA. en los comicios de 1946... regresando a los cuarteles con todos los honores”.

De esta manera, dice:

“millones de argentinos entraron por la puerta ancha que los conducía al camino de la liberación, innovando de raíz en el campo de las teorías políticas conocidas”. “Este es el mérito fundamental del pensamiento eminentemente sociológico surgido de las filas de nuestras Fuerzas Armadas”.

Gracias a ello, añade:

“se inmunizó al pueblo argentino contra el virus del comunismo, se consolidó a las instituciones tornándolas inmunes a las penetraciones extranjerizantes”; –y concluye– “el justicialismo ha sido el antídoto por excelencia”.

Con este argumento central, la declaración del Congreso de la CGT trata de convencer a las Fuerzas Armadas “de la necesidad patriótica de devolver el poder al peronismo, antes de que el país se comunique...”

¹⁵⁴ Diarios del 16 de Febrero de 1973

¹⁵⁵ Diario *Clarín*, 8 de Mayo de 1972, p. 16

Esta exhortación al Ejército, Marina y Aeronáutica, más que una exigencia perentoria, fue un pedido mendicante, una expresión de debilidad más que de fortaleza, pues evidencia que los jerarcas sin el apoyo del Estado no valen nada.

Como si el tema de las Fuerzas Armadas fuera una obsesión para los jerarcas sindicales, dos años después, el congreso de la CGT realizado bajo el gobierno peronista en julio de 1974, no pudo soslayarlo en su declaración principal.

“Los trabajadores sabemos que desde el fondo de la historia –dice– las Fuerzas Armadas están consustanciadas con el pueblo en su alta aspiración de forjar una patria libre y soberana. Y en estos momentos cruciales, cuando deben afrontar un desafío de la adversidad, se sienten confortados porque tienen la seguridad de que su marcha hacia adelante está acompañada por las gloriosas columnas de las Fuerzas Armadas, que comparten sus mismos sufrimientos, aspiraciones e ideales.”

Ningún análisis de clase. Es lo mismo San Martín y Belgrano que Anaya, López Aufranc o Bustamente. Es lo mismo la alta jerarquía castrense, que la suboficialidad y la tropa. Los burócratas, que según un dirigente gráfico “están contando cuál sector militar tiene más tanques para enrolarse en una aventura en pos de la Casa Rosada”, hacen invocaciones globales a las Fuerzas Armadas para mantener la aquiescencia de los altos mandos.

Vinculaciones con los Monopolios

En una de las tantas reuniones que los jerarcas sindicales mantuvieron con el general Lanusse –la del 30 de octubre de 1972 en la Casa de Gobierno– el dirigente Kloosterman cometió un desliz que no pasó desapercibido para nadie.

– Me toca representar –dijo en un momento de la conversación– a empresas multinacionales de capital extranjero, que además de venir con su aporte vienen con cuestiones que hacen...

– Ha incurrido en un error –lo interrumpió el Presidente–, No representa a empresas sino a trabajadores.

Visiblemente turbado, el dirigente de los mecánicos de la industria automovilística apenas pudo hilvanar sus palabras subsiguientes. ¿Pero es que en verdad se había equivocado? ¿Dónele está, para ciertos jerarcas, el límite entre la representación de los trabajadores y la asociación con los monopolios?

Siete meses después, en el sepelio de Kloosterman lucían las coronas de General Motors, Safrar Peugeot, Fiat Concord, Mercedes Benz, en tanto que un volante peronista acusaba al difunto de haber estado al servicio de la CIA, la Standard Oil, la Fundación

Rockefeller y la United Corporation¹⁵⁶, aunque la CGT, al expresar sus condolencias, afirmaba que el dirigente ultimado representaba “el más puro sentimiento de nacionalidad”.¹⁵⁷

¿Dónde linda el nacionalismo declarado con la entrega al imperialismo? El caso es que las relaciones de la élite sindical con los monopolios extranjeros se han tornado sumamente estrechas. La misma permisión de un Banco Sindical en el momento en que los grandes bancos internacionales habían presionado sobre el gobierno para que obstaculizara la labor de las cooperativas populares de crédito y cercenara su operatoria, sugiere dicho entrelazamiento.

El monopolio norteamericano General Electric –que ocupa el sexto lugar en el “ranking” de su país y pertenece a la banca Morgan– realizó en Bogotá un “congreso gremial” y al mismo asistieron dos delegados argentinos: Mario Barrientos y Miguel Ángel Catolia, Secretario Gremial y Pro-Tesorero, respectivamente, de la Unión Obrera Metalúrgica.¹⁵⁸

La Agencia Internacional de Desarrollo (AID), entidad del gobierno estadounidense, ha concedido créditos generosos a varios sindicatos de América latina, incluso argentinos; hace unos años la Unión Ferroviaria (intervención), la Unión de Obreros y Empleados Municipales, la Federación de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones y el Sindicato de Luz y Fuerza de la Capital recibieron un préstamo de la AID (juntamente con el Banco Hipotecario Nacional) por un monto de 13.000.000 de dólares, es decir, superior al concedido a sindicatos mexicanos, que fue de 10.000.000 de dólares.¹⁵⁹

También ha entablado contactos con los sindicatos argentinos el Banco Interamericano de Desarrollo (BID), que trabaja en estrecha colaboración con ADELA, DELTEC y otros pulpos monopolistas multinacionales, y que desde su creación en 1959 administra los fondos de la *Alianza para el Progreso*. Es un banco que recibe fondos de los gobiernos latinoamericanos y los redistribuye en forma de créditos a poderosas empresas avaladas por intereses norteamericanos. Hace algunos años el BID concedió a la Federación de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones un préstamo de 5.000 dólares y otro a la Federación de Empleados de Comercio. Cabe preguntar: si para recibir créditos del BID las empresas necesitan un aval tan especial, ¿cuál será el aval que ofrecieron esos sindicatos para que el BID los favoreciera?

¹⁵⁶ Diario *La Opinión*, 24 de Mayo de 1973

¹⁵⁷ Diario *Clarín*, 23 de Mayo de 1973

¹⁵⁸ Diario *La Prensa*, 4 de Mayo de 1969

¹⁵⁹ Diario *La Prensa*, 10 de Junio de 1968

Lo cierto es que estas dádivas y estipendios no parecen humillar a hombres probos y honestos, dedicados desinteresadamente a la sagrada causa del sindicalismo. Ya que hay quienes los otorgan tan munificamente –piensan– no conviene ofender su generosidad con un rechazo, de modo que habrá que soportar estoicamente esas recompensas.

Aprovechando los créditos norteamericanos ofrecidos a los sindicatos argentinos, en Mendoza se creó la Unión Intersindical Mendocina para la Vivienda (UNIMEV). Presidente de su directorio es Decio Naranjo, dirigente del Sindicato de la Alimentación y ex delegado regional de la CGT, y vicepresidente es Epifanio Morales, jerarca del gremio de la construcción. El dinero viene de Estados Unidos. En octubre de 1971 la empresa entregó 236 casas, en un acto que contó con la asistencia del gobernador de la provincia, el obispo, el Jefe de Policía y el mismísimo embajador norteamericano, Mr. Lodge, que usó de la palabra Sin embargo, dos años después todavía no se habían escriturado las viviendas; en conferencia de prensa los ejecutivos justificaron esa irregularidad diciendo que se debía a la demora del Banco Hipotecario Nacional en actualizar los aportes de los adjudicatarios e informaron sobre el estado de la construcción de 1.000 viviendas más.¹⁶⁰

En Buenos Aires varios sindicatos han recibido aportes norteamericanos para la construcción de viviendas. En julio de 1968 se puso la piedra fundamental de un edificio de 14 pisos y 172 departamentos, financiado por la AFL-CIO y el IADSL, para el gremio municipal.¹⁶¹

Según Antonio Di Santo, antiguo dirigente de La Fraternidad, cuando ésta y la Unión Ferroviaria recibieron un crédito del BID y la AFL-CIO para la edificación de viviendas, fueron presionadas hasta en la selección de las empresas constructoras. A la licitación concurren la firma Kuruchet y otra formada *ad hoc*. La Fraternidad se avenía con la primera por ser una empresa tradicional que le merecía confianza, pero los funcionarios del BID “aconsejaron” inclinarse por la segunda. Hasta los técnicos contratados por los sindicatos para estudiar la cuestión eran funcionarios de la empresa de marras. Di Santo presentó tres informes señalando sus reservas, pero fueron ignorados. El resultado fue que diez años después, cuando varios monobloques edificados por Kuruchet ya habían sido habitados, la segunda empresa había quebrado tres veces, se había demandado un crédito complementario y los monobloques –frente a la estación de Remedios de Escalada– no estaban terminados.

En diciembre de 1973 el ministro de Trabajo Ricardo Otero y el secretario general de la CGT rosarina Alfonso Galbán colocaron en Rosario la piedra fundamental del barrio obrero “José Rucci”, que se compondría de 2.040 casas. Para ese entonces, el diputado justicialista por la provincia de Santa Fe Osvaldo Patalagoitía, dirigente del Sindicato del Vidrio, presentó en el Congreso Nacional un pedido de informes sobre la financiación de dicho

¹⁶⁰ Diario *Los Andes*, Mendoza, 19 de Agosto de 1973

¹⁶¹ CGT, n.º 10, 4 de Julio de 1968

barrio. Esto bastó para que la CGT y "las 62" de Rosario declarasen "persona no grata" a Patalagoitia y pidiesen su desafuero parlamentario. ¿Por qué esa animosidad frente a un simple pedido de informes? Lo que ocurría es que la adjudicataria de las obras era la empresa *Field Argentina*, ligada al grupo multinacional Deltec. Field, en efecto, venía de Estados Unidos, donde intervino en la urbanización de tierras y construcción de diez mil viviendas en el Estado de Florida. Por decreto 2408 de 1962, el gobierno argentino autorizó a *Field* a radicarse en el país con un capital de 9.408.359 dólares y a importar libre de todo gravamen maquinarias y equipos para la construcción. La empresa —en cuyo directorio figuraban, junto a los ejecutivos yanquis, algunos altos jefes de la Marina y el Dr. Nicanor Costa Méndez— se proponía urbanizar terrenos en la ciudad de Rosario, conocidos como *Parque Field*, con la financiación a largo plazo de la Agencia Internacional de Desarrollo, pero luego amplió su radio de acción convirtiéndose en contratista del Banco Hipotecario Nacional y resultando favorecida por la dictadura con las licitaciones para construir 24 monoblocks en la Matanza, 23 monoblocks en Rosario, 1.206 viviendas en Salta y 3.024 viviendas en Ciudad General Belgrano. Esa era la empresa elegida por la CGT de Rosario para construir el barrio obrero.

La convocatoria de acreedores del *Swift* brindó la oportunidad de comprobar una vez más la estrechez de las relaciones sindical-monopolistas. Es sabido que dicha convocatoria no implicó la existencia de una quiebra real, dado el apoyo de *Deltec* y las fabulosas ganancias publicadas por *Swift* en anteriores ejercicios, sino una táctica para conseguir determinados privilegios. En esa ocasión, en vez de sostener la inmediata expropiación y nacionalización del *Swift*, la Federación Gremial del Personal de la Industria de la Carne votó en favor del concordato propuesto por el monopolio, con el pretexto de defender la fuente de trabajo.¹⁶² Posteriormente, dicha federación apoyó la confirmación de la quiebra del *Swift* por el Poder Judicial, aunque aplaudió la "administración argentina" presidida por Enrique Holmberg Lanusse y Raúl del Sel¹⁶³, cuya captura fue ordenada posteriormente por el juez de instrucción Dr. José María Olgueira junto con la de otros directivos de *Deltec* involucrados en las maniobras de vaciamiento del frigorífico.¹⁶⁴

En febrero de 1974 los trabajadores del *Swift* de Rosario realizaron paros dentro del frigorífico contra los bajos salarios y las malas condiciones de trabajo. En represalia, la empresa prohibió la entrada de 1.500 obreros de la sección picada y envió 70 telegramas de despido a una lista de trabajadores presumiblemente proporcionada por la dirección del sindicato. Entretanto, bandas de matones armados que respondían a los jerarcas agredieron a los obreros para impedir su ingreso al frigorífico.

¹⁶² Diarios del 6 de Octubre de 1971 y solicitada de la Federación Gremial del Personal de la Industria de la Carne del 31 de Diciembre de 1971

¹⁶³ Diario *Clarín*, 22 de Abril de 1972 y 9 de Junio de 1972

¹⁶⁴ Diario *La Opinión*, 5 de Abril de 1974

A fines de 1973 comenzó a tomar cuerpo una serie de rumores, abonados por algunas versiones periodísticas, en el sentido de que los hermanos Ramón y Ricardo Elorza, máximos dirigentes de la Unión de Trabajadores Gastronómicos, habrían adquirido una parte del paquete de acciones del Sheraton Hotel. Ambos ya eran dueños del restaurante “La Posta del Mangrullo” y copropietarios, según las mismas versiones, del Alvear Palace Hotel, pero de patrones argentinos pasarían a ser ahora socios menores de un monopolio yanqui que posee 47 hoteles en Estados Unidos, 5 en Hawái, 6 en Canadá, uno en Israel y 4 en América latina.

Los jerarcas sindicales no parecen comprender que el lema de “liberación o dependencia” con que el peronismo ganó las elecciones de 1973 debía tomarse en serio desde el gobierno. Según un órgano de opinión:

“Gelbard se habría quejado ante Perón por los pedidos de Otero y Rucci para favorecer a *Bunge & Born* desde el Ministerio de Economía”.¹⁶⁵

De la asociación directa o indirecta con las grandes empresas norteamericanas a la conexión personal con la embajada yanqui había sólo un paso. Ya el ex embajador Roy Rubboton había mantenido reuniones con sindicalistas argentinos. El 29 de Marzo de 1967 la embajada norteamericana organizó un almuerzo al que acudieron Taccone, Pérez, Pomares, Uncal, Pepe, Angeleri, Arrausi, Almozny y otros dirigentes, ante los cuales William Doherty prometió una *ayuda* de 17.000.000 de dólares para los sindicatos argentinos. Mientras tanto, Augusto Vandor “había aceptado dinero de la embajada norteamericana y creía que se los iba a fumar a los de la CIA”, según una declaración de Perón al diario *Mayoría*, hecha en enero de 1973 y excluida de la versión que finalmente se publicó. Por su parte, Manuel Damiano, Secretario General del Sindicato de Prensa, junto con el ex Subsecretario Operativo de la Secretaría de Prensa y Difusión, Aulio Sila Almonacid, intervino en la organización de congresos del Instituto Americano de Intercambio Cultural, una de las fachadas del Servicio de Informaciones de la Embajada norteamericana.¹⁶⁶

La AFL-CIO –siglas de la Federación Americana del Trabajo y Congreso de Organizaciones Industriales, cuya fusión en 1955 dio lugar a la actual central obrera norteamericana, aliada a los monopolios–, ha tratado durante mucho tiempo de influenciar sobre los sindicalistas argentinos, varias veces entrevistados por su secretario de relaciones interamericanas, Serafino Romualdi.

¹⁶⁵ *El Descamisado*, n.º 20, 2 de Octubre de 1973, p. 5

¹⁶⁶ *El Descamisado*, n.º 10, 24 de Julio de 1973, p. 9. Sobre las imputaciones a Vandor ver el comentario de *La Opinión* del 28 de Febrero de 1974

Con ese fin también ha utilizado las pantallas de la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres (CIOSL)¹⁶⁷ y la Organización Regional Interamericana del Trabajo (ORIT).¹⁶⁸

La censura de esas organizaciones al primer gobierno de Perón les cerró las puertas para una eficaz penetración en nuestro país. Esa actitud hostil se mantuvo incluso durante varios años después de caído el peronismo. Al visitar nuestro país en diciembre de 1958 el secretario general de la CIOSL, Jacob H. Oldenbroek, criticó al gobierno de Frondizi porque con su intervención en el movimiento sindical “está allanando el camino para la vuelta del peronismo”, agregando que “si con su acción favorece al totalitarismo la CIOSL se verá en la necesidad de desarrollar una campaña para impedir que se le otorgue crédito en Estados Unidos o en cualquier otro país de Europa”.¹⁶⁹ O sea que la CIOSL, un organismo pretendidamente sindical, podía lograr que los monopolios norteamericanos y europeos negasen crédito a la Argentina si el proceso político de esta no convenía al imperialismo.

Pero la CIOSL no tardó en advertir que esa intransigencia frente al peronismo le impedía seducir a dirigentes gremiales *genuinamente* anticomunistas. Lo mismo que la ORIT, fue suavizando tácticamente sus posiciones y de esta manera el éxito la acompañó: los jerarcas sindicales de la derecha peronista, que hasta entonces habían predicado un confuso antimperialismo, comenzaron a estrechar relaciones con aquellos organismos “sindicales” de los monopolios. Unos años después, en 1971, el nuevo secretario general de la CIOSL, Harm Buitter, y el secretario general de la ORIT, Arturo Jáuregui, eran recibidos en Buenos Aires con grandes abrazos por una comisión de sindicalistas presidida por David Diskin, secretario general de la Confederación General de Empleados de Comercio.¹⁷⁰

Tres años después, según un dirigente gráfico, había en la Argentina 30 sindicatos y federaciones afiliados a la ORTT y llegaban a 51 los que de alguna manera tenían relaciones con la CIOSL y las federaciones profesionales internacionales adheridas a ella.¹⁷¹ Los sindicatos de Luz y Fuerza, Ferroviarios, Gastronómicos, Municipales, etc., han actuado como

¹⁶⁷ La CIOSL fue creada en Londres en diciembre de 1949 “para unir a los trabajadores organizados en los sindicatos libres y democráticos del mundo”, según rezan sus Estatutos. Fijó su sede en Bruselas, agrupando a entidades gremiales de 97 países con un total de 50 millones de afiliados, la mayoría de los cuales eran de Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania Federal. Posteriormente la camarilla dirigente de la AFL-CIO, presidida por George Meany, separó a esta central de la CIOSL imputándole no apoyar con firmeza a los norteamericanos en Vietnam. Convirtiéndose en los últimos sostenedores de la guerra fría, los jerarcas yanquis también retiraron a la AFL-CIO de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) al ser votados para integrar su Consejo dirigentes sindicales de países socialistas.

¹⁶⁸ Creada en enero de 1951 en una conferencia interamericana reunida en México, la ORIT fue concebida como una rama regional de la CIOSL; hegemonizada por la AFL-CIO, desde 1961 la ORIT fue considerada una agencia de la *Alianza para el Progreso*.

¹⁶⁹ Diario *La Razón*, 19 de Diciembre de 1958

¹⁷⁰ Diario *Clarín*, 3 de Febrero de 1971

¹⁷¹ Raimundo Ongaro. *Reportaje de Radio Rivadavia del 6 de diciembre de 1973 a las 14 hs.*

anfitriones en importantes conferencias internacionales convocadas en Buenos Aires por organismos de la CTOSL.

La ORTT, que desde su creación en enero de 1951 ha sido usada por los monopolios norteamericanos para controlar a una parte del movimiento sindical de América latina, viene sufriendo desde hace un tiempo el desgaste de su desprestigio, creándose la necesidad de convertirla en una nueva confederación obrera latinoamericana, con otras siglas, pero siempre bajo la tutela financiera de la AFL-CIO. Como uno de los posibles dirigentes se mentaba el nombre de un argentino: José Alonso.¹⁷² Su muerte prematura vino a privar a los monopolios de un capacitado líder obrero.

Si en 1955-62 los denominados “32 Gremios Mayoritarios Democráticos” se encargaron de acoger y hospedar a Serafino Romualdi, el enviado plenipotenciario de la AFL-CIO, posteriormente los puentes con el “sindicalismo libre” se apoyaron en ciertas jerarquías peronistas. Cuando el gremio municipal estaba regentado por Pérez Leirós, su sede fue el hospedaje preferido por los jefes norteamericanos; bajo la conducción peronista las cosas no parecen haber cambiado. En el Congreso de la Confederación de Obreros y Empleados Municipales reunido en Tucumán en 1971, su Secretario General Gerónimo Izzeta hizo aprobar el ingreso de esa entidad en la Confederación Internacional de Organizaciones Sindicales Libres. Otro de los albergues predilectos era la Confederación de Empleados de Comercio, presidida por Salvador Marcovecchio; hoy, bajo la tutela de David Diskin, parece mantener esa condición, como ya hemos visto.

Pero son el Sindicato y la Federación de Luz y Fuerza los que más méritos han hecho para convertirse en émulo y anfitriones del sindicalismo norteamericano. Los dirigentes de Luz y Fuerza, dice un escritor peronista,

“han luchado por un sindicalismo *puro* estrechamente conectado con el imperialismo norteamericano y que intenta repetir aquí la política sindical que la AFL-CIO cumple en Estados Unidos, aliada del capitalismo yanqui y defensora de su política imperialista”.¹⁷³

A esa calaña pertenecen los lucifercistas Francisco Prado, ex secretario de la CGT; Luis Angeleri, asesor sindical del ministerio de colonias yanqui, la OEA, y uno de los que maniobraron para marginar a la CGT de las movilizaciones en favor del pueblo dominicano; y Juan José Taccone, cuya carrera culminó en la presidencia de SEGBA. Su ideología puede detectarse en un folleto de la CGT, del cual se imprimieron ochenta mil ejemplares, que *so pretexto* de abogar por el “cambio de estructuras” asumía de hecho las posiciones desarrollistas de la *Alianza para el Progreso*. No era vano el entusiasmo de Thomas Mann, subsecretario del Departamento de Estado de EE.UU., para nuestro continente, cuando

¹⁷² *Periscopio*, 31 de Marzo de 1970, y *Gente*, n.º. 267

¹⁷³ John William Cooke, *Peronismo y revolución (Informe a las Bases)*. Buenos Aires, Ediciones Papiro, 1971, p. 83

decía que “en América latina está aumentando el número de líderes obreros responsables”.¹⁷⁴

A fines de 1972, un periodista preguntó a José Rucci, secretario general de la CGT, si el llamado *sindicalismo libre* se encuadraba dentro de la tradición y el espíritu del sindicalismo argentino. El jerarca respondió:

“Por muchos años el sindicalismo cipayo, del tristemente célebre Romualdi fue llamado *sindicalismo libre*, cuando en realidad los trabajadores lo calificaron de *amarillo*, por no decir incoloro. Se trataba de un sindicalismo creado por los yanquis y al servicio de los yanquis. Eso ya es historia vieja felizmente”.¹⁷⁵

De modo que para el señor Rucci ya no había sindicalismo libre, ni amarillo, ni incoloro, al servicio del imperialismo. Esa etapa ya estaba superada y era una “historia vieja”.

No es casual que, con motivo de la muerte del representante de la ORIT en la Argentina, Alfredo Fianza, un diario señalara el acercamiento de la CGT a aquella entidad continental, después de haberla caracterizado como amarilla y proimperialista, y añadía que ello era “un triunfo *post mortem*” del dirigente fallecido.¹⁷⁶

La “Educación” Imperialista

A los fines del neocolonialismo sindical en América latina la ORIT no bastaba por sí sola. Los monopolios necesitaban una organización destinada a formar en nuestro continente cuadros dirigentes inspirados en su ideología, fortaleciendo el *sindicalismo libre* y sofocando el auge creciente del movimiento sindical clasista.

Ya en agosto de 1960 los dirigentes de la AFL-CIO habían elaborado un plan de formación y educación sindicales para dirigentes latinoamericanos, con el propósito de:

“ayudar a los sindicatos democráticos en su lucha por fortalecerse y permanecer libres, resistiendo al comunismo y otras fracciones totalitarias”.

Luego de promulgada la *Alianza para el Progreso* esa iniciativa adquirió carácter oficial.

Uno de sus promotores es George C. Lodge, que en 1962 por encargo del Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, eleva al Departamento de Estado un informe en el que señala sin rodeos la necesidad de emplear nuevas formas para asegurar los beneficios de las corporaciones norteamericanas y para ello llama a prestar especial atención a los sindicatos de

¹⁷⁴ U.S. News and World Report, 13 de Julio de 1964

¹⁷⁵ Diario La Opinión, 5 de Diciembre de 1972

¹⁷⁶ Diario La Opinión, 28 de noviembre de 1971

los países en vías de desarrollo, dado el papel que desempeñan en ellos la clase obrera y sus organizaciones. Señala que:

“un dirigente sindical, al que hoy apenas se conoce, mañana puede ser presidente o primer ministro. En muchos países de Asia, África y América latina los sindicatos son casi la única fuerza organizada que tiene contacto directo con el pueblo y, con frecuencia, su influencia es decisiva”.

Y agrega:

“Estamos envueltos en una guerra total... Nuestra política exterior sólo tendrá éxito si toma en consideración y concede gran importancia a la actividad de las organizaciones obreras en estos vastos territorios”.¹⁷⁷

Lodge conceptúa al gobierno norteamericano, la AFL-CIO y las corporaciones financieras como “los tres instrumentos de nuestra política exterior”. Dice que las empresas deben colaborar en la formación de “sindicatos libres y anticomunistas”, lo cual beneficiará sus inversiones. Pero agrega que, por razones tácticas, el gobierno norteamericano no debe emprender relaciones directas con los sindicatos latinoamericanos:

“Muchos sindicatos no pueden, por motivos políticos, aceptar la ayuda del gobierno norteamericano. Si lo hiciesen así, parecerían agencias de Estados Unidos, cosa que a veces no es deseable en los países neutrales”.

En cambio, dice, pueden recibir la ayuda de la AFL-CIO a través de un organismo específico.

Con base en estos conceptos, se crea en 1962 el *American Instituto for Free Labor Development*: instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo Libre (IADSL). Sin querer sustituir a la ORTT, tiene como función específica formar cuadros y dirigentes sindicales que afiancen las posiciones del sindicalismo amarillo en América latina y combatan eficazmente al comunismo y sus aliados.

La Directiva del TADSL es compartida por dirigentes sindicales como George Meany, presidente de la AFL-CIO, y Arturo Jáuregui, secretario general de la ORIT, y destacados hombres de negocios. El presidente del Instituto es el millonario J. Peter Grace, dueño de latifundios en Perú y propietario del trust *W. R. Grace and Co.* que prácticamente monopoliza las operaciones de transporte marítimo en la costa sudamericana del Pacífico. Forman también parte de la Directiva Charles Brinckerhorff, presidente de la Cía. *Anaconda*, tan impopular para los mineros chilenos; Murray Lincoln, presidente de la Cía. de Seguros *Nationwide*; Eric Johnson, presidente de la Asociación Cinematográfica de Estados Unidos; Frederick Krug, presidente de la Cía. *Eléctrica Internacional*.

¹⁷⁷ George C. Lodge (h.), *Los sindicatos en los países en desarrollo, baluarte de la democracia*, Nueva York, 1962

La amplia adhesión que el IADSL recibió del gran capital norteamericano es interpretada así por Henry S Woodbridge, presidente de la True Temper Corporation:

“El apoyo de las empresas estadounidenses al Instituto se debe directamente a la convicción de George Meany, expresada en muchas ocasiones, de que sin sindicalismo libre no puede haber libre empresa y sin libre empresa no puede haber sindicalismo libre”.

Thomas Mann, subsecretario de Estado, declaró por su parte que:

“una sabia dirección de los sindicatos latinoamericanos es una mercancía tan necesaria como las inversiones en esta región”.

Siendo la educación sindical una empresa tan rentable, no extraña que hayan afluído tan grandes dineros a las arcas del IADSL. La Agencia Internacional de Desarrollo entregó 600.000 dólares en 1962-63. El presupuesto del TADSL para 1963 fue de 1.141.509 dólares. Entre 1962 y 1965, 62 empresas norteamericanas suministraron 500.000 dólares; los principales contribuyentes fueron *W. R. Grace and Co., Fundación Rockefeller, United Corporation, Standard Oil, Pan American World Airways, International Telephone and Telegraph*. El interés de estas empresas es explicable: cincuenta firmas norteamericanas controlan dos tercios de todas las inversiones de capitales en América latina. Sin embargo, sus donaciones se presentan como desinteresadas; el administrador del IADSL ha dicho:

“Lo más sorprendente es que nunca el Instituto desarrolló una campaña para recolectar fondos... Esta es una prueba concreta de que los hombres de negocios norteamericanos quieren ayudar a la formación de sindicatos libres en América latina”.¹⁷⁸

Así y todo, los aportes de las corporaciones no son más que el 25 % del presupuesto del Instituto; otro 25 % lo aporta la AFL-CIO y el 50 % restante el Departamento de Estado. Con tan abultado presupuesto el IADSL puede mantener no sólo su actividad en EE.UU., sino también la de catorce centros que operan en otros tantos países, y pagar a los latinoamericanos que estudian en Estados Unidos o en México los gastos de viaje, más un salario de 10 dólares diarios durante los tres meses que duran los cursos, más nueve meses de salarios después que terminan, para que los alumnos puedan dedicarse a aplicar sus conocimientos en sus países.

Estas ventajosas condiciones hicieron chispear los ojos de muchos dirigentes sindicales argentinos, muy peronistas ellos, muy nacionalistas y rosistas, que tentados por los dólares comenzaron a formar fila en espera de alguna tajada. Cuando se creó el centro argentino del IADSL, con sede en la calle General Hornos, antes de trasladar sus oficinas a Corrientes 640, no sólo se apresuraron a visitarlo los enmohecidos vejetes de “las 32”. El IADSL, pero también la ORIT, el BID, las fundaciones Friedrich Ebert,

¹⁷⁸ Diario *La Razón*, 24 de noviembre de 1965, cable de UP.

Ford y Rockefeller, comenzaron a becar a caracterizados dirigentes sindicales argentinos para participar en cursos y seminarios de alto nivel en Estados Unidos, Alemania Federal, México y otros países.¹⁷⁹

Pero también comenzaron a organizarse cursos y seminarios patrocinados por el IADSL, o concordantes con sus planes, en las sedes de los sindicatos argentinos. Podemos nombrar entre éstos al Sindicato de Obreros y Empleados del Ministerio de Educación, la Confederación Argentina de Trabajadores de Transportes, la Asociación Bancaria, la Federación Argentina de Trabajadores de la Industria del Cuero y Afines, el Sindicato de Luz y Fuerza, la Federación Única de Viajantes Argentinos, el Sindicato de Obreros Marítimos Unidos, la Federación de Obreros y Empleados de Correos y Telecomunicaciones, la Federación Argentina de Trabajadores de la Industria Fideera, la Federación Obrera Nacional de la Industria del Vestido y Afines, el Sindicato Único de Trabajadores del Espectáculo Público y otros.¹⁸⁰

No son ajenos a esa orientación los cursos dictados en la CGT, en cuyos programas se insertaron los temas de la Alianza para el Progreso y la OEA. Los nombres de algunos *profesores*, como Taccone, Angeleri y Elorza, y algunos invitados especiales, como los *agregados obreros* de las embajadas de Estados Unidos, Gran Bretaña y Alemania Federal, son indicativos de la inspiración que han tenido esos cursos.

Ahora, Luz y Fuerza promete crear una Universidad Obrera. Si tan loable esfuerzo se concreta y se mantienen los mismos planes de estudio y la misma musa ideológica que los de los cursos antedichos, tendremos en el país una Universidad Cipaya Modelo que justificará las cuantiosas inversiones del IADSL para la formación de avezados instructores obreros.

Rompiendo su tradicional oposición al *sindicalismo libre*, algunos sindicatos peronistas comenzaron a hacerse eco también en su prensa de la actividad de aquel. El órgano del Sindicato Flota Petrolera del Estado, adherido al SUPE, hace suyas consignas imperialistas como la de que “los países del hemisferio occidental” logren “la plena vigencia de la justicia social en libertad” y publica a continuación el programa del “Instituto Americano para el Desarrollo del Sindicalismo”, como si quitándole la palabra “Libre” al nombre de esa entidad pudiera modificar también su contenido.¹⁸¹

¹⁷⁹ Entre ellos podemos nombrar a José Notaro, Mario Barrientos y Miguel Angel Catolia (Metalúrgicos), Adolfo Cavalli (Petrolero), Juan Corrado (Textil), Roque Azolina (CGT), Ramón Elorza (Gastronómico), Armando March y Y. J. Martín (Comercio), Eleuterio Cardoso (Carne), Isaac Negrete y Juan A. Pocione (Cuero), Segundo Palma y Rogelio Papagno (Construcción), Raúl Balcells (Vidrio), Félix Pérez y Juan José Taccone (Luz y Fuerza), Sebastián Montoya, Roberto Franchi y Policarpo Acosta (Rurales), Horacio Ibáñez, Nicolás Mayolino y M. L. del Mestre (La Fraternidad), Alejandro Spagnuolo y Rubén Arancibia (Correos), E. Venturini (Electricistas Navales), lista que no se agota en estos nombres.

¹⁸⁰ Una nómina completa y sistematizada de cursos y seminarios realizados en la Argentina puede verse en los artículos de Juan L. Lanuti en la revista *Nueva Era*, números 4/1966, 3/1967, 6/1968, 7/1969 y 11/1970.

¹⁸¹ *Proa*, órgano informativo del Sindicato Flota Petroleros del Estado, n.º 6, octubre de 1971, p. 2.

Claro está que el espejismo del dólar sólo hipnotiza a los jerarcas sindicales corruptibles, dispuestos siempre a alquilar sus servicios al gran capital. No alucina a las masas. Por lo contrario, las relaciones de los sindicatos con los organismos de los monopolios han ocasionado un profundo descontento en las bases. Varias asambleas de gremios han desautorizado esos contactos lesivos. Un ejemplo es el del Congreso nacional de la Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores, celebrado en Rosario los días 25 y 26 de marzo de 1972, el cual, a proposición de los delegados clasistas, resolvió que la organización no participara en ninguna actividad del IADSL.

Conocidos escritores peronistas han denunciado la penetración norteamericana en el movimiento sindical Justino O'Farrell no puede menos que reconocer:

“Las fuerzas de la opresión no actúan en forma directa sino a través de cuñas neocoloniales. Estas operan en todas las clases sociales, aunque con mayor fuerza en las oligarquías, las clases medias y los grupos intelectuales; tampoco están ausentes en las organizaciones laborales y algunos grupos de la aristocracia obrera”. “No falta la cuña neocolonial en las organizaciones y burocracias laborales...”¹⁸²

Por su parte, Juan José Hernández Arregui expresa:

“Hay que denunciar inexorablemente el oportunismo, el aburguesamiento de los dirigentes al servicio directo o indirecto del imperialismo, que desde hace años realiza en la Argentina, y en todos los países hermanos, una vasta operación de intoxicación ideológica bajo el manto de las escuelas sindicales, planes de vivienda obrera en los grandes gremios, becas al extranjero para una mentida capacitación sindical, que son formas encubiertas del soborno y embotamiento de la capacidad combativa de los dirigentes sindicales”.¹⁸³

Y Cooke denuncia:

“los cursos de capacitación de la CGT, dirigidos por reaccionarios de barniz progresista y con el beneplácito y las becas del agregado obrero de la embajada de los Estados Unidos, que hace un tiempo pasó a ser un gran influyente en esa central del proletariado...”¹⁸⁴

Con la llegada a Buenos Aires, a comienzos de 1974, de Robert C. Hill, nuevo embajador norteamericano en la Argentina, los agentes locales del IADSL estaban de fiesta. Hill era colaborador del Instituto desde su fundación en 1962, para lo cual había dejado su cargo electivo de representante por New Hampshire Hill es, además, un hombre de la C'A, la Agencia Central de Investigaciones de EE.UU., promotora de la actividad subversiva contra los gobiernos populares.

¹⁸² Justino O'Farrell, *Las ciencias sociales y el tercer mundo*. Buenos Aires, Ed. Amorrortu, 1972.

¹⁸³ Juan José Hernández Arregui, *Peronismo y socialismo*. Buenos Aires, Ed. Hachea, 1972, p. 251

¹⁸⁴ John William Cooke, *op. cit.*, p. 87

Que tanto el IADSL como la AFL-CIO están íntimamente conectados con la CIA no es un secreto para nadie. Ya en 1967 Víctor Reuther, hermano de Walter Reuther y jefe del departamento internacional de la Unión de Trabajadores del Automóvil, había declarado que “los lazos de la CIA con la AFL-CIO son mucho más fuertes que los que ligan a la CIA con organizaciones estudiantiles” y denunciaba a Jay Lovestone, jefe del departamento internacional de la AFL-CIO, como agente de la CIA.¹⁸⁵ Lovestone, una especie de secretario de Estado de Meany, dirige las operaciones a escala mundial y es, en efecto, un agente de la CIA.¹⁸⁶ En 1970 el Senado de Estados Unidos encargó a su Comité de Asuntos Latino-americanos abrir una investigación acerca del empleo de los fondos federales y de las fundaciones privadas; de la misma surgieron evidencias irrefutables sobre la conexión del IADSL con la CIA.¹⁸⁷ Los alumnos más aventajados del IADSL han tenido una activa participación en el derrocamiento de gobiernos antiimperialistas. El movimiento huelguístico que los elementos de la oposición y los empresarios enemigos del *programa de reformas* del Doctor Cheddi Jagan organizaron en la Guyana Británica en abril de 1963 determinando la caída de su gobierno, fue apoyado activamente por el IADSL, que envió un equipo de agitadores e importantes fondos. La intervención del IADSL ha sido también visible en Brasil durante los acontecimientos de abril de 1964 que culminaron con la caída del gobierno de João Goulart y la instauración de una dictadura fascista. William Doherty, administrador del IADSL, ha dicho:

“Lo que sucedió en Brasil no fue obra de la casualidad, sino que fue minuciosamente preparado con meses de anticipación. Muchos dirigentes sindicales, algunos de los cuales se habían adiestrado en nuestra institución, participaron en la revuelta y en el derrocamiento del régimen de Goulart”.¹⁸⁸

Del mismo modo, los alumnos del IADSL secundaron la invasión norteamericana a Santo Domingo en 1965, y 108 sindicalistas chilenos instruidos en la escuela de capacitación del IADSL en Front Royal en 1972 cooperaron en el derrocamiento del gobierno de Salvador Allende en setiembre de 1973.

Cabe preguntar: si esa ha sido la trayectoria del IADSL en toda América latina, ¿qué función cumplirán en la Argentina los sindicalistas adiestrados en las escuelas de ese instituto?

¹⁸⁵ *New York Post*, 16 de Febrero de 1967

¹⁸⁶ Sidney Lens, “Lovestone Diplomacy.” (En: *The Nation magazine*, 5 de Julio de 1965). También la serie de cuatro artículos de Ben Kurzman en el *Washington Post* en Diciembre de 1965

¹⁸⁷ Comité de Asuntos Latinoamericanos del Senado de Estados Unidos, *Examen de la Alianza para el Progreso*, del IADSL, de la ORIT, etc.

¹⁸⁸ William C. Doherty. “Declaración ante el Senado”. (En: *Labor Policies and Programs*, Comité de Relaciones Exteriores del Senado, Washington, 15 de Julio de 1968). (Citado por Gregorio Selser en *Cuestionario*, n.º 10, Febrero de 1974).

Es de prever que en la gran batalla que se está librando entre los partidarios de la liberación nacional y los cambios sociales y los sostenedores del viejo orden, los sindicalistas norteamericanizados adoptarán –y ya lo están haciendo– posiciones netamente fascistas, en un todo de acuerdo con el mandato de sus amos.

El Testimonio de un Dirigente

Miguel Gazzera, destacado dirigente del gremio fideero y miembro de la Mesa Coordinadora de “las 62” Organizaciones hasta su renuncia en 1969, ha publicado sus memorias sobre ese agitado período de la vida sindical, del que fue uno de sus principales protagonistas.¹⁸⁹

Gazzera elude cuidadosamente los nombres y apellidos cuando denuncia la tremenda corrupción de la élite sindical, se empeña en preservar de toda responsabilidad al jefe supremo de esos dirigentes. no desentraña las raíces del fenómeno y, cada vez que incursiona en el canino ideológico, incurre en los mismos esquematismos y ortodoxia de la fracción dirigente cuya conducta juzga, pero a pesar de estas debilidades su libro constituye un valioso testimonio, sobre todo por cuanto procede de alguien que está íntimamente familiarizado con los miembros de la élite sindical, convive con ellos y conoce su anecdotario.

Dice que durante el gobierno de Perón los dirigentes sindicales adictos asumieron:

“la cómoda postura del puro oficialismo” (pág. 19). “Muy pronto – agrega– olvidaron su procedencia, sus tribulaciones y sus fracasos para lanzarse a la búsqueda de un resguardo dentro del nuevo régimen” (pág. 37) “Los socialistas batieron el récord de oficialismo y los nuevos dirigentes que se incorporaron al peronismo siguieron tras las huellas de aquéllos” (pág. 37). “Nos dedicamos a ejercitar un furibundo y claudicante oficialismo no sólo desde la conducción sindical sino también desde los puestos públicos y desde las bancas nacionales, provinciales y municipales” (pág. 44). “Posiblemente – admite con mucha razón– la naturaleza no nos había dotado de las actitudes con que distingue a los jefes revolucionarios” (pág. 46). La bancada obrera en el parlamento “ni siquiera promulgó un Código Laboral que resumiera la dispersa y contradictoria legislación vigente” (pág. 48) “Nos fuimos reblandeciendo –confiesa– comíamos sólo en las mesas donde hubiera mantel, servilleta, buen vino y mejor menú. En lugar de ensanchar el proceso revolucionario esa tarea la dedicábamos a nuestro abdomen; hasta fuimos adquiriendo los rasgos burgueses en nuestros rostros” (pág. 54).

¹⁸⁹ Miguel Gazzera y Norberto Ceresole, *Peronismo, autocrítica y perspectivas*. Buenos Aires, Ed. Descartes, 1970

Caído Perón, dice Gazzera, los dirigentes trataron de salvar sus puestos.

“Fue imposible arrancarles un solo minuto de paro general” (pág. 18); “retirarse con dignidad” fue la consigna enarbolada. “En 1960 Frondizi por decreto entregó la CGT a una comisión constituida por 20 organizaciones, previo compromiso en favor de su integracionismo” (pág. 103). “Esos dirigentes pisan las alfombras de los despachos oficiales, se regocijan con el diálogo y cada día se comprometen más y más con el régimen liberal... El compromiso que ellos han contraído ha llegado a tal extremo que los trabajadores ya ni siquiera se preocupan de las elecciones en sus gremios” (pág. 107). “Esos dirigentes enriquecidos, que dirigen a la policía para reprimir a los trabajadores que se alzan contra ellos y las injusticias que padecen, constituyen el participacionismo” (pág. 108).

Durante el gobierno de Illia, los dirigentes sindicales detentaron cargos parlamentarios.

“Hasta los chóferes de algunos dirigentes de las 62 Organizaciones se creyeron con derecho a ser candidatos, incluso hubo un dirigente que ofreció a Vador cien mil pesos por su candidatura” (pág. 135). “En cuanto a la labor que desarrollaron en el Congreso, sus proyectos merecen guardarse en una sociedad de fomento: nada más que pedidos de subsidios” (pág. 136). “Apenas cobraron las primeras dietas (los diputados obreros) se dedicaron a cambiar sus automóviles y departamentos” (pág. 135).

Es natural que cuando el golpe de Estado de 1966 sepultó el régimen parlamentario, esos diputados, que habían contraído grandes deudas, se vieran en una situación embarazosa. Uno de los que más se condolieron fue Vador, quien “sintió cierta culpabilidad por la situación económica comprometida” de sus seguidores, “a quienes el golpe de Estado interrumpió el cobro de las dietas” (pág. 143). Además de otras concomitancias: dos dirigentes fueron acusados de malversación de fondos y el propio ex presidente del Bloque Peronista tuvo que ser expulsado de la agrupación partidaria de su gremio (pág. 143).

Pero con la misma versatilidad los dirigentes sindicales se plegaron al gobierno de Onganía. Terminaron, dice Gazzera, “por unir su suerte al destino de un gobierno que no ha producido un solo acto popular” (pág. 111). “Libraron un verdadero certamen de reuniones tan subrepticias como vergonzantes, llegando a los lugares como contrabandistas” (se refiere a los contactos y compromisos con los generales); “dirigieron sus pasos en dirección a la quinta presidencial de Olivos” (pág. 173). “Golpearon las puertas de cuantos militares y sacerdotes tuvieron a mano y toda la línea liberal tuvo oportunidad de constatar la claudicación de aquellos dirigentes” (pág. 177). “Por eso cuando les prometieron mejoras salariales y aportes para obras asistenciales hicieron un rápido recuento que, sin duda alguna, les hizo ver que los salarios de los trabajadores serían aumentados y ellos

tendrían el poder adquisitivo considerablemente consolidado... disponiendo de sumas millonarias mensualmente para producir una tarea de ayuda mutua y... sobre todo, para consolidar el aparato que nos permitiera vivir tranquilos y felices por mucho tiempo” (pág. 186) “Es la corrupción en la línea institucional” (pág. 194).

Estas confesiones, como se ve, no tienen desperdicio.

Un Secretario Impopular

El cargo de secretario general de la CGT es sumamente ingrato. Sobre él suelen descargarse, generalmente, las iras que despierta una conducción equivocada. Cuando no se ve el mal en la concepción, en la ideología, en la orientación, suele vérselo en los hombres, en los individuos, en las conductas personales. Entonces todas las responsabilidades por las consecuencias de una política son achacadas al titular que la representa.

Ya el primer Secretario General de la CGT, Luis Cerutti, tuvo que sobre llevar el peso de la indignación por la orientación reformista y conciliadora de la élite que él encabezaba. Durante la época peronista, los secretarios generales que se sucedieron pasaron sin pena ni gloria: Luis F. Gay, Aurelio Hernández, José Espejo, Eduardo Vuletich, Hugo Di Pietro. Ninguno de ellos será recordado nunca como un paladín del sindicalismo. Fueron títeres de los intereses que estaban en juego; alcanzaron el máximo cargo de la Central obrera por imperio de las circunstancias y cayeron sin honras. La ensordecedora silbatina que sepultó la arrogancia de Espejo fue todo un símbolo. Caído Perón, los nuevos secretarios generales no variaron los modelos. El binomio Framini-Natalini tuvo una actuación tan ambigua como efímera. José Alonso fue separado de su cargo por una resolución especial del cuerpo directivo. Francisco Prado y Vicente Roqué tampoco fueron figuras descollantes. Todos ellos terminaron concitando el malestar de las masas por la inoperancia de la Central Obrera.

Pero quizás haya sido José Rucci el más polémico de todos los secretarios generales que pasaron por la CGT. Con sus méritos peronistas y su muerte tremebunda se ganó un lugarcito florido en la inmortalidad. Su figura ha pasado a ser antológica en los anales del movimiento obrero. Hasta los caricaturistas han encontrado en él una fuente inagotable de inspiración. Con su ineludible campera de cuero, su sonrisa canchera, la mirada altanera de sus ojitos brillantes, el mate en la mano, las palabras sin eses, la piel curtida en los estadios de fútbol, su pretensión arrogante de resumir el carácter porteño, *el Petiso* —como lo llamaban sus allegados— se convirtió en un personaje prototípico. Altanero con el adversario desprotegido, sumiso y obediente con el patrón de la estancia, vivió rodeado de amigos y enemigos, de ofendidos y obsecuentes, de competidores y leales. Él mismo no podía saber quién le haría la próxima zancadilla, si Coria, Miguel o su chofer de turno. Pero estaba orgulloso del protector que

tenía, seguro de que el patrón no cambiaría de caballo en mitad del río, aunque no le satisficiera la metáfora. Esa protección le creó una corte de adulones e imitadores, el segundo círculo después del que formaban los guardaespaldas que lo cuidaban, reclutados entre serenos, chóferes, ex boxeadores, policías retirados, rompehuelgas y matones profesionales. Naturalmente que los desvelos de esta fuerza pretoriana no tranquilizaban por entero al dirigente. Cuando su rostro se confundió con el asfalto, un aciago mediodía, quizás tuvo tiempo de pensar que le faltaba la protección del pueblo.

Rucci fue uno de los dirigentes que alcanzaron su punto de coacción en la horneada posterior a 1955. Algunos de sus críticos sostienen que al principio se jugó por la causa obrera.

“Rucci era un buen muchacho... No era mal tipo. Tenía su historia de resistencia, de cárcel. Las había pasado duras, como cualquiera de nosotros. De pronto aparece en el campo de Anchorena prendido en una cacería del zorro. Apoyando a Anchorena para gobernador de la provincia de Buenos Aires. ¿Quién entiende esto? Algo debe tener de transformador eso de ser secretario general. Algo muy grande para cambiar así a la gente. Para que surjan como leales y los maten por traidores”.¹⁹⁰

Los que no entienden esto, ignoran que también los *buenos muchachos* pueden ser perros falderos de la oligarquía. Si alguna vez Rucci conoció la persecución, fue por su ortodoxia y no por haber peleado junto con los trabajadores. Cuando se arrimó a Vandor era el tiempo de “*desensillar hasta que aclare*”, como decían los jerarcas repitiendo palabras de Perón. En 1967, Vandor mandó a Roque Azzolina como interventor de la UOM en la seccional de San Nicolás, donde los obreros de SOMISA se rebelaban contra la burocracia que pactaba con Onganía, Rucci acompañó a Azzolina y pronto quedó a cargo de la intervención emprendida por él. Hizo despedir a la comisión interna de SOMISA, a la sub comisión de empleados y a los delegados más combativos. Como para poder presentar su candidatura a secretario general de la seccional necesitaba ser obrero metalúrgico, se consiguió un certificado de delegado de la firma *Protto Hnos*. Pero no necesitó ser electo: lo promovieron la jerarquía y los patrones. Así entró en el círculo áulico de la UOM. En 1970, cuando la crisis de la jerarquía, dividida en aloncistas y vandoristas, necesitó un candidato potable para ambas fracciones, el nombre de Rucci resultó aceptable para la secretaría general de la CGT. Y fue lanzado.

No pudo, sin embargo, mezclar las aguas. Su conducción era criticada desde todos los ángulos: desde la izquierda se lo denunciaba por colaboracionista, y en realidad lo era; desde la derecha, los “ocho” o *Nueva Corriente de Opinión* pedían un peronismo más flexible para atarlo a la cola de la dictadura. El 2 de abril y el 25 de junio de 1971, primero treinta y luego más de sesenta sindicatos (Construcción, Vestido, Carne,

¹⁹⁰ Dardo Cabo en *El Descamisado*, 2 de Octubre de 1973, n.º 20, p. 2

Cuero, Madera, Gastronómicos, Molineros, Municipales, Petroleros, Rurales, Tabaco, etc.), censuraban cruelmente a la conducción de la CGT. Si Rucci mantuvo su cargo, fue por la directa intersección del jefe exiliado. Ante la puja interna que amenazaba con disgregar sus huestes, Perón adoptó dos medidas tácticas: por un lado resolvió la “unificación” de toda la dirigencia gremial peronista en el seno de “las 62”, bajo la presidencia del participacionista Rogelio Coria, uno de los “descontentos”; por otro lado confirmó a la camarilla de Rucci en la dirección de la CGT, elogiando su conducción.¹⁹¹

¿Compartían las bases los elogios de Madrid? Ya en abril de 1971, durante la huelga de 9.000 trabajadores de la siderúrgica SOMISA de San Nicolás, los dirigentes enchufados por Rucci en la seccional local de la UOM fueron abucheados y apedreados por los huelguistas y se vieron obligados a huir y refugiarse en la oficina de relaciones laborales de la empresa, como un diario local informó en esa ocasión.¹⁹²

Un año después, en marzo de 1972, un episodio vino a corroborar el total desprestigio del secretario general de la CGT. Ese mes debían realizarse las elecciones en la UOM de San Nicolás y Rucci necesitaba asegurarse su triunfo allí, justamente su fortín. Era indudable que la derrota de Rucci en las elecciones locales hubiera erosionado seriamente su posición en el ámbito nacional. En realidad Rucci, que años atrás había llegado a San Nicolás enviado por Vandor, nunca tuvo en la “patria chica” más apoyo que el que le prodigaban sus custodios armados; por eso ahora debía apelar a todos los medios para no pasar un papelón. ‘Isabelita’, antes de regresar a Madrid, publicó en los diarios locales una “*carta abierta*” donde calificaba a Rucci de “auténtico luchador y peronista de alma”; otra carta de Perón confirmaba el respaldo de la jefatura; afiches, grabaciones, comunicados, emisiones, completaban la propaganda. Finalmente, como broche de oro de la campaña, se organizó un gran banquete para dos mil invitados, con entrada gratuita, que se realizaría el sábado 4 de marzo por la noche. Rucci sería la vedette de la reunión, acompañado por Romero, Larrauri, Osinde, Gianola, Arce, Carrasco y otras figuras del ambiente.

Pero sucedió lo que debía suceder. Los trabajadores metalúrgicos no lo querían a Rucci. Todo San Nicolás estaba disconforme con él. Los dirigentes peronistas locales tuvieron que asimilar este estado de ánimo y repudiar al jerarca: veinte unidades básicas del peronismo nicoleño enviaron telegramas al Comando Superior Justicialista impugnando las elecciones en la UOM por fraudulentas y expresando su negativa a concurrir al banquete. La cena tuvo que ser suspendida. Las urnas no aparecieron en SOMISA. El gremio metalúrgico nicoleño no votó. Pero Rucci se proclamó triunfador lo mismo, con el apoyo del Ministerio de Trabajo de la dictadura. ¡Milagros de la popularidad!

¹⁹¹ Diario *Clarín*, 17 de Noviembre de 1971

¹⁹² Diario *El Norte*, 6 de Abril de 1971. Las fundadas denuncias de este diario irritaron a la dirigencia gremial, cuyos gangsters asesinaron a su director, José Domingo Colombo, en Octubre de 1973

En los últimos meses de su vida, la estrella de Rucci había palidecido en el firmamento burocrático. Si bien se lo sindicaba como uno de los promotores de la renuncia del Dr. Cámpora, a quien había amenazado con una huelga general, sus disensiones con Lorenzo Miguel, secretario general de la UOM, eran cada vez más notorias. En agosto de 1973 se le brindó a este último el Asado de la Lealtad, donde se lo saludó como al “heredero de Augusto Vandor”; estuvieron Victorio Calabró y Ricardo Otero, pero Rucci no fue invitado. Se señalaba, entretanto, que:

“las desinteligencias entre Rucci y Miguel –desmentidas recientemente por el dirigente cegetista– son admitidas como ciertas en todos los sectores gremiales y políticos. Obedecerían, según algunas fuentes, a los intentos de Rucci de marginar a las 62 Organizaciones por considerar que, con Perón en el poder, el rol político del gremialismo lo debe cumplir la Central Obrera. Lorenzo Miguel, por su parte, no estaría dispuesto a resignar su papel protagónico...”¹⁹³

Pero muerto el perro se acabó la rabia. Todos los dirigentes aplaudieron cuando, el 30 de abril de 1974, se inauguraba un busto de José Rucci en la sede de la CGT. Había pasado a la inmortalidad.

Su sucesor en la secretaría general de la central obrera, Adelino Romero, sin tener el mismo brillo, prometía no innovar. Su trayectoria de 25 años de despropósitos ridiculiza la teoría de los “buenos muchachos”. En 1948, siendo secretario de la comisión interna de la Hilandería Devoto, había firmado un acta con los patrones que dejó a setenta obreros en la calle. En 1955, siendo dirigente de la rama algodón de la Asociación Obrera Textil, fue encarcelado, y nuevamente en 1956, pero luego se avino a colaborar con los personeros de la Libertadora, figurando como miembro de la junta asesora del interventor gorila en la AOT, capitán Pujol, junto a su colega Casildo Herrera, e integrando luego la Comisión Provisoria creada por el señor D’Asero, sucesor civil de Pujol. En julio de 1973, el personal de la Hilandería Devoto quiso elegir una comisión interna unitaria y clasista, pero Romero, leal a su antigua patronal, rechazó la lista con fútiles argumentos. Un semanario lo define como “participacionista, menos fogoso que su antecesor y con ciertas inclinaciones organizativas antes que políticas”; recuerda que fue “uno de los fundadores de la Nueva Corriente de Opinión, grupo gremial que colaboró con J. C. Onganía y que lideraba Rogelio Coria” y añade que Romero concibe la participación obrera:

“en armonía con el campo empresario de la misma forma que la aplicara Juan José Taccone durante su gestión en Luz y Fuerza”.¹⁹⁴

Sin embargo, en su función al frente de la CGT, se advirtieron divergencias con la camarilla de Lorenzo Miguel, a la que enfrentó. Pero al realizarse el congreso de la CGT en julio de 1974, las dos fracciones llegaron a un entendimiento para postular la reelección de Romero, aunque dando

¹⁹³ Diario *La Opinión*, 14 de Agosto de 1973

¹⁹⁴ Revista *Panorama*, 10 de Octubre de 1973

predominancia a la orientación de la UOM en el Consejo Directivo. Muerto Romero a los dos días, quedó como secretario general de la CGT Segundo Bienvenido Palma, discípulo de Rogelio Coria y copartícipe de su controvertida gestión al frente de la Unión Obrera de la Construcción.

Resulta ilustrativo que, si los matadores de Rucci pensaron que borrando dirigentes puede arreglarse el movimiento sindical, lo cierto es que la violencia individual y el crimen como método sólo favorecen a las fuerzas más oscuras de la reacción, que agudizan la represión de las luchas obreras, anulan las libertades democráticas y sacan nuevos *Rucci's* de sus bolsillos para ubicar al frente de las organizaciones sindicales.

Los Fraudes Electorales

Para mantenerse en sus cargos dirigentes burlando a las corrientes opositoras y a la misma masa de sus gremios que los repudia, los jerarcas sindicales han debido recurrir al expediente de los fraudes electorales. Para ello han contado en todos los casos con la complicidad de funcionarios del Ministerio de Trabajo y particularmente de su Dirección de Asociaciones Profesionales, cuyos inspectores han hecho la “vista gorda” sobre las irregularidades observadas, han desechado las impugnaciones presentadas por las listas perjudicadas y homologado los resultados comiciales.

Sería muy largo enumerar las denuncias que se han formulado en casi todos los gremios –de las que los diarios, por otra parte, se han hecho eco–; bástenos señalar algunos procedimientos comunes a las elecciones de los grandes sindicatos, que pueden ser ilustrados con unos pocos ejemplos.

Si el Decreto 9270 del 6 de junio de 1956 establecía el régimen de “mayoría y minoría” (dos tercios de los cargos para la lista que obtuviera mayor cantidad de votos, un tercio para la que le siguiera), lo cual en cierta medida garantizaba algún control y permitía a las corrientes fundamentales del movimiento obrero compartir las direcciones de los sindicatos, al sancionarse la *Ley de Asociaciones Profesionales* 14.455 “las 62” lograron de Frondizi la legalización del sistema de “lista completa”: los cargos en las direcciones sindicales serían monopolizados por la lista que obtuviera mayor cantidad de votos.

La injusticia de este sistema, que rige hasta hoy, es evidente, porque con una parte minoritaria de los votos emitidos se puede gobernar contra la oposición mayoritaria dividida. Tomemos al azar dos ejemplos. En las elecciones del Sindicato Único Petroleros del Estado (SUPE) de mayo de 1968, la lista triunfante, encabezada por Adolfo Cavalli, obtuvo el 40 % de los votos; la lista segunda obtuvo sólo 289 votos menos que la primera; las listas segunda y tercera juntas obtuvieron 3.674 votos más que la primera; sin embargo Cavalli, con la oposición del 60 % del gremio y derrotado en diez sindicatos locales, monopolizó la dirección nacional. En el Sindicato

Buenos Aires de la Asociación Bancaria, las elecciones de mayo de 1970 arrojaron el siguiente resultado: lista 1, 3.582 votos; lista 2, 7.536 votos; lista 3, 5.219 votos; la lista ganadora monopolizó la dirección pese a obtener 1.265 votos menos que las otras dos listas en conjunto.

Este sistema, por otra parte, permite eludir todo control por parte de las listas opositoras ya que, a la postre, la Comisión Directiva es el único árbitro y se reelige a sí misma. Por empezar, las juntas electorales (encargadas de confeccionar los padrones, presidir y controlar el comicio) en vez de ser elegidas en asambleas y formadas con miembros de todas las listas participantes, son impuestas por las direcciones e integradas por incondicionales de las listas oficialistas. A partir de allí se teje toda una maraña de ilegalidades.

Casi todas las impugnaciones que los diarios han recogido coinciden en denunciar: juntas electorales parciales, no ecuanímes; inhabilitación de candidatos opositores; connivencia de los jerarcas con las empresas para despedir del trabajo a los candidatos opositores; exigencias desmesuradas para la admisión de listas; impedimentos a los fiscales de las listas opositoras para controlar los comicios y custodiar las urnas en los locales donde son guardadas antes del recuento; repartijas de carnets adulterados; violación de las urnas e introducción de votos falsos.

En los gremios con direcciones clasistas, donde por consiguiente los jerarcas no podían recurrir al fraude, se apeló a la intervención del Estado. Las intervenciones organizaron los fraudes con la colaboración generosa de elementos arribistas. En el Sindicato Argentino de Prensa —elecciones de julio de 1968— la Lista Celeste, opositora, de cuyos 29 candidatos fueron impugnados 12, hizo esta inusitada denuncia: el interventor Manuel Ángel Pasarín vendió 499 carnets en blanco a 50 pesos cada uno (recibo N° 27.496) al candidato oficialista Manuel Damiano y éste los hizo llenar con nombres de individuos reclutados a quienes hizo figurar como periodistas.

Los interventores jugaron asimismo un papel decisivo en los sindicatos de los Químicos, Canillitas, Gastronómicos, Construcción, Bancarios, Madera y otros, donde anteriormente habían triunfado las listas clasistas y en los que la intervención era el recurso indispensable para la organización del fraude.

En el sindicato gastronómico, por ejemplo, había una comisión directiva clasista, surgida de las elecciones de setiembre de 1956, en la que participaron siete listas, y reelegida en posteriores comicios. En la imposibilidad de destruir a esa dirección por vías democráticas, el gobierno clausuró el sindicato y nombró un “delegado electoral” con facultades administrativas —de hecho un interventor— que asumió sus funciones el 7 de mayo de 1963. Éste, el Dr. Passarella, se rodeó de asesores y dispuso que el único requisito para votar y ser votado sería la adquisición de una boleta- recibo, cuyo valor se fijaba en m\$N. 22,00. De ese modo pudieron

anotarse para votar numerosos elementos que no eran gastronómicos, ni afiliados al sindicato, ni tenían carnet alguno, en tanto que la masa del gremio se negaba a prestarse a esa farsa. Por supuesto, *triunfó* la lista formada por los *asesores* del interventor, quienes luego confeccionaron los padrones registrando sólo a los que habían comprado la papeleta. De allí en más, la camarilla de los hermanos Elorza se encargó de perpetuarse con la protección oficial.

Ante el Sindicato de Vendedores de Diarios (*“canillitas”*) se buscó en vano durante varios años un pretexto para intervenirlo. La correcta conducción de su dirección clasista no daba motivos para ello. Finalmente se ideó el recurso de hacerlo asaltar, para pretextar ante la opinión pública un “conflicto entre dirigentes”. La misión fue encargada a elementos de la Guardia Restauradora Nacionalista, encabezada por Moscoso, amigo del entonces jefe de la SIDE, Eduardo Señorans. Tras el asalto el sindicato fue intervenido y Martín Apicella fue designado asesor del interventor Armando Fernández. Luego se convocaron elecciones, pero para poder votar se exigió a los afiliados la renovación del carnet, sin dar a este requisito la difusión que correspondía. Como resultado, de 7 000 afiliados en la Capital sólo se renovó el carnet a 3.000, de los cuales 1.000 dudosamente fueran *canillitas*, y tras una parodia de elecciones quedó Apicella como nuevo secretario general.

El caso de la Unión Ferroviaria quizás sea el que alcanzó mayor trascendencia pública. Gracias a su democrático estatuto interno, durante quince años sus direcciones fueron compartidas por las distintas corrientes actuantes en el gremio, en proporción a su caudal de votos. La intervención de 1966 dejó de lado el estatuto, impuso arbitrariamente el sistema de lista completa y tras las elecciones de junio de 1970 adjudicó el triunfo a la Lista Blanca y destruyó todas las constancias del acto electoral que evidenciaban los verdaderos resultados de los comicios. Pero fue tan abrumadora la cantidad de pruebas reunidas sobre el fraude que la Cámara de Justicia del Trabajo, en un acto sin precedentes, reconoció la victoria de una de las listas opositoras, la Verde, en algunos ferrocarriles, aunque silenció la victoria de otra de las listas, la Rosa, en otros ferrocarriles. Aunque parcial, el fallo judicial obligó al Ministerio de Trabajo a ceder.

Algunos dirigentes de gran predicamento han actuado como “padrinos” de listas oficialistas en sindicatos de otros gremios, facilitándoles hasta votantes... No es un secreto para nadie que en la Unión Obrera Metalúrgica y en la Unión Obrera de la Construcción se han “cocinado” las candidaturas y de hecho las propias elecciones de otros gremios. Dice Gazzera refiriéndose a Vandor:

“Zumbaban a su alrededor sin darle descanso y vi algunos, que luego lo juzgaron agudamente, juntar orines en la antesala de su despacho esperando sus favores para convertirse en dirigentes.

Entonces eran sus amigos porque necesitaban inspectores de la Secretaría de Trabajo proclives a actitudes parciales, o que la imprenta metalúrgica les confeccionara carnets para definir las elecciones, o que Vandom persuadiera a algún dirigente para que cediera el lugar al peticionante”.¹⁹⁵

Los fraudes más tremendos se han perpetrado en la Unión Obrera de la Construcción, apoyados en un estatuto tramposo que hace prácticamente imposible la presentación de listas que no sean refrendadas oficialmente. Para ser candidato a cargos electivos se requiere haber sido previamente miembro de Comisión Directiva Nacional, Comisión Ejecutiva Seccional o Delegado, pero sucede que todos los ex directivos o ejecutivos que están hoy en la oposición han sido expulsados del sindicato y los delegados opositores no son reconocidos por la dirección; en consecuencia, ningún militante sindical opositor puede ser candidato. Además se exige a las listas contendientes estar avaladas por las firmas del 30 % de los delegados en actividad, pero es versión corriente que cualquier delegado que avala con su firma una lista opositora es inmediatamente expulsado del sindicato; por lo tanto este requisito tampoco puede cumplirse. El texto increíble de ese estatuto corporativo puede leerse en el *Boletín Oficial* del 2 de marzo de 1967.

Los requisitos para poder presentar listas de candidatos a la conducción son generalmente exagerados. El nuevo Estatuto de la Unión Obrera Metalúrgica, aprobado en noviembre de 1973, exige el aval del 10 % de los afiliados hasta un máximo de 2.700 firmas, y además, del 10 % de los delegados, o sea unos 180 delegados en la Capital sobre 1.790 que declara la UOM. Si se tiene en cuenta las amenazas con que se intimida a los avalistas y el no reconocimiento de los delegados opositores, se entenderá que tampoco en la UOM es posible cumplir los requisitos estatutarios.

En el gremio del Vestido, el Estatuto exige el aval de 500 afiliados para presentar lista. Pero el art. 49 dice que:

“este sindicato agrupa en su seno a todos los trabajadores sin distinción de sexo, raza, religión o credo político, mientras éste no afecte los intereses de la entidad o del país...”

A la jerarquía le basta dictaminar que un credo político es “antiargentino” para privar de los derechos sindicales a los trabajadores que lo sustenten.

En la Asociación Bancaria el estatuto dispone, entre otros requisitos, la presentación de diez seccionales como mínimo para aspirar al secretariado nacional, y en cada una de ellas el aval de por lo menos el 20 % de los afiliados; los candidatos deben haber integrado anteriores secretariados nacionales o seccionales, o bien haber sido previamente congresales de la Asociación Bancaria. Esta exigencia –similar a la que hemos observado en

¹⁹⁵ Miguel Gazzera, *op. cit.*, p. 116. Un interesante relato de las técnicas fraudulentas en los sindicatos puede verse asimismo en la revista *Así*, 28 de diciembre de 1971, n.º 812, p. 8 a 11

la Construcción- equivale a requerir que los candidatos a la Presidencia de la nación cuenten con el apoyo de las gobernaciones de die- provincias y tengan que haber sido antes ministros, senadores o diputados...

En el gremio de los municipales, el Estatuto exige el aval del 10 % de los afiliados. Para las elecciones de 1972 había 62.640 empadronados, las planillas para recolectar las firmas se comenzaron a entregar el 27 de octubre y el plazo para la recepción de listas se cerró el 2 de Noviembre. Ni el oficialismo hubiera podido cumplir el requisito si no se considerase eximido de ello.

Los Estatutos de los sindicatos más importantes (ej. art. 39 en la UOM) disponen que tanto los candidatos como los fiscales de las listas deben tener una antigüedad de cuatro años en el gremio como afiliados, y que los apoderados y fiscales, y aun los simples avalistas, no pueden ser candidatos, mientras que en las elecciones de la nación cualquier ciudadano de 18 años puede votar y ser fiscal, y cualquier fiscal puede ser candidato; sin contar que para presentar listas se exige un porcentaje de firmas infinitamente menor. Es mucho más fácil, ciertamente, postularse candidato a Presidente de la Nación que aspirar desde la oposición a un cargo de dirigente gremial.

Todas esas disposiciones estatutarias y los actos intimidatorios, las amenazas a avalistas, los despidos de candidatos, etc., están dirigidos a impedir la presentación de listas por parte de sectores ajenos al círculo oficial. Si alguno de esos sectores logra cumplir los requisitos, no faltará igualmente un pretexto nimio para que la junta electoral inhabilite su lista. Ello explica el hecho de que en las últimas elecciones realizadas en importantes gremios sólo haya participado la lista oficial. Luego los jerarcas dirán que son los únicos a quienes sus gremios respaldan.

En el Sindicato de Luz y Fuerza, donde todavía rige el sistema de mayoría y minoría (con el 30 % de los votos la lista segunda entra en el Consejo Directivo con tres miembros), la dirección se empeña en que ninguna lista opositora alcance ese porcentaje. En las elecciones de diciembre de 1970, donde una lista tenía prácticamente asegurada esa colocación, la junta electoral negó a sus apoderados el derecho a custodiar las urnas depositadas en el sindicato los dos primeros días del comicio y sólo el tercer día permitió la custodia. Cuando los apoderados pidieron que se contabilizaran los votos día por día, lo cual hubiera demostrado el vuelco de las urnas los dos primeros días, la junta electoral se negó rotundamente. En setiembre de 1971 dicha dirección constituyó un "tribunal de justicia" que citó a 92 candidatos de la lista opositora y, tras un interrogatorio de tipo macartista, sancionó a 40 de ellos privándolos de sus derechos sindicales.

A pesar de las sanciones arbitrarias que desde entonces pesaron sobre los militantes más caracterizados de la oposición, ésta logró constituir su lista —de 93 candidatos— para las elecciones del 17, 18 y 19 de diciembre de

1972, cumpliendo todos los requisitos que se le exigían. Entonces la Junta Electoral reclamó la presencia física de los candidatos, que dada su cantidad era imposible citar en el plazo requerido. Por no dar cumplimiento a esa pretensión, la lista opositora fue rechazada. Todo el gremio de Luz y Fuerza repudió la maniobra y los trabajadores depositaron en las urnas la única boleta que les entregaron, añadiendo a la letra "M" (nominación de la lista oficial) otras cinco letras minuciosamente seleccionadas en el abecedario de nuestra lengua.

En el Sindicato de Obras Sanitarias, donde en abril de 1968 había triunfado una lista clasista, se inventó unas "elecciones complementarias", limitadas exclusivamente a dos lugares donde el oficialismo disponía de fuerzas, adjudicándose el triunfo a éste por una ínfima diferencia de 18 votos.

Los jerarcas del Vestido (FONIVA y SOIVA) también tomaron medidas para asegurarse el monopolio de la conducción, y empezaron expulsando a los dirigentes de las agrupaciones opositoras, rechazándoles las cotizaciones para argumentar luego su morosidad. Después hicieron caducar por decreto a los delegados de empresas como *Suixtil*, *Amieyro Sport* y *La Unión*, que no les eran adictos. En 1973 modificaron el estatuto con el mismo objetivo. Durante las elecciones impiden a los apoderados y fiscales de las listas custodiar las urnas donde son guardadas durante los cinco días del comicio, amén de provocarlos para que se retiren del mismo. Estas medidas han obligado a dos listas, la Marrón y la Blanca, a impugnar en varias ocasiones los actos electorales, pero el Ministerio de Trabajo siempre homologó el "triunfo" oficialista.

En la Asociación Obrera Textil, las elecciones que debían realizarse en mayo de 1972 fueron sorpresivamente adelantadas cinco meses, convocándose para los días 28, 29 y 30 de diciembre de 1971, es decir, entre Navidad y Año Nuevo, cuando muchas fábricas entran en vacaciones y la cabeza de la gente está en otra cosa. La medida sugería que los directivos querían limitar al mínimo posible la actividad electoral e incluso el propio electorado, para facilitar la ejecución de maniobras fraudulentas.

La operación de 1971 rindió buenos dividendos a los jerarcas textiles, que decidieron repetirla en 1973, convocando las nuevas elecciones para los días 26, 27 y 28 de diciembre, en plenas fiestas de fin de año. Como el señor Adelino Romero, Secretario de la CGT, se postulaba para la titularidad del gremio y la elección le significaba de hecho arriesgar sus dos puestos, hizo lo posible para que sólo se presentara su lista. Hubo despidos de candidatos opositores (como el delegado Doyle en la Textil Lugano) por juntar firmas para avalar sus listas. Ni los más fuertes movimientos de oposición (la Lista Naranja y Reafirmación Peronista) pudieron presentarse, quedando Romero como única opción para 107.000 cotizantes textiles. Realizadas las elecciones en medio del vacío y la indiferencia del gremio, Romero se adjudicó 67.000 votos en los que nadie creyó.

En las elecciones de la Unión Obrera Metalúrgica del 6 al 12 de marzo de 1972 la puja principal se planteó entre dos listas peronistas, encabezadas por Lorenzo Miguel y Avelino Fernández. Ya en la asamblea de delegados que eligió la junta electoral el 28 de enero un grupo organizado hostigó a los delegados de las agrupaciones opositoras, motivando el retiro de los adictos a Fernández; de 800 delegados que habían asistido, en la votación final sólo participaron 360. La junta electoral impugnó la lista opositora, a pesar de cumplir todos los requisitos. En muchos establecimientos metalúrgicos los personales respondieron con la abstención; el ejemplo de Tamet, donde los obreros destruyeron las urnas, se repitió en otras fábricas, no obstante lo cual Lorenzo Miguel se adjudicó el “triumfo” con 22.132 votos en la Capital y 91.773 en el orden nacional, sobre 218.000 empadronados.

El fraude se reeditó en 1974, pero con un nuevo estatuto que exigía requisitos más severos para presentar listas, entre ellos el aval del 10 % de los afiliados y del 10 % de los delegados. Los candidatos de la lista opositora Azul y Blanca, de la TTP, denunciaron en conferencia de prensa que el padrón de la Capital había sido inflado a 45.000 afiliados, aunque no superaban los 32.000, y el padrón de delegados a 1.790, a pesar de que no llegaban a 800.

Otra disposición determinaba la descalificación automática de toda lista en caso de renunciar o ser sustituidos más de dos integrantes de la misma.

“Todos somos muy hombres –explicó el candidato Oscar Ortíz– pero un buen día a un compañero le llegan amenazas contra sus hijos o su mujer... Cualquiera puede aflojar y, en este caso, si dos compañeros ante las amenazas que diariamente recibimos de los matones aflojaran, todos los esfuerzos por presentar la lista dentro de las condiciones que se nos imponen quedarían anulados”.¹⁹⁶

Por otra parte, importantes establecimientos metalúrgicos¹⁹⁷ concedieron las vacaciones a sus personales entre el 4 de febrero y el 4 de marzo, y la UOM convocó las elecciones entre el 4 y el 9 de marzo, lo cual se conceptuaba como una prueba de complicidad. Por último, y como un rasgo original de esta elección, digamos que el mismísimo ministro de Trabajo, Ricardo Otero, era candidato de la lista oficial a secretario adjunto, acompañando en la fórmula a Lorenzo Miguel. Como el Ministerio de Trabajo es la “autoridad de aplicación” de la *Ley de Asociaciones Profesionales*, y por lo tanto el árbitro de las elecciones sindicales, el señor Otero se convertía en juez y parte.

En la Asociación Bancaria –elecciones de febrero de 1972–, la junta electoral impugnó 38 candidatos de la Lista 3 sin permitir su remplazo y 119 de los 151 fiscales que había presentado, lo cual obligó a ésta a pronunciarse por

¹⁹⁶ Diario *El Mundo*, 21 de Febrero de 1974, p. 7

¹⁹⁷ Entre otros, Phillips, Gillette, General Electric, Volcán, Aurora, Ferrarini, Saccol, Acelco, Telelevel, Cemac, De Poli, Vázquez, Ganz, Sadic, Safrati, Pullmania, Tonomac, Cataldi, Ferro, Panoramic, Fanag, Flamex, BTB, Talamone, Bianchetti, etc. (fuente citada)

la abstención electoral. Según la información dada a la prensa por la lista perjudicada, en el Banco de Desarrollo votaron 20 sobre 2.000 empleados; en el de Crédito Rural 3 sobre 280; en el Español 180 sobre 800; en el Di Nápoli 25 sobre 200; en el Comercial 20 sobre 280; en el de Londres 70 sobre 600; en el de la Nación 480 sobre 3.000; en el Municipal fueron quemadas las urnas y en la Caja Nacional de Ahorro Postal fueron rechazadas; no obstante todo lo cual la lista oficial declaró haber obtenido 33.379 votos sobre 38.878 votantes... Mandrake no podría imaginar trucos más sorprendentes.

El secreto de estas artes fue aplicado nuevamente en las elecciones bancarias del 17 de enero de 1974. Cuando los apoderados de las tres listas opositoras concurren al sindicato a tramitar su reconocimiento, les fue impedido entrar en la sede. Luego la junta electoral explicó que esas listas quedaron marginadas por presentarse “fuera de término”. Iniciado el comicio, una vez más primó la tendencia abstencionista; empero, la lista oficial se adjudicó 40.230 votos sobre un total de 48.000 votantes. Como en los demás casos, los jerarcas no contaron sus votos con una máquina de sumar, sino con una de multiplicar.

Un rápido análisis de las elecciones sindicales realizadas en los últimos años permite comprobar que a los jerarcas –repudiados por las bases de sus gremios–, ya no les basta esgrimir estatutos corporativos, digitar juntas electorales parciales, poner trabas al control por los apoderados y fiscales de las listas, recurrir a la violencia más artera; su tendencia general es ahora a eliminar toda competencia, rechazando por cualquier motivo a las listas opositoras, para permitir correr sólo al caballo del comisario y luego fraguar, con la complicidad de los funcionarios ministeriales, resultados antojadizos que permitan “demostrar” que el gremio en masa los respalda con su voto.

Todo lo dicho permite conjeturar la falta de representatividad real de la élite sindical. ¿Qué ocurriría si esta élite dejara de contar con el apoyo del Ministerio de Trabajo, de la policía y de los empresarios, si debiera someterse a la voluntad soberana de los trabajadores, es decir, a la democracia sindical? Es lógico suponer que la mayoría de los dirigentes actuales se encontrarían desautorizados por sus bases y se verían en la circunstancia de tener que ceder sus puestos a otros hombres, surgidos del seno de la masa anónima.

El Divorcio entre la Élite y las masas

Si algo se ha probado en las elecciones sindicales del último período es precisamente el ahondamiento del divorcio entre la élite y la masa. Ante el desprestigio de los dirigentes fraudulentos, la mayoría de los trabajadores no concurre a las votaciones. En el Sindicato del Calzado, por ejemplo, donde en las elecciones de 1971 se aceptó sólo a la lista oficial, votaron

2.523 afiliados, el 20 % de los empadronados, que sumaban 10.000, y el 5 % de los obreros del calzado, que son 50.000.

En las elecciones de la *Unión de Trabajadores de la Industria Gastronómica* (agosto de 1971) la Lista Celeste oficial se adjudicó 15.054 votos sobre 80.000 trabajadores del gremio, pero la Lista Verde, en un comunicado de prensa, afirmó haber computado 4.622 votantes, de los cuales sólo 2.332 habrían sufragado por la única lista habilitada.

En la *Unión del Personal Civil de la Nación*, que en 1957 tenía 190.000 afiliados, con motivo de las elecciones de marzo de 1972 se registraron 110.000 empadronados, de los cuales sólo votaron 19.500 y de éstos 19.100 por la única lista permitida.

La *Unión Tranviarios Automotor* tenía 50.000 afiliados en 1957, pero en las elecciones de marzo de 1972 hubo 22.348 empadronados, votaron 13.695 y de ellos 12.745 lo hicieron por la única lista aprobada.

En SOIVA (vestido), sobre 50.000 trabajadores de la Capital votaron en agosto de 1968 18.252, y aún esta cifra es a todas luces abultada, ya que no fue permitido el control opositor. Para que los obreros concurriesen a votar se ordenó a los médicos de la clínica gremial no atender a los obreros que no presentasen la constancia del voto.

En la *Federación de Empleados de Comercio* votaron en octubre de 1971 12.170 personas, sobre un total de 60.714 empadronados y en un gremio que cuenta con más de 120.000 trabajadores en la Capital.

En las elecciones de la construcción de octubre de 1971, en un gremio que tiene 300.000 obreros en todo el país y de ellos 80.000 están agremiados, sólo hubo 12.000 empadronados, aunque misteriosamente fueron contabilizados 29.036 votos... Tras las elecciones de octubre de 1973, la junta electoral dio a publicidad las siguientes cifras: en la Capital, 20.872 votantes sobre 27.611 empadronados; en el orden nacional, 81.690 votantes sobre 125.611 empadronados. Sin embargo, la lista Celeste (peronista de oposición) sostuvo en una denuncia pública que sólo habían votado 4.900 obreros, el 2,8 % de los afiliados.

En un gremio tan importante como la madera, en las elecciones de octubre de 1969 sólo hubo 2.466 votantes y en las de noviembre de 1971, 2.741.

En suma, no obstante los esfuerzos de los jerarcas por abultar las cifras de los votantes que concurren a las elecciones, estos resultan una ínfima minoría no sólo comparados con la cantidad de trabajadores de cada gremio sino también con la cantidad de afiliados empadronados.

En lo que al caudal de afiliados se refiere, es inquietante su disminución en los últimos años. Es cierto que la crisis económica, el cierre de grandes establecimientos, la eliminación de secciones y turnos, la aplicación de nueva tecnología que hace disminuir los personales, la racionalización de la administración pública con los consiguientes despidos en masa, han

motivado una reducción de la mano de obra ocupada en casi todas las ramas de la producción, pero la reducción del caudal de afiliados a los sindicatos ha sido mucho mayor. En 1973 la desocupación afectaba a unas 800.000 personas, según las fuentes más autorizadas, mientras que la CGT había perdido más de 2.000.000 de cotizantes en veinte años.

En efecto, si durante el peronismo la CGT declaraba tener 4.000.000 de afiliados, en vísperas de su congreso de enero de 1963 el recuento le asignaba 2.434.280 cotizantes y en agosto de 1971 se estimaban 1.800.000 cotizantes.

Tomando los doce gremios más caudalosos (ferroviario, metalúrgico, mercantil, personal civil, textil, estatal, construcción, vestido, bancario, gastronómico, carne y azucarero), y comparando las cantidades de cotizantes registrados en los congresos de la CGT de 1957 y 1966 de acuerdo con las declaraciones de sus respectivas direcciones, sólo en esos diez años fue dable advertir un decrecimiento del 33 % en el número de afiliados, que de 1.566 000 habrían bajado a 1.012.000.

Esta disminución de los efectivos del movimiento sindical argentino no puede atribuirse puerilmente a la crisis económica sin admitir que la degradación de la élite sindical, sus métodos dictatoriales, su corrupción y desprestigio, han alejado a miles de trabajadores de los sindicatos al hacerles perder su confianza en ellos.

Ahora, tras la asunción del nuevo gobierno peronista, los jerarcas de la CGT atribuyen a esta un caudal superior a los 3.000.000 de afiliados. Es posible que así sea si se considera "sindicalizado" a todo trabajador al que se le descuenta obligatoria y compulsivamente la cuota sindical.

Todos saben, por otra parte, con qué unanimidad han sido acatadas por los trabajadores las decisiones de paro general tomadas por la CGT en diversas oportunidades. Estos paros se cumplieron en un 100 % en la industria y alcanzaron grandes porcentajes de ausentismo en las otras ramas de la economía. Pero ello no indica que los jerarcas interpreten a las masas ni que las masas obedezcan a los jerarcas. Cuando estos ordenaron paros por motivos particulares o de secta, los trabajadores se negaron a parar,

Tal es lo que sucedió, por ejemplo, cuando la dirección de la CGT resolvió realizar un Paro General de homenaje a Eva Perón el 10 de Septiembre de 1971 de 16 a 22 horas. Inmediatamente fue posible advertir una profunda inquietud en los gremios, sobre todo en las regionales cegetistas del interior del país, entre ellas las de Córdoba, Mendoza, Tucumán y La Rioja, que resolvieron no adherir. El día 8, Rucci declaró al periodismo que "desvirtuaba categóricamente que hubiera tenido intención el Consejo Directivo de levantar el paro, ya que no existe nada que indique que se podría adoptar tal medida". Pero al día siguiente la oposición al paro alcanzaba contornos definitivos, numerosos secretarios de sindicatos se apersonaban en la CGT para expresar que el paro "no tenía consenso";

“nadie quiere parar –agregaban– y Rucci hace las cosas muy apresuradas”. Finalmente, a las 23.15 del día 9, la dirección de la CGT tuvo que levantar el paro.

Con motivo de este suceso, una de las organizaciones disidentes, la Asociación Argentina de Telegrafistas, Radiotelegrafistas y Afines, declaró que el mismo:

“ha mostrado la falencia de capacidad de los integrantes del cuerpo al disponer una medida que no encontró eco en la generalidad de los trabajadores”. “Las idas y contramarchas y las insistentes razones que se esgrimen para el levantamiento de la medida –agregó–, evidencian que el consejo directivo de la CGT viene manejándose sin la consulta previa a todas las organizaciones sindicales”. “Ayer fue dable observar la disidencia interna que genera en los gremios y delegaciones (le la CGT del interior, la toma de posiciones sin la opinión de las bases”.

Otra frustración del clan dirigente tuvo lugar el 4 de junio de 1971 con motivo de la rememoración del golpe de Estado de 1943. La CGT preparó un mitin en el Luna Park y realizó durante los días previos una enorme propaganda, que abarcó avisos radiales y televisivos, carteles murales que empapelaron toda la ciudad, solicitadas de los principales sindicatos en los diarios llamando a los trabajadores a concurrir. Cuál no sería la sorpresa cuando, iniciado el mitin, dos tercios de las tribunas estaban vacías. En el estrado pudo verse a Rucci y otros dirigentes junto a los oligarcas Manuel de Anchorena y Delia Cavanagh, pero en el recinto sólo había 10.000 personas según la estimación de los diarios. Los trabajadores, con su ausencia, pusieron en tela de juicio el significado de la fecha y la iniciativa de los jerarcas.

La gran pantomima del 13 de julio de 1973 también mostró cómo se mueven estos jerarcas a espaldas de las masas, pero invocando su representación. La renuncia del Dr. Cámpora estaba decidida de antemano para llevar a Perón a la presidencia; debió producirse pues, naturalmente. Los burócratas sindicales quisieron presentar esa renuncia como obra de la movilización obrera (*otro 17 de octubre*, había pensado Rucci, pero bajo su jefatura) y concibieron un paro general, que sólo fue declarado por las regionales de la CGT de Rosario y Mar del Plata. También llamaron a los trabajadores a concentrarse frente a la casa de Perón en la calle Gaspar Campos, pero, como lo mostró la televisión, sólo siete micros semivacios mandados por la UOM se cansaron de dar vueltas alrededor de la manzana. Manuel Damiano, tan exagerado como Rucci, formaba mientras tanto un comando militar de agrupaciones de prensa. Nadie les hizo caso. Por la tarde, Rucci tuvo que aclarar que no había ninguna movilización dispuesta y tampoco estaba previsto un paro general.

Si los jerarcas realmente respondiesen a la voluntad de sus bases gremiales, si se hiciesen eco del sentir de los trabajadores y actuaran como mandatarios comisionados por éstos, empezarían por respetar la democracia sindical, apelarían a la consulta permanente a las masas y erigirían la asamblea general en instancia suprema de los sindicatos. Pero no ocurre así.

La tendencia que los jerarcas han ido imponiendo en los sindicatos, refrendándola en los nuevos estatutos, se orienta a suplantar las asambleas generales por las reuniones del cuerpo de delegados, ya que controlando a éstos les resulta más factible imponer resoluciones a gusto y eludir los planteos de los trabajadores.

En la Asociación Obrera Textil no se realiza una asamblea general desde setiembre de 1959. En la Federación de Empleados de Comercio, que nuclea a más de 60.000 afiliados en la Capital, se reformó el estatuto en una asamblea que sólo contó con la asistencia de 200 socios. Generalmente las asambleas se convocan con sordina, para impedir la presencia masiva del gremio. Cuando, por razones estatutarias, algunos dirigentes se ven obligados a convocar asambleas, agotan su imaginación en materia de argucias, realizándolas en horario de trabajo y en lugares inadecuados, exigiendo requisitos para entrar e imponiendo reglamentaciones para el debate. La asamblea del personal del Automóvil Club Argentino del 20 de Febrero de 1973 se convocó a las 19 hs. (la mayor parte del personal cumple tareas de 12 a 19.30) en la sede del Sindicato del Caucho; a la salida del trabajo 400 trabajadores de la Sede Central se encolumnaron hacia la asamblea, llegando a las 19,50, pero encontraron las puertas cerradas y se les dijo que ya era tarde para entrar.

En varios gremios se han realizado “asambleas” *disciplinadas* por grupos de matones armados que agredieron a los militantes opositores y los abuchearon cuando intentaron hacer uso de la palabra. Una asamblea realizada el 21 de enero de 1971 frente a la Asociación Bancaria fue atacada a balazos desde el local sindical. En la Unión Obreros y Empleados Municipales el matonismo se adueñó de las asambleas, motivando que la mayoría de los asistentes se retirasen. En el gremio de la construcción no ha habido asamblea general durante mucho tiempo, pero su dirección alquiló matones a otros gremios para “velar por el orden”; en una asamblea del SOIVA (vestido) realizada en la Federación de Box, la construcción mandó veinte *muchachos* para ayudar a “poner en vereda a los revoltosos”.

Las asambleas masivas, hechas en los estadios, casi siempre han sido hostiles a los dirigentes corrompidos. La Asamblea General de Luz y Fuerza, realizada en el estadio de Independiente el 24 de abril de 1971 con la asistencia de casi veinte mil afiliados, abucheo a Taccone y su camarilla. Según registró el periodismo, la asamblea “hizo naufragar la famosa intensa unidad que suele rodear a los dirigentes de ese organismo y a sus bases”; Taccone “pugnó por hacerse oír, pero sólo consiguió restaurar un

reciente éxito de Palito Ortega: *ya todos saben que sos un caradura*, cantó el ardoroso coro de asambleístas”¹⁹⁸. Y un diario proecto expresó horrorizado: “Triunfó la línea comunista”.¹⁹⁹

En ocasiones, al conflicto de la burocracia con sus gremios suele sumarse el pleito entre dos fracciones de jerarcas que lidian por la conducción. El 18 de enero de 1970 dos fracciones antagónicas se tirotearon en la Unión Obrera Metalúrgica con un saldo de varios heridos. El 28 de octubre de 1971 también dos fracciones se tirotearon en el Sindicato de la Carne en Rosario, y en junio de 1969 hicieron lo mismo en la Unión Obreros y Empleados Municipales las fracciones que responden a los jerarcas Mazza y Datarmine. Los pleitos entre fracciones en la Asociación Obrera Textil – Loholaverri desplazó a Framini y Romero a Loholaverri– han alcanzado estado público. Si la dirigencia suele recitar que para un peronista no hay nada mejor que otro peronista, la realidad es que no hay jerarca de esa bandera que no sueñe con destruir a cualquier *compañero* que pueda hacerle sombra.

Para escapar al cuestionamiento de sus gremios y a la presión de las bases que les demandan resoluciones de lucha, los jerarcas de las grandes federaciones obreras han optado por convocar sus congresos nacionales en los lugares más alejados de los centros de concentración de sus industrias, preferentemente en localidades turísticas, aislándolos del fervor obrero. Organizaciones como las de los Bancarios, Luz y Fuerza, Textiles, Metalúrgicos, Ferroviarios, Gastronómicos, Carne, Aceiteros, Tabaco, etc., han realizado sus congresos en Mar del Plata, frente a las doradas playas del Atlántico, o en la zona serrana de Córdoba, muy cerca de los casinos, discotecas y cabarets, con los que se ha querido tentar a los delegados para despejar sus cabezas de los problemas gremiales.

El aislamiento de estos congresos, su calidad de cenáculos de elegidos, no relevó a los jerarcas de adoptar medidas de *seguridad*. Un periódico sindical comienza así la crónica de un congreso:

“En el Hotel Royal de Mar del Plata se vivía un clima inusual. Alrededor de 70 individuos controlaban la entrada y salida de personas, rodeaban la manzana en vehículos, tenían nidos de armas largas en la terraza, desde donde vigilaban todos los movimientos. ¿Acaso se celebraba una reunión de cancilleres o un simposio secreto sobre energía nuclear? Nada de eso. Era el Congreso de la Unión de Trabajadores Gastronómicos...”²⁰⁰

El congreso de la Unión Obrera de la Construcción del 29 de junio de 1972 reunió a 90 *delegados*, entre ellos 26 de la Capital, la mayoría elementos policiales. Después de nombrar la comisión de credenciales, el congreso pasó a cuarto intermedio hasta las 16 hs. Los delegados fueron llevados a

¹⁹⁸ Revista *Análisis*, 4 de Mayo de 1971

¹⁹⁹ Diario *La Prensa*, editorial del 4 de Mayo de 1971

²⁰⁰ *Unidad Sindical*, Mayo de 1971, n.º 49

la hostería “Lago de los Cisnes” donde se les sirvió un exuberante almuerzo con abundante bebida, amenizado con números artísticos y folclóricos. Luego de estar bien comidos y algunos bien bebidos, los comensales fueron regresados a la Capital, recomenzando el congreso a las 17 y terminando a las 22. En cinco horas, con *delegados* que tenían más ganas de dormir que de otra cosa, el Congreso analizó la situación de un gremio de 300.000 trabajadores y aprobó la Memoria y Balance de la organización.

Si los congresos de los gremios industriales suelen hacerse lejos de los centros fabriles, los congresos de los obreros rurales se realizan en la Capital. Pero los métodos para aplacar y obnubilar a los delegados son los mismos. El congreso de FATRE del 30 y 31 de mayo de 1974, tuvo ribetes pintorescos. A los 264 delegados llegados desde todos los ámbitos del país se les pagó *por adelantado* 10.000 pesos diarios desde el momento en que salieron de sus localidades y durante los días que duró el evento; además, FATRE les pagó el alojamiento en los mejores hoteles: la mayoría fueron al Hotel *Palace* (de Constitución) y al *Savoy*. Una claqué integrada por veinte o veinticinco personas se encargaba de vivir a los dirigentes y abuchear a los oradores opositores. Cuando el delegado Montero adujo que en el balance en discusión faltaban cien millones de pesos, otro delegado propuso que se lo votara a libro cerrado y la claqué prorrumpió en exaltados gritos de aprobación.

¿Y los congresos de la CGT? ¿Quizá puedan tenerse como un modelo de democratismo? En ocasión de varios congresos cegetistas la prensa ha registrado la realización de reuniones secretas paralelas, las idas y venidas de dirigentes selectos, sus conciliábulos y ajetreos. ¿Qué sucedía? Que las resoluciones fundamentales no se adoptaban en el recinto de las deliberaciones sino en otra parte: un grupo escogido de jerarcas *cocinaba* las resoluciones –fruto de una transacción entre fracciones que pugnaban por imponer sus criterios– y las llevaba luego a la sala de sesiones para imponerlas al grueso de los delegados, que generalmente las acataban “por disciplina partidaria”. Este acatamiento no eliminaba, empero, las rencillas caseras, a menudo matizadas de chistosas circunstancias; si los congresos de la CGT fueran catalogados como espectáculo público, mucha gente iría a pagar entrada para entretenerse y divertirse.

Ejemplo de lo que decimos fue el Congreso de la CGT del 6 de julio de 1972. Por una decisión tomada en Madrid –de acuerdo con lo transmitido por los jerarcas– el mismo debía reelegir la conducción encabezada por Rucci y Romero, cosa que iba a ser ardua teniendo en cuenta la oposición no sólo de los gremios combativos, sino también de los participacionistas. Las resoluciones del Congreso se *cocinaron* en una reunión de “las 62” efectuada en la sede de la UOM la noche anterior. Esta reunión, a la que no se permitió entrar al periodismo, se realizó bajo un estricto control. Alrededor de 300 matones, haciendo ostentación de armas, formaron un corredor por donde debían pasar los *delegados*. “Te vamos a quemar”, les gritaban a aquellos que eran contrarios a la reelección del binomio oficial.

En este operativo, y luego en el propio Congreso, se lucieron conocidos ex boxeadores que un diario bautizaba como los “forzudos del ring”.²⁰¹ En la reunión de “las 62”, frente a la burocracia oficial, se formó un bloque de treinta sindicatos en disidencia, pero sólo pudieron hablar tres de sus dirigentes –Donaires, Raschini y Guillán– dado el clima de intimidación reinante. Igual suerte corrió la oposición en el Congreso: la palabra de los delegados clasistas fue acallada por los insultos y gritos ensordecedores de la jauría regimentada. Así se reeligió la dirección capituladora y se aprobó la Memoria y Balance *¡a libro cerrado!* porque, como dijo en el Congreso el jerarca Roberto García, no puede concebirse que se discuta la actividad y los gastos de los dirigentes peronistas en quienes depositamos toda nuestra confianza...

La violencia en los sindicatos, el gangsterismo, los tiroteos entre fracciones, el asalto de locales sindicales por bandas armadas, son producto de las prácticas verticalistas, de la falta de democracia sindical, que impiden a los trabajadores dirigir y controlar sus organizaciones en un clima fraternal, de unidad y camaradería. La élite sindical necesita de ese clima para seguir dominando las organizaciones obreras, ya que en condiciones de democratismo interno no hay duda de que sería desplazada por las corrientes clasistas y combativas.

En consecuencia, el establecimiento de la democracia sindical se convierte en un imperativo para recuperar los sindicatos por y para los trabajadores.

²⁰¹ Diario *La Razón*, 7 de julio de 1972

Cuarta parte

LAS RAÍCES

En una oportunidad Perón definió a los dirigentes sindicales haciendo una referencia bíblica:

“Los dirigentes son aquellos a quienes Dios ha puesto el suficiente óleo sagrado de Samuel para que no sólo hagan lo que ellos deben hacer, sino para que estén en condiciones de aconsejar a los demás lo que deben hacer”.²⁰²

Si de constituirse en ejemplo, guía y orientación se trata, no es la élite sindical peronista, a juzgar por los cargos que hemos acumulado, la que mejor pueda exhibir aquel óleo sagrado.

Tras pasar por el filtro de sucesivas luchas intestinas, fraudes electorales, zancadillas a compañeros peligrosos, acomodamientos, adulaciones vergonzosas, contactos con los empresarios y los poderes públicos, cruzadas patrióticas para eliminar a la oposición, tiroteos amistosos de fracciones rivales, campañas demagógicas, chantajes, discursos, asaltos, copamientos, la élite sindical peronista ha llegado al *cénit* de su apogeo.

Enriquecida con los mil y un recursos económicos y políticos que le prodigan sus opulentas organizaciones, legalizada por la burguesía que la utiliza para su fines, convertida en un círculo cerrado donde los jerarcas dominan a sus subordinados mediante un sistema de órdenes transmitidas verticalmente y se aseguran la continuidad de su mandato mediante estatutos que legalizan prácticas absorbentes y centralistas, negadoras de la democracia interna, esa élite pretende eternizarse en el ejercicio de su poder.

Sin embargo, su gobierno sobre la masa obrera se opera a través de mecanismos burocráticos que trabajan gracias al apoyo del aparato estatal y no en virtud de una dinámica que le contagien los gremios representados, ya que los canales de comunicación entre dirigentes y dirigidos son cada día más débiles y precarios. El desprestigio de los dirigentes, que linda ya con el ridículo, y su consiguiente aislamiento, convierten a esta élite sindical en un poder formal, condenado a perder su otrora vigoroso sustento básico.

La razón de esa bancarrota no debe buscarse solamente en los vicios y defectos personales de los dirigentes, muchos de los cuales hemos señalado, sino sobre todo en su concepción de la función que desempeñan, de la cual aquellos vicios y defectos son en gran parte consecuencia.

²⁰² Juan D. Perón, *Principios de sindicalismo justicialista*. Buenos Aires, 1951

La “Tercera Posición”

El ingrediente principal de la concepción o doctrina de la élite sindical peronista es la llamada “tercera posición” entre el capital y el trabajo, o sea la conciliación o alianza de clases, que en un plano más general se traduce en “tercerismo” entre el capitalismo y el socialismo.

Perón mismo lo ha precisado claramente:

“Sostenemos que los problemas sociales no se han resuelto nunca por la lucha sino por la armonía. Y es así que propiciamos no la lucha entre el capital y el trabajo, sino el acuerdo entre uno y otro, tutelados los dos factores por la autoridad y la justicia que emanan del Estado”.²⁰³

“Las luchas entre el capital y el trabajo son siempre destructivas y no hay ganancias en ellas ni para una parte ni para la otra”.²⁰⁴

“Buscamos suprimir la lucha de clases suplantándola por un *acuerdo justo* entre obreros y patronos”.²⁰⁵

Para Perón la armonía entre las clases en pugna no sólo era deseable sino también posible. La supresión de la explotación del hombre por el hombre que él predicaba, surgiría de un *entendimiento* entre explotadores y explotados, y el fin y razón de ser de los sindicatos, debía servir a lograr ese entendimiento.

Los jerarcas sindicales han repetido hasta el cansancio esa *doctrina* que tanto les conviene. José Rucci enfatizaba:

“Sin derechas personificadas por el liberalismo, ni izquierdas irritantes a nuestro profundo sentimiento de nacionalidad. Sólo dentro del marco de una tercera posición...”.²⁰⁶

Casildo Herrera confirmaba:

“Nosotros tenemos siempre presente que el peronismo se ha considerado a sí mismo, como que realmente es, una expresión de la alianza de clases”.²⁰⁷

Por el contrario:

“el trillado slogan de la lucha de clases”, añadía Adelino Romero, “lleva al sacrificio y a la derrota a los trabajadores de muchos países del mundo”.²⁰⁸

²⁰³ Juan D. Perón, *Doctrina peronista*. Buenos Aires, Ed. Fidelius, 1947, p. 175

²⁰⁴ *El movimiento peronista*. Buenos Aires, Ed. Partido Peronista, 1954

²⁰⁵ *Perón expone su doctrina*. Buenos Aires, Ed. Nueva Argentina, 1947

²⁰⁶ *Diario Clarín*, 5 de Junio de 1971

²⁰⁷ *Diario Clarín*, 4 de Marzo de 1972

²⁰⁸ *Diario La Opinión*, 2 de Mayo de 1974

Rogelio Coria decía:

“Nos ha alentado siempre la convicción del entendimiento entre el capital y el trabajo, de la colaboración entre ambos”.²⁰⁹

Milagro que en su caso se daba prodigiosamente: su mano de sindicalista colaboraba con su mano de patrón. Y escribía:

“la gran tarea del movimiento organizado era encontrar sobre la base indestructible del justicialismo una respuesta nacional, moderna y pluralista frente al avance de los extremistas clasistas y foráneos”.

Se ha producido, añadía:

“la aparición en el escenario latinoamericano de un sindicalismo autónomo y singular, que no responde a las viejas teorías de la lucha de clases”. “El propio Estado –agregaba refiriéndose a la dictadura militar– reconoce en nuestro país la importancia de contar con un movimiento obrero organizado verticalmente”.²¹⁰

En conceptos como estos se ha basado durante años la orientación de la CGT:

“Ratificamos una vez más –decía la Central obrera en un documento– la posición eminentemente nacional del sindicalismo argentino, posición que se expresa en la voluntad de entenderse lealmente con el sector empresarial, en su respeto por las tradiciones de la Iglesia y por las fuerzas armadas, a las que concibe como identificadas con el pueblo en la lucha por concretar la Revolución Nacional”.²¹¹

En esta última declaración, que no tiene desperdicio, vemos que la “tercera posición” se identifica con el “nacionalismo”. La colaboración de clases vendría a ser “la posición eminentemente nacional del sindicalismo argentino”. Es decir que la vieja lucha de clases, la lucha por la emancipación social de la clase obrera, la prédica de una sociedad sin explotados ni explotadores, por la que lucharon y murieron los fundadores del movimiento sindical argentino, sería un producto exótico, una noción extranjerizante.

Es sugestivo que los dirigentes sindicales que se prestan a colaborar con los monopolios internacionales cuyo dominio económico traba el desarrollo independiente del país y deteriora el nivel de vida de vastos sectores obreros, sean los que se embarcan en una permanente demagogia patrioter, diciendo, como José Rucci, que “tenemos el movimiento obrero más extraordinario del mundo, porque está imbuido de un profundo sentimiento nacionalista”²¹² o, como los delegados regionales de la CGT, que:

²⁰⁹ *Discurso* pronunciado en Mar del Plata, 19 de Agosto de 1967

²¹⁰ *Construcción*, revista de la UOCRA, Septiembre de 1971

²¹¹ *Declaración de la CGT* del 29 de setiembre de 1969

²¹² *Diario Clarín*, 2 de mayo de 1971

“no necesitamos inspirarnos en ideologías foráneas, por cuanto tenemos una doctrina nacional insuperada y probada en sus alcances, magnífica amalgama de humanismo y cristiandad”.²¹³

No es difícil captar detrás de estos fervorosos postulados la función principal que se asigna la élite sindical peronista: la de erigirse en el dique de contención al auge de la conciencia revolucionaria de las masas. El fervor nacionalista con que se atacan las “ideologías foráneas” no choca, sino que coincide, con el acercamiento a los monopolios internacionales.

La declaración del Congreso de la CGT del 6 de julio de 1972 es un contrato de compra-venta de los bienes materiales y espirituales del movimiento sindical, que los jerarcas redactaron para someterlo a la firma de la burguesía y el imperialismo. Expresa que gracias a la actitud prescindente de las fuerzas armadas que respetaron los comicios de 1946 y entregaron el poder al partido triunfante:

“millones de argentinos entraron por la puerta ancha que los conducía al camino de la liberación, innovando de raíz en el campo de las teorías políticas conocidas, al introducir una interpretación dinámica en la clasificación, hasta entonces estática, de la composición de los pueblos”.

No se trataría, sin embargo, de una *innovación* en las teorías burguesas, ya que la armonía entre las clases venía siendo predicada desde mucho antes por el revisionismo de todos los países y su variante corporativa había sido oficializada en algunas naciones europeas. La clasificación *estática* a que alude la CGT es la división de la sociedad en clases, la concepción marxista de que la sociedad está dividida en clases antagónicas y de que la lucha de clases no sólo es inevitable sino que, desarrollada por las clases en ascenso, constituye el motor de la historia, puesto que contribuye a la derrota de los sistemas caducos, ya socavados por sus contradicciones internas insolubles, y actúa como partera de una nueva sociedad.

A esta doctrina, que el movimiento obrero de todo el mundo ha hecho suya desde sus orígenes, nuestros jerarcas oponen el nacionalismo burgués, según el cual todas las clases de un país diluyen sus intereses antagónicos en un modelo nacional común, bajo la tutela de un Estado supuestamente imparcial. La *tercera posición* entre el capital y el trabajo expresa ese concepto conciliador y su aplicación, según nuestros jerarcas, hermanaría a patronos y obreros, terratenientes y arrendatarios, explotadores y explotados, saciados y hambrientos, congregados todos bajo un mismo ideal de patria.

La noción de base económica como sustento de la superestructura social, la división de la sociedad en clases como consecuencia del distinto lugar que se ocupe en el sistema de producción social, la convicción de que el Estado es un órgano de clase y por lo tanto parcial, todo esto suena

²¹³ Resolución del Plenario de Regionales de la CGT, Rosario, 19 de marzo de 1971

estático, uniforme y pesimista a la dirección de la CGT. El justicialismo, según ella, es “una filosofía que venía a innovar en la distribución convencional de los contingentes humanos dentro del espectro social”, terminando con aquellas concepciones foráneas y anulando la lucha de clases. Esa filosofía habría venido a liberar, dice, a los trabajadores:

“estacionados en los campos de concentración de nuestras izquierdas, alejándolos de esta manera de los confines del mundo comunista. La Argentina se había inmunizado, había formado sus propios anticuerpos y el contagio resultaba imposible”.

Y es aquí donde los jerarcas cegetistas quieren poner el acento. Se empeñan en convencer a las fuerzas armadas —a las que iba dirigida la declaración— de que sólo ellos son capaces de salvar el país del comunismo, evitándole a la burguesía, a los monopolios y a los latifundistas el riesgo de ser expropiados. Se jactan de haber sido siempre “el antídoto por excelencia de la penetración de las ideas extranjerizantes” y se comprometen a seguir siéndolo, siempre y cuando el Estado atienda sus reclamos y los ayude a mantener las direcciones de los sindicatos. Y para que esa condición de barrera infranqueable contra el comunismo quede bien clara, apelan al propio léxico del Departamento de Estado yanqui, de la CIA y del Pentágono:

“Afirmamos que las entidades obreras y sus cuerpos orgánicos constituyen hoy la columna vertebral de la seguridad ideológica”.

De este modo se consideran parte del sistema de seguridad continental y paladines en la defensa del mundo libre, occidental y cristiano... Se ve claramente que esos jerarcas sindicales, tan nacionalistas y resistas, han aprendido su *abecé* en las escuelas del IADSL, financiadas por los monopolios yanquis y orientadas por la CIA. Cuando George C. Lodge estudiaba la ideología del movimiento sindical en nuestro continente, comprobaba lo siguiente:

“Para muchos miembros de los sindicatos latinoamericanos, inclusive aquellos que no son comunistas, el patrono es el enemigo; hay que luchar contra él con uñas y dientes. La comunidad de intereses entre los patronos y los trabajadores no es un concepto que el obrero latinoamericano pueda aceptar fácilmente. Las diferencias entre los ricos y los pobres han sido demasiado grandes durante muchísimo tiempo, y el vigor ideológico del pueblo está lo suficientemente bien desarrollado como para esperar que tales nociones de cooperación se acepten fácilmente. El trabajador latinoamericano, generalmente, no considera a su sindicato ante todo como el instrumento para negociar con su patrono y hacer cumplir lo convenido en los contratos, aunque puede tener tal función, sino como el defensor y promotor de los intereses de la clase obrera en la sociedad nacional.

Este papel de tan grande importancia hace que el sindicato se interese en todos los aspectos de la vida nacional, interiores y exteriores, y le da una tremenda importancia política”.²¹⁴

Los cursos del IADSL estuvieron desde el comienzo orientados a socavar esa concepción del sindicato que Lodge advertía sagazmente, a predicar la idea de la colaboración de clases y la armonía social. Dice George Meany, presidente de la AFL-CIO:

“Traemos aquí a estos muchachos latinoamericanos –por supuesto, primero los pasamos por el cedazo muy cuidadosamente– les hacemos el retrato de la economía norteamericana y entonces les enseñamos los rudimentos del tradeunionismo. Y los mandamos de regreso a América latina y, por nueve meses, les seguimos pagando”.²¹⁵

Si echamos una mirada al contenido de esos cursos basta para comprender que la *doctrina* de nuestros jerarcas sindicales no tiene ninguna originalidad. En los apuntes de la materia *Bases de la economía*, por ejemplo, se preconiza la teoría del “fondo de salarios”, según la cual cuanto más grandes sean los recursos financieros de la empresa, más importantes serán los fondos del salario y del empleo. La recomendación que fluye de esta teoría sería esta:

“Trabaja con más celo para que tu patrón gane más dinero; entonces tú también ganarás más”.

En esos apuntes se recomienda igualmente a los alumnos inculcar a los obreros el respeto hacia sus patronos, aunque no los conozcan (como se da en el caso de las compañías norteamericanas), no oponerse a los despidos y suspensiones, ni a las condiciones de trabajo propiciadas por las empresas, ya que estas no quieren perjudicar a nadie sino favorecer a todos; mantener la paz social y trabajar en interés de la causa común.

Ahora se explica por qué Ricardo Otero habla del “*sucio trapo rojo*” cada vez que pronuncia un discurso; por qué los jerarcas han anulado la democracia sindical e impuesto su monopolio exclusivista en los gremios; por qué han firmado el “*Pacto Social*” sin consultar a los trabajadores; por qué mantienen sus bandas de matones armados dándoles piedra libre para golpear y asesinar; por qué se han enriquecido tan rápidamente; por qué han llegado a tales extremos de degradación y corrupción. La conclusión es, en el fondo, que la vigencia de la jerarquía sindical, con todo su envilecimiento, no es un problema de individuos, no es una cuestión de moralidad, sino de ideología, de corrientes históricas en el seno de la clase obrera, de trasferencias ajenas que le vienen de las clases opresoras, desde afuera a través de la influencia directa y desde adentro a través de las capas medias que se proletarian.

²¹⁴ George C. Lodge, *El movimiento obrero como vanguardia de la democracia en los países en desarrollo*. Nueva York, 1966

²¹⁵ *Herald Examiner*, 17 de marzo de 1965. Citado por Gregorio Selser en *Espionaje en América Latina*. Buenos Aires, Ed. Iguazú, 1966, p. 47.

Como no pueden declararse fieles servidores del capital, porque eso equivaldría a un acta de defunción, los jerarcas sindicales se proclaman terceristas: están entre el capital y el trabajo, entre el capitalismo y el socialismo, en el “tercer mundo” contra los dos imperialismos, navegando en el éter de la equidistancia universal; en nombre del pluriclasismo y de la convivencia nacional rechazan la lucha de clases, predicando la conciliación de clases, son fraternos, congeniantes, están por encima del bien y del mal. Pero, si los juzgamos no por sus palabras sino por sus hechos, advertimos que esta doctrina los empuja hacia los brazos del capital, al regazo del único imperialismo existente, que es el de los monopolios multinacionales. La llamada ‘*Tercera Posición*’ no es más que la pantalla para encubrir esa parcialidad. Lenin no se equivocaba cuando, refiriéndose a la concepción que a su juicio debía darse el movimiento obrero, planteaba el problema drásticamente:

“*ideología burguesa o ideología socialista*. No hay término medio (pues la humanidad no ha elaborado ninguna ‘tercera’ ideología; además, en la sociedad desgarrada por las contradicciones de clase jamás puede existir una ideología al margen de las clases ni por encima de éstas”.²¹⁶

El párrafo se aplica puntualmente a nuestros jerarcas sindicales y a su pretensión de haber elaborado una teoría argentinísima... enseñada en las escuelas de los monopolios yanquis.

Claro que a los jerarcas sindicales no les falla el olfato cuando sospechan que su *doctrina* pierde ascendencia sobre las masas trabajadoras, que exigen cambios de fondo en la vida política, económica y social. Es bajo el influjo de este espíritu que el Congreso de la CGT de enero de 1963 debió aprobar un Estatuto en el que se dice que es deber de la Central Obrera luchar:

“por el imperio de un régimen político y social más justo, que extirpe de la sociedad la explotación del hombre por el hombre, modificando las retrógradas estructuras económicas y jurídicas actuales, sustentadoras de irritantes privilegios económicos y absurdas preeminencias políticas de insignificantes minorías”.

Y es bajo ese influjo también que Rucci ha debido decir que “la CGT es portadora de toda una filosofía de cambio y renovación estructural”²¹⁷ y que “nuestra lucha está dada a romper el coloniaje mental y cultural que nos oprime, rescatar al pueblo de su ostracismo social y político, independizarnos de todo imperialismo e impulsar un vigoroso proceso de nacionalización, socialización y amplia participación popular en todos los estrados del poder”²¹⁸, planteos que la CGT ha sintetizado así:

²¹⁶ V. I. Lenin, *¿Qué hacer?* Buenos Aires, Ed. Polémica, 1971, p. 81

²¹⁷ *Discurso en el mitin de la CGT el 1º de Mayo de 1971*

²¹⁸ *Discurso en el mitin de la CGT el 4 de Junio de 1971*

“No se trata de operar pequeñas reformas coyunturales para que toda la estructura que es necesario renovar permanezca intacta. Se trata, nada más ni nada menos, que de realizar la revolución nacional. Y esta revolución implica aceptar todas las consecuencias de un vigoroso proceso de nacionalización, socialización y participación popular”.

Pero de las palabras a los hechos hay mucho trecho. Las jerarquías claudicantes se ven obligadas a Reconocer la necesidad de profundos cambios estructurales en el país, pero hasta ahora ese es un mero reconocimiento verbal.

Del mismo modo los jerarcas prometieron, con motivo del regreso de Perón al país:

“la búsqueda de genuinas coincidencias con todos los sectores de la vida nacional identificados con los postulados de la liberación nacional y el respeto irrestricto de la soberanía popular”.²¹⁹

Y agregaron enfáticamente:

“Reiteramos que todas las directivas recibidas personalmente de nuestro líder están dirigidas a lograr la pacificación y la unidad de los argentinos, como requisito indispensable para encarar la histórica empresa de la reconstrucción nacional y liberar definitivamente a la patria de toda dependencia”.²²⁰

Sin embargo, *la búsqueda de genuinas coincidencias con todos los sectores* no se refería al campo sindical, por lo visto, ya que la discriminación ideológica, la persecución por motivos políticos, no sólo continuó en los sindicatos, sino que se exacerbó todavía más. La *pacificación y la unidad de los argentinos*, también excluían a los trabajadores sindicalizados, ya que el matonismo, el crimen y el macartismo agravaron la guerra fría en el movimiento obrero y siguieron cobrándose vidas humanas.

La pacificación y las coincidencias que prometían los jerarcas, en medio de la borrachera de generosidad que los embargaba en aquella circunstancia, no se referían al movimiento obrero sino a la clase empresarial, cuya amistad había sufrido tantos tropiezos y había sido irritada por tantas incomprendiones... El “*Pacto social*” vino a demostrar que la fraternidad de gremialistas y empresarios estaba más viva que nunca. Había llegado el momento de reafirmarla y ello auguraba nuevos y grandes negocios en común.

Seríamos injustos si no aclarásemos que los trabajadores no se oponen a todo pacto social, ni a toda alianza de clases. Si por esto se comprende el entendimiento de las mayorías populares: obreros, empleados, campesinos, estudiantes, intelectuales, pequeños y medianos comerciantes e industriales,

²¹⁹ Mensaje de la CGT del 31 de Marzo de 1971

²²⁰ Mensaje de “las 62” Organizaciones, diarios del 24 de Noviembre de 1972

a fin de sumar fuerzas contra el enemigo fundamental –la oligarquía y el imperialismo– y plasmar la liberación nacional, la clase obrera y sus sindicatos son la fuerza social más capacitada para congregarse y hegemonizar ese frente. Un tal pacto social, que la clase obrera, por intermedio de sus representantes legítimos y manteniendo su independencia orgánica e ideológica, establezca con otras clases y fuerzas sociales, sería altamente provechoso. Pero el pacto que los jerarcas han suscripto sin ninguna participación de las masas nada tiene que ver con esa suprema aspiración de los trabajadores, desde el momento en que institucionaliza la conciliación de clases y supedita los intereses de la clase obrera a los de la burguesía. El camino hacia el socialismo –la meta tan ansiada por la clase obrera– pasa por la revolución democrática, agraria y de liberación nacional, que no sólo ella se propone, pero los jerarcas no quieren ni socialismo, ni unidad popular, ni lucha de clases, porque su misión es netamente contrarrevolucionaria.

Para los trabajadores no hay revolución social auténtica sin lucha de clases; no hay *socialización* sin propiedad colectiva de los medios de producción, y a ella se llegará tras un proceso de expropiaciones y nacionalizaciones, garantizadas por la participación de la clase obrera en un gobierno de coalición popular. La prédica de cambios revolucionarios, en labios de los jerarcas corrompidos por el capital, huele a demagogia.

La participación

Una parte importante de la élite sindical peronista se ha declarado *participacionista*. No es en modo alguno una corriente homogénea. Un matutino detectaba en enero de 1971 tres vertientes participacionistas: la del período Onganía-San Sebastián, encabezada por Rogelio Coria; los “ocho”, encabezados por Jerónimo Izetta, aliados a los vanderistas y vinculados al coronel Prémoli; y los neoparticipacionistas, encabezados por Rucci y Miguel, conectados con el Ministerio de Economía por medio de Antonio Cafiero.²²¹ De cualquier manera, esas diferenciaciones no podían ser perdurables, dada la movilidad y el intercambio de los grupos en juego. Lo común en ellos es el haber llevado la doctrina de la conciliación de clases al extremo de la identificación de clases, que justifica la subordinación de los sindicatos a los “factores de poder” de la clase dominante.

Por *participación* estos jerarcas no entienden el legítimo derecho de los trabajadores a tener potestad de decisión en los asuntos públicos, ni a controlar el desenvolvimiento de las empresas y toda la vida económica, social y política del país hasta tanto puedan ejercer su dirección y administración completas, sino que entienden la integración de la clase obrera en el sistema vigente, aboliendo la lucha de clases y persuadiendo a los trabajadores sobre la conveniencia de aliarse con la clase gobernante

²²¹ Diario *Clarín*, 13 de Enero de 1971, p. 14

y mantener sin cambios –o con simples cambios tecnocráticos– la actual estructura social y económica.

No es esta una doctrina original: en Francia, De Gaulle presentaba el participacionismo como “una síntesis del capitalismo y el socialismo”, y como sostiene Schiller, en Alemania los sindicatos son poleas de transmisión del sistema estatal-monopolista. Los dirigentes sindicales argentinos más corrompidos se declararon participacionistas cuando gobernaba una dictadura militar adscripta a la oligarquía financiera, y bajo el gobierno peronista no se desmintieron. Pero si desde las esferas estatales se estimula la ilusión de la *participación* de los trabajadores, en los hechos se impide por todos los medios que la clase obrera tenga poder de decisión en los asuntos del Estado, en tanto que las empresas y monopolios se niegan terminantemente a que los obreros, a través de sus sindicatos o de las comisiones internas, se “inmiscuyan” en sus negocios o conozcan siquiera su situación financiera. Por lo demás, la caída constante de la parte que los asalariados reciben de la renta nacional ²²² muestra que en la práctica la participación se refiere, en todo caso, a los deberes y obligaciones, no a los derechos y beneficios.

Uno de los “modelos” más acabados del participacionismo es la Federación de Trabajadores de Luz y Fuerza, y personalmente su ideólogo y dirigente Juan José Taccone, que ha facilitado una verdadera invasión de “asesores laborales” norteamericanos en el país. Dicha Federación expone así su pensamiento:

“Debemos variar las tácticas a seguir y elaborar una nueva estrategia de largo alcance, basada en la filosofía de la participación. En tal sentido debemos ofrecer al país un programa claro de acción nacional, integrándolo a los diversos sectores de nuestra sociedad en pro del ideal común; iglesia, fuerzas armadas, empresariado y todos aquellos que coinciden con la gran solución nacional deben ser los pivotes sobre los que, juntamente con la CGT, se genere el esfuerzo común que el país exige para salir del estancamiento”. ²²³

En lo que a su gremio se refiere, Taccone ha sostenido desde su revista *Dinamis* una intensa campaña a favor de lo que llama: “*la socialización de SEGBA*”, la cual, dice:

“significará un cambio substancial de todo el régimen liberal responsable de los padecimientos que venimos soportando los argentinos”; “es a través de la socialización... que el trabajador habrá de recuperar su condición de individuo realizado”; “apartándose del antagónico lenguaje de la lucha de clases para insertarse en el marco de una comunidad nacional totalmente integrada...”

²²² La participación de los sueldos y salarios en el producto bruto interno bajó del 48,5 % en 1958 al 42,7 % en 1965 y al 35 % en 1972

²²³ *Solicitada* del 25 de mayo de 1967

Pero como SEGBA está sujeta a un contrato con el Banco Mundial y actúa en el contexto de un sistema regido por intereses afines, resultaría que esta extraña socialización se haría con la condescendencia de los monopolios privados internacionales. El tiempo dirá si Taccone, que asumió la presidencia de SEGBA el 26 de junio de 1973, podrá hacer realidad el proyecto *socialista* meditado en sus noches de vigilia.

El hecho de que los sindicalistas y políticos vinculados a los monopolios hayan tenido la necesidad de promover la fórmula de la “participación” y de la “socialización” es un indicio de la profundidad con que están calando las nuevas ideas entre las masas trabajadoras. Pero es también una trampa.

Efectivamente, los trabajadores son testigos de una realidad contradictoria: mientras se les exige cada vez mayores ritmos de trabajo, mientras se arroja sobre sus espaldas las consecuencias de las crisis económicas, mientras se les asigna más responsabilidades en la aplicación de los nuevos logros técnicos y científicos, mientras la producción se concentra más y más en establecimientos enormes y se socializa de hecho, en cambio los beneficios de la mayor productividad van a parar solamente a las arcas de los monopolios y los propietarios de las grandes empresas. Tal es el anacronismo de la producción social y la apropiación individual.

Si la clase obrera quiere *participar*, en el justo sentido de la palabra, no es entonces para integrarse en un sistema injusto, ni para codearse con sus explotadores, ni para disimular o ignorar las barreras entre las clases, sino para Ensayar —en otro marco político-social— una más justa y ecuánime distribución de la riqueza, para contribuir activamente a la solución de los problemas del país, imponiendo cambios que culminarán con la modificación total de las estructuras económicas. En tal sentido, esa *participación* así entendida está condicionada por la lucha revolucionaria de la clase obrera por el poder político.

Columna Vertebral del Proceso

El veredicto electoral del 11 de marzo y el 23 de setiembre de 1973, que sepultó los planes concebidos por la dictadura para eternizar el poder de la oligarquía financiera, abrió nuevas perspectivas para el desarrollo político, económico y social del país. Nuevamente en el poder la burguesía nacional reformista, impulsada por sus intereses contradictorios con los del imperialismo y presionada desde todos los ángulos por la clase obrera y las capas medias, ha trazado las líneas generales de una política de liberación nacional, de progreso económico y mejoramiento de las condiciones de vida y de trabajo de la población. Las primeras medidas del nuevo gobierno y sobre todo su política exterior sin fronteras ideológicas han sido beneficiosas para el país, concitando el apoyo de todos los partidos populares. Desde las sombras, entretanto, y favorecidas por los despliegues del ala derecha del gobierno y del partido oficial, la oligarquía

y las agencias locales del imperialismo, en connivencia con el cerco de las dictaduras de los países limítrofes, tejen las telarañas de la conspiración con el fin de frustrar el proceso iniciado.

Naturalmente que para que este proceso se desarrolle y amplíe, plasmando la liberación nacional y las trasformaciones sociales esbozadas en las pautas programáticas preelectorales, se requiere unir, fortalecer y movilizar a todas las fuerzas objetivas y subjetivas que marchan en esa dirección, aun cuando sus modos y sus metas puedan divergir. Y entre esas fuerzas, la clase obrera es hoy por hoy la fundamental, por su número, por su grado de organización, por su conciencia avanzada, pero sobre todo, por el lugar que ocupa en el sistema de producción social. Los sectores del privilegio tiemblan al pensar que esa clase obrera, política y sindicalmente organizada, puede escapar al control de los jerarcas sindicales que dirigen la CGT y la mayoría de los sindicatos y seguir a las corrientes que le señalan una perspectiva socialista.

Claro está que el justicialismo, por ser una fuerza pluriclasista y querer acoplar la clase obrera a los intereses de la burguesía nacional, incurre en contradicciones que desmerecen su propósito proclamado. Al componer y mantener a una jerarquía sindical corrompida y avalar sus métodos fraudulentos y gangsteriles, está impidiendo de hecho la consolidación de la base orgánica fundamental de una verdadera revolución. Una sindicalización multitudinaria no sirve para nada cuando el régimen sindical es opresivo y está monopolizado por una burocracia oportunista.

Y ese es el gran contrasentido de este proceso. Cuando el curso de la liberación nacional y las perspectivas de su profundización revolucionaria exigen el sólido basamento de un movimiento obrero bajo cuya hegemonía se congreguen todas las fuerzas políticas y sociales que combaten por el progreso, los sindicatos siguen monopolizados por camarillas que no comulgan con ese imperativo histórico y que, comprometidas con los poderes del viejo régimen, se empeñan en preservarlo de las rebeliones obreras

El ala derecha del gobierno y del partido gobernante, cobija a las camarillas sindicales más corrompidas y cierra el paso a los sectores sanos y combativos del movimiento obrero, para que no alcancen poder de decisión en la vida sindical y política.

Vamos a decepcionar a los que piensen que formulamos estas críticas desde un plano antigubernamental. Si hoy más que nunca combatimos a los jerarcas sindicales y denunciemos sus modos y orientaciones es porque ellos constituyen una traba para el proceso histórico abierto tras la derrota de la dictadura. Repetimos que este proceso de liberación nacional, aun cuando sea reformista y no revolucionario, merece el apoyo de todo el pueblo argentino y en la medida que sea profundizado permitirá avanzar hacia metas más promisorias. El país se encuentra ante un dilema de hierro: o se impulsa el proceso de cambios revolucionarios, o se debilita

el frente interno y crecen las posibilidades de golpe. En este marco es indispensable la movilización de toda la clase obrera, la acción unida y organizada del movimiento sindical, que los jerarcas, lejos de fortalecer, debilitan; lejos de concientizar, atrasan; lejos de unir, dividen; lejos de prestigiar, desmerecen.

Perón acertaba al sostener que la clase trabajadora es la “columna vertebral” del proceso, pero los jerarcas sindicales no son la clase trabajadora. Estos “*soldados de Perón*” pelean contra un enemigo ficticio y a favor de los intereses regresivos que Perón denunció y combatió con firmeza en sus últimos días. Por lo demás, resulta un contrasentido que un régimen populista, que dice apoyarse en las amplias masas trabajadoras, necesite proteger a una camarilla que niega la democracia sindical y apela a métodos dictatoriales, ya que un verdadero régimen popular no tiene porqué temer el plebiscito permanente, la voluntad soberana de las masas.

Para que el movimiento obrero sea realmente el basamento y la fuerza de un proceso revolucionario, debe desembarazarse de sus direcciones claudicantes y promover los cuadros dirigentes que condensen las aspiraciones de las masas. La independencia de los sindicatos con respecto al Estado, las empresas y los partidos políticos, lejos de aislarlos del conjunto institucional y de ponerlos en la vereda antigubernamental, alienta su más activa participación en el gran combate liberador del pueblo argentino. La unidad sindical entendida como la congregación de los trabajadores de todas las formas de pensar y afiliaciones políticas, sin discriminaciones sectarias, y la democracia sindical concebida como la aplicación del derecho de todos ellos a intervenir libremente en la vida de los sindicatos, compartir su conducción y contribuir a la fijación de sus orientaciones, lejos de lesionar la necesaria disciplina y cohesión que requiere todo movimiento organizado, lo nutren de la fuerza y el dinamismo que sólo pueden emanar de la soberana voluntad de sus integrantes.

La unidad, la independencia y la democracia sindicales se erigen, así, en los insoslayables principios cuya prioritaria aplicación posibilitará al movimiento sindical argentino, libre de burócratas y oportunistas, ser efectivamente la columna vertebral, el fundamento y la sangre del impulso trasformador de la vida nacional.

Una Lucha Universal

Y ese impulso trasformador de la vida nacional no se verifica aisladamente, como si nuestro país fuera una ínsula boyante en el mar de un universo vacío. Estamos en el mundo y formamos parte de él. Y ese mundo está en ebullición, justamente porque está transitando por el puente entre dos sociedades: una que, habiendo agotado todas sus capacidades, ya ha dado el máximo de lo que podía dar, y otra que abre las posibilidades de realización de todas las cualidades del hombre. Cada país transitará este

cambio con los modos que le dicten sus peculiaridades históricas, pero marginarse del proceso universal con el pretexto de la originalidad nacional equivaldría a permanecer en el pasado.

Es en ese impulso que coopera el movimiento sindical mundial. Para sustraerlo de esa vocación se han puesto en práctica los más articulados medios, desde la represión violenta de sus libertades hasta el trade-unionismo castrador, desde el corporativismo “nacionalista” hasta el liberalismo socialdemócrata. Se ha probado inclusive –y hoy está de moda–, la variante extremista, que es directamente la negación de los sindicatos, el remplazo de la acción de masas por la escaramuza de minorías supuestamente *avanzadas*. Nada de eso ha podido impedir el desarrollo imponente del movimiento sindical clasista, que en los últimos tiempos se ha fortalecido no sólo en los grandes países industriales donde tiene viejas tradiciones, sino también en los países en desarrollo y en especial en nuestro continente. En el marco de los cambios que se están produciendo en el mundo, los sindicatos reafirman así su carácter, papel, funciones y responsabilidades.

La creciente importancia de los sindicatos se explica no sólo por el aumento del número de obreros y empleados, que ha crecido por la proletarianización de las capas medias que la concentración monopolista arroja a las modalidades del trabajo dependiente, sino también por la rápida toma de conciencia de millones de trabajadores que advierten la bancarrota de la sociedad burguesa y asumen la voluntad de cambio. La necesidad de la clase obrera de estructurar y fortalecer sus organizaciones tanto para procurar satisfacción a sus necesidades económicas inmediatas, como para realizar sus aspiraciones sociales generales –la democracia, la soberanía, la paz, el socialismo, “cambiando al mundo de base”, como dice la vieja canción proletaria, estimula el crecimiento del movimiento sindical. Si esto es válido para los países capitalistas y subdesarrollados, donde los sindicatos vertebran la lucha contra la opresión y por el cambio, no lo es menos para los países socialistas, donde la negación de la sociedad burguesa se transforma en afirmación de una sociedad distinta. Podrán variar los papeles de los sindicatos según cuál sea el sistema en el que actúan, pero su importancia es cada vez mayor en todas partes y se agigantará en el futuro inmediato.

Cuando el estupendo desarrollo alcanzado por las fuerzas productivas al calor de la revolución científico-técnica entra en colisión con la apropiación privada de los medios de producción y de los resultados del trabajo social de grandes masas humanas; cuando enormes riquezas se concentran en las arcas de los grandes monopolios, terratenientes y capitalistas, mientras millones de seres pasan hambre, viven en la miseria, no consiguen trabajo o reciben magros salarios, ven truncada su instrucción o son analfabetos; cuando los monopolios multinacionales ponen a su servicio las economías de países enteros, conculcando los intereses de sus habitantes; cuando el colonialismo, la opresión racial o nacional, los bloqueos económicos y los cercos imperialistas continúan frenando el desarrollo de las naciones;

cuando aquellos mismos monopolios desatan largas guerras e inmolan la vida de pueblos enteros, los sindicatos no pueden reducirse a la lucha por el salario y la asignación familiar.

Sus miras se elevan, sus responsabilidades se amplían, su papel se profundiza. Ellos quieren contribuir a liquidar aquellas plagas y secuelas del pasado, prever y preparar el futuro. Pero las fuerzas del pasado se resisten tenazmente, tratan de adaptarse para sobrevivir y apelan a todos los medios para retardar los cambios. De esta nueva colisión no puede menos que resultar una extraordinaria agudización de la lucha de clases, tanto en cada país como a escala internacional.

Los monopolios y los Estados a su servicio buscan la manera de plasmar sus objetivos suscitando la menor resistencia. Mediante las políticas de austeridad y los “pactos” sociales tratan de imponer sacrificios que permitan encontrar los enormes recursos necesarios para la concentración capitalista y la obtención de beneficio. Con la llamada “política de ingresos” y el bloqueo puro y simple de los salarios, pasando por todas las formas supuestamente contractuales, subordinan la evolución del poder adquisitivo a las exigencias de la acumulación del capital. Hacen la parodia de la “democracia económica” para crear en los trabajadores la ilusión de que ejercen una iniciativa real en la producción; la cogestión, la participación, el interés en los beneficios, el accionarismo obrero, son trampas enderezadas en esa dirección; su fin es asociar a los trabajadores a su propia explotación.

Esa *generosidad* patronal, sin embargo, va del brazo con la ofensiva contra los salarios y las jubilaciones, la restricción de los beneficios sociales, la vivienda, los trasportes, la sanidad y la educación, el aceleramiento de los ritmos de trabajo y el constante encarecimiento de la vida. El Estado capitalista podrá hacer algunas concesiones a los trabajadores, pero en general contribuye a su explotación colectiva y subordina la economía y la vida pública a los intereses de los monopolios. Estos son, indudablemente, los enemigos fundamentales de la clase obrera. En todo el mundo los sindicatos clasistas los enfrentan y proponen la conformación de gobiernos democráticos e independientes que les arrebaten el control de los sectores fundamentales de la economía.

En países como el nuestro, en los que a la dependencia con respecto a los monopolios se suman resabios precapitalistas como el latifundio, los sindicatos clasistas proponen una reforma agraria integral y profunda, que expropie las grandes propiedades y entregue las tierras a quienes las trabajan o quieran trabajarlas. Naturalmente que para los amigos de Anchorena esa reivindicación tiene signo foráneo, del mismo modo que es foránea toda nacionalización, toda socialización que no se ajuste a los moldes de su prédica sectaria.

Los jerarcas sindicales, que últimamente se han abocado a relacionarse con la ORIT, el IADSL, la AFL-CIO, la CIOSL y las federaciones sindicales internacionales ligadas a esas organizaciones o dependientes de ellas, no lo hacen para proyectar la acción de sus sindicatos a nivel internacional y compartir la lucha antimperialista y revolucionaria mundial. Hay, como ya vimos, otros intereses de por medio. Por otra parte, su tan mentado “tercerismo”, su “tercera posición” a nivel internacional, ha demostrado ser una falacia desde el momento en que fueron excluidas o ignoradas las organizaciones sindicales internacionales que no están ligadas a los monopolios, que luchan por el socialismo, y cuya máxima expresión es la Federación Sindical Mundial, cuyos 155 millones de adherentes superan en mucho a los de todas las demás centrales sindicales juntas. Por algo no han consultado a sus afiliados antes de establecer la tónica de su diplomacia. La miopía que impide a los jerarcas dimensionar esa poderosa central obrera mundial y a la corriente que representa, condice con su incapacidad para aquilatar la realidad y las perspectivas del mundo en que vivimos y ubicarse de conformidad con ellas. Si hasta para los gobiernos burgueses, incluido el peronismo, ha perdido toda significación la política de fronteras ideológicas y resulta en cambio aceptable y provechosa la coexistencia pacífica y el intercambio económico entre Estados de diferente sistema social, tanto menos impedimentos hay para la cooperación internacional de los sindicatos, cualquiera sea su orientación.

El nacionalismo estrecho y occidentalista de nuestros jerarcas es el equivalente sindical de la “guerra fría” que durante tanto tiempo lograron imponer los monopolios en la arena internacional.

Las relaciones de esos jerarcas con las empresas monopólicas y sus agencias “sindicales” internacionales entran perfectamente en su esquema nacionalista, pero todo lo que no encaja dentro de su estrecha visión es catalogado como foráneo. Las ideas del socialismo, la resplandeciente realidad socialista de una gran parte del mundo, la lucha universal por una nueva sociedad más justa, libre y humana, todo eso es extranjerizante y repulsivo. Hay que preservar a los trabajadores —lo han dicho y repetido muchas veces— de toda contaminación. Es como negarse a abrir las ventanas para no ver el día, para resguardar y prolongar la noche. Ponderando hasta el cansancio su folklorismo ideológico, los jerarcas podrán iluminar la pieza con faroles a kerosén, con velas, lamparitas eléctricas o tubos fluorescentes, pero esa iluminación será siempre artificial. Manteniendo cerradas las ventanas, se empeñan en que los trabajadores no vean el alba, el día que ya resplandece, el sol que brilla sobre el horizonte y cuyos rayos penetran ya en nuestra casa a través de las rendijas.

Explicaciones Finales

Algunos sociólogos se preguntan cuáles son las raíces de la degradación de la élite sindical y de su integración al sistema. Unos la explican por la ambivalencia de roles que asumen esos dirigentes, la que se definiría finalmente en el proceso de una “movilidad social ascendente” y en el consiguiente cambio de “mentalidad de status”. Suele radicarse otra de las causas en el propio mecanismo de burocratización y profesionalización que se ha ido imponiendo en el movimiento sindical. Y hay quienes generalizan sobre un aburguesamiento global de la clase obrera y un absoluto abandono del espíritu revolucionario.

Entre nosotros ha tenido bastante difusión la teoría de la “movilidad social”, que partiendo de una equivocada definición de las clases confunde sus límites y sus rasgos esenciales para terminar sosteniendo la tendencia de los trabajadores a abandonar su clase, cambiando de *status* y de mentalidad. Esta teoría es errónea porque define las clases en base a factores como solvencia económica, grado de educación y cultura, costumbres y tradiciones, relaciones sociales, etc., y entonces resultaría que un empleado, un maestro, un oficinista, un técnico, estarían separados de la clase obrera por vallas absolutas, y que la reducción de la mano de obra en las industrias manufactureras y su incremento en los servicios, implicaría el paso de una clase a otra. En realidad, la pertenencia a una clase social se mide por el lugar que se ocupe en el proceso de la producción social. Si la clase obrera incluye la mayoría de los asalariados, es decir, de los que para vivir venden su fuerza o capacidad de trabajo a los propietarios de los medios de producción, entonces encontramos que no hay un aburguesamiento de la clase obrera, sino por el contrario, una proletarianización de las capas medias, ya que la creciente concentración de la economía bajo el imperio de los monopolios ha empujado a millones de trabajadores independientes a emplearse en relación de dependencia. El hecho, pues, de que los jerarcas sindicales traicionen a su clase y a su cuna para pasarse a la clase antagónica nada tiene que ver con los procesos reales que tienen lugar en el seno de la clase obrera.

Algunas teorías han tenido últimamente una gran difusión, captando a ciertos sectores *terceristas* que se titulan revolucionarios. Para ellos la clase obrera se va integrando en el sistema social imperante porque éste le asegura un bienestar jamás conocido anteriormente. En consecuencia la clase obrera, que otrora fuera negadora absoluta del sistema capitalista, habría perdido su función revolucionaria, que hoy asumirían los estratos desclasados o marginados, los estudiantes, las minorías raciales, los desocupados, etc. Ese aburguesamiento global de la clase obrera podría explicar la corrupción y claudicación de la élite sindical. Absurda teoría que parte también de supuestos falsos y que no refleja nuestra realidad social.

No hay duda de que la clase dominante, aparte de apelar a la violencia tantas veces como lo cree necesario, trata de quebrantar al movimiento obrero desde adentro, integrándolo en el sistema capitalista. Para ello hace ciertas concesiones materiales a algunos sectores de trabajadores, buscando constituir una aristocracia obrera en la cual pueda apoyarse para dividir al proletariado e infundirle una falsa conciencia. De esta manera pretende distraer la atención de la clase obrera del lugar que ocupa en la sociedad y en la producción. Naturalmente que la clase dominante especula con las necesidades reales de la clase obrera para inculcarle una psicología de consumo, la tendencia al individualismo y a la pasividad social. Empero, descubrir su estrategia no implica afirmar que la haya materializado con éxito.

Algunos dirigentes sindicales se han convertido, con plena conciencia de su función, en instrumentos de esa estrategia aburguesadora de la clase dominante. No importa que sean peronistas, “libres” o “independientes”, tampoco importa que se llamen “liberales” o “nacionalistas”, pues la conciliación de clases es el común denominador de todos los reformismos. March y Alonso, por ejemplo, podían militar en trincheras políticas opuestas, pero coincidían plenamente cuando se trataba de justificar su degradación.

“Los empleados de comercio –dijo March en una oportunidad– tienen el sueño del mostrador propio. Aspiran a independizarse algún día, a tener su pequeño bolichito de cualquier ramo, a ser dueños. Por eso nuestra organización tiene que adaptarse y no puede funcionar como aparato de lucha”.²²⁴

José Alonso, por su parte, sostenía:

“Debemos tener en cuenta que somos un gremio de artesanos y no podemos recurrir a los mismos métodos que los portuarios o los ferroviarios”.²²⁵

Sin desconocer el hecho de que la idiosincrasia orgánica de cada gremio dicta en buena medida el carácter de sus acciones, en las palabras de March y de Alonso sólo es posible ver un reflejo de su propio envilecimiento.

Mientras algunos *teóricos* hablan del aburguesamiento de la clase obrera, presenciamos en nuestros días vigorosas huelgas de los maestros, los bancarios, los empleados judiciales y hasta los médicos, que nada tienen que envidiar a las animosas acciones del proletariado industrial.

Es cierto que hoy los trabajadores poseen medios de confort que no conocían sus abuelos, pero ello no quita que se esté produciendo una relativa pauperización, como lo indica la permanente contracción del salario real frente a la inflación y el encarecimiento de la vida. Ello ha dado pábulo al incremento del movimiento huelguístico en el país. Pero además,

²²⁴ Revista *Confirmado*, 4 de enero de 1968

²²⁵ Semanario CGT, n.º 14, 1 de agosto de 1968

las huelgas ya no se limitan a reclamar aumentos de salarios; el *cordobazo* y el carácter eminentemente político de los últimos paros generales, a despecho del deseo de los jerarcas de convertirlos en válvulas de escape, han implicado un verdadero desafío de la clase obrera al poder del capital y una exigencia de profundos cambios estructurales, refutando así las teorías sobre el aburguesamiento y la integración del proletariado. No son estas teorías, pues, las que puedan explicar la claudicación de la élite sindical.

A nuestro juicio, no se trata de una degradación espontánea de la clase obrera, sino de un proceso degenerativo inducido en las cúspides sindicales. Este proceso se enmarca en la lucha de clases y la confirma. La degradación de la élite sindical, más que un producto del afán de ascenso social y de enriquecimiento de los dirigentes, es el resultado de una labor consciente y metódica de la clase dominante, que necesita instrumentar una élite sindical corrompida para maniatar con su ayuda a toda una clase. Es la propia lucha de clases la que obliga a la clase dirigente a crear esa élite sindical, a sobornarla y utilizarla en su provecho.

El Estado, que no es ni ha sido nunca un ente imparcial por encima de las clases sino un instrumento de la clase dominante, desarrolla a tal efecto dos conductas simultáneas: por un lado reprime con el máximo rigor las acciones obreras, prohíbe las huelgas, los mítines y las manifestaciones, interviene sindicatos, encarcela a militantes gremiales; por el otro lado, con una hábil política de captación, se empeña en ganarse la simpatía y el favor de los sindicalistas, brindándoles la posibilidad de enriquecerse y concediéndoles toda clase de prebendas. Esta sagaz estrategia de la clase dominante de una parte, y de la otra la ideología pluriclasista y conciliadora de los jerarcas sindicales, son factores que han actuado como imanes, atraídos por su fuerza de absorción recíproca

Toda formación económico-social —en nuestro caso la capitalista— del mismo modo que tiene una base dominante —en nuestro caso las relaciones de producción capitalistas—, tiene también una superestructura dominante —en nuestro caso el Estado, la Iglesia, los partidos y las instituciones sociales, culturales, etc. característicos de este sistema—. Pero ni la base ni la superestructura constituyen algo puro y absoluto. Nuestra base capitalista adolece de resabios precapitalistas, particularmente en el campo. En cuanto a la superestructura, junto a los resabios del pasado, de formaciones pretéritas, hay también gérmenes del porvenir, elementos de una nueva sociedad que está por nacer. Los partidos obreros, los sindicatos, se anticipan a la nueva sociedad empeñándose en abrirle paso, pero son realmente revolucionarios en la medida en que responden claramente a los intereses de la clase obrera, es decir, en la medida en que se independizan de la clase dominante y de su ideología, también dominante. Esto es lo que la burguesía trata de impedir por todos los medios, tratando de crear una aristocracia obrera y alimentando a una burocracia sindical que vele por sus intereses.

El procedimiento no es nuevo en la historia. ¿Acaso en la antigua Roma los patricios no elegían a un liberto o esclavo de confianza para que vigilara, controlara y castigara al resto de los esclavos? ¿Acaso en la Europa feudal no había siervos encomendados de recaudar impuestos, reclutar soldados, custodiar los intereses de los señores? Hoy los capitalistas tienen sus modernos *libertos*, sus *esclavos* de confianza, sus *siervos* incondicionales, reclutados entre los obreros.

Ciertamente que no podemos cerrar los ojos ante el hecho de que una parte no despreciable de la clase obrera, sometida a la influencia ideológica y política de la burguesía, si bien no podemos decir que apoye a los jerarcas, por lo menos con su pasividad y auto marginamiento favorece su reinado. Figurarse que la clase obrera es como la deseamos y no como en realidad es, no ver el atraso y la alienación de extensas capas laboriosas, aun cuando vayan asumiendo las actitudes de una rebelión primaria, constituye una forma característica del sectarismo. Contra este error nos alertaba el presidente de la CGT francesa, Benoit Frachón, cuando decía:

“No ser sectario es comprender que la clase obrera no es un bloque ideológico homogéneo. Que no está separada de la burguesía por una muralla china y que por consiguiente la ideología, las taras de la burguesía, penetran en sus filas por miles de vías. Que la burguesía en el poder dispone del potente aparato del Estado, de medios de expresión y de propaganda mucho más importantes que los nuestros; que esta burguesía logra corromper a ciertos hombres a los cuales hace sus agentes, los propagandistas de su ideología y los portadores de su corrupción. Todo esto, que no influye en nada sobre lo más avanzado y lo más conciente de la clase obrera, afecta con más o menos fuerza a amplias capas del proletariado. Es necesario, en todas las circunstancias, ver a los trabajadores, a quienes nos dirijimos, tales como son y no como quisiéramos que fuesen”.²²⁶

Al hablar de los jerarcas sindicales hemos querido aportar a la concientización de esas masas. No ha sido con gusto que hemos tratado el tema. Si pensamos que el mundo marcha hacia una sociedad basada en la fraternidad y el amor entre los seres, si pensamos que la ciencia y la técnica, en una sociedad sin propiedad privada y sin clases, deparan a la humanidad un futuro de abundancia y felicidad, cuya construcción convoca a la lucha y al trabajo fecundo, no puede ser nada agradable ocuparse de pequeños seres egoístas, astutos y ambiciosos. Denunciándolos con asco, ya estamos olvidándolos.

Felizmente, no todos los dirigentes sindicales se han dejado captar. Centenares de ellos han sido refractarios al soborno y a la lisonja. Centenares han soportado largos años de cárcel por su actitud incorruptible y su recta conducta al frente de las luchas de los trabajadores.

²²⁶ Benoit Frachón, *Discurso ante el Consejo General de la Federación Sindical Mundial*, Berlín, Noviembre de 1951.

Centenares han desafiado con hidalguía las prohibiciones, las intervenciones, las leyes represivas, los estados de sitio, arriesgando su trabajo, su libertad, su seguridad, su propia vida en aras de los intereses de su clase.

Cuando la burguesía cultiva desde el Estado una infraestructura sindical a su servicio y el movimiento sindical clasista es perseguido y castigado, el sindicalismo oficial parecería el único existente. Sin embargo, las instancias medias de los sindicatos, las regionales de la CGT, las Comisiones Internas de empresas y las agrupaciones gremiales conforman un vivero inagotable de militantes y dirigentes sindicales que no claudican. Las alfombras de los ministerios y las cámaras empresarias no están hechas para sus zapatos; los *cocktails* en las residencias privadas no son su medio; no comen asados en las estancias de los terratenientes; no alternan con los generales y coroneles; no tienen cargos oficiales; no andan en coches último modelo; no poseen chalés ni quintas en las afueras; no tienen cuentas privadas en los bancos; no coleccionan perros de raza; la prensa venal no los nombra. Pero existen, y están luchando. Para ellos el homenaje de nuestra admiración y reconocimiento.

Por eso a lo largo de nuestro trabajo hemos hablado de la *élite* sindical, de los *jerarcas*, y no de los *dirigentes*. La corrupción no alcanza a todos los dirigentes, sino a una ínfima parte de ellos. Pero así como no todos los dirigentes son *jerarcas*, tampoco todos los jerarcas se identifican. Sería un error político –y la ultraizquierda cae a menudo en él– generalizar sobre los jerarcas como si su común corrupción implicara también una idéntica actitud ante la realidad. En la propia cúspide burocrática de los sindicatos es posible captar matices, diferenciaciones que no pueden ser despreciados. Ya durante la dictadura militar, aún cuando casi todos los jerarcas obreros se declaraban “peronistas”, estaban los que se habían entregado a los generales y los que, aun claudicando ante ellos, conservaban cierta independencia. Unos estaban sometidos a la dictadura y otros sólo comprometidos con ella. Unos y otros jugaban tácticamente entre el gobierno y el jefe exiliado, pero sus matices eran bastante perceptibles y después del 25 de Mayo el choque hizo crisis agudamente. Del mismo modo, es posible captar las diferencias hoy, bajo el gobierno justicialista, entre los jerarcas que se mantienen inmovibles en la defensa de las posiciones de la derecha, del “mundo libre” y del anticomunismo, pagados por la CIA y amurallados contra todo cambio, y aquellos otros que, aun corrompidos y comprometidos con la gran burguesía, son más sensibles a la presión de las bases y parecen dispuestos a compartir la lucha contra la conspiración oligárquica y por la liberación nacional. Este diferenciamiento no es utópico, ni puede crearnos ilusiones sobre el “arrepentimiento” de ciertos burócratas, pero sería insensato no tenerlo en cuenta en los marcos generales de la lucha inmediata y de sus perspectivas futuras. No hay duda de que, a medida que crezcan y se agiganten la conciencia socialista de las masas y el movimiento clasista, una parte de los burócratas se confirmará desembozadamente en las trincheras de sus amos imperialistas,

pero otra parte, quizás considerable, tratará de adaptarse a la nueva realidad para no quedar descolocada. El hecho pone ya a prueba la perspicacia del sindicalismo revolucionario, que no puede desatender ese fenómeno ni tampoco desarmarse ideológicamente ante las maniobras de los jerarcas flexibles, que tratarán de imponer sus propias concepciones.

Entre los delegados de establecimientos, los miembros de las comisiones internas, los directivos de los sindicatos locales y de las regionales de la CGT, e incluso de algunas federaciones, y sobre todo entre las decenas de miles de militantes de base, el espíritu que predomina no es el de los jerarcas. Y aunque la conducta de gran parte de estos dirigentes y militantes se ve mediatizada negativamente por la ideología de los jerarcas, la perspectiva es, a nuestro juicio, de un paulatino abandono de las ilusiones reformistas y conciliadoras, y de una concientización acorde con los imperativos sociales y políticos de la época que vivimos.

Los acontecimientos de cada día agrandan la brecha —que ya es un precipicio— entre el sistema económico-social vigente y las grandes masas populares, comprendidos los trabajadores, que se lanzan a denodados combates de clase que a menudo rebasan a las direcciones. El cuestionamiento de la autoridad de la élite sindical por los trabajadores no implica, ni mucho menos, el desconocimiento de los sindicatos. De ahí que los activistas sindicales más avanzados no tengan prejuicio alguno en actuar en los sindicatos más reaccionarios, con tanta fe en la posibilidad de operar un cambio en ellos como la que abrigan por el cambio social.

Es para postergar el trágico fin que este proceso le depara, que la élite sindical apela a tremendos fraudes en las elecciones internas de los sindicatos, a su homologación por el Ministerio de Trabajo, al apoyo de los “factores de poder” —de los que se considera parte—, a las intervenciones del Estado, al asalto armado de sedes obreras, a la negativa permanente a convocar Asambleas Generales en algunos gremios, e incluso a hechos de violencia que han culminado en crímenes impunes. Al entrar en el juego político de la burguesía —con mayor o menor autonomía y utilizando su formal representatividad como medio de chantaje—, la élite sindical ha aceptado sin embargo la misión que la clase dominante le ha asignado: erigirse en dique de contención del auge de la conciencia y la acción revolucionarias de la clase obrera. Dique de contención que no es, empero, tan sólido y fuerte como se presume, y en el que ya se observan promisorias grietas.